

ARCHIVIO MADRI NIGRIZIA

PUBBLICACIÖN DEL “STUDIUM” MADRI NIGRIZIA



MISIONERAS COMBONIANAS “PIE MADRI DELLA NIGRIZIA” – ROMA

ARCHIVIO MADRI NIGRIZIA
AÑO XIII NÚM. 20 – S/1 ENERO 2012

Publicación de las Misioneras Combonianas

Pie Madri della Nigrizia

AÑO DE FUNDACIÓN: 2000

Dirección y redacción:

Sor María Vidale

Sor Ma. Aldina Martini

Sor María Rosa Venturelli

Sor María Teresa Girola

ÍNDICE

Prefacio	pag. 7
Introducción: recordando los antecedentes	9
1. El Concilio Vaticano I relanza la obra comboniana ...	25
2. Las “Pías Madres de la Nigrizia”	37
3. María Bollezzoli	65
4. En África, con Daniel Comboni	81
5. La primera semilla cae en el surco	111
6. Hacia una estructuración definitiva de los Institutos de Verona	123
7. El último día del Padre	149
 Epílogo: Estoy más vivo que nunca, en la memoria de aquellos que acogieron la herencia	 181
 Cronología	 187
Índice de nombres	197
Abreviaturas e iniciales.....	214
Bibliografía y fuentes de investigación	215
Ilustraciones.....	218

Publicación para uso privado

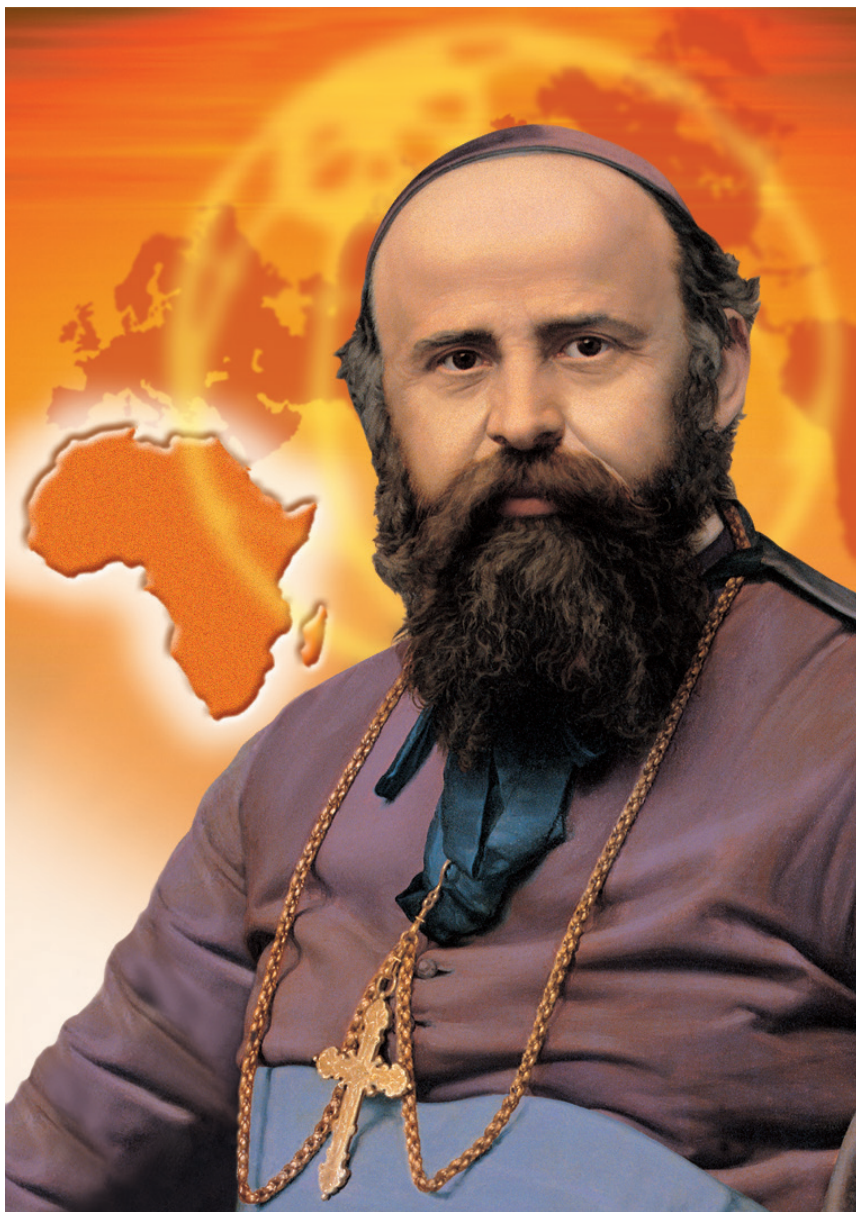
Sede: Viale Tito Livio, 24 - C. P. 12341 – Belsito 00135 ROMA

Tel. 06 35 55 61 e-mail (María Vidale): ricstor@nigriziaroma.org

MARÍA VIDALE

**LA CONGREGACIÓN
DE LAS
“PIE MADRI
DELLA NIGRIZIA”**

**S / I
ORÍGENES Y FUNDACIÓN
(1867-1881)**



San Daniel Comboni (1831-1881)
Fundador de las “Pías Madres de la Nigrizia”

“Finalmente, a la misión le faltaba también la colaboración del elemento femenino: una casa de Religiosas que formase maestras negras y misioneras indígenas, las cuales son indispensables en una lejana y peligrosa misión”.

(Daniel Comboni, 25 de febrero de 1872)

“Que Dios suscite en el seno de la Iglesia entusiastas y santos obreros evangélicos y generosas y pías Hermanas de la caridad, Madres de la Nigricia, que, unidos bajo la bandera del Vicario Apostólico de África Central, lo asistan y ayuden a conquistar aquellas almas para Cristo y para su divina Iglesia”...

(Daniel Comboni a Luigi de Canossa, 1880)

Prefacio

Damos inicio, con este fascículo, a una segunda serie – indicada con la letra **S** – de la colección histórica, dedicada a los orígenes y al desarrollo de nuestra congregación. No pretendemos, evidentemente, repetir cuanto ya se ha dicho detalladamente en los fascículos anteriores publicados o para publicar, sino sólo revisar en su conjunto todo lo marcado por el camino recorrido hasta ahora, como congregación, a la luz de los documentos históricos disponibles y teniendo también presente, ciertamente, los últimos hallazgos que la reciente canonización del Fundador nos ha permitido encontrar.

Al tener en mano este volumen, sin embargo, es preciso tener presente que se trata de un trabajo ya precedido por otros – los cuales son necesariamente recordados también sin continuas y repetidas consultas – como por ejemplo todas las publicaciones referentes al *“Plan para la Regeneración de África”*, de Daniel Comboni; o bien los estudios de la fundación por él querida de los dos institutos misioneros – masculino y femenino – que han tenido como autores a Aldo Gilli (1979) y a Elisa Pezzi (1981).

Relacionado sobre todo a este último, que la autora tituló: *“El Instituto de las Pías Madres de la Nigrizia: historia desde los orígenes hasta la muerte del Fundador”*, especificamos inmediatamente que el contenido no será repetido – por lo que tal obra queda como un trabajo válido por la información que contiene – pero será “auxiliado”, se podría decir, con el actual trabajo de investigación. En éste, al menos con la intención, se ha procurado enfocar en algunos detalles particulares de una historia, ya de por sí muy densa, que hasta ahora no habían podido ser debidamente evidenciados y subrayados.

A la figura del **Padre fundador** por tanto, se ha dedicado ciertamente una mayor atención, teniendo en cuenta que la finalidad no era la de elaborar una enésima biografía. El trabajo, más bien, ha sido aquel de cavar alrededor del terreno hasta alcanzar una vez más aquellas **raíces santas** que han

dado vida a nuestra congregación. Una especie de aradura, si queremos, para favorecer la aparición de nuevos brotes sobre las ramas del gran tronco, promesa y garantía de otra próxima estación rica de frutos.

También podría darse que, en esta mirada retrospectiva del camino hasta ahora recorrido, se tenga que vislumbrar todavía la necesidad de *“abandonar el camino seguido hasta ahora, cambiar el antiguo sistema y crear un nuevo plan que conduzca más eficazmente al deseado fin”* (E. 2752).

El Señor de la Historia, en este caso, nos mande su Espíritu para guiarnos hacia los nuevos senderos.

Roma, 1º de enero de 2012:

140º aniversario del nacimiento de la Congregación.

INTRODUCCIÓN: RECORDANDO LOS ANTECEDENTES

Del Plan para la *Regeneración de África* al Instituto de las Misiones para la Nigricia

“Fue el 18 de septiembre de 1864 cuando, al salir del Vaticano, donde había asistido a la beatificación de Ma. Margarita Alacoque, se me ocurrió presentar a la Santa Sede la idea del Plan para reanudar el apostolado de África Central [...].

En 1867 fundé en Verona el Instituto de las Misiones para la Nigricia...” (E. 3302-03).

El 1° de junio de 1867 Luigi de Canossa*, obispo de Verona, dirigía a la Iglesia de la cual era pastor, un decreto en latín firmado por él, cuya traducción publicada después en los *Anales del Buen Pastor* se leía así:

“Nosotros estamos verdaderamente muy contentos y llenos de consolación, pensando que por ventura haya llegado a nuestros días el tiempo deseado, en el cual el Óptimo y Omnipotente Señor [...], quiera finalmente llamar al conocimiento de la Verdad a aquella infeliz parte del mundo, África, la cual por tantos siglos [...] yace envuelta en las tinieblas y sombras de muerte [...]. Ahora, habiendo esta nuestra Europa, por divina disposición, en cada tiempo difundido la fe de Cristo en otras partes del mundo [...] es necesario que la misma Europa católica también dirija los votos y sus esfuerzos hacia la regeneración de África [...].

*Habiendo conocido, pues, cada parte del **Plan para regenerar África con África**, propuesto por el sacerdote de nuestra Diócesis, Daniel Comboni, Misionero Apostólico de África Central*

* Para no hacer pesado con tantas notas el presente volumen, remitimos al índice de nombres todas aquellas relacionadas a las personas que están marcadas con un asterisco.

[...], y viendo también la necesidad de instituir en Europa algunas casas, **sea de hombres que de mujeres** [la negrita es nuestra] de las cuales, come de un nuevo Cenáculo, salgan aquellos que, llegando a los litorales de África, funden nuevas casas donde se congreguen los habitantes de las regiones internas para aprender la Religión cristiana que llevarán después a sus connacionales [...]; sentimos que es muy necesario que Europa [...] aporte esa ayuda que se requiere para fundar y mantener semejantes casas.

Por tanto, habiendo ya, con la ayuda divina, instituido dos de estas casas, una para hombres y la otra para mujeres en nuestra ciudad de Verona, y deseando firmemente poder instituir más [...] con la segura confianza de que esté cercano el momento en el que Dios tenga piedad de África y de toda la infeliz familia de los camitas, hemos juzgado muy oportuno y necesario dar nuestra aprobación a la Pía Obra, que el mencionado sacerdote Daniel Comboni ideó con el título: **Asociación del Buen Pastor para la Regeneración de África** [...], cuyo objetivo es: mover el corazón de los Católicos para hacer oración y poner a disposición sus donativos, con los cuales las Obras preparatorias (es decir, las casas ya mencionadas) para beneficio de África, las instituidas, o las de ser instituidas, puedan ser sostenidas, y ampliadas.

Porque esta pía Asociación ¹ con sus estatutos ha sido examinada por nosotros con mucho cuidado y diligencia, y discutida y revisada en cada una de sus partes, juzgamos delante del Señor poder aprobarla y confirmarla con nuestra ordinaria autoridad, como de hecho lo hacemos, erigiéndola canónicamente en nuestra Diócesis con las presentes Cartas [...], para mayor gloria de Dios y para la salvación de los infelices africanos [...].

Verona, desde nuestra Residencia Episcopal
1° de junio de 1867.

† LUIGI Obispo” ².

¹ Es interesante ver, a propósito, lo que subraya Aldo Gilli sobre “El significado verdadero de la Obra del Buen Pastor” (cf. A. GILLI, *El Instituto Misionero Comboniano...*, págs. 71-78). Según el autor, en efecto, es necesario “captar el significado histórico de la **Obra del Buen Pastor**, para comprender el verdadero alcance histórico de la fundación del Instituto”. (pág. 71).

² ANNALI, 1(1872)11-14; cf. ACR, A/25/14/5: texto autógrafo en latín de mano de Comboni.

Poco después de una semana, el 11 de junio de 1867, con justificada satisfacción, Daniel Comboni, podía escribir al prefecto de *Propaganda Fide*:

“Tengo el placer de anunciar a V. Ema. Rma. que el Ilmo. Mons. Canossa ha abierto en Verona un seminario para nuestras queridas misiones africanas, que en tiempos mejores tomará el nombre de Instituto del B. Pastor para la Regeneración de África; como también ha abierto un Insto. femenino para formar buenas misioneras, a las cuales se da una preparación adaptada de modo exclusivo a las particulares necesidades del apostolado africano [...].

Gracias a la obra del Obispo, se me ha asociado el devoto y capaz ex misionero D. Alejandro Dal Bosco, mi antiguo compañero...”* (E. 1416-17).

Resultado de un encuentro providencial

No había sido fácil, para el autor del **Plan**, obtener un resultado como aquel comunicado anteriormente al cardenal Barnabó. Tal vez no lo hubiera logrado solo, pero el conocimiento cercano que logró establecer en aquel período con Mons. Pietro Castellacci* – entonces vicegerente del Vicariato de Roma – reveló ser decisivo, tanto para el génesis como para el nacimiento del decreto misionero de la iglesia de Verona.

Daniel Comboni comenzó a frecuentar al obispo, con cierta asiduidad, a partir de la primavera de 1866, después de que el prefecto de *Propaganda Fide* le había pedido que permaneciera en Roma por un determinado tiempo. El motivo – escribió entonces el misionero al amigo D. Francisco Bricolo – era que tenía que “redactar un informe” (E. 1275) acerca de lo que había observado durante su reciente viaje a África con Ludovico de Casoria*³.

³ Del 12 de noviembre de 1865 al 15 de marzo de 1866, en compañía de Ludovico de Casoria, Daniel Comboni emprendió su tercer viaje africano, cuyo objetivo principal era el de elaborar un proyecto de división del Vicariato de África Central entre el Instituto Mazza y los Franciscanos.

En realidad, aquella imprevista pausa romana se debía, sobre todo, al hecho de que el cardenal Barnabó esperaba una respuesta definitiva de parte del Instituto Mazza, acerca del proyecto apostólico presentado por el mismo Comboni al regresar del Alto Egipto. Mientras tanto, éste último se dirigió al vicegerente del vicariato de Roma para obtener el permiso de realizar algunas actividades pastorales en el ámbito de la diócesis.

“Me dio [Mons. Castellacci] la autorización para confesar y predicar aquí – hizo saber el 10 de septiembre de 1866 a su superior de Verona –, y es mi consejero y un amigo de verdad conocedor de todas mis circunstancias” (E. 1380).

Ahora, entre las “*circunstancias*” que en aquel momento preocupaban a Daniel Comboni, había una que particularmente traía en su corazón: la fundación de un primer pequeño instituto femenino en El Cairo o en Negadeh (Alto Egipto), donde se habrían de enviar tres o cuatro “negritas” provenientes del Instituto Mazza, acompañadas de algunas Hermanas.

Según él, este proyecto – del cual “*se había ya hablado en El Cairo y con Propaganda, y hasta con el santo Padre*” (E. 1376) – no tenía necesariamente que naufragar debido al retiro del Instituto veronés del campo misionero. Bastaba, para llevarlo adelante, que el sucesor de D. Nicola Mazza* mantuviera la fe en el empeño tomado desde el mes de octubre anterior, y por lo tanto no cediera a la tentación de “acomodar” en algún otro lugar a las “negritas” con el pretexto – como D. Gioacchino Tomba* le había escrito el 28 de julio (cf. E. 1373ss) – de que se le estaba presentando una buena ocasión.

También en lo referente a las Hermanas, o mejor, a una congregación femenina que garantizara la formación “en loco” de jóvenes africanas destinadas al apostolado en su país de origen, el nuevo “*consejero y amigo*” del misionero de la Nigricia tenía algo interesante que proponer.

La sugerencia de Mons. Castellacci

Desde que el cardenal Barnabó había dejado bien claro, escribiendo a D. Gioacchino Tomba, que *Propaganda Fide* no trataba “por principio asuntos parecidos con personas privadas”⁴, se hizo necesario un nuevo punto de apoyo, una institución sólida y de mucho respeto, capaz de ofrecer una indudable garantía de seriedad.

Según el vicergerente, la cosa no era tan difícil, por lo que explicó a su joven colaborador cuál podría ser el nuevo camino de emprender:

“Fue en 1867 – escribió luego en 1876 Daniel Comboni – cuando la Providencia me señaló el verdadero punto de apoyo en el cual basar establemente el edificio de la obra ya concebida. Monseñor Canossa, Obispo de Verona había varias veces visto algún grupo de afortunadas negritas, de las que en ocasiones le presentaba el pío P. Olivieri para obtener limosnas; y, llevado de tierna compasión, más de una vez había sugerido y animado al ilustre Don Mazza, su amigo, a que admitiese en su instituto femenino a estas hijas del África interior para instruir las en la fe, que ellas luego podrían dar a conocer en su patria bajo la guía de los misioneros. Después de pensarlo bien todo, me dirigí a este noble y piadosísimo Prelado. Tras exponerle mi proyecto, le supliqué cálidamente que tomara la ideada obra bajo las alas de su protección y que asumiera la dirección y la presidencia, declarándole que yo sería hasta la muerte su brazo, e incluso el soporte de toda la obra; y que en cuanto a los medios pecuniarios y materiales ya me ocuparía yo solo de conseguirlos por medio del ínclito Patriarca San José” (E. 4086).*

En realidad, aunque si Daniel Comboni – el 15 de abril de 1876 – no consideró oportuno dar mayores detalles, la “*Providencia*” que le había hecho entender cuál podría ser la solución del problema, se había servido de Mons. Pietro Castellacci. Conocedor del **Plan** – al cual él mismo había concedido el “*reimprimatur*” de la tercera edición en 1867 –, éste último decía estar convencido de que era la voluntad de Dios que se procediera a su realización. Ahora, el vicergerente de Roma, en calidad de obispo, se

⁴ AP LD, Vol. 357(1866)330: Barnabó a Tomba, 13 de abril de 1866.

encontraba en la condición ideal para mediar ante el obispo de Verona, y su intención era hacerlo ampliando el discurso para incluir también la “novedad” de la propuesta de una fundación femenina. Por su parte, Mons. Castellacci podía ya señalar a una Hermana, a la que él consideraba lista y apta para este fin.

Por lo tanto, si Don Daniel hubiera dicho estar de acuerdo, le habría dado a conocer a **Sor Teresa de Angelis** – a quien dirigía espiritualmente – mientras que al mismo tiempo habría iniciado la correspondencia necesaria con Luigi de Canossa, con el fin de preparar el terreno y después ver juntos cuáles serían las posibilidades y las modalidades de la nueva fundación.

Así, el 6 de septiembre de 1866, mientras una carta partía para Verona para informar al obispo sobre las necesidades reales que detenían en Roma a uno de sus sacerdotes, o sea a Daniel Comboni ⁵, éste último era presentado por vez primera a Chiara Persi* – introducida entonces como Sor Teresa de Angelis – que se encontraba en Roma, en el Instituto conocido ya como el de las “Viperesche”, confiado a la nueva congregación de las *Angelines de la Cruz*.

⁵ “Castellacci estimaba mucho a Comboni así como el trabajo que realizaba en África; escuchando de él mismo cómo temía que su prolongada estancia en Roma disgustara a su superior de Verona, Don Tomba, decidió escribir espontáneamente a Mons. Canossa para asegurarle que Comboni era detenido en Roma por necesidad: *“Ya que hasta el momento él no ha logrado resolver los asuntos que lo retienen en este lugar – así se dirige Castellacci al Obispo de Verona – vino a pedirme consejo sobre qué hacer en semejante emergencia. Habiendo examinado bien cada cosa, vi necesario alejar de su mente cualquier duda, y de persuadirlo para que permaneciera en Roma”*. (Castellacci a Canossa; Roma, 6.9.1866).

Y continúa exponiendo los tres asuntos más urgentes de Comboni: 1) fundación de un Instituto femenino en Egipto con las negritas de Don Mazza: por tanto, tenía que aguardar a Mons. Ciurcia, nuevo Delegado Apostólico de Egipto, a quien se esperaba en Roma; 2) Tenían asuntos pendientes con el General de los Mínimos para la fundación de un Instituto masculino en Egipto; 3) Esperaba la llegada del Rey de Baviera para pedirle subsidios en favor del Instituto Mazza...” [A. CAPOVILLA, *Don Daniel Comboni y Mons. Pietro Castellacci*, en: AC, 2(1976)119].

***“Sal de tu Instituto...
y da comienzo a mi obra”*** (E. 1395)

Algunos días después de aquel memorable encuentro con la “vidente”, dirigida espiritualmente por Mons. Castellacci, Luigi de Canossa recibía una carta con fecha de “septiembre de 1866”, sin firma, y con la petición de “secreto de confesión” (E. 1395). Con ésta, Daniel Comboni – cuya caligrafía era inconfundible – informaba a su obispo sobre todo aquello que le fue comunicado durante esos encuentros en nombre de Jesús:

“Sal de tu Instituto – oyó que se le decía – y da comienzo a mi obra. Yo te mostraré mi regla, pero tú no la darás a conocer a nadie, porque el tiempo todavía no es favorable. Ahora es preciso actuar con prudencia y energía. Fundad una casa de Misioneros para los negros. Vosotros les daréis el espíritu del Buen Pastor”.

“Hijo mío – se le dijo todavía – ten cuidado de no rechazar esta gracia que te he manifestado [...]. Te toca a ti corresponder, sin detenerte en las dificultades [...]. Si Dios está contigo, ¿quién estará contra ti?” (E. 1395).

En fin, había también un énfasis interesante que evidentemente el joven misionero no pretendía subestimar: *“Como Margarita – así es llamada Sor Teresa en este escrito – temía aún que fuese un engaño de Satanás, oyó la santa Misa y comulgó para pedir a Dios que le diera a conocer realmente su voluntad”* (E. 1396).

Un Instituto diocesano, al menos por el momento, con la colaboración femenina

“He reconocido en el Rev. D. Daniel, el hombre que me fue mostrado como el instrumento del cual Dios se quiere servir para ganar muchas almas y cuya salvación ha sido objeto de mis continuas oraciones...”.

(Sor Teresa de Angelis)

Toda la correspondencia sucesiva dirigida a Verona por la misma Sor Teresa – quien no ponía fecha y se firmaba sólo como la *“esclava de los negros”* – revela un impulso hacia una maduración gradual del nuevo proyecto misionero sobre la base del *Plan*. El mismo Daniel Comboni llevaba dos cartas de Mons. Castellacci – ambas con fecha del 20 de febrero de 1867 – mientras iba a la ciudad para recoger a las *“negritas”*. En la primera, el vicergerente de Roma recomendaba, *“con el más vivo interés al celo verdaderamente apostólico”* del obispo de Verona, *“la grande y estupenda obra de la regeneración de África Central propuesta en aquel Plan verdaderamente inspirado, del óptimo, ejemplar, docto y celoso misionero D. Daniel Comboni”*⁶.

En la segunda, confidencial y por tanto sujeta al secreto, la persona que escribió se hizo más explícita. La *“Esclava de los negros”* le rogaba que confirmara todo lo que ella había ya escrito a Luigi de Canossa. Al obispo de Verona – especificaba – no se le pide que deje la diócesis para ir a África sino que *“tome la iniciativa de esta obra de Dios estableciendo, ayudando, protegiendo y asistiendo al Instituto de los Misioneros para el África Central, que será para congregar a Don Daniel Comboni [...]; y, como se unirán algunos compañeros [...], recomendar al misionero y a sus colegas a Propaganda [Fide] que ya desea esto, para poder obtener la Misión. Por tanto, como Instituto aprobado ahora por Su Excelencia en la Diócesis, hay que proveer con todo empeño al misionero y al incipiente instituto, de protección y de cuanto sea necesario”*.

⁶ Cf POSITIO, pág. 268.

Además, el Obispo de Verona aún tenía que saber que, desde 1862, Dios había pedido a su confidente que preparara una “*Congregación o comunidad de mujeres*” disponibles a “*participar en su obra para los establecimientos femeninos de la Misión*”. Ahora, esas mujeres ya existían y estaban listas para “*seguir la voluntad de Dios*”, no esperando más “*que la obediencia para tal propósito*”⁷.

Evidentemente, Daniel Comboni conocía el contenido de las cartas de las que él mismo era portador y, con tal contenido, estaba de acuerdo. De hecho, cuatro años después, en su informe dirigido a la Sociedad de Colonia el 6 de junio de 1871, habría recordado que, para evitar el riesgo de otro fracaso como aquel ya sucedido en la historia del vicariato, era “*urgente y necesario*” no solamente “*fundar en Europa un Seminario bien preparado, en el que formar jóvenes sacerdotes para la difícil y peligrosa misión de África Central [...]*”.

Todavía antes se tendría que haber creado una Congregación de Hermanas Misioneras, por medio de las cuales se habría proporcionado a la misión una ayuda poderosa e imprescindible para la difusión de la fe en el seno de las familias” [...].

Por esto, recordaba, que en Verona había sido fundado “*también el Instituto de las Vírgenes de la Caridad, del cual los Institutos para niñas en África podrán obtener sus maestras...*”. (E. 2471-78).

Las Angelinas de la Cruz en Verona

El 17 de abril de 1867, Daniel Comboni dejaba Verona – acompañado por nueve jóvenes africanas del Instituto Mazza – para regresar a Roma. Una salida que el mismo Luigi de Canossa había aplazado más de lo previsto probablemente para tener tiempo de realizar un sondeo de opiniones, con personas de confianza, sobre la próxima fundación que prácticamente nacería como diocesana. En todo caso, en cuanto se refería al seminario misionero, él parecía no tener más dudas. No podía decirse lo mismo en lo referente a la futura “fundadora” de la congregación femenina.

⁷ Cf AC, 2(1976)135-136.

¿Quién era en realidad Sor Teresa de Angelis?
¿Hasta qué punto podrían ser creíbles sus visiones o revelaciones?

Desde que regresó de Francia – en noviembre de 1866 –, donde con mucha probabilidad se había encontrado con el obispo de Poitiers, Mons. Pie, Daniel Comboni sabía que éste tenía temor de que esté esa muchacha “*possédée quelques fois par le Diable*”, y que a veces “*comunique su espíritu a la Superiora y a Mons. el Vicegerente*”. (E. 1452).

Por esta razón, regresando a Roma consideró prudente investigar, de alguna manera, la naturaleza de los fenómenos “extraordinarios” de los cuales Sor Teresa parecía estar favorecida.

Ningún escrito nos ha llegado hasta hoy, de parte de Daniel Comboni, sobre el cómo haya él procedido con tal investigación ni cuáles fueron sus conclusiones ⁸. De cualquier manera éstas podrán ser entendidas en los acontecimientos sucesivos. El hecho de que entre el 10 y el 11 de mayo de 1867 hayan llegado a Verona tanto él como las dos *Angelinas de la Cruz*, no significa que las dudas existentes hubiesen sido ahuyentadas.

Al contrario, ni a Sor Teresa ni a su protector les había agradado la “prueba” a la que ella había sido sujeta, ya que el 27 de abril Mons. Castellacci escribió al obispo de Verona para quejarse de Comboni ⁹.

Y no obstante las garantías de Mons. de Canossa – quien evidentemente consideraba que fuese demasiado pronto para tomar decisiones más radicales –, Sor Teresa de Angelis llegó a Verona con una carta que no dejaba duda alguna sobre lo sucedido entre ella y el futuro fundador. Mientras tanto, Mons. Castellacci escribía:

⁸ “*Sor Teresina Marini* – podemos leer en los apuntes de Ermenegilda Morelli* – oyó de Monseñor que en una ciudad de Italia había alguien a quien se le “creía santa”. Un obispo deseaba convalidar la opinión común y, haciéndole iluminar la Cruz pectoral le dijo: “Vea, Don Daniel, si se presta a que este asunto salga bien, ésta será suya”, casi prometiéndole la Cruz Episcopal. Y Don Daniel respondió: “Monseñor, las obras de Dios no se basan en la mentira” (APMR, VI/A/5/3-2722: Notas inéditas, págs. 40-41).

⁹ Cf A. CAPOVILLA, opág. cit., pág. 140.

“Aquella que se presenta a Su Excelencia es [...] la Esclava de los Negros, acompañada de la Superiora de mi monasterio [...]

A nadie manifieste quién ella es [...], especialmente a D. Daniel, a quien jamás dará a conocer cosa alguna que Su Excelencia sepa sobre ella.

Que Su Excelencia la escuche libremente, y todo aquello que le diga, lo acoja y lo guarde con el más estricto secreto de confesión sacramental [...].

Por tanto, no a D. Daniel sino a Su Excelencia entrego y confío a estas hijas que son instrumentos directos de la obra de Dios; seguro de que las ayudará, asistirá y las protegerá como verdadero Padre; las entrego en las manos de quien les he asegurado descansarán; con tal conocimiento parten para Verona...”¹⁰.

La Obra no podía nacer dividida

El resultado fue aquel que conocemos: Luigi de Canossa – nos informa A. Capovilla en su ya citado artículo – *“acogió benévola-mente a las dos enviadas y les dio alojamiento en dos recámaras de la Casa madre de las Canossianas, en la parroquia de San Zeno, donde más tarde pasaron a una habitación propia”* (pág. 144).

Pero en el decreto que habría promulgado veinte días después, el obispo de Verona habla de una única obra – aquella del **“Buen Pastor”** – aprobada por él para poder sostener las dos Casas: *“una masculina, y la otra femenina”*, instituidas en la ciudad de Verona. El mismo Daniel Comboni, al dar el anuncio al Prefecto de *Propaganda Fide*, evitaba cualquier equivocación y escribía textualmente el 11 de junio de 1867:

“El Ilustrísimo Mons. Canossa ha abierto en Verona un seminario para nuestras queridas misiones africanas [...]; como también ha abierto un Instituto femenino para formar buenas misioneras...” (E. 1416).

Cuatro días después, en compañía de Luigi de Canossa, también Don Daniel partía para Roma – donde se llevarían a cabo las

¹⁰ ACR, A/38/12: Castellacci a Canossa. Roma, 8 de mayo de 1867. Copia mecanografiada en: APMR, XIX/231/6-1207.

celebraciones del XVIII centenario del martirio de los santos Pedro y Pablo – confiando a la Providencia la sucesión de los acontecimientos.

Estaba bien, de hecho, que aquello que tenía que suceder ocurriese mientras ambos no se encontraban en Verona...

¿Una intervención “providencial” de la policía?

Mientras en Roma Luigi de Canossa encontraba personalmente al prefecto de *Propaganda Fide* y al delegado apostólico de Egipto – Mons. Luigi Ciurcia* – para poner en acción las próximas fundaciones combonianas de El Cairo, en Verona las *Angelinas de la Cruz* recibían por segunda vez la visita de la policía. Las autoridades citadinas, se les dijo a ellas, querían asegurarse si las dos hermanas romanas – transgrediendo la ley italiana del 19 de junio de 1866 – tenían verdaderamente la intención de fundar una congregación religiosa femenina.

Para Luigi de Canossa, que durante su estancia romana había madurado la decisión de dejar a las *Angelinas* por las Hermanas Canossianas, la intervención de la policía – haya sido espontánea o provocada – podía ofrecer un pretexto plausible para hacerlas regresar a Roma, y así retirarse de una vez por todas del proyecto misionero. En este sentido, por tanto, les había hecho entender que no debían insistir de permanecer en Verona.

Aunque si no fue fácil, para el vicegerente de Roma, aceptar semejante conclusión, finalmente decidió hacerlo el 6 de septiembre de 1867, cuando escribió al obispo de Verona:

“Por consiguiente, para evitar cualquier malentendido le expreso que quiero retirarme, como de hecho lo hago, y de manera [...] decisiva y absoluta [...].

*Retiro por tanto mi mandato; no quiero que [las dos hermanas] sigan allá sufriendo inútilmente [...]; declaro y protesto que deseo me sea reembolsado todo aquello que gasté por esta causa...”*¹¹.

¹¹ ACR, A/38/12: Castellacci a Canossa, 6 de septiembre de 1867. Copia mecanografiada en: APMR, XIX/321/9-1207.

De hecho, las *Angelinas de la Cruz*, con dos postulantes veronesas, dejaron Verona después de algunos días.

“Es una gracia especial de Dios”,

comentó entonces Daniel Comboni, escribiendo al obispo de Verona el 15 de septiembre de 1867, *“que Mons. el Vicegerente se haya retirado: él no habría dado nada, sino a lo sumo dinero adelantado, para luego reembolsárselo de las rentas de la Asociación [...]”*.

Además habría redundado en perjuicio de África, porque [él] es absolutamente contrario a que más adelante se llame a otras Instituciones a fin de multiplicar los brazos para desarrollar la Obra de África. Él tiene por artículo de fe que el Instituto inspirado en Teresa es el único en el mundo destinado a salvar todas las almas [...]. No; Dios es el autor de todas las Instituciones aprobadas por la Iglesia, y todas, según su propio espíritu, contribuyen a fundar, mantener y realizar en la tierra el Reino de Dios.

El único obstáculo que Mons. el Vicegerente nos puede poner es sólo la denominación de la Obra del Buen Pastor, que yo había llamado de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y que Monseñor me hizo cambiar” (E. 1431-33).

***“Poco a poco se saldrá adelante [...].
Claro que no he ahorrar fatigas,
ni viajes, ni la vida por triunfar
en la empresa: yo moriré con África
en los labios...”*** (Daniel Comboni).

“El paso que he dado de erigir dos Institutos en El Cairo – escribía a la semana siguiente al canónico Mitterrutzner – tiene la aprobación del Delegado Apostólico de Egipto y de Propaganda. Poco a poco se saldrá adelante. Por eso yo pruebo por todos los medios. Si no consigo nada, Dios se contentará con la buena intención. Claro que no he ahorrar fatigas, ni viajes, ni la vida por triunfar en la empresa: yo moriré con África en los labios. Cruces, no dejan de arrojar me encima; pero tengo más ánimo que antes”*.

Y poniendo al tanto a su amigo sobre los acontecimientos recientes, le contaba: *“El Gobierno, después de haber hecho registrar dos veces mi Instituto femenino, me dio a entender que debía*

sacar de allí a mis Hermanas, una de Paris y otra de Roma, en un plazo de veinticuatro horas. Tras consultar con el Obispo, las he mandado a Roma junto con las postulantes ¹². ¡Fiat!” (E. 1441).

Una guerra encarnizada

En realidad, la conclusión de lo sucedido en Roma no había sido así de simple. *“En Roma – confesaba Daniel a su obispo el 4 de octubre de 1867 – las “beatas” me hacen una guerra encarnizada. Secretos enredos, ilusiones, engaños, mentiras, instigaciones culpables... La verdad y la justicia combatidas siempre han triunfado. Tengo una confianza incommovible en ese Dios que es el único por el que he expuesto y expongo la vida, trabajo, sufro y moriré [...]. El espíritu de sincera humildad, caridad, reverencia y moderación ha regulado mis relaciones con el Vicegerente [...]. Además tuve con él la lealtad de un verdadero amigo, de quien está agradecido a su bienhechor. Pero me temo que sea cierto el juicio del ven. P. Fradin [ex director espiritual de Chiara Persi] y del Obispo de Poitiers: que esté esa muchacha “posédée quelques fois par le Diable” [...]. Sin duda la bondad de Dios ha de liberarme de esta prueba tan dura y tremenda. La Reina de África me ayudará.*

Por lo demás, ánimo, Monseñor; los rechazos, las batallas, las cruces manifiestan que nuestra Obra es toda de Dios. El grano de mostaza ha sido echado: es necesario que brote entre abrojos y espinas. Crecerá entre los vientos y tormentas de las persecuciones; pero siempre producirá en el campo de la Iglesia copiosos frutos, porque el divino Labrador lo defenderá y cubrirá con el escudo de su protección [...].

Urge que yo parta para África, y que V. E. consagre un poco de tiempo a determinar y disponer sobre el movimiento de la Obra. Beso su sagrada mano de todo corazón.

D. Daniel Comboni” (E. 1452-53).

¹² Aunque si las dos eran veronesas, no parece que las postulantes Giuditta Ferro y Giuseppa Fabbris tuvieran intención de formar parte del Instituto de las Misiones para la Nigricia. Desde el 16 de julio de 1867, de hecho, ellas fueron enviadas a Roma para probablemente convertirse en “Ángelinas de la Cruz” (Cf A. CAPOVILLA, op, cit., pág. 156).

De las Canossianas* de Verona, a las Hermanas de San José de la Aparición*

Habiéndose quedado sin aquellas que podrían haber sido “sus” Hermanas, Daniel Comboni se puso inmediatamente a buscar a otras que estuvieran ya listas para colaborar en la ya próxima fundación de los Institutos de El Cairo.

Era esto lo que el **Plan** preveía, es decir, que para regir los Institutos preparatorios – que habrían de circundar toda el África – serían *“llamadas las Órdenes religiosas y las Instituciones católicas masculinas y femeninas, aprobadas por la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, con el beneplácito de ésta y de mutuo acuerdo con los superiores generales de esas Órdenes e Instituciones”* (E. 2766).

En la misma carta del 4 de octubre de 1867, Daniel decía confiado a su obispo: *“Tenemos a nuestra absoluta disposición a los cuatro Camilos [...]. La Superiora de las Canossianas¹³, hará lo posible para proporcionarnos tres Hermanas [...]. Con los Misioneros, las Hermanas y las negritas, ya tenemos dos casas en El Cairo. Y estando nuestra Obra ya en marcha en Egipto, nos encontramos en puerto seguro”* (E. 1450).

Ahora, la buena voluntad de las Hermanas Canossianas era sincera pero el tiempo apremiaba y se debió reconocer que, desafortunadamente, nadie se improvisa en pocos días como misionero para África. En aquel punto intervinieron a tiempo, gracias a Dios, las Hermanas de San José de la Aparición*, de Marsella. Daniel Comboni las conocía desde hacía ya diez años. Entre otras cosas, habían sido ellas quienes habían hospedado a las “negritas” – en aquel 1867 – tan pronto éstas habían podido dejar el convento de las “Viperesche”; dos Hermanas habían aceptado acompañar a las jóvenes africanas hasta Marsella, donde Stanislao Carcereri* esperaba impaciente con el resto de la expedición.

“Hemos podido conseguir tres Hermanas de San José de la Aparición para conducir y custodiar a las muchachas hasta El Cairo, donde dichas religiosas tienen un establecimiento” (E. 1492)

¹³ Hasta el siguiente 21 de noviembre parecía que aún había esperanza de partir con las Canossianas de Verona (cf. E, 1488).

– comunicaba Don Daniel el 29 de noviembre, un momento antes de embarcarse hacia Alejandría. Las tres Hermanas eran Sor María Bertholon, de Lyon; Sor Elisabetta Cambefort, de Montauban; y Sor Maddalena Carcassian, de Erzerum (Armenia).

La esperanza del futuro Pro Vicario, obviamente, era que ellas después se quedaran – como de hecho sucedió – para participar también en la fundación del Instituto femenino del *Sgdo. Corazón de María*. Viéndolas trabajar las encontró muy idóneas para la misión africana, y llegó a ilusionarse al grado de poder abandonar la idea de “*fundar una nueva Congregación de Hermanas*” (E. 4466) con todas las preocupaciones, los cargos y las incertidumbres que semejante iniciativa podía comportar.

Pero, cuando en octubre de 1868, la misma superiora general de las Hermanas de San José de la Aparición le hacía saber que no le podía garantizar miembros para África Central, y que no sólo eso, sino que preveía no poder continuar ni siquiera con la Obra de El Cairo Viejo, Daniel Comboni encontró “*el coraje de intentar la fundación de una nueva Congregación de Hermanas*”.

“*Me fui a Verona* – recordaba en la carta arriba citada a la Madre Julien – *y empecé con dos postulantes*” (E. 4468).

1.

El Concilio Vaticano I relanza la Obra comboniana bajo el signo de la Inmaculada Concepción

El 8 de diciembre de 1869, fiesta de la Inmaculada Concepción, Pío IX inauguraba oficialmente en Roma el concilio ecuménico Vaticano I. A Daniel Comboni – que se encontraba en El Cairo desde el anterior mes de febrero – la noticia debió llegarle como un renovado estímulo para continuar el camino iniciado. También aquel signo profético, aquella imagen de la Mujer que, exenta de toda sombra de mal podía posar los pies sobre la cabeza de la peligrosa serpiente sin temer la mordida venenosa (cf. Gn 3,15), llenaba de esperanza el corazón de Daniel.

El año anterior, efectivamente – desde el comienzo del otoño de 1868 – había sido para él muy duro. La impresión permanecida era que verdaderamente las fuerzas del mal se hubiesen desencadenado contra su Obra aún en gestación. Primero las secuelas del hecho Castellacci; después el inicio de la “*guerra secreta*” (E. 1591) dirigida por los hermanos de Tierra Santa; luego todo el alboroto provocado por el “caso Zanoni”¹⁴ que, en una carta dirigida al Card. Barnabó el 25 de noviembre de 1868, hizo concluir a Daniel Comboni:

*“Ya veo y comprendo que la **cruz** me es tan amiga, y la tengo siempre tan cerca, que desde hace tiempo la he elegido por Esposa inseparable y eterna. Y con la cruz como amada **compañera** y maestra sapientísima de prudencia y sagacidad, con María como mi **madre** queridísima, y con Jesús **todo** mío, no temo, Emmo. Príncipe, ni las tormentas de Roma, ni las*

¹⁴ En cuanto se refiere al caso Zanoni, cf. también: A. GILLI, *Daniele Comboni e i Camilliani...* En: AC, 1(1977)136 ss.

tempestades de Egipto, ni los torbellinos de Verona, ni los nubarrones de Lyon y París; y ciertamente, con paso lento y seguro, andando sobre las espinas, llegaré a iniciar establemente e implantar la ideada Obra de la Regeneración de la Nigricia central, que tantos han abandonado” (E. 1710).

Los de Lyon, en realidad, no habrían sido solamente “nubarrones”. Muy pronto serían convertidos, sobre el horizonte comboniano, en un peligroso huracán que por poco arrollaba todo. Daniel Comboni jamás habría olvidado, durante toda su vida, aquel funesto día de noviembre en el que, en París, supo que la Obra del Buen Pastor tuvo que ser suspendida por “órdenes superiores”¹⁵.

Aproximadamente un mes después, como si un golpe de este género no hubiese bastado, le llegó la noticia de la muerte de Don Alejandro Dal Bosco – rector del pequeño seminario misionero de Verona – sucedida el 15 de diciembre. Advertido el día anterior de que con toda probabilidad el amigo no sobreviviría, Daniel no pudo contenerse de preguntar con angustia al obispo de Verona:

“Si D. Dalbosco hubiese de ir al Paraíso (cosa que siento como segura), ¿cómo nos vamos a arreglar para llevar los asuntos del pequeño Seminario de Verona? En fin, Monseñor y Padre mío veneradísimo, echémonos en los brazos de Jesús, que tiene mucha caridad, talento, y sabe arreglar bien las cosas...” (E. 1780).

Y así, confiando en “ese Dios que quiere que nuestra obra nazca al pie de la cruz” (E. 1966), Daniel salió nuevamente para Egipto – el siguiente febrero – trasgrediendo una vez más aquello que quizás “el juicio común requería”¹⁶, dejando provisionalmente “al pío y entusiasta D. Tomás Toffaloni como jefe del pequeño seminario” (E. 2267) misionero, que todavía permanecía abierto, a pesar de que la admisión de nuevos aspirantes había sido suspendida (cf. E. 2264).

¹⁵ Daniel Comboni revivirá todo en el **Reporte** dirigido al Card. Barnabò – autor de la circular para los obispos italianos, del 29 de septiembre de 1868 – en abril de 1870 (cf. E. 2257-2266).

¹⁶ Por una nota de Mons. Ciurcia sobre los orígenes de los Institutos de El Cairo. Cf. AC, 1(1979)120, nota 7.

Por otra parte no tenía más opción: solamente probando a las autoridades competentes que los Institutos de El Cairo eran un buen inicio para la aplicación del **Plan**, Daniel Comboni podía esperar ser capaz de continuar, con la bendición de la Iglesia, la obra de la regeneración de África con África.

El parecer de algunos obispos misioneros

“Señores, tengan confianza en la causa de Don Comboni, y sobre todo en su persona, porque la Providencia le ha dado una tarea muy difícil de realizar...”

(Mons. Leo Meurin)

Dejando Italia al inicio de 1869, Daniel Comboni sabía que, antes del fin del año se habría reunido en Roma el concilio ecuménico que Pío IX había convocado en el mes de junio del año anterior. Probablemente el misionero de la Nigrizia comenzó a intuir el verdadero alcance de aquel acontecimiento eclesial cuando los obispos más lejanos comenzaron a ponerse en viaje, y algunos de ellos, pasando por Egipto, le pidieron hospitalidad.

“P.S.– escribía el 10 de junio de 1869 – He alojado en nuestro Instituto a dos santos Obispos de la India, uno Capuchino y el otro Jesuita¹⁷. Han quedado muy satisfechos de cómo marchan nuestros Institutos. El Obispo Capuchino [...], espontáneamente me dijo que quiere hablar con Barnabó [...]. El Jesuita, prusiano, va a dirigirse al Arzobispo de Colonia y a aquella Sociedad” (E. 1908).

La misma cosa, el siguiente 9 de julio, él contaba a Don Giovanni Fochesato, del Instituto Mazza, pero especificando que, durante ese tiempo, los institutos combonianos se habían convertido en tres:

¹⁷ Mons. Leo **Meurin** (1825-1895). Originario de Breslavia y Jesuita, partió como misionero a la India en 1858. El 4 de junio de 1867 fue nombrado vicario apostólico de Bombay. Para su intervención en favor de Daniel Comboni, cf. AC, 2 (1978)11-12.

- 1) un masculino del Sgdo. Corazón de Jesús;
 - 2) uno femenino del Sgdo. Corazón de María;
 - 3) la escuela parroquial de la Sagrada Familia;
- y le estaban dando una “*inmensa consolación*” (E. 1926).

“Mis Institutos han sido difamados en todo el Véneto por el infeliz P. Zanoni – comentaba el 30 de julio con Don Gioacchino Tomba –, que ha perdido la cabeza, y que escribió al Obispo de Verona, a Propaganda y al Arzobispo y Delegado Apostólico de Egipto hablando contra mí [...]. Yo he respondido [...] con los hechos. Tal persecución ha supuesto para mis Institutos un avance de diez años” (E. 1931-32).

Un informe para llevar a Roma

Así pensaba también el delegado apostólico de Egipto, quien – escribió acerca de él Daniel Comboni – “*viendo los frutos, está encantado con los tres Institutos, y los ha defendido contra los ataques y la guerra de que fueron objeto por parte de malintencionados, que llegaron a crear insidias contra mí en Propaganda e incluso ante el Papa*” (E. 1928).

Mons. Ciurcia hizo aún más a favor de la obra comboniana: a continuación él solicitó del mismo Comboni un informe completo de todo cuanto había realmente sucedido, reservándose el derecho de comentarlo después personalmente con el Card. Barnabó. Por consiguiente, ya que él iba a Roma a participar en un concilio, solicitó otra vez una relación histórica del vicariato con el fin de poder hablar, si se presentaba la oportunidad, con conocimiento de causa.

Por todo esto, en el momento de partida para la capital italiana, el delegado apostólico llevaba consigo también la gratitud de Daniel Comboni, quien el día anterior escribió a Luigi de Canossa:

“Nuestro venerado Delegado Apostólico parte mañana para Roma. Se lleva consigo el corazón de todos; pero soy yo quien más lamenta su separación, porque siento el más profundo agradecimiento hacia él. Si a su amor a la verdad y a la justicia este digno y venerable Prelado no hubiese añadido una gran bondad y caridad hacia nosotros, nuestros Institutos se habrían quedado

en nada. Si ahora existen y prosperan, lo debemos al celo y caridad de Mons. Ciurcia, en quien hemos tenido y tenemos, a pesar de estar cargado con una misión importante y difícilísima y ser muy delicada su situación en Egipto, un padre y protector de lo más solícito” (E. 1983).

En cuanto a venir a Roma...

Es siempre en la misma carta del 26 de noviembre de 1869, arriba citada, que por vez primera Daniel Comboni habla explícitamente de un posible viaje suyo a Roma, durante el curso del concilio. La finalidad principal, explicaba al obispo de Verona, era la de “*combinar asuntos*” y ver cómo programar una “*colecta en América*”.

Pero ya que no podía dejar El Cairo sin el permiso de *Propaganda Fide*, pedía a Luigi de Canossa que se lo consiguiera a tiempo. Mientras esperaba el permiso – recibido hacia la mitad de enero de 1870 – trataba de preparar de manera muy exhaustiva la ***Relación histórica sobre el vicariato apostólico de África Central*** (cf. E. 2027ss), que Mons. Ciurcia le había pedido.

“La hora de la salvación parece haber llegado también para esta nación doblemente infeliz. El grito conmovedor de sus seculares desdichas ha encontrado ya respuesta...”

(Daniel Comboni, 19 septiembre 1869)

Como puede verificarse, la “*Relación histórica sobre el Vicariato Apostólico de África Central*” se presenta como un trabajo notable que tiene que haber comprometido a su autor hasta el final, no sólo a nivel intelectual sino también personal y sobretodo, afectivo. Un trabajo que había hecho evocar recuerdos y emociones, y que hizo surgir a cierto punto – como había ya sucedido seis años antes en la basílica de San Pedro – una brillante idea:

- ¿Por qué, al ir a Roma, no llevar la voz de su África hasta los padres conciliares?
- ¿Por qué, como ya había escrito a Pío IX el 19 de septiembre

anterior, no hacer resonar también en el concilio el **grito** de su pueblo oprimido, perseguido y muy frecuentemente reducido en cadenas, para conseguir **respuesta** en nombre de la Iglesia?

Para Daniel Comboni, de hecho, dar una respuesta a aquel grito era posible.

Bastaba volver a examinar el **modo** de hacer misión hasta ahora adoptado en el vicariato, como él había recordado en la revisión histórica. El hecho de que cualquier cosa no hubiese funcionado, no era determinante y, por tanto, era relativizado.

Aquello que tenía que hacerse – escribía a Luigi di Canossa el 15 de febrero de 1870 – era descubrir el **porqué** del fracaso de los Franciscanos alemanes y, sobretodo, preguntarse: **“¿Cuál sería el mejor sistema para un buen resultado?”**

Por este motivo sugería a su obispo:

*“Ahora que se está discutiendo sobre los Asuntos del Rito Oriental y por tanto de las Misiones Católicas, ¿no sería una buena ocasión para que Ud. se pusiese de acuerdo con el Card. Barnabó y con Mons. el Delegado para levantar la voz en el Concilio en favor de África Central? [...] ¿No sería un asunto de gran relevancia proponer y discutir el **modo** de conquistar para la Iglesia a la décima parte de la Humanidad, que tantos esfuerzos de dieciocho siglos no han podido ganar para Cristo?”* (E. 2183-84).

La respuesta del Card. Barnabó

Aunque si la **Relación histórica** había sido preparada para Mons. Ciurcia, era obvio que el destinatario último tenía que ser el cardenal prefecto de *Propaganda Fide* quien, entre otras cosas, en aquella historia del vicariato había tenido – y habría continuado a tener en un futuro próximo – una parte para nada indiferente. A Alessandro Barnabó entonces, Daniel Comboni se dirigió por escrito antes de llegar a Roma, poniéndolo al tanto de los últimos acontecimientos y subrayando el por qué se hacía siempre más apremiante la urgencia de conseguir consensos y

medios que permitieran desbloquear la situación y retomar con renovada energía el camino de la evangelización¹⁸.

Recibido en audiencia inmediatamente después de su llegada, el misionero percibió que se respiraba un mejor ambiente en favor suyo; lo que fue confirmado por la solicitud, de parte del cardenal, de añadir a la *Relación histórica* un Informe “sobre el desarrollo de la Obra” (E. 2197).

Por su parte, *Propaganda Fide* no podía ofrecer a Daniel Comboni una oportunidad mejor para retomar el discurso de la aplicación del **Plan**, partiendo del punto donde prácticamente se había interrumpido. El *Informe* era por tanto el instrumento que se le ponía en las manos para demostrar la “necesidad” de reiniciar cuanto antes la Obra del Buen Pastor permitiendo de esta manera “que las nacientes Obras de Egipto y de Verona” caminaran y prosperaran “simultáneamente, a fin de alcanzar poco a poco el objeto al que” miraban. (E. 2216). No por casualidad la nueva relación se titula:

“*INFORME*
a la S. C. de Propaganda Fide
sobre la naciente Obra
de la Regeneración de África por medio de África misma”

Si la finalidad de los Institutos de El Cairo era la de aclimatar a los misioneros y de preparar inmediatamente el personal destinado a África Central, la de Verona era la de proporcionar a los mismos misioneros. Dos objetivos complementarios y, si queremos, dos partes de un solo proyecto.

El mismo *Informe*, de hecho, viene subdividido en dos capítulos, de los cuales el segundo es dedicado a las “*Pequeñas Obras de Verona*”. Vale la pena referir aquí algunos extractos de éste último permitiendo que un escrito tan importante hable por sí mismo.

¹⁸ “Me permito notificarle – escribía el 17 de febrero de 1870 – cómo el Sr. Baker* llegó a Jartum, donde está organizando una fuerte expedición para conquistar a nombre del Virrey de Egipto todo el curso del Río Blanco hasta el nacimiento del Nilo [...]. La expedición está provista de objetos mecánicos, obreros, colonos, médicos y demás. Incluso van en ella misioneros protestantes y muftíes para islamizar a los indígenas” (E. 2187-88).

“A fin de que los Institutos de Egipto y las obras que se funden en la Nigricia lleven el sello de la estabilidad, – se lee al inicio – S. E. Rma. Mons. Canossa abrió en Verona un pequeño Seminario para formar Sacerdotes y proveer de misioneros y hermanos colaboradores a los Institutos de Egipto y a las Misiones de África Central, y le dio la impronta canónica por medio del Documento del Anexo – es decir, el Decreto del 1º de junio de 1867 – proponiendo como su Director al pío y docto D. Alejandro Dal Bosco, que ya fue compañero mío en África Central [...].

Esta Obra había comenzado a ir bastante bien y contaba con el favor de muchos Obispos de Italia y de fuera [...]. Una circunstancia permitida por Dios embarrancó un tanto la santa Obra [...]. Mr. Meynis, Secretario del Consejo de Lyon, no comprendiendo bien la Obra o mostrando no comprenderla, creyó que la Asociación del Buen Pastor tenía como finalidad recoger limosnas para los Institutos de Egipto, y que por tanto era perjudicial para la Propagación de la Fe [...]. Como consecuencia de aquella comunicación, V. E. Rma. juzgó en su sabiduría que había que dar a nuestra Asociación de Verona la misma interpretación, y el 15 de septiembre de 1868 dirigió una Circular a los Obispos de Italia, en las que les prohibía que admitiesen en sus diócesis toda Asociación tendente a socorrer a una especial Misión, excepto a la Propagación de la Fe [...].

Ignoraba yo este hecho, y en la confianza de la aprobación pontificia traté de fundar en París un Consejo de la O. B. P. [...].

Sin embargo, unos días antes de celebrar la primera asamblea del Consejo Diocesano, ya convocada en los salones del Barón de Havelt, recibí de Verona el anuncio de la Circular de V. Ema. Rma. Aunque esta Circular no se refería en absoluto a las Asociaciones especiales que tenían por objeto un bien local [...], con todo, leyendo en el corazón de V. Ema., por sumisión y respeto al Jefe Supremo de las Santas Misiones decidí suspenderlo todo hasta nueva orden. Con rubor me despedí de los miembros del nuevo Consejo de París, anunciándoles que, por tener que marchar a Egipto, había decidido suspender ad tempus la actividad de la Obra del B. Pastor en París [...].

Así que dejé Francia resignado a las disposiciones de la Providencia, pero lleno de confianza en que más tarde el Señor pondría en marcha la santa obra.

Doblando la frente ante las veneradas intenciones de V. Ema., se procedió con paso medido también en Italia. Mons. Canossa juzgó prudente no admitir nuevos alumnos en el pequeño Seminario, y la obra de Verona permaneció estacionaria”.

Después de haber puesto en claro, de esta manera, cómo estaban las cosas, y con el valor que sólo una conciencia verdaderamente recta puede infundir¹⁹, Daniel Comboni continuaba:

“Estuvimos esperando con impaciencia la época del Concilio Vaticano para presentarnos ante V. Ema. y rogarle que cubriera con el escudo de su protección toda la Obra.

Un Seminario en Europa que forme misioneros para la Nigricia es de absoluta necesidad, y una pía Asociación bien organizada es el medio más seguro para sostenerlo [...].

Por tanto suplico humildemente a la S. C. de Propaganda que secunde los santísimos deseos de Mons. el Obispo de Verona, y sea larga y generosa con su precioso apoyo en favor de esta Asociación orientada a dar apóstoles a la infeliz Nigricia” [...]. Finalmente concluía:

“Yo sólo dispongo de una vida que consagrar a la salvación de aquellas almas; quisiera tener miles de ellas para consumirlas en ese fin. Por tanto, hasta el último suspiro, nunca dejaré de suplicar a V. Ema. [...] que dirijan piadosamente la mirada hacia los cien millones de almas que pueblan las inmensas regiones de África Central” (E. 2257-2271).

Establéceme bien el Colegio de Verona

El 12 de agosto de 1870 – durante aquella que, según se creía, habría sido solamente una pausa veraniega del concilio – Daniel Comboni reanudaba con nuevo entusiasmo el camino hacia Verona. En realidad, los motivos para alabar y agradecer

¹⁹ “Yo sólo tengo una cosa que nadie me puede quitar: la conciencia. – había escrito algunos días antes a su obispo – Roma sabe que yo hablo en conciencia” (E. 2195: Roma, 24 de marzo de 1870).

a Dios eran consistentes: primero, porque en la próxima agenda de los trabajos conciliares había sido inserido el “*Postulatum*”²⁰ en favor de los Negros de África Central; segundo: porque dicho documento fue recibido muy favorablemente por los obispos de misión, y porque en los ambientes de *Propaganda Fide* se hablaba cada vez con mayor convicción de confiar a Daniel Comboni aquel territorio misionero africano que tanto deseaba²¹; tercero: porque Don Daniel contaba con el apoyo de Luigi de Canossa, era urgente reanudar la fundación veronesa y garantizarle aquellas bases sólidas que le vendrían del buen funcionamiento de la Asociación del Buen Pastor.

“En las largas conversaciones que mantuve con S. Ema. el Card. Prefecto, – se lee en una carta de Comboni dirigida a Mons. Ciurcia el 18 de noviembre de 1870 – él me recomendó cálidamente que pusiera bien en marcha el Colegio de las Misiones Africanas en Verona [...]. Con su gran sentido del humor, el Cardenal me habló más de una vez en estos términos:

“O me traes un documento fehaciente que me asegure que vas a vivir treinta y cinco años más, o establéceme bien el Colegio en Verona: en cualquiera de estos dos casos te daré una misión en África Central”. (E. 2336).

Una cosa así no se le podía repetir a Daniel Comboni. Dos meses después de su salida de Roma, el 12 de octubre de 1870, él escribía al prefecto de *Propaganda Fide*:

“Siguiendo el sabio consejo y el deseo de V. Ema. Rma., he emprendido la tarea de establecer, de acuerdo con Mons. Canossa, el Colegio de las Misiones Africanas en Verona.

A tal fin he tomado una amplia casa anexa al Seminario Episcopal, que antes de seis meses estará totalmente pagada [...].

Gracias a la ayuda del sabio Rector del Seminario Episcopal [Don Pietro Dorigotti], Dios me ha concedido un excelente eclesiástico veronés al que poner al frente de dicho Colegio”. (E. 2331).

²⁰ En lo referente a la historia del Postulato, cf. E. 2289-93: Comboni a Artini. Roma, 22 de junio de 1870. Para el texto del documento y la carta que lo acompañaba, cf. E. 2294-2314; 2543-49.

²¹ “*Estoy tratando de obtener una Estación*” misionera, escribía Comboni al P. Artini el 26 de junio de 1870 (E. 2293).

“El buen sacerdote propuesto para hacerse cargo de este nuevo cenáculo de Apóstoles africanos – aclararía el 21 de noviembre siguiente –, el Revdo. D. Antonio Squaranti, veronés, está provisto de sagacidad, prudencia, firme criterio y ejemplar piedad, y de todas las dotes necesarias para formar, bajo los auspicios del Obispo de Verona, buenos evangelizadores para la ardua y laboriosa misión de África Central. Espero que la Sagrada Congregación tenga dentro de no mucho tiempo motivos para estar satisfecha”* (E. 2622).

Daniel Comboni no hace mención, en este momento, de un instituto femenino de abrirse en Verona. No porque hubiese abandonado la idea sino porque era algo simplemente prematuro. En primer lugar, era necesario arreglar *“en el Veneto la Obra del Buen Pastor”* (E. 2371), razón por la cual, a pesar de que el inquieto Stanislao Carcereri comenzara a crearle problemas con los Institutos del Cairo ²², él había decidido quedarse en Verona hasta que fuese necesario.

A las dos Casas – una masculina y la otra femenina – ya previstas en el Decreto de la fundación de la Obra, Daniel Comboni se habría dedicado – como de hecho hizo – inmediatamente después.

²² Cf. E, 2340-2371: Comboni a Ciurcia. Verona, 18 de noviembre de 1870.

2.

Las Pías Madres de la Nigricia

“En 1872 fundé en Verona el Instituto de las “Pías Madres de la Nigricia”, en el cual se forman hermanas misioneras que tendrán después que educar a las negritas en los institutos de los países africanos...”

(Daniel Comboni).

El 21 de noviembre de 1871, el Consejo Superior de la Obra del Buen Pastor – ya vuelto plenamente a sus funciones – se reunía en el palacio episcopal de Verona.

El objetivo era el de *“escuchar del Sr. Director General del mismo, Sr. D. Daniel Comboni, los resultados dados por la Obra en el curso de este mismo año y de deliberar sobre los medios propuestos por él mismo, con el fin de dar a la Obra un mayor desarrollo, requerido por las necesidades de la Misión, por la que fue creada.*

Estaban presentes S. E. Ilma. y Rma. Monseñor Obispo Residente, – S. E. Ilma. el Sr. Marqués Ottavio de Canossa 1er. Vicepresidente General – , el Ilmo. Rmo. Mons. Crosati D. Stefano Canónico y Vicario General de la Diócesis de Verona, Consejero – [...] – El Sr. Squaranti D. Antonio, Rector del Colegio de la Misión – finalmente, el M. R. Sr. D. Daniel Comboni, Misionero Apostólico y Superior de los Institutos de los Negros en El Cairo, Director General de la Misión de África Central.

Declarada abierta la reunión [...], el Director General [...] expresó su consolación al tener que participar al Consejo Superior los resultados más satisfactorios: mediante los cuales se han podido mantener los tres Institutos de El Cairo, comprar una Casa para el Colegio masculino de abrirse en Verona, y de tener aún una suma considerable. Pasando después a tratar el argumento con el cual se había propuesto entretener al Consejo [...], propuso de hacer avanzar la Misión a un punto más central de África. Dijo haber ya escrito sobre esto al Cardenal Barnabó, quien respondió que primeramente quería ver abierto en Verona un Colegio dispuesto a recibir nuevos individuos para mantener

la Misión. Ahora, pareciéndole que la obra es capaz de satisfacer los muy justos deseos del Cardenal, pidió el parecer del Consejo sobre qué hacer al respecto aquí en Verona y en África [...].

El Consejo [...], después de maduras reflexiones, llegó a las siguientes conclusiones:

1° De abrir cuanto antes un Colegio masculino en la casa que se compró contigua al Seminario Episcopal para formar a los estudiantes de la Misión.

2° Comprar una casa en Montorio [...], para abrir un Colegio donde formar las estudiantes Misioneras”²³.

El Fundador estaba completamente seguro de que en la reunión del 21 de noviembre se habría llegado a aquella decisión, tanto así que hablaba de ello como de una cosa cierta al menos cinco meses antes. En su relación a la Sociedad de Colonia, del 6 de junio de 1871, ahí donde menciona el “*Programa de la Regeneración de la Nigricia*”, se puede leer efectivamente:

“Para el éxito de esta sublime y útil empresa es necesario que tanto en Europa como en las costas de África, se organicen todas aquellas obras que pueden introducir el apostolado católico en África Central [...].

Hasta ahora la santa empresa abarca cuanto sigue [...]:

II. EN EUROPA

1. El Colegio de las Misiones Africanas de Verona [...].

2. El Instituto de Misioneras para África. Su objetivo es la formación de Hermanas pías y llenas de celo, destinadas a dirigir los Institutos femeninos negros del África Central” (E. 2570-75).

²³ ACR, A/25/19: *Verbal de la sesión de la Asociación del Buen Pastor. Verona, 21 de noviembre de 1871.*

Por qué Daniel Comboni quería Hermanas: una exigencia que venía de lejos

Desde 1857, cuando dejaba Verona por vez primera para ir a África con otros cinco compañeros, Daniel Comboni sabía que tenía, sobre todo, una tarea particular de llevar a cabo: encontrar un lugar seguro donde pudiera volver, “*hospedarse y vivir el primer grupo de negritas*” que llegó a Verona en 1851 para recibir, en el Instituto Africano de Don Nicolás Mazza*, una larga y esmerada educación.

Según el plan que el mismo Don Nicolás había elaborado a propósito – como escribía a Geremia da Livorno* el 18 de diciembre de 1849 – “*al menos diez años*” se requerían para que, “*bien erradicadas en los principios de la religión*”²⁴, las muchachas negras fueran capaces de regresar a África para formar a las familias cristianas con los jóvenes ya bautizados.

Desafortunadamente, la expedición apostólica que había permitido al joven Don Daniel recibir el bautismo de la misión, no había tenido un éxito feliz. Sin embargo, él había regresado de aquel viaje aún más convencido de la importancia de poder contar también – en cada proceso de evangelización – con una presencia femenina activa, si se deseaba fundar y, sobre todo, hacer crecer nuevas comunidades verdaderamente cristianas.

De los resultados “*de la expedición que hicimos a África Central* – él escribía el 2 de enero de 1861 al amigo Don Francesco Bricolo – [...] *se ve claramente lo sublime y sabio que resulta cada vez más el gran proyecto imaginado por nuestro venerable y querido Superior*” (E. 497-98).

Un Plan basado sobre la reciprocidad

Unos años después, estando profundamente convencido de que en el propio ambiente “*la mujer católica lo es todo*” (E. 970) y que por eso “*la regeneración de la gran familia de los negros depende casi toda*” (E. 829) de la mujer africana, Daniel Comboni

²⁴ N. MAZZA, *Escritos*, pág. 35-39.

la había tenido presente explícitamente en su **Plan** de acción misionera que, escrito sin interrupción en septiembre de 1864, fue después perfeccionado hasta la edición definitiva de 1871. No se intentaba, evidentemente, de contraponer la mujer al hombre sino de igualarlos, uno al lado del otro, siendo diferentes pero iguales, así como habían sido concebidos desde el inicio en el plan original de Dios, cuando había decidido dar vida a una humanidad que pudiera reflejar, en su crecimiento, la imagen auténtica de la Madre y del Padre.

Por tanto, no se encuentran en el **Plan** comboniano capítulos separados para el hombre y para la mujer, como tampoco se encontrarán más tarde en las **Reglas** que el Padre mismo diseñará para sus misioneros y misioneras.

“El Plan que nos atrevemos a proponer – se lee en la edición de 1864 – sería la creación de Institutos de ambos sexos que rodeen toda África y estén situados juiciosamente en lugares favorables a la distancia mínima de las regiones interiores del África negra [...] en los que puedan trabajar tanto el europeo como el indígena africano.

De cada uno de estos Institutos [...] se formarán otras tantas Instituciones masculinas y femeninas, destinadas a extenderse gradualmente en las regiones del África central, con el fin de anunciar y de establecer la obra saludable del cristianismo” (págs. 11-14).

En particular, en lo que concierne a la mujer, el autor especificaba: *“El grupo de las jóvenes negras, formado igualmente por las personas más aptas para objetivo tan importante, estará compuesto:*

*1° de hábiles **Instructoras**, a las que se dará la posible instrucción en religión y moral católica, a fin de que difundan sus reglas y la práctica en [...] la sociedad femenina africana, de la cual, como entre nosotros, depende absolutamente la regeneración de la gran familia de los negros.*

*2° de hábiles **Maestras y mujeres de familia**, las cuales deberán promover la instrucción femenina, en cuanto a leer, escribir, hacer cuentas, hilar, guisar, tejer, cuidar a los enfermos, y ejercer todas las labores femeninas más útiles en los países de la Nigricia central”* (pág. 14).

Finalmente, en la página 17 añadía: “*Del grupo de las jóvenes negras que no aspiren al estado conyugal se sacará igualmente la sección de las **Vírgenes de la Caridad**, formada por las chicas más distinguidas en piedad y conocimiento práctico del catecismo, las lenguas y las labores femeninas. Esta sección privilegiada constituirá la falange selecta de la familia femenina, destinada a dirigir las escuelas de las niñas, a realizar las tareas más importantes de la caridad cristiana y a desempeñar el **ministerio de la mujer católica** [la negrita es nuestra] entre las tribus salvajes de la Nigrizia.*”

*De este modo, gracias al ministerio importantísimo del **Clero indígena** y de las **Vírgenes de la Caridad**, secundado por la obra benéfica de los **Catequistas, Maestros, Artesanos**, de las **Instructoras, Maestras** y mujeres de familia, se formarán poco a poco numerosas familias católicas y surgirán florecientes sociedades cristianas”.*

El papel determinante de la Hermana misionera en la realización del Plan

Aquel primer grupo de “*jóvenes negras*” – para las cuales los sacerdotes de Don Nicola Mazza tenían que encontrar, en África, el lugar más adecuado para fundar una comunidad cristiana con la participación de africanos y africanas, destinados a convertirse en “**sujetos de evangelización**” – había sido preparado en Verona gracias a la preciosa colaboración de generosas “*mujeres del Evangelio*”, las colaboradoras laicas de Don Nicola Mazza que habían aceptado ser “*madres*” y “*tías*” dentro de los núcleos familiares femeninos creados en el Instituto²⁵.

Según el plan del fundador – referido por él mismo en la carta ya citada a Geremia da Livorno – otros grupos de pequeños africanos llegarían cada año, de tal modo que, una vez iniciado el regreso a la tierra de origen, esto sería constante.

²⁵ “*En el Instituto femenino de Don Nicolás Mazza – recordaba Daniel Comboni en su Informe Histórico de 1870 – había piadosas y buenas maestras que sabían muchas lenguas y perfectamente el árabe, y que se ocupaban de educar a jóvenes negras con el fin de formarlas para el apostolado de la Nigrizia*” (E. 2083).

En cambio, después de la llegada a Verona del segundo grupo – del cual también hacía parte Fortunata Quascè, convertida más tarde en Pía Madre de la Nigrizia²⁶ – tal operación fue interrumpida gracias a una intervención de Luigi de Canossa quien, en su memoria autográfica del 10 de junio de 1899, recordaba el siguiente episodio:

“Corría el año de 1869, cuando un día el santo y benemérito D. Nicola Mazza se encontró conmigo, llamado entonces Canónico, delante de Castel-Vecchio, y me dijo: dame dinero porque llegaron algunos jóvenes negros de África y necesito nuevos recursos. Y yo, con la confianza caracterizada por nuestra amistad respondí: aquí en el bolsillo no tengo, sin embargo algo te daré, pero permite que te diga claramente lo que pienso: tú y el óptimo D. Olivieri de Génova no obtendréis nada, de este modo, en favor de África. Y él: ¿Por qué? – Porque vosotros portáis negros y negras a Europa; cuatro o seis inviernos os los matan, y vosotros mandáis al cielo almas salvadas; bella obra, pero, ¿es por África?

Entonces D. Mazza replicó: Tú, que eres bueno, ¿qué harías? Y Yo, que había ya pensado entre mí, abrí la mano izquierda y le dije: supón que esta mano es el Mediterráneo; yo buscaría a lo largo de esta costa africana un lugar, por ejemplo, El Cairo, donde los europeos pudieran fácilmente aclimatarse, y edificaría Casas y Colegios donde acoger a los negros sin que cambiaran clima y alimentación; luego con el tiempo se harían matrimonios cristianos, y con ellos regiones, y países, etc., etc.

Y D. Nicola respondió: – ¿Sabes?, es una buena idea. Hasta luego. – Hasta pronto – contesté yo”.²⁷

Era necesario, en tal caso, encomendar las negritas a “*monjas establecidas en África*”

Ahora, en un “*Memorándum*” de 1866, enviado por Daniel Comboni a Don Biagio Verri* con un obvio intento de conquistarlo para su causa – claramente expuesto en el ***Plan*** ya publicado un año y medio antes – se tiene la impresión de percibir también el eco de las memorias canossianas reportadas arriba.

²⁶ A **Fortunata Quascè** ha sido dedicado el n. 9 de *AMN*.

²⁷ ACR, A/25/28: Idea primitiva de la Misión de África Central.

“La admirable Institución del P. Olivieri – se lee – tiene como objeto arrancar del seno de la barbarie un gran número de negritas para salvar sus almas, encomendándolas al cuidado de las monjas de Europa [...]. Para lograr este fin son necesarios grandes gastos de viajes en Europa y de sustento. La experiencia ha demostrado que, al conducir las muchachas negras a Europa, la mayor parte muere sin aportar ninguna ventaja a sus países, ya que obligadas a estar lejos de su patria se encuentran en la imposibilidad de beneficiar a sus hermanas que viven en el seno de la barbarie. Ahora parece claro que la magnífica institución del P. Olivieri, conservando fijo su programa de que las jóvenes negras sean siempre educadas e impregnadas del espíritu de fe en Jesucristo por las monjas, podría desarrollarse maravillosamente y perpetuarse. En lugar de conducir las a Europa se [podrían encomendar] a las monjas establecidas en África de manera que sean completamente instruidas en la fe y en las labores domésticas, formando elementos para convertir a muchas otras connacionales. [Entonces], trasplantadas, siempre bajo la dirección de las monjas, en los países del interior de África, se convertirían en apóstoles de sus hermanas. Realizando semejante programa se tendrían las siguientes ventajas:

1) Sería reducido el gasto que cuesta cada joven negra, y se ahorraría el dinero necesario para el viaje [...].

3) Seguirían con vida, salud y capacidad de acción casi todas aquellas que fueran rescatadas [...].

*4) Este gran número de negritas rescatadas, podrían no sólo salvarse a sí mismas viviendo bajo la dirección de las monjas de África, sino que se convertirían en instrumentos para salvar el alma de muchas otras, teniendo todas las ventajas sobre las europeas **para hacerse apóstoles de sus connacionales...** (la negrita es nuestra)”²⁸.*

²⁸ ASFMR: Comboni a Verri. El Cairo, febrero de 1866.

Fundador por voluntad de Dios

Parece obvio – por lo que dispuso para el proyecto de Negadeh²⁹ – que Daniel Comboni pensase pedir, para “*dirigir a las negritas de modo que lleguen a ser apóstoles en su nación sobre la base del [...] Plan*” (E. 2012), la colaboración de Hermanas ya residentes en África. Mejor aún, había especificado más de una vez, que tales Hermanas fueran de lengua materna árabe.

Pero cuando, en 1866, Mons. Castellacci le había propuesto la posibilidad de abrir en Verona, bajo los auspicios del obispo, un instituto misionero masculino y femenino, acogió con gusto la idea de poder formar personalmente “*buenas misioneras*”, dando vida a “*una institución adaptada exclusivamente a las particulares necesidades del apostolado africano*” (E. 1416).

Obligado por las circunstancias a suspender, al menos por el momento, la fundación veronesa, pero habiendo ya programado – en el otoño de 1867 – el regreso a África de unas 16 “*negritas*”, el Misionero de la Nigricia se dirigió a las Hermanas de San José de la Aparición, basándose en los “*vínculos de la más santa amistad*” (E. 586) que hacía tiempo ya lo ligaban a una de sus superiores, la Madre Emilie Julien.

Gracias a las Hermanas de Marsella, en efecto, los Institutos Combonianos de El Cairo – uno masculino y el otro femenino – habían podido surgir contemporáneamente, ya que tres de ellas habían sido destinadas para la dirección del *Sgdo. Corazón de María*. De cada una de ellas el mismo Daniel Comboni escribió una biografía en el informe que envió a la Sociedad de Colonia en 1868, precisando que Maddalena Caracassian, la más joven y prometedora, era preparada “*en las lenguas abisinia, denka, bari, galla, etc., así como en medicina y cirugía y, en suma, en todas las materias susceptibles de convertirla en una mujer según el Evangelio, y según las necesidades de nuestra Obra para la Regeneración de África*” (E. 1815).

²⁹ En Negadeh, del Alto Egipto, Daniel Comboni decidió iniciar la realización del Plan con un pequeño instituto femenino, destinando tres Hermanas – que podrían haber sido aquellas de San José de la Aparición, o bien, aquellas del Buen Pastor – y algunas “*negritas de Verona, instruidas muy bien en el árabe y las labores domésticas*” (E. 1217: Comboni a Barnabò. El Cairo, 6 de febrero de 1866).

Daniel Comboni se declaraba satisfecho, tanto así que no pensaba más en una nueva Congregación de Hermanas. Desgraciadamente – como ya se remarcó al inicio – la superiora general de las Hermanas de San José de la Aparición le hacía saber – sólo un año después, que no solo no podía destinarle otras Hermanas para las necesidades de África Central, sino que preveía no poder continuar con la obra del Viejo Cairo.

“Consternado por esta carta inesperada que sin duda usted mandó escribir – le recordaba Daniel Comboni el 30 de marzo de 1877 – visité numerosas Congregaciones de Francia y de Italia. Pero al no encontrar Hermanas, me fui a Verona, donde tuve el coraje de intentar la fundación de una nueva Congregación de Hermanas, y empecé con dos postulantes” (E. 4468).

1° de enero de 1872: apertura de la Casa femenina

Las dos postulantes mencionadas por Daniel Comboni en la carta arriba citada, eran María Caspi y María Teresa Scandola, ambas veronesas³⁰.

Tanto una como la otra, evidentemente se habían propuesto ser misioneras para África antes de que la congregación existiera, permitiendo de esta manera al Fundador asegurar al Consejo Superior de la Obra del Buen Pastor que había candidatas y, que por tanto, se podía proceder no solamente con la adquisición de una casa en Montorio Veronese, sino que también con la fundación verdadera y propia de una congregación femenina, **“gemela”** del instituto misionero veronés.³¹

Después de la fatídica reunión del 21 de noviembre, en efecto, comenzó a realizarse cuanto había sido aprobado por el Consejo Superior de la Obra del Buen Pastor, es decir:

³⁰ Para los datos biográficos de las primeras misioneras combonianas cf. AMN, 10(2005).

³¹ Costanza Caldara, segunda superiora general de las Pías Madres de la Nigricia, se referirá frecuentemente a las dos instituciones queridas por Daniel Comboni, como a las **“congregaciones gemelas”** (APMR, VI/C2/8/1-2009; anotaciones personales, 26 de septiembre de 1901, 5° folleto).

1) El 8 de diciembre de 1871 Luigi de Canossa, obispo de Verona, publicaba el decreto de erección canónica “*del Instituto de las Misiones para la Nigricia*”³², con el fin de poder después solicitar al papa Pío IX “*el dignarse confiar al Instituto [...] una Misión especial para África Central, erigiéndola en Vicariato Apostólico*”³³.

2) El 1° de enero de 1872 se declaraba abierta también la casa de formación femenina, después de que Daniel Comboni había hecho entrar en Montorio, el día anterior, a la “primogénita” María Caspi.

Esta fecha se recuerda explícitamente – al menos hasta ahora – solamente en el Verbal de la “*Junta General tenida por el Consejo de la Obra en el Episcopado el 10 de Mayo de 1874*”³⁴; pero es interesante tener presente que Luigi de Canossa – escribiendo al prefecto de *Propaganda Fide* el 1° de febrero de 1872 para hablarle sobre las *Reglas* llevadas a Roma por Daniel Comboni – antes de concluir la carta pedía al Card. Barnabó:

“*Ruego a V.E. obtener del Santo Padre la facultad de poder celebrar la Santa Misa y de tener el Smo. Sacramento en los dos Institutos siguientes de Verona fundados para preparar individuos de ambos sexos para la Misión de África Central.*

1°. *En la Capilla interna del Instituto de las Misiones para la Nigricia en Verona, consagrada al Sgdo. Corazón de Jesús.*

2° *En la Capilla del Instituto de las Pías Madres de la Nigricia, fundado en la Parroquia de Montorio cerca de Verona, dedicada al Sgdo. Corazón de María*”³⁵.

³² Cf ACR, A/25/20/2.

³³ APSOCG, vol. 999(1872)507: Canossa a Pío IX. Verona, 1° de febrero de 1872.

³⁴ Cf ACR, A/25/22.

³⁵ AP SOCG, vol. 999(1872)509: Canossa a Barnabó. 1° de febrero de 1872.

Según los *Anales del Buen Pastor*, la institución nació internacional

Planeados por Daniel Comboni desde el mes de febrero de 1868 (cf. E. 1559), también los *Anales del Buen Pastor* habían visto la luz en enero de 1872. El primer número, naturalmente, presentaba la Obra, a su Consejo Central y el Programa de la Asociación.

“La religión de Cristo – se lee en éste – fuente de salvación y fundamento de la civilización de los pueblos [...] no se ha podido nunca plantar establemente entre las tribus bárbaras de África Central [...]. Es necesario que Europa [...] después de que ella misma, gracias a la fuerza prodigiosa del Evangelio, fue arrancada del torpe yugo del paganismo, despliegue a su vez con nueva energía su poderosa acción, con el objeto generoso de contribuir a la iluminación y salvación de esta parte del mundo, la más infeliz y abandonada [...].

*Para lograr esta sublime y útil empresa es beneficioso organizar en Europa todas aquellas Obras que son eficaces para establecer en el interior de África el Apostolado católico, mediante el método trazado en el **Plan para la regeneración de África**, el cual está basado en el principio “**regenerar África por medio de África**”.*

Ahora, estas Obras se compendian en la creación de Institutos masculinos y femeninos en Europa para formar misioneros y misioneras, y artesanos europeos destinados a establecerse en los países de África, que circundan la Nigrizia [...].

*Con el objeto de fundar en Europa y mantener estas Instituciones católicas, destinadas a preparar elementos para la misión de África, se instituyó en Verona la **pía Asociación del Buen Pastor** [...] llamada hoy a mantener con sus recursos las nuevas Instituciones siguientes, erigidas en la Diócesis de Verona:*

I. El Instituto de las Misiones para la Nigrizia fundado en Verona con el objeto de instruir jóvenes sacerdotes, clérigos de teología, catequistas, artesanos y hermanos coadjutores para el apostolado africano.

II. El Instituto de las Pías Madres de la Nigrizia instituido en Montorio, cerca de Verona, con el objeto de preparar para el apostolado de África misioneras fervorosas y capaces, destinadas a ayudar, con su importante obra, a las Misiones de la Nigrizia” (pág. 8).

*“Las generosas dádivas de dos personas muy pías³⁶ – se lee en la página 18 del mismo número – nos hicieron capaces de abrir en Montorio Veronese, a cuatro millas de la ciudad, una casa femenina, para formar en el apostolado de África celosas misioneras, que sigan las huellas y cumplan las funciones de las mujeres pías del Evangelio, a la cual hemos dado el título de Instituto de las **Pías Madres de la Nigricia**; éste es presidido por una sabia y pía directora, adornada de virtudes y provista de dones de mente y de corazón, que son necesarios para corresponder a una sublime y excepcional misión”.*

“Toda nuestra confianza está puesta en Aquel que [...] escoge los instrumentos más débiles para llevar adelante su obra; porque quiere demostrar que es Él el autor del bien...”

(Daniel Comboni, 21 de mayo de 1871)

No se sabe, al menos por el momento, el nombre de aquella “pía y sabia directora” que el mismo Don Daniel había ido a recoger a Padua en el mes de enero de 1872. En una carta dirigida a las “*Gentilísimas Señoritas*” Girelli, de Brescia, él escribió solamente esto:

“El Ecónomo [San José], en su bondad y sabiduría (teniendo buen corazón y la cabeza bien puesta) ha inspirado a esa excelente monja de Padua de la que les hablaba a consagrarse a la santa Obra de la Nigricia; por lo cual fui a buscarla y la instalé con otra postulante en la casa de Montorio Veronese, cerca de Verona. Por eso sería conveniente que viniese enseguida la buena postulante que vi en Brescia...” (E. 2797).

Aquellas tres postulantes: **María Caspi**, que se encontraba en Montorio desde el 31 de diciembre de 1871; **María Teresa Scandola**, que entró el 17 de enero siguiente – contemporáneamente con la llegada de la “directora” – y **Ángela Rossolani**, procedente de Brescia pero que duró un mes solamente (cf. E. 2955), se presentaron verdaderamente como “*instrumentos*” muy “*débiles*” para iniciar una fundación que tenía que convertirse en una congregación misionera internacional.

³⁶ Se trataba de Luigia Zago e Isabella Zadrach (cf. E. 2628), conocidas también como las “Peccati” (E. 6695).

Sin embargo Daniel Comboni tenía plena confianza en “*Aquel que escoge los instrumentos más débiles para llevar adelante su obra*”. En las dos primeras aspirantes que él había seguido personalmente, vio evidentemente los signos inconfundibles de una llamada evangélica, así que era importante tenerlas con él en África, aunque si sólo hablaban la lengua materna y su instrucción fuera interrumpida a nivel elemental.

Estas eran lagunas que podían remediarse. La formadora – que todo parece se trataba de **Pía María Galli**³⁷ – habría empezado enseguida. Antes que nada, ella tenía que ayudar a las futuras misioneras a crecer espiritualmente, haciendo que se enamoraran perdidamente de Cristo por quien tenían que dejar patria y familia; dispuestas también, su fuera necesario, a dar la vida.

Para ayudarla en esta ardua y delicada tarea estaban las *Reglas* – o mejor, un bosquejo de ellas – redactadas por el fundador “*después de prolongados estudios, autorizadas consultas, y no escasa experiencia y conocimiento de la ardua obra que [tenía] entre manos, y que [era] objeto de [sus] desvelos y largos suspiros*” (E. 2638).

De aquellas *Reglas* efectivamente, así como del *Decreto* de erección canónica del Instituto misionero de Luigi de Canossa (8 de diciembre de 1871), dependía la asignación de un territorio de misión en África Central.

“*Antes que nada deseo ver las Reglas y el Decreto de institución del nuevo Colegio de las Misiones para la Nigrizia que se está estableciendo en Verona* – hizo saber a Daniel Comboni el cardenal Barnabó, el anterior 7 de septiembre.

³⁷ Aún no se logra saber exactamente, no obstante todas las investigaciones ya efectuadas, quién fue realmente Pía Galli. Es probable de que se tratara de una Terciaria Franciscana, de las “*Virgenes Ermitañas*” de Padua. El motivo por el cual su nombre no aparece en los archivos de la congregación puede deberse al hecho de que en 1866 el convento sufrió una supresión de parte del Gobierno, y enseguida el material de archivo fue transferido en parte al Museo Cívico de Venecia, y otra parte a la Biblioteca de Estado de Padua. (Cf APMR, Reg. 59: Notas de Elisa Pezzi referentes a la investigación sobre Pía Galli, marzo de 1978).

Luego especificó: *Esto debe preceder a los otros trabajos que se realizan en favor de las gentes, a cuya conversión se quiere dedicar*”³⁸.

Las Reglas de 1871-72 y el anuncio oficial de la fundación del Instituto

“Las Reglas estables de un Instituto son siempre el fruto de largas observaciones de la experiencia. Las normas que yo esboqué no son más que el resumen substancial de la forma de conducta que deben seguir los misioneros; tengo la firme y la más grande determinación de madurar, con la práctica y larga experiencia, el reglamento que más convenga al Instituto para entregar a la S.C., y tener la aprobación de la Santa Sede...”

(Daniel Comboni, abril de 1870)

El futuro pro Vicario de África Central, que esperaba poder presentar las Reglas de 1871 a *Propaganda Fide* antes de Navidad (cf. E. 2622), en lugar de esto, tuvo que quedarse en Verona por varias semanas para revisar el texto y darle una seguridad más jurídica. Eran entonces las nuevas Reglas, compiladas también con la ayuda de aquellas del PIME ³⁹, las que él podía entregar al cardenal Barnabó – con los otros documentos pedidos – en el mes de marzo de 1872.

Uno de estos, entre otros, era el “Informe” del **2 de marzo** sobre los institutos de Verona, que contenía **el anuncio oficial** de la **fundación** del Instituto de las **Pías Madres de la Nigrizia**. Por tanto vale la pena referir aquí algunos puntos significativos:

“[...] existen en Verona dos Institutos preparatorios de ambos sexos, creados sobre las bases del Plan para la Regeneración de África exclusivamente para favorecer [...] el Apostolado del África Central. Son estos:

³⁸ AP LD, vol. 366, f 789: Barnabó a Comboni. Roma, 7 de septiembre de 1871.

³⁹ “El jueves espero poder presentarle mis respetos y llevarle las Reglas, – escribió el 3 de febrero de 1872 al director del PIME de Milano – que me han servido inmensamente”. (E. 2829: Comboni a Marinoni*).

1° *El Instituto de los Misioneros para la Nigrícia.*

2° *El Instituto de las Pías Madres de la Nigrícia.*

*Estos Institutos, que funcionan bajo el gobierno [...] de Mons. el Obispo de Verona [...], tienen como fin formar, mediante una intensa y sólida educación regular, hombres verdaderamente apostólicos y virtuosas misioneras, para que después de un noviciado de más de **dos años** en Verona y de otros **tres años** en las Casas de Egipto, se consagren por completo a las misiones de África Central.*

*La norma principal que se han marcado estos Institutos [...], es la de hacer una buena selección de los aspirantes y educarlos en el **espíritu de sacrificio** [...].*

*En el Instituto de los Misioneros [...] se trata de imprimir y hacer arraigar bien en el espíritu de los candidatos el verdadero y preciso carácter del misionero de la Nigrícia, el cual deber ser **una perpetua víctima de sacrificio** destinada a trabajar, sudar y morir, acaso sin ver ningún fruto de sus fatigas” (E. 2884-86).*

Se advierte claramente, a este punto, que el nuevo fundador está simplemente transcribiendo buena parte del capítulo X de las *Reglas* de 1871, el cual a su vez reporta el eco de cuanto ya se podía leer en el informe a la Sociedad de Colonia, ahí donde se habla del reglamento para los misioneros de los Institutos de El Cairo (cf. E. 2489).

Esto confirma, en caso de que fuese necesario, cuánto Daniel Comboni estaba convencido de lo que escribía desde abril de 1870, y de cómo las *Reglas* que estaba esbozando hacían parte de su vida y le eran dictadas por la experiencia (cf. E. 2220).

Ahora, al presentarlas al prefecto de la S. C. de *Propaganda Fide*, él expuso con precisión:

*“Lo que digo del Instituto masculino se practica igualmente en el de las **Pías Madres de la Nigrícia**, cuyas Novicias se educan según el mismo espíritu”.*

Al entregar estas *Reglas* a los suyos, el fundador quería que ellos las asimilaran hasta madurar en esa “*disposición esencialísima*” del verdadero espíritu de sacrificio, “*teniendo siempre*

los ojos fijos en Jesucristo, amándolo tiernamente y procurando entender cada vez mejor qué significa un Dios muerto en la Cruz por la salvación de las almas”.

“Formados con estas normas – agregaba en el Informe del 2 de marzo de 1872 (E. 2892)– nuestros candidatos no pueden por menos de resultar buenos instrumentos en las manos de Dios y en las de sus legítimos Representantes, para colaborar en esta difícil empresa” de la regeneración de la Nigricia.

Cómo se procedía en Montorio

De una carta de Daniel Comboni escrita desde Roma – donde en abril de 1872 se encontraba aún en espera de la decisión de *Propaganda Fide* respecto al vicariato de África Central – se puede notar cómo, en la casa femenina de Montorio, había ya iniciado aquel proceso de selección que tenía que garantizar a la misión personas aptas para ese propósito. Al camilo Germano Tomelleri, en efecto, el Fundador – que evidentemente seguía personalmente a las jóvenes aspirantes – respondió que había ya decidido no admitir a la tercera ingresada.

“Por lo que respecta a Angela Rossolani – especificó el 24 de abril de 1872 – [...] me suplicaba con lágrimas en los ojos que la admitiese definitivamente [...]. Pero como no sólo era demasiado vieja, sino que además tenía poca salud, no quería comer de vigilia el viernes ni el sábado y era extremadamente parlanchina, y lo que es peor, completamente inepta e incapaz de convertirse en religiosa, ordené que se la mandase a su casa. Ella se resistió durante un mes; pero finalmente, teniendo que recurrir a las malas, la Superiora se decidió a leerle mis cartas, y se marchó” (E. 2955).

En cuanto concernía a la formadora llegada de Padua, Comboni confiaba al P. Tomelleri, en la misma carta arriba citada, que estaba satisfecho. Generoso como siempre, cuando se trataba de remarcar los dones de una persona, escribió:

“En cuanto a mi Superiora, por el conjunto de lo que de hecho ha demostrado, el Obispo, D. Squaranti, yo, y todos los que la han conocido, encontramos que es una gran mujer, y creo que no va a

la zaga de la Oberbizer [Clarisa] ni de las Nespoli [Canossiana], que en mi opinión son las superiores más cuadradas de Verona”.

Para evitar confusiones agregó inmediatamente: *“Esperemos que dure”.*

Desgraciadamente no duró mucho, como se verá, pero tal vez no sólo por causa suya. Antes de que terminase aquel 1872, cuando era ya pro Vicario apostólico y se encontraba en Egipto para preparar su primera expedición hacia África Central, el fundador escribió a la superiora general de las Hermanas de San José de la Aparición, refiriéndose evidentemente a la formadora:

“En cuanto a las Pías Madres de la Nigricia de Verona, no tengo ninguna confianza en que puedan hacerse cargo de una pequeña misión. Esas están muy bien para la clausura, pero para África necesito soldados como Sor Josefina y Sor María Bertholon (E. 3111).

Pero es necesario remarcar algo sobre este punto: a semejante afirmación del Pro Vicario, reportada arriba, es necesario darle un peso relativo si se tiene presente el contexto en el que escribió, y que resultará más claro en la carta que dirigirá a la misma M. Julien el 30 de marzo de 1877.

Traslado de las aspirantes a Verona

Las primeras dudas habrían llegado a Daniel Comboni a partir de la calidad de las candidatas que se presentaban en Montorio. En la carta del 24 de abril de 1872, en efecto, él expresaba al P. Tomelleri: *“En cuanto a las otras que se presentaron, eran todas pobres criaditas que venían a matar el hambre, por lo que mandé que no se admitiese a ninguna. De modo que solamente hay allí las dos novicias que yo llevé [María Caspi e Ma. Teresa Scandola], las cuales marchan muy bien y están contentas.*

Yo me encargaré de que vayan postulantes forasteras y con vocación [...]. Por otra parte necesito establecer la casa Madre en Verona capital, para que la Superiora pueda examinar bien a las candidatas...”

Algunos de los motivos por los cuales a cierto momento se hizo necesario dejar Montorio y “establecer la Casa Madre en Verona”, se encuentran en el verbal de la “Reunión general del Consejo de la Obra” del Buen Pastor del 10 de mayo de 1874. En éste, el mismo Don Antonio Squaranti, rector del Instituto de las Misiones para África, escribió:

“... aquella casa, ya sea por estar expuesta al contacto con gente extranjera, o por el número reducido y la estrechez de los locales vendidos [...], o por la distancia excesiva, presentaba varios inconvenientes y grandes gastos debidos a la provisión de cosas necesarias para vivir, así como por la Misa diaria y las otras necesidades espirituales.

Además esta distancia parecía que fuera un obstáculo para las vocaciones pues faltaba a las aspirantes la oportunidad de escuchar, de informarse y de llevar adelante las prácticas necesarias. De hecho, en nueve meses sólo dos jóvenes pudieron ser acogidas en el Instituto ⁴⁰. Esta es la razón por la cual Mons. Comboni tuvo la determinación de transferir el Instituto en Verona. La más grande dificultad estaba en encontrar un lugar adecuado [...]. Entonces fue ofrecido el convento en Santa María in Órgano [...]. En cuanto al local no se podía desear algo mejor, en todos los aspectos, pero su adquisición presentaba muchas dificultades [...].

No soy capaz de juzgar si semejante adquisición sea ventajosa o no [...]. Lo que puedo decir es que el 14 de septiembre de 1872 la semilla de Montorio fue trasplantada en el nuevo local...” ⁴¹.

En el día de la Exaltación de la Santa Cruz

El traslado de las tres aspirantes – Caspi, Scandola y Caviola – de Montorio a Verona, tuvo lugar el 14 de septiembre de 1872, en la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz.

Los mismos *Anales del Buen Pastor* dieron la noticia en el siguiente mes de diciembre, comunicando que: “*El Instituto*

⁴⁰ Recibidas, en realidad, fueron cuatro, si tenemos cuenta de Angela Rosso-lani y de Teresa Caviola, que entró en el mes de julio; solamente dos fueron aquellas que llegaron a la profesión religiosa.

⁴¹ ACR, A/25/22.

femenino fue transferido de Montorio a Verona, a un lugar muy idóneo en todos los aspectos” (pág. 3).

El Fundador – que el 26 de mayo de 1872 fue finalmente confirmado, por Pío IX, pro Vicario apostólico de África Central ⁴² – se encontraba cerca de reanudar la vía de la misión. Evidentemente no había querido partir antes de haber dado un arreglo definitivo a la Casa femenina, que ahora se encontraba a pocos pasos de aquella masculina. Era más fácil, para Don **Antonio Squaranti***, ejercitar su doble función de rector del seminario misionero y de superior eclesiástico de las Pías Madres de la Nigricia.

En particular, Don Antonio habría podido seguir más de cerca el comportamiento como formadora de futuras misioneras, de la ex religiosa llegada de Padua, de quien se comenzaba a tener ciertas reservas. *“La Madre Pía Galli de Padua – leemos en un manuscrito de Ermenegilda Morelli – (Terciaria Franciscana,) si era buena para dar una adecuada instrucción religiosa, no lo era igualmente para dar una formación misionera. Esto constituía un sufrimiento para el corazón del Siervo de Dios; sin embargo la necesidad exigía así”* ⁴³.

No se sabe aún de quién, ni cuándo iniciaron las primeras voces que manifestaron semejantes reservas. Aquello que quedó documentado es sólo lo que Daniel Comboni escribió, el 24 de junio de 1873, al editor de la *“Voz Católica”* de Trento, y era que el Instituto femenino fundado por él *“en Verona para formar misioneras de África”*, marchaba entonces, *“muy bien”*, como le escribió *“Monseñor”* – es decir el obispo de Verona – *“y que dentro de pocos años”* le habría dado *“buenas misioneras”* (E. 3220).

A este punto sería interesante retomar el verbal del 10 de mayo de 1874 – ya citado – relativo a la reunión del Consejo Superior de la Obra del Buen Pastor, a la cual participó también Stanislaw Carcereri, procedente de África en calidad de vicario de Daniel Comboni.

⁴² Cf ANNALI, 2(1872)14-15.

⁴³ APMR, VI/A/5/3-2722: Notas inéditas, pág. 3. Cesiolo, 1941.

Después de haber recordado los precedentes de la casa de formación femenina transferida de Montorio a Verona, Don Antonio Squaranti dijo de nuevo:

“Ocho son las jóvenes que ahora se encuentran aceptadas, y que son formadas para la misión. Se encuentran aún lejos, para decir la verdad, de aquella instrucción y perfección que se requiere, y eso depende de la poca cultura que generalmente tenían cuando entraron, y de la falta de maestras [...]. Ahora hay esperanza de superar pronto esta encalladura...”

En busca de otra formadora

Las informaciones respecto a las Pías Madres contenidas en el verbal arriba reportado son muy importantes, especialmente la última porque, después de un año de estancamiento – 1873 – no había sido aceptada ninguna aspirante; ahora se nos dice que en aquel primer semestre de 1874 entraron cuatro. En realidad, el registro del *Estado del Personal* documenta solamente la entrada de Teresa Grigolini acaecida en el mes de enero; mientras que Rosa Zabai habría ingresado el siguiente 16 de julio. Es posible, sin embargo, que haya sido aceptada alguna otra aspirante. El mismo Daniel Comboni – que en el mes de julio de 1872 había aceptado a María Rosa Colpo, que ya residía en Santa María in Órgano con las Astori* – parece confirmar esto en una relación suya a *Propaganda Fide*, del 2 de junio de 1874, en la cual se lee:

*“Para las necesidades de las dos Misiones principales se necesitarían al menos veinticuatro Hermanas de San José, las cuales, en mi opinión, son unas misioneras excelentes y de suma utilidad para las misiones extranjeras; pero es una Congregación que no tiene muchos miembros. Sabiendo yo esto desde hace unos años, fundé en Verona el Instituto de las **Pías Madres de la Nigrizia**, y lo doté de alguna renta, con el fin de prepararme misioneras para África Central. Ellas tienen ahora una escuela y un pensionado, sobre todo para hijas de grandes familias venidas a menos, y hay allí bastantes novicias preparándose para el apostolado de la Nigrizia...”* (E. 3621).

Cuando el Pro Vicario escribió cuanto se lee arriba, la palabra “encalladura” que mencionaba el verbal del 10 de mayo precedente estaba a punto de ser eliminada, si con semejante

término se aludía a la “maestra” de las postulantes, es decir, a Sor Pía Galli.

Una elección, aquella de la ex religiosa de Padua, que al final demostró ser poco acertada. Las formandas, de hecho, no conservaron en general un buen recuerdo del tiempo que transcurrieron con ella. Ermenegilda Morelli, que en su primer intento de escribir la historia de la congregación (1941) se mostró bastante benévola respecto a la primera superiora, se hizo más severa dos años después, cuando fue encargada de escribir una primera biografía de Giuseppa Scandola. En sus notas inéditas, acerca de la *“Madre Giuseppa Scandola y las Hijas de Comboni en África”*⁴⁴, se lee en efecto:

“La Madre Pía Galli no tenía las cualidades requeridas por nuestro Fundador. Él puso los ojos en ella para la conservación y el desarrollo del internado, así como para la formación religiosa de las postulantes; pero la suya era una dirección dura y áspera, más llevadas a la vida de penitencia que a la del apostolado. Tenía ideas todas suyas concernientes a la piedad. Las 6 o 7 postulantes que había [en 1874] tenían que estar a su disposición noche y día. Imponía trabajos manuales gravosos y duros. Al mismo tiempo humillaba y mortificaba a estas hijas, dándoles severas penitencias” (págs. 16-17).

Don Antonio Sembianti observaba, y muy probablemente intentaba también intervenir. Nunca se ha encontrado, por desgracia, la correspondencia que ciertamente él intercambió en aquel tiempo con Daniel Comboni⁴⁵, pero todo indica que debe haber manifestado la convicción de que así no se podía continuar. La gota que derramó el vaso, por lo que escribe Teresa Grigolini, fue cuando la formadora llegó a golpear a la novicia María Teresa Scandola, por dejar caer de sus manos un escalón muy pesado durante la construcción de una escalera

⁴⁴ Cf APMR, VI/SC/9/8-342.

⁴⁵ Desgraciadamente, *“nos falta casi toda la correspondencia epistolar Comboni-Squaranti; hubiera sido sin duda alguna la fuente más preciosa para documentar su constructiva colaboración en la obra comboniana, especialmente en los años (1872-1876) en los que él fue rector en Verona [...] La correspondencia Comboni-Squaranti parece que extraña e irremediablemente se perdió”* [AC, 2(1987)150].

secreta, “*que aquella pobre Madre Superiora se había metido en la cabeza*” para utilizar como acceso a su habitación, sin que Don Squaranti lo supiera. Sin embargo Don Antonio lo llegó a saber y, concluye Grigolini, “*aquella Superiora poco después fue alejada de la Congregación*”⁴⁶.

La “impaciencia” de Stanislao Carcereri

El encargo de resolver el problema de la superiora de la Casa femenina, fue dado por Daniel Comboni a su vicario, el P. Stanislao Carcereri quien, en la primavera de 1874 tuvo que ir a Italia⁴⁷. En Verona, informa la crónica, él ciertamente estaba ahí en el mes de mayo ya que participó a la reunión del Consejo Superior de la Obra del Buen Pastor. Después de haber escuchado el informe de Don Squaranti acerca del Instituto femenino, el P. Carcereri dio rápidamente sus conclusiones, escribiendo al día siguiente a Don Bartolomeo Rolleri:

*“El Instituto femenino merecería la supresión total ya que es totalmente pasivo sin esperanza de ayuda para la misión [...]. Yo buscaré de remediar con las Hermanas de San José...”*⁴⁸.

Entonces, sin perder tiempo, el mismo día escribió a la madre Julien proponiendo que el Instituto femenino veronés se convirtiera en “*un noviciado de las Hermanas de San José*”; le rogó de responder “*inmediatamente a lo que sigue: 1°, si está lista la Superiora de ir a Verona; 2°, si puede llevar consigo una monja capacitada en Italia para la escuela; 3°, qué condiciones pone para aceptar el Instituto con las postulantes existentes*”. Si no – precisaba – la casa “*se rentará o se venderá*”⁴⁹, siendo de mucho peso.

⁴⁶ Cf APMR, VI/G/4/4g/6-5554: Memorias de la Difunta Sor Giuseppa Scandola, sin fecha. A pesar de haber sido exonerada del encargo, Sor Pía Galli no fue sin embargo alejada de la Casa Madre. Existen de hecho documentos que testifican su presencia, probablemente en la comunidad de las Astori, al menos hasta el 1878 (cf. ACR, A/20/16-18: Luigi Comboni a Stampais: 17 de mayo de 1876; cf. ACR, A/28/20/1: P. Rossi, informes administrativos del 16 de mayo de 1878 y del 16 de noviembre de 1878).

⁴⁷ Cf M. GRANCELLI, pág. 220.

⁴⁸ AP SOCG, vol. 1005, f. 1455: Carcereri a Rolleri, 11 de mayo de 1874.

⁴⁹ AP SC Afr. C., vol. 8, ff. 248-249.

Como un informe de cuanto estaba haciendo, Carcereri escribió también, finalmente, de Roma – el 13 de julio de 1874 – a Daniel Comboni, diciéndole entre otras cosas:

“El Instituto femenino de Verona se encuentra terriblemente pasivo, sin más. La Superiora es gemela en cuerpo y alma de la famosa [Caterina] Valerio – hace cosas indebidas: entre éstas, puñetazos y bofetadas a las Novicias; está descontenta con el Rector y en guerra con Don Mainardi*. Después de los asuntos de Roma haré también cualquier cosa por este Instituto si Dios quiere; el Obispo y el consejo no me prometieron nada debido especialmente a su pasividad. Quizás llevaré a cabo su idea de continuar con las Hermanas de San José. Pero tengo poco tiempo, y allá se requeriría mucho...”*⁵⁰.

Una petición a *Propaganda Fide*

En la carta citada arriba, Stanislao Carcereri no dice si antes de partir para Roma había ya destituido de su encargo a la formadora. Esta última, en todo caso, sabía que él iría a Roma para consultar al prefecto de *Propaganda Fide*, y entonces hablar también sobre la situación de las Pías Madres de la Nigricia.

Se pregunta uno: ¿fue a este punto que Sor Pía Galli consideró que el cardenal Barnabó debía, de cualquier modo, escuchar también su versión respecto a la fundación femenina?

La carta que llegó a *Propaganda* con fecha del 18 de julio de 1874 verdaderamente no llevaba firma. Por su contenido, sin embargo, fue considerada importante, y por tanto conservada. En ella se lee:

“Eminencia reverendísima:

Si la prudencia me prohíbe exponer aquí mi nombre [...], la caridad, pero también la deuda de amistad y parentesco me persuaden, más bien casi me obligan a interponer humildemente mi mediación anónima

⁵⁰ AP SOCG, vol. 1005(1874)1460-61: Carcereri a Comboni, 3 de julio de 1874.

en favor de hijas débiles, cuya inexperiencia, o mejor, su cautela femenina y timidez les impide expresar los propios sentimientos y asegurarse sobre puntos que son de vital importancia. He aquí que yo, haciendo más sus necesidades [...] paso al argumento.

*Existe en Verona, por obra del incomparable pro Vicario de África Central, D. Daniel Comboni, una pía casa donde están reunidas algunas hijas jóvenes que tienen la intención de dedicarse a las misiones de África Central. **Fueron recibidas con la promesa de que serían fundadas después como congregación regular** [la negrita es nuestra], lo que fue objeto de sus deseos y era también el propósito de monseñor Comboni.*

Ahora se sabe que el vicario general del arriba mencionado Comboni, el padre Stanislao Carcereri, está en Roma tratando con esta sagrada congregación de Propaganda el mencionado asunto también; por tanto, se juzga el momento oportuno de poner bajo la consideración de vuestra eminencia reverendísima aquello que las mencionadas hijas, como decía al inicio, no osarían hacer [...]: algunas, porque son incautas, no prevén los futuros inconvenientes; otras porque tímidas y reservadas no se atreven a revelar sus pensamientos y sus temores. Bien reflexionan sus padres y parientes que nos les gustaría saber algún día que ellas son infelices y que están descontentas.

Se ha ponderado por tanto que fundándose dicha congregación como está indicado, de las Pías Madres de la Nigrizia, bajo la inmediata jurisdicción de los misioneros, dependiendo exclusivamente de ellos tanto en lo espiritual como en lo material, sería necesario que la sagrada congregación de Propaganda, tutora e promotora de los intereses generales e individuales de las misiones, no conceda la fundación excepto mediante normas positivas de tratamiento y reglamento, etc. etc., las cuales el misionero no pueda anular o declinar. De esta manera estarían aseguradas estas pobres y generosas hijas contra cualquier abuso de autoridad que, en el presente o en el futuro, pudiese surgir debido a la mayor o menor lealtad y rectitud, y la diversidad de instintos y de espíritus de las personas responsables; lo que ocurre en cualquier institución humana aun siendo santísima. En ese caso, o sea, en caso contrario, si estas buenas pero infelices, por ser ingenuas, se confiaran en el hombre, a su discreción, encontrando maltrato y descuido en sus necesidades espirituales y temporales, no tendrían quien las defendiera y que fuera su garante, como lo

tienen las Hermanas de San José de la Aparición ⁵¹, que están ya en los acuerdos convenidos con sus legítimos e independientes superiores, y así todas las demás religiosas al servicio de las misiones extranjeras.

Cuáles y cuán extensas deben ser dichas normas no me toca decirlo a mí. La sagrada congregación de Propaganda en su sabiduría y prudencia está en mejor grado de conocer la necesidad y la conveniencia de mi primer asunto, de **no conceder un dominio arbitrario sobre el instituto femenino** [la negrita es nuestra], si fuese pasado a los misioneros. Al tanto insistir, osar y recomendar no me mueve hostilidad alguna, celos u otro bajo y vil motivo, no. Es el interés por el Instituto al cual profeso un sincero afecto y veneración [...]; es el cristiano amor por aquellas pobres hijas presentes y futuras, que inexpertas se lanzan a merced de los demás, con el único fin de llevar la salvación a sus hermanos en aquellas remotas áreas. Por lo tanto estimo necesaria una especial tutela de la cual carecen y les faltaría en el momento en que ellas fueran exclusivamente sujetas a la sola autoridad de los reverendos misioneros. Por experiencia sé que no es cosa difícil verificar tales previsiones [...], por todo lo que se dice. Además, estas normas y precauciones servirían, sin duda alguna, para el crecimiento del mismo instituto femenino, porque asegurarían de alguna manera a las hijas, tranquilizaría a los parientes, que a duras penas aceptan conceder el ingreso en un riesgoso e infundado instituto; motivo también éste por el que muchos de ellos se oponen duramente a darles su consentimiento; y lo mismo hacen los confesores con las penitentes [...].

Pido por tanto humilde perdón por mi atrevimiento, fruto de la más pura intención y desinterés; y me siento seguro de no haber inútilmente suplicado por una causa legítima y justa. Por

⁵¹ En su calidad de vicario, Stanislao Carcereri fue encargado por Daniel Comboni de actualizar también la convención con las Hermanas de San José de la Aparición. Estas últimas, sin embargo, no firmaron el nuevo texto que les presentó Carcereri, pero exigieron modificaciones que *Propaganda Fide* había aceptado [cf. AC, 1(1987)12-19]; es interesante ver también, cuanto concierne a otro “accidente” provocado por el mismo Carcereri con las hermanas en la primavera de 1874, las cartas que el Pro Vicario escribió a Sor Verónica Pettinati (cf. E. 3653-45) y a Ma. Eufrasia Maraval (cf. E. 3646-52).

lo mismo espero que sea reconocida por vuestra Ilma. y Revma. Eminencia, a cuyos pies, humillado, beso la sagrada púrpura y me declaro:

*Muy humilde, devoto y respetuoso siervo indigno
P. M. G.”⁵².*

Un escrito equilibrado, más bien revelador y previsor

No se ha logrado, al menos hasta ahora, descifrar estas iniciales que, sin embargo, se adaptan muy bien a Pía María Galli – porque así realmente parece que se llamaba⁵³ – y que Stanislao Carcereri tuvo que haber identificado; se llegó a anotar en la *Crónica Camiliana* que ella se “había comprometido escribiendo a Propaganda cartas ciegas”. Más bien por esto él “acomodó el Instituto femenino, quitando a la Superiora puesta por Mons. Comboni”⁵⁴.

Es necesario reconocer, en todo caso, que se trata de una carta lúcida, realista, escrita por una persona culturalmente preparada, inteligente y verdaderamente al nivel – si fuese de género femenino – de la abadesa de las Clarisas de Verona, como ya había observado Daniel Comboni a propósito de Pía Galli, y de la superiora general de las Hermanas Canossianas. Una persona, por tanto, que se revela plenamente informada de la situación y de cómo ésta podría haberse desarrollado si hubiese sido Stanislao Carcereri quien definiera jurídicamente la posición de las futuras misioneras combonianas. El hecho que, después de poco más de dos años, no se sabía aun cuando iniciaría el verdadero noviciado, no tranquilizaba ciertamente a quienes se preocupaban por el futuro de las jóvenes aspirantes.

⁵² AP SC Afr. C., vol. 8, ff. 274r-275v: Anónimo a Barnabó. Verona, 18 de julio de 1874.

⁵³ Cf. ACR, A/20/16-18: L. Comboni a Stampais, 17 de mayo de 1876.

⁵⁴ S. CARCERERI, *Crónica de los CC. RR. Ministros de los enfermos Misioneros apostólicos de África Central*. In: AC, 1-1(1972)78.

Sigue siendo interesante observar cómo el contenido de la carta se diga fruto de un intercambio de opiniones con los parientes de las futuras misioneras y con quien las había dirigido – o las estaba dirigiendo – espiritualmente. Si se piensa cómo se había comportado Stanislao Carcereri con las Hermanas de San José, y de cómo habrá tratado a la misma Pía Galli, se puede comprender la preocupación de ésta última delante de la posibilidad de que el día de mañana, en la misión, aquellas jóvenes tan tímidas e inexpertas – a las cuales ella se sentía de algún modo ligada también afectivamente – tuviesen que depender en todo de los “*reverendos misioneros*” que podrían abusar de su autoridad, dominando arbitrariamente sobre el “*instituto femenino*”.

Como quiera que sea, aquella carta escrita desinteresadamente, sin “*hostilidad y celos*”, produjo su efecto. Pía Galli, si se trataba de ella, no hubiera sido hecho partícipe del primer paso importante – inicio del noviciado – realizado antes que el año 1874 terminara, pero al menos vería, aunque sólo como espectadora, la llegada de la nueva superiora y la reanudación del camino formativo de aquellas jóvenes, inexpertas sí, pero valientes y decididas a convertirse en verdaderas mujeres del Evangelio, dispuestas a donar su propia vida en una misión particularmente ardua, escabrosa y difícil.

3.

María Bollezzoli

“Sor Teresina Brauneis Superiora de las Ursulinas externas, fallecida este invierno, me decía unos meses antes, que el Siervo de Dios la había varias veces presionada para entrar entre las “Pías Madres de la Nigricia”, para dirigirlas, pero ella siempre se negó. Fue ella, sin embargo, quien sugirió a Don Antonio Squaranti a la Maestra María Bollezzoli, como elemento adecuado para la dirección del nuevo Instituto” ⁵⁵.

La sugerencia, por lo que parece, fue seguida, aunque si Stanislao Carcereri había intentado primero con las Hermanas Canossianas. *“En cuanto al Instituto femenino – escribía en efecto el 18 de agosto de 1874 a Don Bartolomeo Roller –, estoy tratando de poner en la dirección a dos Canossianas. Si lo logro, soy muy afortunado”* ⁵⁶.

Evidentemente él no lo logró porque el siguiente 3 de septiembre, escribiendo de Verona a Daniel Comboni, informaba ente otras cosas:

“4°. Encontré a una óptima dama, maestra ya graduada, de unos 45 años, Ursulina secular, una cierta Bollezzoli María, que el Obispo puso como Superiora del Instituto femenino en lugar de aquella atolondrada [...].

5°. Muchas jóvenes piden ahora el ingreso al Instituto y también una señora que tiene 10.000 francos de dote de Bogliacco” ⁵⁷.

⁵⁵ APMR, VI/A/5/3-2722: Notas de E. Morelli sobre la fundación del Instituto, pág. 1.

⁵⁶ AP SOCG vol. 1005(1874)1459.

⁵⁷ AP SOCG vol. 1005(1874)1468-69: Carcereri a Comboni, 3 de septiembre de 1874.

Pero según las *Memorias* del Instituto, el P. Carcereri debería haber dicho: “*Hemos encontrado*”, porque antes que él fue Don Antonio Squaranti “*quien se dirigió a Bollezzoli para exponerle los proyectos hechos sobre ella*”.

Prudentemente, don Antonio habría entrado en el tema “*más bien hablando de la obra de Mons. Comboni, de la Misión en el centro de África, de los Institutos abiertos en Verona para congregación personal [...]*”.

Bollezzoli no pretendía, y ni mucho menos sospechaba donde irían a parar las cosas bellas que le decía Don Squaranti. Finalmente el Padre expuso la necesidad que el Instituto de las Hermanas tenía de una superiora [...]. Bollezzoli escuchaba con asombro que aumentaba cada vez más, y cuando comprendió claramente la cosa [...] inmediatamente hizo sus objeciones sugeridas todas ellas por su humildad.

[...]. El Padre no perdió la esperanza, ni se dispuso a ceder; al contrario, consiguió un aprecio mayor [...]. Finalmente se despidió con la decisión de regresar para insistir nuevamente [...].

De hecho, no mucho después de esto, el Rvdo. P. Squaranti regresó, y no solo, sino acompañado por el Rvdo. P. Stanislao Carcereri [...], en aquel tiempo de paso por Verona [...]. La encontraron menos reacia y renuente que la primera vez [...].

Varias personas que sentían cariño por el nuevo Instituto [...], la animaban a aceptar. Sin embargo quiso escuchar también la opinión de una persona a quien estimaba mucho y que la conocía a fondo. Ella era la Rev. Madre Serafina Oberbizer, abadesa de las clarisas de Verona [...].

El empujón final lo tuvo del Obispo quien, haciéndola llamar expresamente al Episcopado, la animó a rendirse definitivamente” (págs. 10-11).

De hecho, María Bollezzoli entró al Instituto para quedarse, el 6 de septiembre de 1874 ⁵⁸.

⁵⁸ *Crónica*, pág. 1. A **María Bollezzoli**, como primera superiora general de la congregación femenina comboniana, han sido ya dedicadas algunas biografías [cf. *AMN*, 10(2005)6-7], por tanto no es necesario repetir cuanto ya se ha dicho y es conocido. Volveremos solamente cuando sea oportuno, sobre algunos detalles significativos.

Se había tratado, finalmente, de una elección feliz. “*Creo que el Señor nos ha bendecido con la nueva superiora* – escribió un mes después Don Squaranti a Stanislao Carcereri que ya se encontraba en El Cairo – *las cosas toman un rumbo diferente del pasado, las novicias la aprecian, trabajan y estudian en excelente armonía...*”⁵⁹.

8 de diciembre de 1874: inicio oficial del noviciado, bajo la protección de la Inmaculada

La noticia – muy importante para quien la esperaba ya desde hacía tres años – fue divulgada ampliamente por los *Anales del Buen Pastor*⁶⁰. Las novicias que se presentaron para recibir el hábito religioso y las Reglas fueron ocho: María Bollezzoli, María Caspi, Giuseppa Scandola, Teresa Caviola, María Rosa Colpo, Teresa Grigolini, Rosa Zabai. No se ha identificado a la octava. En Verona había entrado, hacía algo más de un mes, Concetta Corsi, pero el *Registro del Personal* reporta que ella fue admitida al noviciado solamente el siguiente 16 de junio.

María Bollezzoli en cambio, aunque si había ingresado solo tres meses antes, decidió ser parte de la nueva congregación con todo lo que esto implicaba⁶¹, por tanto se unió a aquel primer grupo que finalmente podía comenzar el tiempo canónico del noviciado.

“El Instituto femenino de Verona – informaban los Anales – junto al masculino [...], está puesto bajo la protección de María Sma. Inmaculada Reina de la Nigrizia. Para merecer mejor su celestial Patrocinio, se ha elegido la Fiesta de su Inmaculada Concepción para una ceremonia que, grata a Ella, igualmente provechosa debe ser para los pueblos de la Nigrizia [...].”

⁵⁹ AP SOCG vol. 1005(1874)1470-72: Carcereri a Comboni. Cairo, 11 de octubre de 1874.

⁶⁰ Cf. ANNALI, 10(1874)42-45.

⁶¹ Es un poco extraño, pero ella misma, que fue la primera en iniciar “*en el nombre de la Sma. Trinidad*” el registro del *Estado del Personal* del Instituto, pasó por alto llenar la propia ficha, omitiendo cualquier dato que la concerniera.

“Las ceremonias de este tipo – comentaban – son siempre conmovedoras para quien está dispuesto a sentirlas con el corazón. Esta ceremonia resultó espléndida y solemne, debido a la intervención de dos grandes y eminentes personajes, que se dignaron asistir; ellos fueron S.E. Ilma. y Rvma. Mons. Luigi Marchese de Canossa nuestro venerado Obispo, y el Ilmo. y Rvmo. Mons. Stefano Crosatti su Vicario General.

Ellos, en la Capilla del Instituto, siguieron en la mañana la ceremonia de la Vestición según el método que se usa en las otras Comunidades Religiosas [...].

Por la tarde el Ilmo. y Rvmo. Mons. Obispo impartió la solemne Bendición con el Smo. Sacramento, y [...] dio un breve sermón adecuado a las novicias, del que damos lo más destacado: Muy elogiado el estado que ellas abrazaron, enumeró los peligros y la dificultad de la vida apostólica, y dedujo por tanto la necesidad de una sólida preparación; dos, dijo, son las virtudes de las cuales debían principalmente adornarse: de una angelical pureza, y de una caridad que las conduzca hasta el heroísmo y sacrificio” (págs. 42-45).

La entrega de las Reglas

El día de la vestición, agrega la *Crónica* en la pág. 1, también se entregaron a las novicias las Reglas del Instituto femenino, preparadas por Don Antonio Squaranti ⁶² y aprobadas solamente, de momento, por el obispo de Verona. En la primera página mecanografiada del documento, sin numeración, – cuya fotocopia del original se encuentra en nuestro archivo ⁶³ – está escrito:

⁶² Porque el texto de las Reglas de 1871-72 no fue aprobado por la Santa Sede, y la intervención desastrosa de Stanislao Carcereri [cf. AC, 1(1987)24-29] aplazó “sin fin” la aprobación, el obispo de Verona había evidentemente autorizado uno provisional para las Pías Madres de la Nigricia.

⁶³ Cf. APMR, VI/A/6/3-3001.

Constituciones y Reglas del Instituto de las Pías Madres de la Nigrizia de Verona

*Recopiladas por el Sacerdote D. Antonio Squaranti
Superior del Instituto corregidas por el Card. Luigi
de Canossa – Obispo de Verona
(las correcciones están indicadas con mayúsculas).*

8 de diciembre de 1874

Siempre en la misma página mecanografiada hay otra nota a mano de Ermenegilda Morelli, que especifica: *“El espíritu que dominaba en el Instituto en 1899 era aquel de las Reglas para el Instituto de las Misiones para la Nigrizia – con la firma: D. Daniel Comboni M. A”.*

El significado de la nota parece claro: aunque si la “letra” de las *Reglas* adoptadas – provisionalmente – no era la original, en el Instituto femenino se continuó a vivir el espíritu de aquellas de 1871. Vale la pena, por tanto, reportar aquí al menos las primeras dos páginas de la *“Introducción”*, en las cuales se leía:

“I – Origen del Instituto

El Instituto de las Pías Madres de la Nigrizia fue fundado en Verona al comenzar el año 1872 por M. Daniel Comboni Pro Vicario de África Central con la aprobación de M. Luigi Marchese de Canossa Obispo de Verona. Dos fueron los motivos que indujeron a erigirlo: 1° porque las Hermanas de San José de la Aparición, de las cuales se había servido, no podían ofrecer un grupo suficiente a las exigencias de su Misión en África; 2° porque juzgaba que habrían favorecido mejor Religiosas educadas únicamente con aquel objetivo, y de las cuales podría disponer libremente según las necesidades de la Misión.

II – su Finalidad – Nombre – Espíritu

1° La finalidad del Instituto es la de educar y formar hábiles Misioneras para ayudar a los Misioneros en el Apostolado de la Nigricia⁶⁴. Y para conseguir mejor este fin [...], se consagran enteramente a la obra de la Regeneración de África Central.

*2° El nombre que llevan de **Pías Madres de la Nigricia** les recuerda incesantemente el mérito de su vocación, las cualidades que deben tener, las virtudes que deben alcanzar.*

*3° El espíritu del Instituto es un espíritu de abnegación, fatiga, obediencia, sacrificio, caridad y de celo por la propia salvación y la de los Negros.
[...].*

III – Su organización y Gobierno

[...]. El Instituto está sujeto a la autoridad del Obispo pro tempore de Verona, según las normas de los sagrados cánones. Es dirigido por el Rector del Instituto masculino de las Misiones. Y es gobernado internamente por una Superiora, la cual es ayudada por una Secretaria, una Maestra de Novicias y una Maestra de estudio”.

A la *Introducción* parcialmente reportada arriba, seguían dos capítulos subdivididos en varios artículos y completados, según Elisa Pezzi⁶⁵, por una *Conclusión* – que en la fotocopia existente en nuestro archivo no aparece – al final de la cual, con fecha 8 de diciembre de 1874, Luigi de Canossa firmaba su aprobación “*ad experimentum*”.

⁶⁴ La finalidad, aquí, se presenta bastante reducida, porque no se menciona el objeto principal por el cual Daniel Comboni quería a las Hermanas, es decir, para la formación de “maestras negras y Misioneras indígenas” (E. 2872; cf. 2575).

⁶⁵ Cf. E. PEZZI, 1981, págs. 98-99.

Las perplejidades del Fundador

No sabemos exactamente cómo Daniel Comboni – que se encontraba en África desde el otoño de 1872 – haya reaccionado ante todas las “novedades” sucedidas en la congregación naciente de “sus” Hermanas. Ni siquiera nos han llegado, desgraciadamente, las cartas que seguramente intercambiaron él y la nueva superiora, María Bollezzoli. Es difícil efectivamente pensar que el fundador no se haya expresado de alguna manera, ante la noticia de la acaecida vestición de las primeras ocho novicias; así como el que no se haya pronunciado – con ella – sobre las constituciones que se les había consignado.

Aquello que sabemos, al menos por el momento, es que él quedó muy satisfecho en Jartum, con la asignación de Sor Emilienne Naubonnet como superiora provincial de las Hermanas de San José. Sor Emilienne había sido la formadora de “casi todas” (E. 3711) las hermanas árabes – entre las cuales estaba también Virginia Mansur – a quienes el Provicario apreciaba mucho, ya sea por la preparación recibida, como por la incansable actividad apostólica que desarrollaban en el Vicariato.

Era así como él quería a las hermanas misioneras, y no se descarta del todo la hipótesis de que las *Reglas* preparadas para las Hermanas de Verona le hicieran tener dudas al respecto⁶⁶. Referente a la nueva formadora, si saliendo de las Ursulinas podría sin duda garantizar la transmisión del espíritu de Sta. Angela Merici – muy apreciado por él y frecuentemente sugerido a sus misioneros⁶⁷ – no pudiese en lugar de eso disponer de la preciosa experiencia misionera de las religiosas francesas. ¿Por qué ahora, que se estaba todavía en los inicios, no volver a hacer propuestas de colaboración a quienes tenían una experiencia

⁶⁶ “*En las Reglas femeninas, además, – escribió a Don Sembianti el 12 de febrero de 1881– cambie por completo la organización*”, porque en Verona – explicaba – “*se hicieron reglas para una sola casa*”, y no “*para iniciar la obra*” (E. 6473).

⁶⁷ “*Como le hice observar a él mismo [don Roller] en una carta, le he mandado copia de dos fragmentos de la Vida de Santa Angela Merici, escrita por Girelli en 1871. Le ruego, Sr. Rector, que la lea – escribía al P. Sembianti el 13 de julio de 1881– porque es buena para mí, para usted y para todos los misioneros...*” (E. 6836-37; cf. E. 7153).

apostólica probada en Sudán, y además podía también contar con numerosas vocaciones provenientes de países árabes?⁶⁸.

La carta que Daniel Comboni escribió a *Propaganda Fide* el 23 de agosto de 1875, es ciertamente significativa:

“Necesito mayor número de hermanas para desarrollar esta Obra [...] – comenzaba, con respecto a la presencia femenina, y luego continuaba –. Es menester que la Congregación de San José me proporcione un conveniente número de Hermanas sanas, porque aquí hay mucho que trabajar y grandes esfuerzos que realizar; de otro modo, las pocas Hermanas que hasta ahora me ha mandado quedarán agotadas [...].

*Las Hermanas de San José que me ha concedido la Madre General son poquísimas, y no bastan para las necesidades de la Misión. Pero este Instituto tiene el elemento árabe, indispensable para la Nigricia, que no posee el de las **Pías Madres de la Nigricia**, por mí fundado, y establecido en Verona bajo la tutela de mi querido Mons. Canossa. Cumpliéndose ciertas condiciones que yo exigiría, me encontraría dispuesto a unificar este Instituto (del que Mons. Canossa acaba de darme excelentes informes) con el de las Josefinas, también para evitar los litigios que por humana debilidad podrían surgir entre dos Institutos de Religiosas trabajando en una misma Misión...”* (E. 3884; 3887; 3892).

Menos de un mes después, el Fundador volvía a escribir sobre el mismo tema:

“En mi última carta señalé a V. Ema. mi idea de ceder a las Hermanas de San José, bajo ciertas condiciones, el Instituto de las Pías Madres de la Nigricia, que fundé en Verona a costa de grandes desembolsos y con la aprobación de Mons. Canossa; pero no llegaré nunca a una decisión determinante sin someter antes el proyecto a la alta sabiduría y juicio de Vuestra Eminencia Rma, (examinado y concertado todo previamente con el veneradísimo señor Obispo de Verona), habiendo fuertes razones y motivos tanto para el sí como para el no” (E. 3902).

⁶⁸ El 20 de mayo de 1874 la superiora general de las Hermanas de San José de la Aparición se negaba a la petición de ocuparse de las futuras Pías Madres de la Nigricia, explicando al Card. Franchi: *“Cet Institut, composé de huit postulantes, nous est offert aujourd’hui par D. Stanislas, mais les conditions qu’il nous propose étant contraires à nos Constitutions nous le refusons”* (AP SC Afr. C., vol. 8, f. 251).

En Verona, mientras tanto, la familia aumenta

Las “*óptimas informaciones*” recibidas del obispo de Verona con respecto a la congregación femenina – pero que nosotras no hemos todavía podido comprobar – consistían, muy probablemente, en la entrada de nuevas aspirantes que Don Antonio Squaranti, valiéndose de las responsabilidades que las Constituciones le daban, las había aceptado. Menos de un mes después de la primera vestición, en efecto, entraba la veronesa Angela Grego, seguida a pocas semanas de distancia por la turinés Delfina Varcellino. El 9 de marzo, además, entraban dos hermanas, María y Vittoria Paganini, de Asiago Vicentino.

María Bollezzoli, novicia también ella, sintió entonces la necesidad de una secretaria, por lo cual el 19 de marzo le dio el cargo a Teresa Grigolini. Al siguiente mes entraba también en Verona la prima de Teresa, es decir Teresa Marini, mientras que en el mes de junio se prepararon para la vestición Concetta Corsi, Angela Grego, Delfina Vercellino, María Paganini y su hermana Vittoria. El entusiasmo en la casa de Santa María in Órgano, habrá sido notable, alimentado por la noticia, hacia el final del año, de que el Fundador regresaría a Europa, y por tanto la fiesta habría sido completa.

“Este asunto de gran trascendencia para el Vicariato me hace estar no poco inquieto hasta poderlo resolver”.

(Daniel Comboni)

Más dominados y sufridos eran en cambio los sentimientos de Daniel Comboni:

“Ahora le pido una gracia – escribía el 10 de octubre de 1875 al Card. Franchi – y suplico a V. Ema. que me la conceda si tal es la voluntad de Dios. Yo rogaría de su bondad que se dignase otorgarme licencia para ir a El Cairo y a Europa por los siguientes apremiantes motivos que conciernen al bien del Vicariato de África Central [...].

En Verona, como le escribí, tengo un Instituto de Hermanas que Mons. Canossa y yo fundamos para la Nigrizia, y hay en él desde hace tiempo muchas que ya están maduras para África

Central. Pero no me puedo decidir si ceder el Instituto veronés a las Hermanas de San José, o traer aquí independientemente de éstas a mis Hermanas de Verona, sin antes tratar mucho la cuestión con el Obispo de Verona y someter por último la decisión a V. Ema. [...]. Este asunto de gran trascendencia para el Vicariato me hace estar no poco inquieto hasta poderlo resolver". (E. 3945-46).

Muy significativa, antes de que el año 1875 acabara, fue también la nota que el 31 de diciembre Don Daniel enviaba a la prima Faustina, que había dejado el Vicariato para regresar a Italia para comenzar el noviciado entre las Pías Madres de la Nigricia.

"He recibido todas tus cartas hasta el 26 / 11, día de tu partida de Berber – se lee en la P. D. – De todos los que me han combatido en estos años terribles, el más feroz ha sido mi querido D. Bartolo Rolleri, al que perdono de corazón. No hables de las tormentas con él ni con nadie. A pesar de tantos ataques, tengo la satisfacción de ver lo bien que el Vicariato sale adelante. Puedo decir que es un milagro del Sagrado Corazón. No temo en absoluto el infierno: lo sé todo. Y aunque la impía guerra haya continuado encarnizada, con la gracia de Dios venceré a todos, y Dios será glorificado. Han ido contra mí los santos y los bribones. Pero las obras de Dios deben ser combatidas. Y yo estoy más alegre que nunca, y fuerte como la muerte" (E. 4010-11).

Nosotras no seremos Hermanas de San José...

"Después de haber [...] visto que las Hermanas están dispuestas a ser hijas del Instituto en el que se han consagrado, y en vista de la indecisión del Obispo, poco partidario de hacer presión sobre los espíritus, he decidido [...] no realizar ninguna innovación..." (E. 4472).

El 26 de marzo de 1876 Daniel Comboni llegaba finalmente a Verona después de más de tres años de ausencia. En Santa María in Órgano era esperado, comprensiblemente, con una cierta inquietud por parte de María Bollezzoli, a quien encontraría por primera vez como responsable de la formación de las futuras Misioneras Combonianas.

Ella tenía seguramente muchas cosas que decirle y preguntarle, y no se le habrá escapado – si aún no había sido informada – que la atención y el aprecio del Pro Vicario parecían dirigirse, preferentemente, hacia las Hermanas de San José de la Aparición. Probablemente Daniel Comboni buscaba la manera de presentar argumentos capaces de convencer a la superiora de Verona acerca de la necesidad de una fusión entre las dos instituciones. Quizás también María Bollezzoli – por lo que se puede entender de una breve carta suya a Faustina Stampais, escrita cinco días antes⁶⁹ – no estaba demostrando mucho entusiasmo hacia las hermanas francesas.

No disponemos, desafortunadamente, de ningún documento que diga a qué conclusiones llegaron antes de que el Fundador dejara nuevamente Verona para ir a Roma. Por su parte, él parecía ciertamente decidido a proceder con la fusión de los dos institutos. El 8 de abril de 1876 así escribía a la Madre Emilie Julien:

“He desarrollado mi proyecto de confiarles completamente a ustedes el Instituto de las Pías Madres de la Nigrizia, y de instalarla (la Congregación) en Verona y en el Véneto...” (E. 4074).

En cambio, una semana después, en el *Informe* dirigido a *Propaganda Fide*, cuando mencionaba a las “tres Congregaciones” de las cuales, “como de tres cenáculos”, partían los obreros del Evangelio “para ejercer el apostolado en los abandonados países de África Central”, el Pro Vicario indicaba como primer cenáculo el Instituto de Verona con los dos Colegios, uno masculino y el otro femenino.

“... el Instituto de las Pías Madres de la Nigrizia – especificaba – ya ha acogido desde su fundación doce novicias⁷⁰, las cuales, dirigidas por una excelente Superiora como la que actualmente las gobierna, muestran dotes y cualidades muy adecuadas para las Misiones de África Central...” (cf. E. 4115-16).

⁶⁹ Cf AMN, 8(2004)74-75.

⁷⁰ Las 12 novicias, además de Ma. Bollezzoli, eran: Caspi, Scandola, Colpo, Grigolini, Zabai, Concetta Corsi, Grego, Santa Corsi, Vercellino, Maria Paganini, Vittoria Paganini e Marini.

10 de junio de 1876: un signo de claridad definitiva

“El Instituto, fundado por mí en Verona, de las Pías Madres de la Nigrizia que ha ya acogido a quince, no dejará de proporcionar sujetos para la Misión de África Central”.

(Daniel Comboni, 29 de junio de 1876)

Que la situación, en la Casa femenina de Verona, fuese finalmente desbloqueada, lo dice el *Registro del Personal* que, a partir del 10 de junio de 1876, comenzó a anotar nuevas entradas. María Bollezzoli, por su parte, había avisado a Faustina Stampais algunos días antes, para que se preparara:

*“Hoy es el primero de junio – le escribió – el mes consagrado al Corazón de Jesús. ¡Cuánto no debemos esperar de ese Corazón que nos ha amado tanto! [...]. En pocos días, espero, tendré el gusto de volverla a ver, mientras tanto dispóngase a hacer la voluntad de Dios”*⁷¹.

La voluntad de Dios – que también Daniel Comboni había siempre buscado conocer especialmente en los momentos más importantes y delicados de la Obra a él confiada – parecía ser aquella de “no hacer ninguna innovación” en lo que se refería a las Hermanas, permitiendo así que las *Pías Madres de la Nigrizia* permanecieran y se desarrollaran como tales. Interesante, ciertamente es, conocer el criterio adoptado por él para llegar a semejante conclusión, y que encontramos en la carta dirigida el 30 de marzo de 1877 a la superiora general de las Hermanas de San José.

“Usted me pregunta cuáles son mis intenciones respecto a las Hermanas; escribió a cierto punto – si mis Hermanas de Verona van a reemplazar en África Central a las de San José de la Aparición, y me invita a hablar francamente y a ser sincero [...].

⁷¹ AMN, 8(2004)76.

Hay que señalar primeramente que [...] el Vicariato de África Central es más extenso que toda Europa, y mayor que doce veces Francia [...].

La Hermana de la Caridad en África Central hace lo que tres sacerdotes en Europa, y el presente siglo de persecución contra la Iglesia [...], es el siglo de la mujer católica [...].

*Por esto, dada la enorme magnitud e importancia de mi Vicariato, y vista la misión de la mujer católica en el siglo actual, **estoy orgulloso de haber instituido en Verona la nueva Congregación de las Pías Madres de la Nigricia** [la negrita es nuestra], que entre las obras que he fundado destaca por su importancia y por sus buenos resultados.*

[...].

Cuando tuvo usted la inmensa caridad de concederme a Sor Josefina y a las otras para África Central, la primera idea que me vino fue la de introducir su Congregación en Verona. Se trataba de cederle mi convento, proponer a mis novicias hacerse religiosas de San José de la Aparición, fundir mi Instituto femenino con el suyo bajo la dirección de una de las mejores Superiores y llamar de Siria a algunas de sus Hermanas árabes [...].

Tuve oculto este plan un año y luego lo consulté con D. Pascual [Fiore] y con D. Pablo [Rossi] [...].

Habiendo recibido información de que en esta nueva Congregación había doce o trece novicias preparadas para pronunciar los Votos, ordené al Superior D. Antonio Squaranti que no los hicieran hasta mi llegada a Verona [...]. También supe que la mayor parte de mis novicias estaban muy contentas y que no esperaban más que el momento deseado.

Luego, viendo que el número de novicias había aumentado a quince, ordené a D. Antonio que no aceptase ninguna hasta mi llegada a Verona, lo cual desagradó a D. Antonio.

Después de considerarlo todo [...], y dado que las Hermanas están más dispuestas a ser hijas del Instituto en el que se han consagrado, y en vista de la indecisión del Obispo, poco partidario de hacer presión sobre los espíritus, he decidido por el momento no realizar ninguna innovación. Siempre tendré tiempo de llevar a cabo la fusión cuando vea más claro, y cuando esté convencido de que el asunto es factible con la plena adhesión de mis subordinados y de la Congregación de San José...” (E. 4464—72).

Las primeras Profesiones

“1876, Octubre 15: Se hace la primera profesión Religiosa en las manos de Mons. Comboni”.

La noticia, demasiado concisa, se encuentra solamente en la primera página de la “Crónica”⁷², que no reporta ni siquiera el nombre, ni el número de las primeras novicias admitidas a la profesión religiosa. El “Registro del Personal” en cambio, en la página 10, informa que Teresa Grigolini profesó “el 15 de Octubre de 1876 y fue electa Vicaria”. Lo que significaba, obviamente, que la primera había sido la superiora, es decir María Bollezzoli, como confirmarían más tarde las “Memorias”:

“Las primeras profesiones se hicieron en la capilla del Instituto el 15 de octubre de 1876. No se puede expresar la complacencia santa que inundó el corazón de Mons. Comboni en esta ocasión, ni aquella de las Hermanas, que con el más vivo gozo del alma se desposaron con Jesucristo.

Ellas, y primera entre ellas María Bollezzoli, iniciaban la larga fila de las Hermanas obreras de la Nigrizia...” (pág. 16).

Un día extraordinario, sin embargo, que se había estado preparando desde el anterior mes de junio, cuando el Fundador – de paso por Verona por algunos días – había finalmente tomado la decisión de respetar el deseo de “sus” Hermanas, que era el de continuar perteneciendo al Instituto de Verona. Resultó, de aquel encuentro, una relación recíproca y siempre más profunda de estima y de confianza entre Daniel Comboni y María Bollezzoli. Ella, en efecto, el 24 de julio siguiente confiaba a Faustina Stampais:

“Aquello que me consoló – después de la salida de don Antonio Squaranti para El Cairo”⁷³ – fue una carta de nuestro amadísimo Padre, Monseñor, de la que me vi favorecida ayer – día 23

⁷² Los *Anales del Buen Pastor*, en efecto, no publicaron nada por el simple motivo de que no habían salido durante muchos meses (cf. E. 4602).

⁷³ El 21 de julio de 1876, don Antonio Squaranti fue llamado a Roma por Daniel Comboni, quien después de diez días lo enviaba de urgencia a El Cairo, para corroborar lo que estaba sucediendo a causa de los Camilos.

– escrita de manera muy afectuosa. [...] quando llegue usted la leerá también, porque la he hecho leer en el Refectorio con fiesta de todas las Novicias”⁷⁴.

Votos anuales, y cordón rojo

“Ciertamente anheló un poco de orden en el Instituto, y lo deseo no por mí, sino por las Novicias, para que puedan prepararse a su sublime Misión, con el fin de llegar a la región de fuego despojadas de sí mismas; están todas listas para sacrificar la vida por la redención de los pobres Negros...”

(María Bollezzoli, 18 de agosto de 1876).

Los votos que las dos primeras novicias pronunciaron el 15 de octubre de 1876 eran solamente – por voluntad explícita del Fundador⁷⁵ – votos anuales. En compensación, sin embargo, el crucifijo de misioneras les fue permitido colgar de un cordón rojo sangre, también prescrito formalmente en las *Reglas* de 1897 (pág. 60), finalmente aprobadas por la Santa Sede.

El significado de aquel cordón era muy claro, y Daniel Comboni lo había ya resumido en el famoso capítulo X de las *Reglas* de 1871. *“Quiero misioneros y Hermanas verdaderamente santos – habría después explicado repetidamente a los responsables de la formación – pero no con el cuello torcido, porque en África es necesario llevarlo derecho, almas valientes y generosas que sepan sufrir y morir por Cristo y por los negros...”* (E. 6486).

María Bollezzoli se adaptó desde el inicio, dispuesta a realizar su tarea con total fidelidad. Daniel Comboni, efectivamente, estaba satisfecho.

⁷⁴ AMN, 8(2004)78.

⁷⁵ *“Los Votos que mis Hermanas pronuncian son por un año, y luego los irán renovando siempre anualmente. Por otra parte no quiero someter este Instituto a la aprobación de Roma hasta que no lleve al menos diez años de misión en África Central”* (E. 4473).

“Mi Superiora de Verona – escribirá a Jean des Garets el 19 de junio de 1879 – prepara a las Hermanas para el apostolado de África Central diciéndoles siempre esto: “Tenéis que estar dispuestas todos los días a morir por Jesús y por la Nigrizia; estáis destinadas a ser carne de cañón. Envidio vuestra suerte, que espero poder compartir un día con vosotras...” (E. 5734).

4.

En África, con Daniel Comboni obispo

“Mi Obra salida ilesa de esta furibunda tempestad y de esta colosal conspiración, tentada con todos los medios diabólicos en toda la línea del fondo de África hasta Colonia para abatirme y destruirme para siempre, resurgirá más fuerte y próspera, y continuará su curso a través de los siglos, iluminando con la luz del Evangelio a la vasta Nigricia, para pararse en el puerto de la eternidad con la Iglesia gloriosa de Cristo. ¡Sea alabado Jesús!

(Daniel Comboni, 8 de diciembre de 1876)

El año 1877 marcó un momento verdaderamente mágico, se podría decir, para la joven congregación de las Pías Madres de la Nigricia. Ya antes de que el año anterior terminara, de hecho, el Fundador tenía elementos suficientes para ya creer superado el obstáculo de la penosa disputa provocada por los Camilos contra su persona⁷⁶, y por lo tanto esperaba solamente una comunicación oficial de *Propaganda Fide* para poder retomar el camino de su amada misión.

Como siempre, no iría solo. Según él, también “*las Pías Madres de la Nigricia de Verona*”, estaban “*listas*” (E. 4378), por lo que sólo quedaba acordar quién, de las jóvenes, haría parte de la nueva expedición.

El primer resultado, todavía parcial, de su elección se hizo manifiesto a todas el 19 de marzo de 1877, fiesta de San José, cuando en la Casa Madre se realizó la segunda profesión religiosa, y otras tres Pías Madres – María Caspi, Giuseppa Scandola y Rosa Zabai – se consagraron para siempre a la causa de la Nigricia.

⁷⁶ Cf. *Positio*, págs. 647-693.

El Fundador, esta vez, no pudo estar presente porque se encontraba en Roma esperando recibir – entre otras cosas – el “nombramiento oficial para el episcopado”.

Un evento “ciertísimo” – confiaba al amigo don Francesco Bricolo el 23 de marzo de 1877 – pero continuamente pospuesto a causa de la “*proverbial lentitud, no siempre oportuna, de Roma [...]. Pero se me ha prometido* – agregaba con esperanza – *concluir todo lo mío en la Congregación General de Abril...*” (E. 4459).

En lugar de abril, él tuvo que esperar hasta el 2 de julio, cuando finalmente la Congregación plenaria de *Propaganda Fide* se pronunció a su favor. El mismo cardenal Franchi, el 13 de julio, quiso dar personalmente la tan esperada noticia a Luigi de Canossa, quien inmediatamente agradecía también a nombre “del Rector don Squaranti” que – agregaba – *junto con todos los misioneros y las misioneras han hecho una grande fiesta por la promoción de su Jefe, y se animaron todos a trabajar con más afán, para la mayor gloria de Dios*”⁷⁷.

En Roma, también la Superiora y la vicaria

“Están aquí en Roma D. Squaranti, la Superiora y la Vicaria de las Pías Madres de la Nigrizia. Mi Cardenal se alegró. Mañana, después de la Consagración, los presentaré al Papa...”

(Daniel Comboni, 11 de agosto de 1877).

A una fiesta así, como la de su ordenación episcopal, ninguno de todos aquellos que con él habían tanto esperado, sufrido y temido, podía faltar.

Fijada para el 12 de agosto, en la iglesia del Colegio Pontificio Urbano, y presidida por el mismo prefecto de *Propaganda Fide*, la celebración vio la participación “*de muchos ilustres personajes eclesiásticos y seculares, entre los cuales destacaban varios*

⁷⁷ Cf. M. GRANCELLI, pág. 311.

*prelados, Arzobispos, Obispos, Generales de Órdenes Religiosas, y S.E. el Ministro de Bélgica ante la Santa Sede”*⁷⁸.

“El día después de su consagración – recordaba Grancelli – Mons. Comboni partía para Verona y llegaba el 14, recibido en la estación por el padre, todos los miembros del Instituto, conocidos y amigos [...]. No es posible describir la bienvenida que le fue preparada con efusividad de corazón...” (págs. 317-18).

También María Bollezzoli refirió grandes impresiones de su estancia romana que la consagración episcopal del Fundador hizo posible para ella y para Teresa Grigolini. *“En esa ocasión – leemos en las Memorias – las dos Pías Madres de la Nigricia fueron, por él mismo, presentadas al Santo Padre Pío IX, quien alabó su vocación, las animó a trabajar para la conversión de la Nigricia y las confortó con su Bendición, que extendió a todo el Instituto. La audiencia tenida con el Vicario de Jesucristo, la visita a los lugares santos, que en gran número se encuentran en Roma, enfervorizaron aún más a Bollezzoli para cumplir con los deberes de su oficio, y más tarde, platicando con las hijas, gozaba al recordar las dulces impresiones que había descrito.*

Al regresar de Roma – concluyen las mismas Memorias – tuvo que ponerse manos a la obra para la preparación del primer envío de Hermanas a África...” (págs. 16-17).

Nuevamente dos profesiones religiosas y después la salida...

Visto que Daniel Comboni tenía la intención de marcharse nuevamente con al menos cinco de “sus” Hermanas, los preparativos para la salida se entrelazaron, en aquel inolvidable otoño de 1877, con aquellos de la profesión religiosa – recordada solamente por el *Registro del Personal* – de Concetta Corsi y de Vittoria Paganini, que tuvo lugar el 8 de diciembre. Rosa Zabai, en cambio, que tenía ya 34 años de edad y provenía de la misma parroquia de origen de María Bollezzoli, permaneció en Verona como ayuda y sostén.

⁷⁸ ANNALI, 17(1878)5-6.

El 10 de diciembre todo estaba listo para partir, con la expedición “comboniana” completa: cinco hermanas, seis hermanos coadjutores, tres padres – uno de los cuales era el mismo don Antonio Squaranti – y el vicario apostólico que finalmente regresaba a su África como obispo. El envío oficial de la Iglesia de Verona, con la entrega del Crucifijo a los misioneros y a las misioneras tuvo lugar el 10 de diciembre en la parroquia de Santo Tomás, “donde su Eminencia el Cardenal de Canossa, Cofundador de Comboni de estas Misiones, quiso dar brillo y esplendor a la sagrada función [...]. Terminada la Misa su Eminencia entonó el “Veni Creator”, al cual todo el pueblo respondió conmovido. Luego S.E. bendijo y colocó en el cuello de los Misioneros las imágenes del Crucifijo para recordarles que iban a llevar a las gentes el nombre de Jesús...”⁷⁹.

La salida de Verona, para las Pías Madres y para el obispo, tendría lugar dos días después, es decir por la tarde del 12 de diciembre. La primera etapa programada era Roma, y la segunda Nápoles, donde todo el grupo se habría embarcado para Alejandría de Egipto.

Un último adiós en la estación de Verona

“En aquella salida – se lee aún en el número 17 de los Anales –, ¡oh!, cuántos corazones estaban conmovidos, cuántas lágrimas se derramaron con ternura. Notoria especialmente fue la separación de Mons. Comboni de su viejo y amoroso padre, que lo acompañó hasta la estación. El hijo pedía la bendición al progenitor; este al obispo [...]; era una escena muy dulce que paralizaba a los espectadores, que eran muchos. El padre al abrazar al hijo [...] exclamó: “Mi Dios, no tengo más que un hijo y a ti lo dono de corazón; pero aún si tuviera muchos, todos los consagraría a Ti, para tu gloria y para la salvación de las almas por ti redimidas”. Y el Obispo de Claudopolis exclamaba: “Mi Dios, dejo a mi padre, tal vez para no volverlo a ver... pero dejaría cien si tuviera tantos para servirte a ti, mi Padre celestial, y hacer tu voluntad”. Besó al padre diciendo esto; y apresurándose hacia el

⁷⁹ ANNALI, 17(1878)23-24

vapor, dejó que el tren lo llevara donde Dios quería” (págs. 23-24). Daniel no sabía aún, aunque si podía intuirlo, cuán dura habría sido esa voluntad...

En la escuela del Padre

Con aquella salida de Verona, la tarde del 12 de diciembre, se había iniciado para las cinco jóvenes misioneras el momento más importante de su preparación específica.

Era el Padre finalmente su guía, totalmente disponible para compartir con las “novicias” la experiencia preciosa que tenía acumulada con tantos años de misión. Cada gesto suyo, cada palabra, fueron lecciones de historia, de geografía y sobre todo de relaciones humanas que las “hijas” jamás olvidaron. No se trataba de discursos o de conferencias. Daniel partía de la vida, de la realidad que estaban viviendo: Roma, con toda su historia, visitada el día 13; la fracasada visita a Pío IX – que habría fallecido menos de dos meses después – substituida oportunamente con aquella a *Propaganda Fide*; el viaje de Roma a Nápoles efectuado el 14 diciembre; la salida definitiva, el día después, “a bordo del grande y majestuoso *Erebe*...”⁸⁰.

Del diario de bordo

“Nosotros – se puede continuar leyendo en el *Diario* de don Antonio Squaranti – *habíamos ya dicho todos juntos en el comedor las oraciones pro itinerantibus et navigantibus, y en el momento en que la élite comenzaba a trabajar para hacer girar la proa, nos encontrábamos sobre el puente. ¡Oh! ¡Cómo era bello ver nuestra comitiva unida en círculo, con rostros marcados de alegría – bromear, jugar, divertirse, como quien va a una fiesta! [...].*

Todo respiraba felicidad, y verdaderamente parecía que cada uno, y todos, se abandonasen sin preocupación alguna; sin embargo un observador sagaz viendo la cara de alguien, expresando alegría e hilaridad, habría visto el pensamiento interior que

⁸⁰ A. SQUARANTI, *Diario*, pág. 1.

triste martilla el corazón de quien está por abandonar la patria y tal vez para siempre. Y ¿cómo se puede, de hecho, separarse de la tierra nativa donde residen tantas memorias y tantos afectos; dejar parientes, amigos y tantas personas queridas, con la probabilidad de no verlos ya más, sin sentir en el fondo del alma una cierta tristeza, indefinida, dolorosa?...” (págs. 5-6).

“Hemos estado en el mar cuatro días y medio – escribía a su vez Sor Teresa Grigolini – y la tarde del día 19 anclamos felizmente en Alejandría”.

*Habiendo llegado “al caer el día – continuaba – nuestros Padres consideraron oportuno pasar la noche a bordo para desembarcar a la mañana siguiente. Del puerto de Alejandría nos dirigimos pronto a la estación para tomar la vía del Gran Cairo, donde empleamos 6 horas en ferrocarril. Al llegar [...] encontramos a nuestros Misioneros que nos esperaban con las Hermanas de Marsella...”*⁸¹.

La importancia de las relaciones sociales

La estancia de los viajeros en la capital egipcia, necesaria al Jefe para aprontar la nueva expedición hacia África Central, habría durado alrededor de un mes y no podía haber sido mejor aprovechada por Daniel Comboni.

Al regresar como obispo, el responsable de un vicariato que se extendía sobre todo Sudán egipcio, y más allá, sabía cuán importante era regresar a Jartum con las credenciales necesarias para poder realizar el encargo recibido de la Santa Sede y el **plan** que él mismo se había propuesto. Teniendo que moverse en territorio musulmán, y habiendo decidido luchar hasta el final contra la trata de esclavos, sabía cuánto era importante establecer alianzas, más que crearse enemigos⁸². Por esto, apenas llegado a El Cairo, él se apresuró a dar inmediatamente todos los pasos necesarios para favorecer su política personal que, de cuanto resulta, tuvo éxito.

⁸¹ AMN, 12(2006)20: Grigolini a los familiares. El Cairo, diciembre de 1877.

⁸² *“Soy de la opinión – anotaba con admiración don Antonio Squaranti en su Diario – de que si por la prosperidad de una Misión debieran bastar las relaciones sociales, ninguna en el mundo podría comenzar más prósperamente que la nuestra”* (pág. 13).

“No puedo dejar de manifestarle – escribía en esos días Comboni al cardenal Franchi – [...] el favor entusiasta que he encontrado en los Cónsules Generales de Austria, Francia, Inglaterra y Bélgica, y sobre todo en los Ministros y Bajaes, y en su Alteza el Príncipe heredero, el cual me ha dado dos poderosísimos Firmantes [decretos] por él suscritos: uno para S. E. Gordon Bajá, Gobernador General de las posesiones egipcias en Sudán [...]. Y el otro para todos los Bajaes, Mudires y Gobernadores que se encuentran desde El Cairo hasta las fuentes del Nilo, en los cuales el Príncipe ordena en nombre del Jedive que se proteja a las misiones católicas y se me preste asistencia en todas mis necesidades y deseos.*

*Pero la acogida más benévola de todas la recibí – informaba todavía – de su Alteza el Jedive de Egipto [Ismail], el cual tuvo la bondad de concederme una audiencia de una **hora y media**, tiempo en el que me preguntó sobre muchos asuntos de África Central, sobre varios Gobernadores y sobre Gordon Bajá, declarándome francamente que mi opinión y consejo **le serían preciosos...**” (E. 5027-28).*

Evangelización y civilización, sin proselitismo

Siempre en la misma carta arriba citada, del 19 de enero de 1878, Daniel Comboni, escribía más: el Jedive, *“terminó agradeciéndome mis sentimientos y celo en buscar el bien y la civilización de África Central”*.

Ismail Bajá, como buen musulmán, evidentemente no podía decir más a un obispo católico. Leopoldo de Bélgica en cambio, fue más explícito – aunque si todavía parco – cuando a propósito de la *Asociación Internacional Africana*, por él fundada para la abolición de la esclavitud y de la trata de Negros, *“creyó conveniente limitarse a declarar que el fin [era] **evangelizar y civilizar**, no **catolicizar** África Central...”* (E. 5021).

También esto era muy obvio: Leopoldo de Bélgica era un soberano y no un evangelizador. Para el obispo, en todo caso, al menos tres cosas resultaban claras y tenían que tomarse en cuenta también por sus misioneros y misioneras:

a) en territorio musulmán se podía hablar sólo de civilización ⁸³ – o sea, de escuelas y hospitales – puesto que el Jedive estaba decidido de llevar a Egipto y al mismo Sudán a tal nivel, después de la apertura del canal de Suez, que le permitiera no desfigurarse en comparación con Europa;

b) con los jefes de las varias tribus que se encontraban más allá de la faja territorial no arabizada y que por eso practicaban aún sus religiones tradicionales, se podría en cambio iniciar un diálogo – como ya había sucedido con el Coyur Kakum (cf. E. 3961) – en vista a una preparación del anuncio del Evangelio;

c) con los miembros de las varias sociedades geográficas, interesadas en abrir vías de comunicación hasta las fuentes del Nilo, y que generalmente eran cristianos, el discurso en cambio podría ser también de evangelización, y no sólo de civilización.

Estos últimos, de hecho, seguían con una cierta atención y también simpatía los movimientos del obispo Comboni, quien evidentemente no les escondía sus proyectos. El 29 de enero de 1878, por ejemplo, el abogado Federico Bonola, secretario de la *Sociedad geográfica egipcia*, escribía a Manfredi Camperio, fundador y director de *El Explorador*:

“Esta mañana, monseñor Comboni, obispo de África Central, dejó El Cairo con quince misioneros para ir a su sede ordinaria en Jartum.

El ilustre prelado condujo consigo también a cinco hermanas y diez obreros, que él distribuirá en las estaciones de Berber, Jartum, El-Obeid, y en las que su incansable celo pretende fundar en las regiones del Nilo Blanco y de los lagos.

Él rehacerá también la misión de los Gebel-Nuba, que había comenzado prósperamente y de la que tuvo que retirarse debido a las violencias y otras crueldades del gobierno egipcio. Monseñor Comboni no es solamente un misionero inspirado por celo religioso, es un hombre valiente, un genio, que entiende y trabaja

⁸³ G. ROMANATO, en su: *L'Africa Nera fra Cristianesimo e Islam...*, recuerda que el mismo Mohammed Ali († 1849), primer virrey de Egipto, no puso dificultad al ingreso de sacerdotes católicos en Sudán. “La única marcada limitación concernió a la prohibición de hacer proselitismo entre los musulmanes” (pág. 67).

por la civilización; deseamos que tenga efectos duraderos. En todas las misiones él funda un hospital, una escuela de artesanías y oficios, un campo experimental de agricultura. Estas son las diversas armas por las cuales los salvajes pueblos de África serán redimidos.

[...].

Monseñor Comboni recorrerá el Nilo hasta Korosko en la Daabia Alina, la misma que llevó a Gessi y a Matteucci; de allá, con los camellos, viajará directamente a Jartum, evitando así el largo y aburrido viaje fluvial desde Wadi-Halfa hasta la capital de Sudán.

Para los curiosos agregaré que las hermanas son jóvenes y dos de ellas muy bellas, y si la belleza es un elemento para lograr neófitos y la civilización, sus hermanas harán prodigios...”⁸⁴.

Con sus misioneros era importante formar una comunidad apostólica de “hermanos y hermanas”

No sabemos qué tanto de todo esto el Fundador habrá comentado explícitamente, desde el principio, también con sus jóvenes hermanas. En los pocos escritos de éstas últimas, que nos han llegado, y referentes a ese período, se menciona solamente una interesante excursión hecha juntos hasta las pirámides⁸⁵ – realizada el 31 de diciembre de 1877 – y a una peregrinación, dos días después, “*al árbol de la Virgen*”, seguida de un viaje rápido hasta la Cúspide de Heliópolis, único resto de aquella que había sido una gran ciudad.

Una cosa, sin embargo, resulta clara en todos los demás escritos, incluyendo aquellos de Daniel Comboni: la gran atención que él siempre tuvo durante todo el viaje para que sus “hijos” e “hijas” se sintieran verdaderamente “hermanos y hermanas” como había sucedido con los discípulos de Jesús. Por consiguiente, trataba que formaran un verdadero “*cenáculo*”, una comunidad apostólica capaz de testimoniar qué tipo de relaciones humanas hacen que el “reino” esté ya presente en la historia humana.

⁸⁴ De: *Positio*, págs. 575-577.

⁸⁵ Cf. *AMN*, 7(2004)32 y 12(2006)21.

Después de la dolorosa experiencia apenas vivida – la cual desgraciadamente no era más que un preludio de cuánto tenía todavía que suceder – Daniel se hacía ilusiones de poder “*con la gracia de Dios extirpar la mala hierba, y formar una misión de verdaderos instrumentos de Dios, para promover su gloria*”⁸⁶. Se sentía por tanto alentado, y profundamente consolado, al ver “*la vida de paraíso*” llevada adelante por el grupo femenino.

“*Entre estas cinco hijas – confiaba a la señora Stella Grigolini, mamá de Teresa, cuando le escribió dándole las condolencias por la muerte del marido – ha reinado una vida celestial: nunca vi una nube entre ellas. Se quieren más que si fueran hermanas de sangre; se ayudan mutuamente y lo que agrada a una agrada a las otras [...], sus intereses son los intereses de Dios [...]. Teresa es una verdadera hija. Constituye mi consuelo y el de mi querido D. Squaranti; y todos animados de un mismo espíritu, no deseamos más que salvar almas y cumplir con nuestro deber*” (E. 5077).

En Berber, la primera comunidad africana de las Pías Madres de la Nigrizia

“*Henos aquí que hemos llegado, todas sanas y muy alegres, al lugar destinado por el Señor, después de sesenta y un días de viaje, es decir, cuarenta y ocho de Nilo y 13 de desierto...*”

(Concetta Corsi, 11 de abril de 1878).

El “*lugar destinado por el Señor*”, en aquel caso era Berber. Situada en la orillas del Nilo y equipada con un puerto fluvial, la ciudad permitía un fácil acceso a Jartum, por lo que el Vicario Apostólico pensó poder dejar ahí, provisionalmente, a las cinco jóvenes misioneras que no habían podido transcurrir en El Cairo aquel período de climatización que la prudencia y la experiencia habrían aconsejado.

⁸⁶ AP SC, Afr. C., vol. 8, ff. 734-737: Comboni a Franchi. El Cairo, 19 de enero de 1878. Cf. AC, 1(1997)37.

El viaje de El Cairo a Berber – como Concetta Corsi hizo saber a María Bollezzoli – requirió dos buenos meses, y fue bastante variado, además de muy movido: la primera grande etapa, de El Cairo a Asuán – pasando por Minieh, Siut, Negade y Luxor – fue superada en 32 días de navegación en el Nilo. De Asuán, después de un descanso de cuatro días, fueron llevados en tren hasta Scellal, y luego llegaron a Korosko a través del río. Ulteriormente una parada de algunos días para obtener los camellos necesarios, y después el inicio de la travesía por el desierto Atmur.

El 30 de marzo, finalmente, habían llegado a Berber.

María Bollezzoli, desde Verona, había podido de algún modo seguir todo, gracias a las cartas que las jóvenes enviaban alternándose y con bastante regularidad. La primera que escribió después de la salida de El Cairo fue Giuseppa Scandola quien, el 12 de febrero de 1878, *“desde la parte trasera del barco”*, informaba: *“nos encontramos aquí en medio del Nilo apretadas apretadas; más bien careciendo de tantas cosas necesarias, pero todavía estamos contentas, estamos todas bien, y en buena armonía...”*⁸⁷.

Nueve días después fue el turno de Teresa Grigolini, responsable del grupo, quien mencionaba el incidente sucedido con la barca: *“Todos gozamos de buena salud pero [...] como habrá escuchado por medio de una carta del Rev. P. Squaranti, se perforó nuestra Dahabía al echar el ancla cerca de la ciudad de Miniet [...]”*.

*El gobierno de Miniet declaró que no era prudente proseguir el viaje en barca, es por esta razón que actualmente estamos varados y esperando que el Señor nos provea de nuevo...”*⁸⁸.

Desde Asuán, apenas llegados, escribía en cambio Concetta Corsi para comentar la muerte del papá de Teresa Grigolini:

“Después de un mes de navegación llegamos felizmente a Asuán, donde encontramos a las queridísimas Hermanas quienes se nos hicieron muy agradables. Quisiera decirle muchas cosas acerca de nuestro viaje hasta aquí, pero [...] le diré solamente que nosotras actualmente nos encontramos todas bien y que nuestro

⁸⁷ ANNALI, 21(1880) 45-46: Scandola a Bollezzoli, 2 de febrero de 1878.

⁸⁸ AMN, 12(2006)24: Grigolini a Bollezzoli, 11 de febrero de 1878.

camino hubiera sido muy feliz si [...] no hubiésemos recibido la dolorosa noticia de la pérdida irreparable que ha sufrido nuestra buena Madre [...]. Le digo la verdad de que hemos pasado unos días muy dolorosos y sufridos. Sin embargo, el Señor que jamás abandona a quien a Él se dirige especialmente en los momentos de mucha aflicción [...] hizo llegar la calma después de la tempestad, e hizo que nuestra desconsolada Madre [...] ofreciera con generosidad al Omnipotente su angustia y su dolor con la admiración de todos...”⁸⁹.

El 5 de marzo de 1878, antes de dejar Asuán, fue Vittoria Paganini quien envió un último saludo a la Madre:

“Gracias, querida Madre, por tan afectuoso escrito; mil gracias por las exhortaciones nobles y generosas que éste contiene. ¡Ah! Yo las tendré siempre presente, y me esforzaré para que den fruto en mi alma. ¡Gran Madre! Qué bien supo adivinar las impresiones que habrían tenido sus amadísimas hijas al viajar a lo largo del río Nilo; al mirar las Tebaidas, al recordar la vida aquí conducida por tantos ilustres Penitentes. Quien encierra en su pecho un sentido de piedad juntamente con la fe, no puede sino permanecer altamente edificado y profundamente impresionado...”⁹⁰.

Una segunda separación, más dolorosa que la primera

“El día 4 nos separamos con mucho pesar de los amadísimos Superiores...”

(Concetta Corsi)

Los “*amadísimos Superiores*” eran, obviamente, Daniel Comboni y Antonio Squaranti. En Berber – donde el obispo regresaba por vez primera después del último y difícil encuentro con Stanislaw Carcereri, sucedido los primeros días de enero de 1876 – las Pías Madres pudieron gozar de la alentadora presencia del Padre por algunos días más. Después, el 4 de abril, fue necesario un nuevo adiós.

⁸⁹ AMN, 10(2005)77: Corsi a Bollezzoli. Asuán, 24 de febrero de 1878.

⁹⁰ AMN, 7(2004)34: Paganini a Bollezzoli. Asuán, 5 de marzo de 1878.

*“No se puede explicar, queridísima Madre, cuánto nos dolió, aunque si estábamos preparadas – confesaba Concetta – la separación de nuestros beneméritos Padres, que nos dieron en el transcurso del viaje todos aquellos cuidados que pueden sugerir un corazón paterno...”*⁹¹.

“Sepa, querido Padre – escribió en efecto Teresa a don Antonio Squaranti – que como fue el dolor que sentimos al verlos alejarse igualmente fue la fuerza que nos dio Nuestro Señor para soportarlo en paz.

*Después de los últimos saludos dados con el pañuelo desde el balcón del Padre [Domenico Noja], nos dirigimos pronto a la iglesia, encendimos dos velas al Santísimo Sacramento y con fervor usual pedimos al Dios de las misericordias que les fuese propicio. Oramos también por nosotras y nos convencimos de que la oración hecha con fe y fuerza calma el dolor y esparce en el corazón dulzuras que no pueden ser entendidas sino sólo por aquellos que las han probado. ¡Oh! ¡Cuán bueno es el Señor! ¡Cómo sabe adaptar la cruz según las fuerzas! ¡Cuán dulce resulta el sacrificio hecho por su amor!...”*⁹².

Un poco difícil hacer exactamente, en Berber, aquello que se hacía en Verona

“Amadísima Madre – escribía Teresa el 16 de mayo de 1878 – en su última carta [...] me pide conocer nuestra forma de vida y la distribución de las horas. Verdaderamente tiene razón de reprocharme si no lo hecho anteriormente. Pero escúcheme [...].

Hoy cumplimos un mes y medio de haber llegado a Berber. La primera semana la hemos pasado trabajando y trabajando muchísimo para preparar de la mejor manera la caravana que salía para Jartum. La semana siguiente la pasamos limpiando [...] y haciendo algo nuevo para la iglesia que [...], para decirlo todo con una palabra [...], hemos encontrado ni más ni menos como un establo. Por lo tanto durante el día no se decían más que las acostumbradas oraciones de la mañana y de la tarde, y

⁹¹ AMN, 10(2005)80: Corsi a Bollezzoli. Berber, 11 de abril de 1878.

⁹² AMN, 12(2006)25-26: Grigolini a Squaranti. Berber, 7 de abril de 1878.

en el resto del tiempo: comer y trabajar continuamente. Después hemos tenido 5 o 6 días de calma pero duró muy poco. Le vino una fiebre muy fuerte a Sor Vittoria, después a Sor Concetta, luego a cada una a la vez; todas nos vimos obligadas a ir a la cama [...]. Pero gracias a la providencia actualmente estamos bastante bien [...].

*¿Y sabe, Madre mía, por qué le he platicado todo este retraso? Para hacerle conocer que hasta ahora no tenemos nada estable, aunque hemos hecho todo aquello que hemos podido. No son sino pocos los días en que hemos estado bien y éstos los hemos utilizado para terminar los hábitos cenizos, etc., que hemos vestido por vez primera anteayer ...*⁹³.

*Ahora, lo más pronto que podamos – prometía Teresa – con la ayuda de la providencia nos meteremos en regla. Pero creo que es imposible poder adecuarlo semejante a aquel de Verona porque aquí el calor es excesivo, y en ciertas horas del día [...] es imposible trabajar...”*⁹⁴.

El interesante “método” apostólico de Marietta Caspi

El 27 de agosto de 1878, siempre desde Berber, la “*primogénita*” de Daniel Comboni así escribía, entre otras cosas, a María Bollezzoli:

“Ahora deseo contarle algo sobre estas Señoras Berberinas [...]. Cuando nos vienen a visitar dejan sus marcubos [sandalias] fuera de la puerta y entran descalzas porque, dicen, así se demuestra más respeto. Al entrar nos esperan de pie, nos besan el Crucifijo y después se sientan de manera verdaderamente ridícula, y diría

⁹³ No es claro el por qué Teresa haya pasado por alto con un “etc.” la cuestión de los hábitos “cenizos”. Es sin embargo interesante la información que nos es dada por M. Grancelli, ahí donde escribe: “*Comboni – para las Pías Madres de la Nigricia – pensó en un hábito de color más bien claro, para vestirse así en el calor africano; efectivamente, por lo que me dijo don Luigi Bonomi, había para tal objetivo adquirido algunas piezas de tela en Francia. Pero después se adoptó un hábito negro*” (pág. 221). Evidentemente, aquellas piezas de tela fueron llevadas hasta Berber, donde Daniel Comboni había “sugerido” a las jóvenes misioneras que las utilizaran...

⁹⁴ AMN, 12(2006)29-30: Grigolini a Bollezzoli. Berber, 16 de mayo de 1878.

que con poca modestia en el suelo, con las piernas cruzadas. Están llenas de fantasía, es decir, de mil tipos de adornos. El vestido es muy sencillo, porque la mayoría tiene solamente un gran lienzo, o un manto blanco llamado top, quedando por lo demás desnudas, excepto que llevan un trapo en las caderas. Visten dos collares formados con monedas de oro perforadas y ensartadas, uno lo tienen en el cuello, el otro alrededor de la cabeza, y las monedas o joyas de éste caen colgando por la frente. En torno a los tobillos de los pies llevan argollas de plata o de fierro según su condición.

¡Usted no creará, Madre querida, que yo haya hecho algunas amigas, pero así es! ¿Y sabe cómo he hecho amigas? Cuando estas Berberinas vienen a encontrarme entonces hago para ellas un movimiento, digo sin sentido alguna palabra árabe, o una italiana, y viene una risotada, y una bebida de café. Semejante desenvoltura y alegría les gusta mucho; quedan muy contentas y no quisieran dejarnos más. Si no me encuentro presente cuando vienen a visitarnos, hacen mil búsquedas, y preguntan: ¿dónde está aquella Hermana que ríe? Y no están contentas hasta que me ven. Cuando vamos a pasear con nuestras negritas estas amigas mías me miran sonriendo, me saludan diciendo: taibin / ¿cómo estás? Y yo devuelvo el saludo. Cuando, al finalizar la visita, están por salir de casa se cubren con su lienzo toda la cara menos los ojos...”⁹⁵.

Esta es una carta que adquiere un interés particular si se piensa que Berber era una ciudad completamente musulmana y en cuya mezquita, entre otras cosas, el futuro “Mahdí”*, un poco antes, había profundizado sus estudios religiosos y madurado su “mahdía”.

⁹⁵ AMN, 10(2005)20-22: Caspi a Bollezzoli. Berber, 27 de agosto de 1878.

La petición de Gordon Bajá referente a las Hermanas

*“El mismo Gobernador Gordon admirado por la caridad desplegada por las Pías Madres de la Nigricia hace continuas peticiones a Mons. Comboni para que las destine a Fashoda cerca de los Denka y a Ladó cerca de Gondokoro y en otro lugar...”*⁹⁶.

En 1877 Charles G. Gordon* – oficial inglés del cuerpo de ingenieros – fue nombrado, por el virrey de Egipto Ismail, gobernador de todo Sudán, con el encargo particular de combatir el esclavismo.

“La posición del Vicariato ha tenido que mejorar algo – confiaba entonces Daniel Comboni al Card. Franchi – ya que siendo él de nacionalidad inglesa y de religión protestante [el gobernador precedente era musulmán], cualquiera puede ver que el ejercicio de la actividad apostólica será en el futuro más libre, y por ende más eficaz.

Esto es tanto más de esperar – agregaba – cuanto que siempre me ha profesado y profesa una amistad íntima y sincera, y que de verdadera estima y afecto son también sus relaciones con mis misioneros...” (E. 4501-02).

El vicario apostólico efectivamente – que había frecuentado al Coronel durante todo el tiempo en el que éste ocupó el encargo de gobernador de Ecuatoria (1872-1876) – vio la manera de encontrarse con él en cuanto le fue posible⁹⁷.

De parte suya, el gobernador no le había ocultado el preferir las misiones católicas a aquellas protestantes (cf. E. 5204), al grado de pedir incluso algunas Hermanas para los hospitales gubernativos de Sudán.

⁹⁶ AP SC, Afr. C., vol. 8, f. 717: Paolo Rossi a Simeoni. Verona, 14 de noviembre de 1878. Copia manuscrita en: ACR, A/1/8/1.

⁹⁷ *“A las dos de la tarde – anotaba Antonio Squaranti, el 2 de marzo de 1878, en su diario de viaje – pasó a Asuán directo para El Cairo el Gobernador Gordon. Lo visitamos a bordo. Acogió a Monseñor con gentileza – y por el temor de que a Korosco no se encuentren camellos suficientes, telegrafó al jefe del desierto, ordenándole que hiciera de todo para conseguirlos”* (págs. 25-26).

“Gordon Bajá [...] – confirmaba el obispo el 26 de septiembre de 1878, escribiendo a Mitterrutzner – se me muestra muy favorable, y siempre viene a verme. Ha decidido confiar a nuestras Hermanas de Verona, actualmente en Berber, el hospital gubernativo de Fashoda (capital de los Schelluk); y luego (cuando vengan más Hermanas) pondrá a su cargo el hospital de Ladó (cerca de Gondókoro) [...]. Ha comprendido que encargando los hospitales a las Hermanas, vivirán tres cuartas partes de los militares que en otro caso morirían [...].

Las Hermanas de Verona – añadía aún – irán de Berber a Fashoda el próximo octubre, y un barco del Gobierno irá expresamente a buscarlas para trasladarlas allí. La semana que viene, para preparar los locales ya dejados por el Gobierno, enviaré a D. Squaranti a Fashoda. Ésta se encuentra precisamente enfrente de aquel punto de la tribu de los Denka que había elegido D. Beltrame para el Instituto Mazza. De modo que para allí y para Ladó se necesitan los diccionarios y gramáticas Denka y Bari que con tanto mérito compuso usted [...]. No pasará 1879 sin que nos hayamos establecido en los Nyanza, en el Ecuador...” (E, 5389-90).

En cambio...

“Eminentísimo y Rmo Príncipe:

Con el último correo he recibido su venerado escrito del pasado 14 de agosto, en el que me ordena suspender de momento la expedición a los lagos Nyanza, por los justos y prudentes motivos que se digna señalarme. Y yo, sin más, cumpliendo la voluntad de Dios tan claramente conocida por medio de mi Superior, suspendo de raíz la expedición, en la seguridad de que Dios hará lo mejor para aquellas pobres almas.

En 1873, cuando extendí las actividades del Vicariato hasta Gebel Nuba [...] he pensado y preparado estudios, y seguido todas las fases de los diversos viajes realizados siguiendo las huellas de Speke, Grant y Baker, y también acerca de las diferentes lenguas y varios pueblos esparcidos por el Ecuador. Pero D. Squaranti y yo somos felices de obedecer la voluntad de Dios, que es tan manifiesta, y a ella nos atenemos...” (E. 5392-93).

D. Antonio Squaranti, cuando Daniel Comboni se vio obligado a escribir lo arriba citado al Card. Simeoni – que una vez más intervenía tan pesadamente, obligando a cambiar de planes y a olvidar sueños acariciados por tanto tiempo – se encontraba en Berber desde hacía casi una semana ⁹⁸.

“Por precaución, por salvarle la vida”, ya que no logró “aclimatarse en El Cairo” (E. 5406), el obispo creyó conveniente alejar a don Antonio de Jartum mientras había tiempo. La ciudad en efecto, después de la gran carestía que había azotado a Sudán debido a la sequía del año anterior ⁹⁹, y de las inundaciones que la habían seguido, había sido golpeada por una espantosa epidemia que, en aquel octubre de 1878, “se extendió por un mes”, atacando a todos los miembros de la misión, excepto al Jefe, y provocando la muerte de más de la mitad de la población.

Ahora, la medida tomada respecto a don Antonio parecía haber dado resultado, ya que Daniel Comboni – siempre en la carta del 24 de octubre – pudo añadir: *“el cuidado de aquellas excelentes hermanas **Pías Madres de la Nigricia**, por mí fundadas en Verona y dirigidas por el mismo Squaranti en el noviciado para la vida apostólica en África lo han reforzado y perfectamente restablecido”.*

En Berber, tenía también “asuntos que tratar”...

No había sido al azar, en todo caso, que el obispo hubiera mandado su “brazo derecho” a Berber en lugar de otra localidad. Siempre el 24 de octubre, escribiendo al canónico Milone, Daniel Comboni explicaba:

“Estoy solo para la asistencia espiritual a Jartum, y me toca hacer de Obispo, de cura párroco, de coadjutor, de Superior, de

⁹⁸ *“El 16 de septiembre salí de Jartum en una barca [...] – se lee en el Diario del mismo Squaranti – y llegué a Berber el día 22” (pág. 35).*

⁹⁹ Habían sido muchos, en efecto, las apelaciones *“a la caridad católica por la espantosa carestía del África Central”* (E. 5148) lanzadas por el obispo de Jartum para atenuar en cualquier modo los “luctuosos efectos”.

administrador, de médico, de enfermero [...]. A D. Antonio Squaranti, mi brazo derecho en toda la gran Obra para la Redención de África, previendo la tremenda epidemia y las extraordinarias fiebres que se iban a producir en Sudán como consecuencia de las anormales lluvias sobrevenidas, le hice buscar refugio en Berber, donde él tenía asuntos que tratar...” (E. 5429).

Lo que el Fundador no especificó, obviamente, fue que trataba también “asuntos del corazón”, que en Berber se estaban presentando justo en el caso de su “*primogénita*”, es decir, Marietta Caspi¹⁰⁰. Como él recordaría más tarde a don Giuseppe Sembianti, aquella hermana “*buena, obediente, dócil [...], de no haber estado custodiada por una mano de hierro, habría caído en las redes de un granuja de médico...*” (E. 6657). Gracias a Dios, la acción conjunta de la atención vigilante del Padre lejano, de aquella de las Hermanas cercanas y de la ayuda fraterna de don Antonio, llegada a tiempo, la situación regresó a la normalidad sin que ni siquiera sucediese “*una sombra de mal*”. Más bien, sirvió a todas como lección de vida.

La muerte de don Antonio

“Emmo y Rmo Príncipe:

Le escribo pocas líneas, porque me tienen deshecho las fiebres, las tribulaciones, las fatigas y las penas del corazón. Por adorable ley de la Providencia, las Obras de Dios deben fundarse y prosperar al pie del Calvario [...].

Mas aunque me encuentro quebrantado en el cuerpo, por la gracia del Corazón de Jesús mi espíritu se mantiene sólido y vigoroso; y estoy decidido, como lo he hecho desde hace treinta años, a sufrirlo todo y dar mil veces la vida por la redención de África Central”
(E, 5522-23).

Así iniciaba la carta con la que Daniel Comboni hacía partícipe al Card. Simeoni de su suplicio por la muerte, muy inesperada y dolorosa, de su “*piadoso y capaz D. Antonio Squaranti*”,

¹⁰⁰ Cf. AMN, 10(2005)22-23.

quien durante siete años había sido el rector de los Institutos de Verona.

“Yo lo había enviado de visita a Berber – explicaba – sobre todo para sustraerlo a la amenazadora epidemia, en cuanto me di cuenta de que ésta se acercaba después de las lluvias, por ser el primer año que él estaba en África Central. Pero cuando a los cuarenta días de su estancia en Berber se enteró de que en Jartum todos los sacerdotes estaban enfermos de fiebre, de que muchos de la misión habían muerto, y de que yo era el único que se encontraba de pie [...], por venir a ayudarme salió de Berber en una embarcación de vela, y al cabo de quince días llegó a Jartum más muerto que vivo, porque en los últimos cuatro días de viaje ya se había visto afectado por la fiebre y la epidemia. Fueron vanos nuestros cuidados durante doce días: todo fuego de caridad, y totalmente resignado, voló al eterno descanso, dejándome en una gran desolación...”

Fue aquella una “DESDICHA”, – se lee en los *Anales del Buen Pastor* que dedicaron veinte páginas a lo ocurrido¹⁰¹ – que “*llegada a Europa, entristeció a todos, y fue llorada universalmente*” (pág. 44).

De Berber a Jartum

“El día 7 de enero [en realidad era el 7 de diciembre] vino a Berber Monseñor con un vapor para recogernos y transportarnos a Jartum”

(Teresa Grigolini, 3 de enero de 1879)

Habiendo quedado solo – pero tal vez porque quería ser él quien diera personalmente la triste noticia a “sus” Hermanas – Daniel Comboni había en efecto aprovechado *la embarcación a vapor* puesto a su disposición por el Gobernador para ir a Berber a recoger a las jóvenes y acompañarlas después hasta Jartum.

¹⁰¹ Cf ANNALI, 18(1879)42-62.

“Tras la muerte de la Superiora del Kordofán el pasado agosto – explicó el 2 de enero siguiente al Card. Simeoni –, quedan allí sólo tres Hermanas, dos de las cuales [...] tienen la obediencia de regresar a Marsella [...], me quedan cuatro Hermanas de San José en el Vicariato; por lo cual, para atender a las urgentes necesidades de las importantes misiones de Jartum y del reino del Kordofán, y tras consultar a la Superiora de Jartum, he destinado a esta ciudad las cuatro Hermanas de San José restantes [...]; y he destinado al Kordofán las cinco Hermanas del Instituto de las Pías Madres de la Nigrizia [...], que estaban en Berber, y que yo traje a Jartum hace veinte días con la embarcación a vapor generosamente cedido por Gordón Bajá, y a las cuales mandaré al Kordofán en cuanto disponga de camellos” (E. 5526).

Con la salida de las hermanas se cerraba así, prácticamente, también la estación misionera de Berber, que había sido abierta por los Camilos en abril de 1875, y que habría podido continuar si las cosas hubiesen sido diferentes.

“Después de las muertes y las grandes enfermedades habidas entre los misioneros, Hermanas y laicos coadjutores europeos – escribía el obispo a la Propagación de la Fe de Lyon el 31 de diciembre de 1878 – he cerrado provisionalmente los dos Institutos de Berber [...] excepto la capilla y algunas dependencias para alojar las caravanas de la Misión que llegan de El Cairo [...], y uno o dos misioneros de Jartum irán dos veces al año a Berber para las necesidades espirituales del pequeño número de fieles de esta ciudad...” (E. 5502).

Para decidir de esta manera, de cuanto resulta, habría sido aconsejado por el mismo don Antonio Squaranti quien, durante su estancia en Berber, consideró aquella casa “útil sólo como estación de paso, pero no como misión, por ser muy opuesta a una obra de evangelización”, musulmana como era “hasta la médula”.

Más bien, su opinión era aquella “de alejar también a los pocos cristianos que se habían trasladado ahí por el temor de que fueran contaminados también ellos por el Islam”¹⁰².

¹⁰² R. GAGLIARDI, *Antonio Squaranti*, pág. 22.

Durante el viaje en el Nilo otra lección de vida misionera

Ya que podía contar con una embarcación puesta a su disposición por la generosidad de Gordon Bajá, el Fundador quiso aprovechar para visitar a todos los pueblos de su vicariato que se encontraban en las orillas del Nilo. No solamente sentía la necesidad personal de hacerse presente allá donde la sequía, la carestía, las inundaciones y las epidemias sucesivas se habían desatado más, sino también le urgía ver la reacción de sus “novicias” misioneras.

“Desde Berber a Jartum – refirió enseguida a Propaganda Fide – visité con las Hermanas veronesas muchos poblados, además de las ciudades de Shendi, Muhammad, etc. Allí encontré muerta a más de la mitad de la población, y al resto de ella como esqueletos andantes; también vi mujeres cadavéricas, desnudas, que se alimentaban a base de hierba y de semillas de heno. Yo repartí grano y dinero, no sin haber bautizado muchos niños de ambos sexos in “artículo mortis...”.

Una visión, aquella, que debió parecer apocalíptica especialmente a quien la veía por vez primera y sabía que podía no ser la última. Aun así, con alivio comprensible del obispo, las jóvenes reaccionaron bien.

Antes de concluir la carta, el Padre logró de esta manera añadir: *“las cinco Hermanas veronesas de las Pías Madres de la Nigricia, lejos de desalentarse, me dan ánimos a mí mismo...”* (E. 5525; 5529).

Sólo Dios podía medir, en efecto, cuánto sentía la necesidad de semejante ánimo. El mismo día en que él escribía al Card. Simeoni, el explorador Pellegrino Matteucci*, de Zula (Abisinia), escribía a su vez:

“Tengo ante mis ojos una carta dirigida a mí el 28 de noviembre por Daniel Comboni. Ésta lleva la huella de una profunda tristeza; se ve que está escrita por un hombre de temple de hierro, pero que está a punto de caer abatido bajo el cúmulo de tantas desventuras; él resiste y lucha, pero en veinte años de África transcurridos a combatir contra tantas prepotentes

*dificultades, ha perdido la fibra gallarda y robusta que su joven edad le da derecho de poseer...”*¹⁰³.

Destino: El-Obeid

En Jartum, las cinco misioneras combonianas permanecieron justo un mes. El tiempo para avisar a las hermanas francesas de El-Obeid que ya podían retirarse, aprovechando la salida de don Luigi Bonomi* – también él llamado a Jartum – para hacer el viaje juntos.

*“Saldré mañana para Jartum con las Hermanas de San José – escribía en efecto don Luigi a un amigo el 5 de enero de 1879– que serán reemplazadas por las nuestras de Verona, a quienes espero encontrar por el camino...”*¹⁰⁴.

De cuanto resulta, en cambio, no se encontraron. Salieron el 14 de enero de *“Jartum – informaba el obispo dos días después – en una magnífica embarcación que gratuitamente me cedió la gran bondad de S. E. Gordón Bajá, Gobernador General de Sudán. Navegarán por el Nilo Blanco hasta Dauén, donde sobre los camellos que también me ha proporcionado Gordón Pasha, continuarán hasta la capital del Kordofán...”*. (E. 5538).

Fue precisamente en Dauén, donde la parada obligatoria se prolongó más de lo previsto, así que Teresa Grigolini escribió a María Bollezzoli:

*“Son ya trece días desde que salimos de Jartum, y aún nos encontramos aquí a medio camino sin poder proceder, pues temen los camelleros que el gobierno les quite los camellos y los mande a Darfur”*¹⁰⁵, como ha hecho a otros en este año tan malo. Desde hace ocho días nos refugiamos en una cabaña hecha de cañas, donde el fuertísimo viento del Norte tiene toda la facilidad de

¹⁰³ Cf A. CAPOVILLA, 1930, pág. 270.

¹⁰⁴ ANNALI, 18(1879)63.

¹⁰⁵ Existía en efecto, de Jartum, otro camino que, llevaba hasta los sultanatos de Darfur pasando por El-Obeid. Este no era utilizado por los misioneros.

*pasar dentro y fuera a su gusto. Sería una verdadera diversión poética si estuviéramos todas sanas, y sería de reír, pero desgraciadamente, ya sea una, u otra hermana es atacada por la fiebre, por tanto se sufre mucho. Y como estamos acampadas en la ribera poco saludable del Río Blanco, para sanar las enfermas no valen ni la quinina, ni los refrescantes ni ninguna otra medicina. Hemos teleografiado para que el Gobernador general de Sudán mande una orden urgente al Sieck de Dauén, para que nos dé los camellos necesarios para el viaje; pero ya han pasado seis días, sin tener respuesta alguna...”*¹⁰⁶.

También el obispo, a su vez, usó el telégrafo con el fin de solicitar las cabalgaduras necesarias para permitir a las jóvenes misioneras llegar a El-Obeid:

*“Son viajes sumamente arduos”*¹⁰⁷ – explicaba al cardenal Simeoni –. *Hoy he sabido que el 29 de enero ellas partieron de Dauén, en el Nilo Blanco, con diecisiete camellos y se dirigieron a Teiara. Por ello he teleografiado al Bajá del Kordofán, a fin de que mande camellos a esa ciudad para transportarlas a El-Obeid, dado que desde Dauén hasta Teiara sólo pudieron encontrar camellos consumidos por el hambre y sin fuerzas”* (E. 5576).

A El-Obeid, donde eran esperadas en modo particular por el joven superior – Gian Battista Fracarro [Fraccaro] – que había viajado con ellas de Roma hasta Berber, las Pías Madres de la Nigricia llegaron finalmente el 10 de febrero de 1879.

“Finalmente hemos llegado a nuestra destinación – pudo escribir tres días después Teresa Grigolini a la Madre de Verona – ¡pero cuántas dificultades tuvimos que enfrentar para lograrlo! ¡Dos o tres de nosotras, y a veces todas las cinco nos encontrábamos con

¹⁰⁶ ANNALI, 18(1879)69-70.

¹⁰⁷ Aunque si aquellos viajes eran sumamente “arduos” – especialmente para quien los hacía por vez primera – no eran peligrosos en el sentido de que fuese imprudente permitir que cinco jóvenes europeas se aventurasen. Había de hecho una tribu, la de los Ababda, que había recibido en exclusiva del Jedive la gestión del viaje en el desierto. En cambio de los beneficios que ellos recibían, aquellos beduinos se vieron obligados “a guiar y proteger la caravana, nutrir a los camellos, garantizar la seguridad a lo largo del camino” (G. ROMANATO, pág. 45).

fiebre! ¡Encontrarnos por trece días en el desierto con escasas de agua asusta hasta a los más valientes! Toparnos con espinas que frecuentemente brotaban de la tierra y a cada tramo se pegaban a la ropa; luego con espinas que altas se levantaban sobre la tierra, y aun estando sobre los Camellos no sólo nos rompían la ropa sino que nos espinaban las manos, la cara... Cuánta paciencia nos tocó practicar... y Dios fue lo suficientemente amable para favorecernos. Que Él sea siempre alabado y bendecido”.

Antes de concluir, sin embargo, la joven y aún inexperta superiora pedía a la Madre: *“Ore por mí, porque el encargo de Superiora que pesa sobre mis hombros, si Dios no me ayuda, es un asunto muy serio. Entre los del Instituto Masculino y Femenino somos más de cincuenta personas, y en nuestra casa se hace de comer para todos. Ore, ore mucho por*

*Su hija afectísima
Sor Teresa Grigolini”*¹⁰⁸.

Inmediatamente, una situación de emergencia

“Recibí su venerada carta, la No. 1, del pasado 13 de enero, en que me comunica que la Superiora Geral de las Hermanas de San José, tras la decisión de su Consejo General, ha determinado no enviar más Hermanas a mi Vicariato, y reclamar encima las otras que en él se encuentran...” (E. 5669).

Una comunicación de este tipo no era ciertamente lo ideal para levantar la moral de quien, sólo pocos días antes, había confesado que *“debilitado por la tristeza, las fatigas y las angustias mortales”*, agotado por una fuerte fiebre que apenas había pasado, no lograba más *“ni dormir, ni comer, ni andar”* (E. 5665). Sin embargo al cardenal Simeoni, que le había anunciado lo reportado arriba, Daniel Comboni respondía:

¹⁰⁸ ANNALI, 18(1879)70-71.

“Aunque tal decisión me causa profundo dolor estoy lejos de entregarme al desánimo y al abatimiento, porque tengo la certeza de que el dulcísimo Corazón de Jesús, que palpitó por la infeliz Nigricia, me ayudará a arreglar las cosas de otro modo”. (E. 5670).

Después de todo, para ser honestos, semejante noticia ya la esperaba: *“por el largo silencio que el último año ha mantenido la Madre General – continuaba la carta – quien se fue desanimando cada días más, y con razón, a causa de la muerte de las dos últimas” excelentes Hermanas* ¹⁰⁹, *y por el panorama que yo veía, me di perfectamente cuenta de que esto iba a acabar así; porque últimamente ya no se ofrecía ninguna Hermana para África Central...”*

Inmediatamente después, con una alabanza final y extraordinaria a la obra realizada por las Hermanas de San José de la Aparición en su vicariato – pero también con algunas explicaciones pertinentes que el caso exigía – Daniel Comboni ponía la palabra “fin” al sueño, acariciado desde hacía tiempo, de ver a “sus” Hermanas trabajar junto a las francesas. Las Pías Madres efectivamente se encontraban en Berber desde hacía poco tiempo, y ya el obispo daba por un hecho tal colaboración, pues el 17 de mayo de 1878 escribía a Jean François des Garets:

“En Berber tengo instaladas provisionalmente a cinco Hermanas de la Congregación de las Pías Madres de la Nigricia [...].

Son la vanguardia de la nueva Institución destinada a desarrollar su acción apostólica en las numerosas regiones de África Central. Que sólo Dios sea su inspiración y su guía.

La Congregación de las Pías Madres de la Nigricia, de Verona, comparte las fatigas apostólicas de la mujer del Evangelio en el Vicariato de África Central con la Congregación de las Hermanas de San José de la Aparición, de Marsella, que he destinado a Jartum y al reino del Kordofán, donde trabajan desde hace varios años con una abnegación y una entrega admirables...” (E. 5160-62).

¹⁰⁹ Las dos últimas habían sido Arsenia La Floch, superiora en El-Obeid, y Enriqueta Ray, fallecidas en los meses de agosto y septiembre de 1878. Daniel Comboni – siempre en la carta citada – quiso también aclarar, con *Propaganda Fide*, que no todas las nueve Hermanas de San José de la Aparición, fallecidas en el Vicariato, fueron víctimas de la inclemencia del clima (cf. E. 5673-75).

La colaboración de misioneros y misioneras pertenecientes a institutos diversos, después de todo, hacía parte del **Plan**. Daniel Comboni había siempre deseado “*ardientemente proporcionar verdaderos apóstoles a la vasta misión*”, a él confiada, aunque “*pertenecieran a otras Corporaciones eclesiásticas o religiosas*”.

Sin embargo, nuevamente tuvo que aprender por propia experiencia “*que curas y frailes [y hermanas] difícilmente van de acuerdo en el trabajo de una misma viña*” (cf. E. 3012-13).

Y aun así él deseaba al menos intentar...

Las Pías Madres en Jartum

“El Señor dispondrá lo mejor para su gloria y para el bien de la Nigricia, a la que ciertamente quiere salvar...” (E. 5682).

Teresa Grigolini se encontraba desde hacía apenas dos meses en el Kordofán – donde ella y las hermanas habían sido acogidas con entusiasmo (cf. E. 5681)– cuando recibió la comunicación de que al menos dos de las Pías Madres tenían que hacer nuevamente su equipaje y disponerse a regresar a Jartum. La explicación de semejante contraorden se encuentra, como veremos, en la carta que Daniel Comboni escribió al cardenal Simeoni el 26 de mayo de 1879.

Sucedió que, el 10 de marzo anterior, el obispo había dejado la capital de Sudán confiando aún en que todo se resolvería. Una semana antes, el 3 de marzo de 1879, él había escrito, entre otras, dos cartas importantes. En la primera, ya citada, después de haber comentado con el cardenal Simeoni la decisión de las Hermanas de San José de dejar el Vicariato de África Central, a un cierto punto añadía:

“1°. Tengo extrema necesidad de entrevistarme con V. Ema. y abrirle mi corazón sobre muchos puntos que conciernen al bien de esta importante misión.

2°. *Tras la muerte de mi incomparable Administrador General, D. Antonio Squaranti, que era el brazo derecho de mi Obra tanto en el Vicariato como en Verona, me han surgido muchos asuntos importantes que arreglar y tratar [...].*

3°. *Mi salud se ha resentido a causa de las extraordinarias fatigas y angustias, por lo cual el excelente médico inglés de Gordón Pasha me manda insistentemente que [...] tome un descanso y una tratamiento de aguas termales en Europa...*” (E. 5678).

En la segunda, dirigida a la nueva superiora general de las Hermanas de San José de la Aparición, el obispo escribía:

“Su Eminencia el Card. Prefecto, nuestro Padre, me comunica que [...] usted ha determinado no solamente no mandar más Hermanas, sino retirar a las que actualmente están unidas a mi Obra [...].

Su Eminencia me dice que me ponga de acuerdo con usted en cuanto al regreso de las Hermanas [...]. Pero como la esperanza es la vida del hombre [...] iré personalmente a tratar con usted lo que Dios disponga...” (E. 5688-91).

En cambio, el 26 de mayo siguiente, desde Verona, él se veía obligado a comunicar a *Propaganda Fide*:

“Siento mucho que las cuatro Hermanas de San José que permanecían en Jartum hayan abandonado esa misión, sin dar el tiempo necesario para su sustitución en ese importante Instituto femenino; no quisieron esperar ni una semana. Pero, a decir verdad, estaban fatigadas, y habían trabajado intensamente y con mucho celo. Mi excelente representante, el veronés D. Luis Bonomi, se vio en la necesidad de telegrafiar al Kordofán para pedir que algunas de mis Hermanas veronesas se trasladaran a Jartum a hacerse cargo del establecimiento femenino de esa ciudad; y ya la estupenda y capaz Superiora de las mismas, Sor Teresa Grigolini, me ha escrito diciéndome que dentro de unos días saldría para Jartum” (E. 5724).

Gracias a Dios, no obstante el momento se presentase extremadamente crítico, la fe del Fundador no vacilaba. En la carta arriba citada, él concluía proféticamente:

“El Instituto de las Pías Madres de la Nigricia, que yo fundé en Verona [...], posee por gracia de Dios todo el espíritu apostólico necesario para trabajar debidamente en las arduas misiones de África Central, y se va desarrollando de modo que bastará para atender por sí solo todas las obras de capital importancia que se deben crear y perfeccionar en mi Vicariato [...].

Todas las cruces y adversidades que recientemente ha padecido este Vicariato, han servido tan sólo para fortalecer el espíritu de los miembros fieles de esta gran obra y para poner a nuestro Vicariato en condiciones de alcanzar en el futuro una prosperidad cierta, porque las Obras de Dios siempre han nacido y crecido al pie del Calvario, y deben recorrer, como Jesucristo, el camino de la pasión para alcanzar la Resurrección...” (E. 5725).

Era como decir: cerramos filas y vamos adelante

Desafortunadamente no nos ha llegado, al menos hasta ahora, la carta con la cual Teresa Grigolini alentaba al Padre diciéndole que obedecería y, que con Sor Giuseppa Scandola, se trasladaría a Jartum – el 27 de abril de 1879 – esperando refuerzos. Evidentemente no se trataba de una obediencia fácil, como se puede notar en un escrito que D. Bonomi dirigió al obispo lejano, unos meses después ¹¹⁰. Aunque si sabían que, tanto en El-Obeid como en Jartum, podrían contar con el apoyo incondicional de las maestras africanas que habían sido preparadas en Europa y que Daniel Comboni había regresado a África, las cinco Pías Madres eran todavía conscientes de los propios límites y del hecho de que su número era insuficiente para formar dos comunidades.

Pero como estaban bien adiestradas en la escuela del Padre, se arremangaron las mangas y buscaron hacer todo aquello que les era posible. Sin replegarse y con generosidad plena, tenían

¹¹⁰ Cf ACR, A/20/6/5: Bonomi a Comboni. Jartum, 5 de noviembre de 1879.

los ojos fijos en la meta que él les señalaba continuamente. Así, desde El-Obeid, D. Giovanni Battista Fraccaro podía, tranquilizar al obispo lejano:

“Aquí, Monseñor [...] todo está en regla. Se sufre si se quiere, y no poco, por tantas circunstancias queridas y permitidas por el Señor [...]. Pero ¡qué son estos sufrimientos, y qué las privaciones cuando se disfruta en familia de paz y tranquilidad [...]!”

*Las Hermanas actualmente están bien; han tenido algo de fiebre pero se han recuperado. Son verdaderas Hermanas de caridad. ¡Oh, Monseñor! ¡Cuánto me son de consuelo estas buenas Hermanas! Hacen prodigios para que todo marche bien en la casa y por todas partes; son incansables. Son tres y hacen lo de diez, tanto que me veo obligado muchas veces a reprenderlas, y a prohibirles tantas fatigas teniendo en cuenta su estado de salud...”*¹¹¹.

“Actualmente me encuentro en Jartum y estoy contenta – escribía a su vez Sor Teresa Grigolini – [...].

Este año en África no es tan malo como el año pasado. Las enfermedades han cesado completamente, el aire es saludable y hay gran abundancia de trigo [...].

*Mientras tanto, los cristianos siempre procuramos tener como pensamiento prioritario que nuestra patria, nuestro verdadero país, no es la tierra sino el cielo. Somos diligentes en sembrar obras buenas, sacrificios, actos de caridad; llegará el día, tal vez no muy lejano, en el cual cosecharemos con alegría. Estamos siempre bien dispuestos al llamado del Señor; recordamos frecuentemente el fin por el que fuimos creados, así, Dios estará siempre con nosotros...”*¹¹².

¹¹¹ ANNALI, 19(1879)44; 54.

¹¹² AMN, 12(2006)64-65: Grigolini a un tío. Jartum, 8 de enero de 1879.

5.

Las primeras semillas caídas en el surco

El 15 de mayo de 1879, Daniel Comboni – después de una rápida estancia en El Cairo – llegaba a Verona por última vez. María Bollezzoli, evidentemente, se apresuró a informar inmediatamente a las hijas lejanas, por lo que Sor Vittoria Paganini, desde El-Obeid, respondía con fecha 20 de junio de 1879:

“Escuché sobre la llegada de nuestro excelente Monseñor a Verona. ¡Cuánta consolación probé por ello unida a mis queridas Hermanas!, ¡no puedo describirla! ¡Cómo hemos sufrido por el silencio de él y por supuestas desdichas! Sean dadas gracias a Dios [...].

*¡Oh! ¡Ahora sí espero que vengan pronto a ayudarnos! ¡Cuánto deseo ver a mis queridísimas! Nos serán de nueva ayuda y de consuelo [...]. Imagínese que aquí, en total somos alrededor de cincuenta: en la casa femenina tenemos veintisiete Negritas, en la masculina a veintidós Negritos...”*¹¹³.

Parte el segundo grupo de las Pías Madres de la Nigrizia

*“Implore fervientes plegarias por este naciente Instituto veronés, que está destinado a crear en África Central todas las obras femeninas de apostolado católico [...]. **Dios escoge lo débil del mundo para confundir a los fuertes...**”* (E. 5752).

¹¹³ AMN, 7(2004)52. Todo el núm. 7 di AMN ha sido dedicado a **Vittoria Paganini**.

Preparar lo más pronto posible a un segundo grupo de hermanas para enviar a África – especialmente después de que, en Berber, había oído que la decisión tomada por las Hermanas de San José era irrevocable y que por tanto dejarían también los institutos de El Cairo (cf. E. 5731)– se había convertido una prioridad para Daniel Comboni.

El 26 de mayo de 1879, después de once días de haber llegado a Verona, ya anticipaba al cardenal Simeoni:

“La semana próxima partirán hacia El Cairo cinco Pías Madres de la Nigrizia, y dentro de poco otras cinco irán conmigo a Egipto” (E. 5725).

En realidad, la cosa podría aparecer como irrealizable, porque hermanas profesas listas para partir – de Verona – había solamente una: Amalia Andreis, que había profesado el 4 de julio del año anterior. En compensación, el noviciado contaba con nueve novicias, cuatro de las cuales fueron admitidas a la profesión religiosa el 27 de mayo de 1879. De este modo, las cinco que deberían haber viajado una semana después, estarían listas.

En lugar de una semana pasó casi un mes, pero puntualmente, el 1° de julio de 1879, el segundo grupo de las Pías Madres de la Nigrizia estaba listo para dejar Verona.

El Fundador decía estar satisfecho: *“Mientras, tengo la satisfacción de manifestarle – escribía también el 26 de mayo al cardenal Simeoni – que he encontrado en Verona dos florecientes Institutos para las misiones de África Central, verdaderamente imbuidos del espíritu de su apostolado, y cuyos integrantes están todos dispuestos a soportar los sacrificios y el martirio, condición esencial para consagrarse a la conversión de la Nigrizia y estar a la altura de nuestro santísimo cometido”* (E. 5723).

“Mi Superiora de Verona – reafirmaba el 19 de junio – prepara a las Hermanas para el apostolado de África Central diciéndoles siempre esto: “Tenéis que estar dispuestas todos los días a morir por Jesús y por la Nigrizia; estáis destinadas a ser carne de cañón [...].”

Y a mis Hermanas de esta Congregación, tanto las que se encuentran en África Central como las que se hallan a punto de partir y están aquí, aquello les parece el Paraíso, por la dicha de padecer y morir por Jesucristo” (E. 5734).

Hacia Egipto

“Dios me llama a la misión, y yo voy con mucho gusto...”

(Amalia Andreis, 17 de mayo de 1879)

El 1º de julio de 1879, Amalia Andreis, María Bertuzzi, Eulalia Pesavento, María Caprini y Matilde Lombardi, dejaban Verona con destino a El Cairo. Junto con ellas partían también D. Giovanni Dichtl, D. Mattia Moron y el hermano laico Giuseppe Avesani. El Fundador – que por el momento se veía obligado a quedarse aún en Europa – había precedido en Roma a sus misioneros para presentarlos personalmente a Leone XIII y luego acompañarlos al menos hasta Nápoles.

Gracias a la familia de Sor Amalia Andreis – que conservó todas sus cartas¹¹⁴ – y al mismo Daniel Comboni que envió a Mons. Giacomo Scurati un *“pequeño artículo”* para *“El Observatorio Católico”* del 18-19 de julio de 1879 (cf. E. 5736), tal evento puede decirse que está bien documentado.

“A últimos del pasado junio – se lee en la carta que acompañaba al artículo – , el Emmo. Cardenal de Canossa, Obispo de Verona, llegó al Instituto de las Pías Madres de la Nigrizia en Santa María in Organo, y tras un cordial y afectuoso sermoncito, todo fuego de caridad, bendijo y entregó el Crucifijo a dos misioneros y a cinco nuevas Hermanas que estaban a punto de partir para las arduas y laboriosas misiones de África Central. No se puede describir con palabras la emoción y el santo entusiasmo de aquellas vírgenes selectas que, formadas en la escuela de Cristo y educadas para el sacrificio y la cruz, veían llegado el tiempo de hacer realidad sus cálidos votos y sacrificarse por entero en el lento martirio del espinoso apostolado de África Central...” (E. 5737).

“La nueva expedición – escribía el mismo día a don Alessandro Businello – [...], salía de nuestra Verona en la tarde del primero de julio, y en la mañana del 3 era recibida cortésmente en la sede de Propaganda Fide por el Prefecto [...], que con palabras de

¹¹⁴ Cf. AMN, 4(2002). Todo el núm. 4 de AMN está dedicado a Sor **Amalia Andreis**.

ánimo y paternal afecto exhortaba a los misioneros y a las Hermanas a mantenerse firmes y constantes en la ardua y sublime vocación del apostolado de África Central [...].

Pero el espectáculo más conmovedor se iba a producir luego en el Vaticano, cuando tuve el honor de presentar [...] a las cinco Pías Madres de la Nigrizia. El Santo Padre quiso conocer ciertos datos acerca de esta nueva fundación de sagradas vírgenes consagradas al apostolado de África Central, los cuales yo le expliqué brevemente; y él alabó mucho la sublime Institución y su finalidad, así como la generosidad de estas mujeres del Evangelio en sacrificarse por la salvación de las almas más necesitadas y abandonadas del mundo...” (E. 5745).

Fue aquel un momento muy especial que el Padre no olvidaría más. Después de más de un año, efectivamente, él recordaba aún aquel encuentro del Papa con “sus” Hermanas de esta manera:

*“El sábado volví del Vaticano lleno de entusiasmo – escribía en octubre de 1880 – porque permanecí sentado con el Papa León XIII durante hora y media [...]. El Papa León es todo fuego por África, y aunque han pasado dieciséis meses desde que recibió a mis últimas cinco Hermanas [...], me dijo que está entusiasmado por el espíritu de sacrificio que vio en ellas, unido a tanta sencillez. Él había preguntado entonces a Sor Amalia Andreis **si no tenía miedo de la muerte**; y su respuesta de que **sería dichosa de morir incluso inmediatamente por amor a Cristo y a los negros** lo tiene todavía impresionado, y me confesó su admiración...”* (E. 6139).

En el Instituto femenino de El Cairo

En el Instituto femenino de El Cairo, donde las Pías Madres llegaron la tarde del 9 de julio de 1879, las Hermanas de San José no estaban más pues todas se habían retirado.

*“En la estación de El Cairo encontramos a nuestros hermanos Misioneros que vinieron a recogernos – escribía Amalia Andreis a sus familiares – [...]; los Padres nos habían preparado la cena, estaban todos contentos por nuestra llegada”*¹¹⁵.

¹¹⁵ AMN, 4(2002)25.

Situados en el sector de Ismailia, uno de los más bellos de El Cairo, los edificios de los Institutos combonianos estaban todavía en construcción en aquel 1879, faltando entre otras cosas la capilla, dedicada al Sagrado Corazón, que tenía que situarse al centro y de la cual Daniel Comboni tenía que colocar la primera piedra en diciembre de 1880.

“Nosotros estamos fuera de la ciudad, en medio, pero aislados – explicaba efectivamente Sor Amalia a sus padres en la carta arriba citada – Hay muchos hermosos edificios, arboledas y jardines...”

En estas cartas a la familia, no dice mucho sobre la finalidad del Sgdo. Corazón de María, ni cómo se desarrollaba la actividad de las Hermanas. Un trabajo, en todo caso, menos exigente del que pudo haber sido al inicio, como el mismo Daniel Comboni había explicado anteriormente a un sacerdote trentino:

“A los Institutos de El Cairo, los estoy disminuyendo considerablemente – escribía –, porque yo mismo he traído al centro desde allá a más de treinta personas maduras para el apostolado, y otras veinte vendrán en una segunda expedición el próximo agosto. No obstante, en El Cairo son siempre necesarios dos pequeños establecimientos para aclimatar en ellos a los misioneros y a las Hermanas y probar su vocación; y además constituyen como una procuraduría del Vicariato para las relaciones con Europa y el aprovisionamiento de la Misión...” (E. 3233).

La llegada de un tercer grupo de Pías Madres

El 12 de noviembre de 1879 Sor Amalia Andreis, en calidad de superiora, recibía en el instituto femenino de El Cairo al tercer grupo de Pías Madres que el Padre – fiel a su programa – había enviado de Verona. Se trataba de María Rosa Colpo, Caterina Chincarini, Elisabetta Venturini, Fortunata Zanolli y Elisa Suppi. Dos de ellas, Sor Fortunata y Sor Elisa, eran esperadas para completar la nueva gran expedición dirigida a África Central, de la cual era responsable Don Gennaro Martini.

“Tenemos el placer de anunciar a nuestros benévolos asociados – se puede leer en el núm. 19 de los Anales del Buen Pastor – que

el sábado pasado, 22 de noviembre, nuestro excelente misionero, Don Gennaro Martini, embarcó en Suez nuestra caravana de quince personas de ambos sexos pertenecientes a nuestros Institutos de Verona y de El Gran Cairo [...].

He aquí los nombres de la caravana apostólica:

Miembros del Instituto masculino de Verona.

- 1. Rev. D. Vittorio Fuchs, de la Diócesis de Breslavia [...].*
- 2. Rev. D. Arturo Bouchard, de la Arquidiócesis de Quebec, en Canadá [...].*
- 3. Rev. D. Sebastiano Rechenmacher, de la Diócesis de Trento [...].*
- 4. Hermano Jules Simon, de la Arquidiócesis de Rennes [...].*
- 5. Hno. Angelo Composta de Negrar Veronese.*
- 6. Hno. Pietro Marconi de Bérgamo.*
- 7. Hno. Lorenzo Coatti de Prun Veronese.*
- 8. Hno. Giuseppe Avesani Veronés.*
- 9. Hno. Giuseppe Beber Veronés.*

Miembros del Instituto de las Pías Madres de la Nigricia de Verona.

- 10. Sor Eulalia Pesavento de Montorio Veronese.*
- 11. Sor María Bertuzzi de Malcesine Veronese.*
- 12. Sor Matilde Lombardi igualmente de Malcesine.*
- 13. Sor María Caprini de Negrar Veronese*
- 14. Sor Fortunata Zanolli de San Zeno en montaña Veronese*
- 15. Sor Elisa Suppi de Lonigo de Vicenza” (págs. 66-67).*

Cinco días después, de El Cairo, Amalia Andreis informaba al Padre de la acaecida salida.

*“Sus Hijas – escribía – salieron para el Alto Egipto el 21. Yo creo que más contentas y alegres no podían estar; la palabra obediencia llena sus corazones de fortaleza para enfrentar intrépidas el largo y fatigoso viaje...”*¹¹⁶.

Gracias al nuevo recorrido, que de Suez llevaba directamente – por mar – hasta Suakin, y después a Berber, la caravana había llegado felizmente a Jartum en sólo cuarenta y dos días en lugar de los sesenta y nueve que anteriormente se requerían. A las recién llegadas, esperadas por las Hermanas con comprensible ansiedad, les fue dado un mes de reposo, y después, tres de ellas – María Bertuzzi, Matilde Lombardi y Elisa Suppi – reanudaron

¹¹⁶ ANNALI, 26(1881)56. Cf. AMN, 4(2002)33-34.

el viaje hacia El-Obeid, fase final para la primera, acompañadas por el superior de aquella estación, Gian Battista Fraccaro.

En Jartum, al menos por el momento, habían quedado Teresa Grigolini, Giuseppa Scandola, Vittoria Paganini, Eulalia Pesavento, María Caprini y Fortunata Zanolli.

La bella sorpresa de encontrar un noviciado femenino en África

“Por lo demás tengo consoladoras noticias del Vicariato, donde reina una paz envidiable; y aunque hay allí mucho trabajo, todos los misioneros y Hermanas veroneses se encuentran sanos. Espero que el Corazón de Jesús, después de tanto como hemos sufrido, nos concederá grandes satisfacciones”

(Daniel Comboni, 26 agosto 1879).

Aunque si, por desgracia, no era así para todos – Sor Vittoria Paganini efectivamente, había sido llevada de vuelta a Jartum el 3 de diciembre de 1879 porque tenía cáncer – se podía en cambio continuar a decir la misma cosa referente al clima de “paz envidiable” finalmente disfrutado por los misioneros y misioneras presentes en el Vicariato. Tal vez por esto, es decir, por el temor de que esta paz volviera a ser turbada, D. Luigi Bonomi – que en Jartum substituía al obispo durante su ausencia – miraba con preocupación comprensible a los recién llegados. Gracias a Dios, había quedado satisfecho:

*“En general estoy contento por el buen espíritu que tienen – escribía al obispo el 5 de enero de 1880 – especialmente el P. Arturo [Bouchard] [...]. También de las hermanas oigo de la superiora excelentes noticias ya sea sobre el espíritu que sobre la formación. Desafortunadamente no hay mucho que alabar sobre Domitila, que desea ser religiosa pero temo que no lo logre...”*¹¹⁷.

¹¹⁷ ACR, A/20/6/8: Bonomi a Comboni. Jartum, 5 de enero de 1880.

La referencia a Domitila, que quería ser religiosa pero que tal vez no lo lograría ¹¹⁸, indicaba a las tres recién llegadas que, llegando a El-Obeid, podrían ver personalmente el segundo noviciado femenino comboniano, surgido en África por la decisión conjunta – se cree – de Daniel Comboni, Teresa Grigolini y Vittoria Paganini.

Las novicias, en aquel inicio del año 1880, eran al menos dos: Domitila Bakhita e Fortunata Quascé, sudanesas de nacimiento pero educadas ambas en el Instituto Mazza de Verona. Trasladadas a África por Daniel Comboni en 1867, fueron entonces elegidas por él, con Faustina Stampais ¹¹⁹, para la nueva fundación de la obra femenina del Kordofán, en junio de 1873. Instaladas en El-Obeid después de la salida de las Hermanas de San José de la Aparición, inmediatamente se conectaron con las Pías Madres de la Nigrizia que llegaron de Verona y que podían, entre otras cosas, compartir con ellas los recuerdos y la nostalgia por la “familia” lejana.

Fue al inicio del segundo semestre de 1879, de cuanto resulta, que las dos maestras africanas Domitila y Fortunata fueron aceptadas oficialmente entre las Pías Madres de la Nigrizia. Ellas pudieron así comenzar su noviciado bajo la dirección de Sor Vittoria Paganini, que había dejado un vacío enorme con su forzada salida – sucedida el 22 de noviembre de 1879 – a causa de la enfermedad.

Sor Marietta Caspi, Sor Concetta Corsi y las dos novicias quedaron entonces solas en la comunidad femenina de El-Obeid. Había por tanto un clima de espera muy peculiar, en aquel inicio de febrero de 1880, por la llegada del superior que había prometido regresar de Jartum acompañado por nuevas Hermanas.

El día 8 de febrero, ciertamente, la pequeña comunidad formada por tres hermanas, dos sacerdotes y tres laicos, llegaba a la misión. Una alegría la de este encuentro, que desgraciadamente duró diez días solamente. Debido al tifus, que había alcanzado dos días antes del final del viaje a la joven María Bertuzzi, de

¹¹⁸ Cf. *AMN*, 9(2005)149-156. Todo el núm. 9 de *AMN* ha sido dedicado a **Fortunata Quascé**.

¹¹⁹ A **Faustina Stampais** fue dedicado el núm. 8 de *AMN*.

apenas veinte años, se abría en el desierto de El-Obeid la primera tumba – en tierra africana – de las Pías Madres de la Nigricia ¹²⁰.

Dos cruces, en el espacio de tres meses

“Yo siempre soportando cruces” (E. 5953), confió el Padre al obispo de Verona, cuando se enteró de la muerte de Sor María. Una muerte que, por desgracia, sería seguida muy pronto por otra, aquella de Marietta Caspi, la “*primogénita*” fallecida también ella en El-Obeid sólo tres meses después. Una “*nueva prueba*” para la misión – comentaba entonces María Bollezzoli escribiendo para los *Anales del Buen Pastor* – “*un nuevo bautismo de lágrimas [...]; otra víctima [que] era necesaria para la redención de la Nigricia*” ¹²¹.

La infatigable actividad del Padre, para garantizar un flujo constante de vocaciones femeninas

Retornando a Verona por última vez, en la primavera de 1879, el Fundador estaba muy preocupado ciertamente por la retirada de las Hermanas de San José de la Aparición del Vicariato de África Central. Su única esperanza por el momento, se centraba en la todavía recién nacida congregación de las Pías Madres de la Nigricia, por él querida – como había resaltado dos años antes en un reporte destinado a la Obra de la Santa Infancia – que educan y preparan “*para el apostolado de la mujer católica a las candidatas misioneras, [destinadas a] introducir todas las obras católicas femeninas en las tórridas regiones del África interior*” (E. 4520).

Era en ellas, por tanto, que se trataba invertir lo más posible, tanto en relación con el reclutamiento de las jóvenes candidatas, como en el modo y duración de su preparación. No por caso, se piensa, él quiso entonces – entre otras cosas – que se dedicara a

¹²⁰ Cf. AMN, 10(2005)129-136.

¹²¹ ANNALI, 22(1880)62; cf. AMN, 10(2005)11-35.

la parte femenina de su Instituto misionero un fragmento considerable del núm. 21 de los *Anales del Buen Pastor*. Evidentemente quería, con esto, involucrar no solamente al público femenino de la revista, sino también a los familiares, educadores, y en modo particular, a los directores espirituales de las jóvenes que manifestaban una inclinación por la vida consagrada.

“Consideramos oportuno – se lee en el citado fascículo arriba – para nuestros benévolos lectores, que aún no lo saben, informar que, S. E. Mons. Daniel Comboni Obispo y Vicario Apostólico de África Central [...], ha fundado aquí en Verona un Instituto o Congregación de Hermanas, denominado Pías Madres de la Nigrizia. En él son recibidas jóvenes, que siguiendo la Divina llamada, anhelan sacrificarse a sí mismas por la conversión de los pobres Negros. Después de ser formadas bajo una sabia dirección en esta Casa madre, son enviadas a aquellas tierras remotas para ayudar a los misioneros [...]. Su principal trabajo es: instruir en la doctrina cristiana y en las labores femeninas a las Negritas, que después de ser rescatadas con dinero de los bárbaros traficantes de carne humana, están reunidas en las varias estaciones de la misión; y el acudir al lecho de enfermas en las habitaciones privadas para ganarlas para Dios y el cielo. Es admirable el espíritu de sacrificio que allí soportan con santa hilaridad y sacrificios arduos inseparables de los largos y penosos viajes a través del desierto ardiente y de las vicisitudes de un clima mortal. Es sobremanera edificante notar en sus cartas cómo la íntima unión con Dios, el abandono de sí mismas y la confianza en la divina Providencia, la disposición a trabajar duro y a sufrir por el bien de la misión vive en ellas fortificándolas y creciendo cada vez más...” (págs. 44-45).

Como prueba de lo que estaba afirmando, el redactor completaba el mismo número de los *Anales* con la publicación de algunas cartas de las primeras Madres ya partidas hacia África, sin ni siquiera callar que una de ellas, la joven **María Bertuzzi** había ya caído en el campo (cf. págs. 55-58). Porque de hecho, las jóvenes futuras candidatas también debían de tener esto en cuenta: que en África Central se podía morir prematuramente. Al mismo tiempo, ellas debían también madurar la conciencia de que en la viña del Señor, el grano caído en el surco no crea un vacío en las filas de los obreros del Evangelio; al contrario, éste será la garantía de una lozana primavera seguida de frutos abundantes.

“Dios me mandará buenas y pías Hermanas”

“Muchas almas se preparan para entrar en el seno de la Iglesia, sobre todo en el Kordofán y en Gebel Nuba; pero me hacen falta buenas y pías Hermanas. Dios las mandará” (E. 5720), aseguraba Daniel Comboni, antes de embarcarse para Europa.

De la ayuda de Dios él nunca había dudado, aunque solía “darle una mano” cuando consideraba que era necesario. Así, durante su última forzada y larga permanencia en Europa, y no obstante sus precarias condiciones de salud, el Padre no había jamás dejado de dedicarse a una intensa animación misionera, en la cual la promoción vocacional recibía ciertamente una atención muy particular.

Fueron veintidós, efectivamente, las jóvenes que él aceptó en la congregación durante su última estancia veronesa. Siempre en el mismo período, las nuevas vesticiones fueron catorce y las primeras profesiones dieciséis. Otras nuevas aspirantes, después, pedían de entrar.

Era más que necesario, a este punto, establecer sobre bases sólidas el Instituto misionero de Verona. Tras la partida de D. Antonio Squaranti – y de su muerte que había cancelado la posibilidad de un eventual regreso – no se había aún encontrado, en efecto, la persona verdaderamente idónea para substituirlo en la labor tan importante y delicada que él había desarrollado. También por esto, es decir, para *“reconstruir el Instituto de Verona sobre bases muy sólidas, sobre todo dándole un excelente y eficaz Superior”* (E. 6101), el Fundador regresó a la patria una vez más, sabiendo que no podría volver antes de haber realizado cuanto se había prometido...¹²².

¹²² *“No las enfermedades físicas – recordaba D. Giovanni Dichtl* en 1884 – que Monseñor Comboni padeció en enero de 1879, fueron la causa (como aún creen los misioneros) sino las enfermedades morales y el Instituto de Verona, fueron la causa de su repentino y secreto regreso a Europa, donde después de las enormes dificultades y sufrimientos logró levantar moral y materialmente al Instituto de Verona, poniendo al frente al padre Sembianti bajo cuya dirección el Instituto efectivamente progresó mucho...”* (AP CV vol. 43 Colegios de Italia, f. 1298: Dichtl a Simeoni. Graz, 29 de enero de 1884).

6.

Hacia una organización definitiva de los Institutos de Verona

La búsqueda de un nuevo rector

Enseguida, desde su llegada a Verona – acaecida el 15 de mayo de 1879 – Daniel Comboni tomó nota de que D. Paolo Rossi*, a quien dejó como “*regente provisional*”¹²³ en el Instituto Africano de Verona, no había demostrado ser una persona idónea para ser reafirmada en semejante encargo.

Entonces, como primera posibilidad – dado que D. Rolleri no había aceptado la invitación de Luigi de Canossa para substituir a D. Paolo – el Fundador había pensado en el párroco de San Jorge en Braida – Francesco Sogaro* – un admirador notorio de su empresa misionera, además de ser bienhechor.

*“D. Luigi [Bonomi] me dio alguna noticia por orden suya acerca de los Institutos – escribía Teresa Grigolini a Daniel Comboni –. La más agradable noticia para mí fue el escuchar que D. Sogaro será el Rector de los Misioneros”*¹²⁴.

Por motivos que no conocemos, sin embargo, no solamente tuvo que ser puesto a un lado – al menos por el momento – el nombre de D. Sogaro, pero también el Prepósito General de la Compañía de Jesús había respondido que no podía atender inmediatamente la petición de autorizar a tres de sus religiosos a asumir la dirección del Instituto misionero de Verona.

¹²³ Cf. E, 5975: Comboni a Sembianti. Verona, 15 de mayo de 1880. Cf. “*La rectoría de don Paolo Rossi y su infeliz conclusión*”, in: A. GILLI, 1979, págs. 188-201.

¹²⁴ AMN, 12(2006)66: Grigolini a Comboni. Jartum, 30 de junio de 1879.

Debió haber sido en ese momento que Luigi de Canossa, obispo de Verona y por tanto responsable último del Instituto Africano, comunicó a Daniel Comboni su intención de dirigirse a los Padres Estigmatinos, asegurándole:

*“Por estos Institutos no se preocupe [...]. Esta mañana orando por este propósito se me iluminó el pensamiento acerca de dos Estigmatinos [...]; tienen valerosos y buenos sujetos; poseen las primicias del espíritu; serían un tesoro, si verdaderamente los Jesuitas no pudieran asumir. Nada de miedo, San José, Patrono de Casa proveerá de Jefes a los Institutos: tenga buen ánimo; oramos y esperamos...”*¹²⁵.

Desde Pejo Trentino, donde se encontraba por el tratamiento de las aguas termales el Fundador respondía ya más tranquilo, pero aún preocupado:

“[...] me consoló mucho su paternal propuesta de rogar a dos Padres Estigmatinos que colaboren al menos hasta que puedan venir los Jesuitas. En suma, con lágrimas en los ojos le ruego que acuda en mi ayuda, y Dios bendecirá a V. Ema. y a la Diócesis veronesa. Hay óptimos elementos en el Instituto femenino y masculino [...].

Quiero formar verdaderos apóstoles, y despreciando toda crítica, [evidentemente alguien había objetado que no era lo ideal poner religiosos en la dirección de un Instituto que no era “religioso”] yo, en este importantísimo asunto soy Jesuita y Estigmatino hasta la médula...” (E. 5753-55).

Parecía todo encaminado, pero...

A la petición formal del obispo de Verona, expedida el 1° de octubre de 1879, el P. Pietro Vignola – superior de los *Misioneros Apostólicos* conocidos como Padres Estigmatinos – respondió dando el nombre de D. Giuseppe Sembianti*. Quien sin embargo, en el momento de dar su respuesta vacilaba y no se decidía.

Al final, dirigiéndose entonces directamente al interesado, el obispo de Verona le escribió personalmente explicándole:

¹²⁵ ACR, A/38/13/1: Canossa a Comboni. Monteforte, 18 de julio de 1879.

“Reverendísimo Padre mío:

[...]. Tengo necesidad de que se solucione algo pendiente, por eso vengo a incomodarlo.

De acuerdo con el Rvmo. Superior P. Vignola hemos puesto los ojos sobre Su Reverencia para proveer de un Superior verdaderamente capaz a este Seminario para la Misión de África [...]. Luego se comenzaron a escribir aquellos pactos y aquellas condiciones que se creían necesarias [...].

Pero he aquí que de repente vino el arriba mencionado Padre, y me dijo que fue interpuesta inesperadamente una dificultad al grado de no poder él determinar y conceder nada. Me quedé petrificado; y viendo que él tenía un gran secreto, no dije palabra porque me parecía angustiante hablar por falta de delicadeza.

Esperé algunos días; pero ahora que no lo veo más, después de que yo lo había invitado a venir a verme para concluir el asunto y remover el obstáculo, tuve la determinación de escribir a V. R., no para saber sobre la dificultad (porque no me agrada entrar en los asuntos de otros), [no se trataba sin embargo de “asuntos de otros” sino de la intervención de don Grieff con respecto a Virginia Mansur] sino sólo para ver si la dificultad puede ser retirada [...], y el deseo es de hacerlo lo más pronto posible...”¹²⁶.

Un consenso condicionado

A esta petición explícita del obispo de Verona, D. Giuseppe Sembiani respondía tres días después diciendo:

“En respuesta a la gracia de Su Eminencia, del día cuatro del presente, con la cual ha querido honrarme, sólo puedo decir que no conozco obstáculo alguno que pueda cruzar o suspender el cuidado providente de Su eminencia con respecto al Seminario para la Misión de África. No vengo a decir con esto que no exista un obstáculo [...]. Mi muy reverendo superior está, sin duda alguna, dispuesto a clarificar el asunto y creo que lo haría con gusto a una indicación de Su Eminencia.

En cuanto a mí [...] debo confesar, Eminentísimo Príncipe, que quedé muy asombrado al ver que mi Superior me habría

¹²⁶ ACR, A/38/45/1: Canossa a Sembiani, 4 de diciembre de 1879.

nombrado Rector de aquel Seminario; por lo que a mí respecta, no puedo recuperarme de semejante conmoción, que crece cada vez más al ver la insistencia de Su eminencia y la del superior [...].

Creo que estoy aún a tiempo para pedir, si me es lícito, un consejo [...], y estaría bien que reflexionaran más todavía antes de resolver el asunto definitivamente [...].

*Yo entonces no me negaré a la voluntad de mis superiores, temeroso y desconfiado de mí mismo; pero, como Su Eminencia me escribió, confiando en Dios, me dispondré a la obediencia con el riesgo de obtener un fracaso, el cual no recaería, al menos delante de Dios, sobre mí...”*¹²⁷.

Al día siguiente, encontrándose ya en Verona, el mismo Sembianti comunicaba a su superior:

*“Yo estoy disponible y en las manos de la obediencia, pero pondere **bien**, Reverendo padre, las exigencias del puesto y las de Su Eminencia el cual, como me escribe, quiere un superior **verdaderamente** capaz para aquel Seminario, un hombre de **cabeza, espíritu y de corazón...**”*¹²⁸.

No tengo palabras bastantes para agradecer...

Evidentemente informado del éxito de las negociaciones, también Daniel Comboni se apresuraba a animar al futuro Rector de sus Institutos, escribiéndole:

“No tengo palabras bastantes para agradecer a Jesús, María y José la señaladísima gracia concedida a la infeliz Nigricia al elegir a su admirable Instituto para cooperar tan eficaz y poderosamente en el apostolado de África Central. Y tampoco podré agradecer nunca debidamente la extraordinaria caridad del Rmo. P. Prepósito, D. Pedro Vignola [...] por haberme otorgado la ayuda de usted en la ardua y laboriosa tarea que me ha encomendado la Santa Sede...” (E. 5866).

¹²⁷ ACR, A/28/22/1: Sembianti a Canossa. Bassano, 7 de diciembre de 1879.

¹²⁸ ACR, A/28/22/1v (borrador): Sembianti a Vignola. Verona, 8 de diciembre de 1879.

Llegado a este punto de la carta, el Fundador – como si tuviera una sospecha de lo que pudiera suceder después – se hacía escrúpulo en enfatizar una realidad particular que el nuevo Rector debería después tener en cuenta:

“La primera casa del Vicariato Apostólico de África Central es el Instituto Africano de Verona, que por voluntad de Dios usted ha elegido para regir y guiar a fin de que cumpla su misión. Esté seguro, mi querido Padre, de que Dios le otorgará con largueza todas las gracias necesarias para que pueda realizar su trabajo en este Instituto [...].

Y naturalmente yo, en mi pequeñez, me brindo por entero a hacérsela más fácil para que pueda llevarla a cabo...” (E. 5867-68).

No todos sin embargo en Verona, desafortunadamente, trabajaban de esta manera...

La interferencia del vicerrector

Don Nicola Grieff*, originario de Luxemburgo y miembro del Instituto desde hacía dos años – había sido recibido por D. Paolo Rossi en 1877 – regresó a Verona en mayo de 1879, porque no era considerado aún maduro, por Daniel Comboni, para el África Central (cf. E. 5985).

A pesar de esto, desde que él dijo ser capaz de enseñar árabe, D. Paolo Rossi le había pedido enseñarlo tanto a los seminaristas como a las novicias, confiándole al mismo tiempo también la tarea de vicerrector. Nadie mejor que él, por tanto, podía evaluar cuánto ya era precaria, en aquel período, la situación de don Rossi dentro del Instituto.

Algunos meses después, en efecto, es decir en el mes de agosto de 1879, el demasiado joven regente no pudo soportar el malestar causado por la situación que se había creado, y se alejó de Verona dejando el puesto vacante. Una tentación, evidentemente, para Nicola Grieff, que comenzó a alimentar la secreta esperanza de ser llamado a ocuparlo, a pesar de que el Fundador – presente en Verona – había pedido a D. Lorenzo Mainardi* que asumiera la tarea de *“regente provisional”*. Aquel era un sueño, al cual el poco escrupuloso Grieff (cf. E. 6540) no estaba dispuesto a renunciar tan fácilmente.

En el mes de octubre – escribió entonces Daniel Comboni a *Propaganda Fide* – “sabía positivamente de que yo andaba en tratos con el Superior General de los Bertonianos para poner al P. Sembianti de Rector en mis Institutos; a fin de desanimarlo y disuadirlo de aceptar el cargo fue en secreto [...] a ver al General y al P. Sembianti, y les describió con negras tintas los árabes ¹²⁹, y sobre todo mi pretendida parcialidad por Virginia. Entonces los Bertonianos fueron a aconsejarse con el Emmo. de Canossa...” (E. 7181).

Quien, después de haberlos escuchado – sin consultarse a su vez con el Fundador – decidió que el P. Sembianti tenía que aceptar, pero con el derecho de poner determinadas condiciones antes de asumir el encargo.

La convención presentada por el futuro rector

Daniel Comboni – que se enteró de todo esto más tarde – no entendía por qué se tardaba tanto en proceder. Su propuesta de hecho – preocupado como estaba por su ya prolongada ausencia del Vicariato – era que el nuevo rector asumiera su tarea desde el mes de enero de 1880 (cf. E. 5891). En cambio, Giuseppe Sembianti pidió que antes fuera aprobado el texto de una *Convención*, en la cual aparecían claramente las condiciones por él propuestas para “asumir el cargo de Rector de los Institutos de las Misiones para la Nigricia, de Verona” (E. 5914).

La impresión que se prueba al leer hoy aquel texto del 16 de febrero de 1880 (cf. E. 5914-16) es que contenía condiciones demasiado duras para el Fundador a quien, prácticamente, se pedía solamente de proveer para el “*mantenimiento de los Institutos masculino y femenino*”. Todo el resto, en cambio, sería responsabilidad del rector. Este rector, antes de entrar, pedía que alguien saliera, como se lee en la tercera “*condición*”, según la cual: “*En los Institutos masculino* [donde, entre otras cosas, se encontraba

¹²⁹ En el mes de septiembre de 1879 habían llegado a Verona, como maestros de árabe en los Institutos combonianos, Virginia Mansur*, su hermano Giorgio y su primo Alessandro.

desde 1876 también el padre de Daniel Comboni] y *femenino sólo podrán alojarse las personas pertenecientes a la Misión, o las de servicio que el Rector juzgue necesarias*”.

No era difícil para quién tenía que aprobar semejante exigencia saber a quién se refería. Don Sembianti – recordará más tarde el mismo Daniel Comboni – *“antes de ver a Virginia, antes de examinar sus dotes, antes de entrar como Rector en mis Institutos, quiso que Virginia fuese alejada de la comunidad de mis Hermanas, y sólo tomó posesión de su cargo cuando Virginia llevaba diecisiete días en la casita fuera de la comunidad...”* (E. 7139).

Ahora, Virginia Mansur se encontraba en Verona – acogida en un primer momento por el mismo Fundador como maestra de árabe y de francés – desde el mes de septiembre de 1879. Giuseppe Sembianti, que entonces residía en Bassano de Grappa, no podía haberla conocido personalmente. Podía sin embargo haber sabido que, *“en el colmo de la crisis camiliana, el P. Carcereri escribió a su provincial desde Berber el 27 de septiembre de 1875: “El P. Giuseppe [Franceschini] reservadamente me confirmó aquello que ya sabía en gran parte, es decir, que desde hace tiempo [...] quien domina y manda en el Vicariato es una joven religiosa de más o menos veinte años...”* ¹³⁰.

¿Se quería por lo tanto hacer temer al P. Sembianti que, si él hubiese aceptado el encargo, tendría que depender de Virginia, en caso de que ella permaneciera en el Instituto de Verona? Una toma de posición sin embargo, la del ya próximo rector, que podía indicar de qué parte Giuseppe Sembianti había decidido estar en una controversia – Camilos vs. Comboni – que en última instancia no le correspondía, pero que habría influido significativamente, hasta el final, en su relación con el Fundador y con las mismas Hermanas fieles a él.

¹³⁰ L. BANO, *Misioneros de Comboni*, vol. 1, págs. 16-16a. Por su parte, Daniel Comboni había ya llevado al conocimiento del cardenal Franchi, con un escrito fechado 20 de julio de 1876, las circunstancias que habían motivado semejantes rumores (cf. E. 4302-4330: Comboni a Canossa. Roma, 17 de marzo de 1880).

La postura de María Bollezzoli

El 19 de marzo de 1880 – se lee en la *Crónica* – “el Rvmo. P. Giuseppe Sembianti” comenzaba “a ser nuestro Director”.

“*Estoy contentísimo* – escribía desde Roma Daniel Comboni dos días antes – *de que el buen Padre Sembianti se instale definitivamente en el Instituto Africano el día de San José; y que esta mañana, después de oír el sermón que el P. Eusebio ha pronunciado ante el Papa, he conseguido que el Santo Padre le conceda en ese día la bendición apostólica*” (E. 5947).

Al nuevo rector correspondía – según las *Reglas* aprobadas para las Hermanas por Luigi de Canossa en 1874 – “*vigilar la disciplina de las Religiosas; reprender, pronunciar e infligir el castigo a aquellas que se lo merecían; darles todos los avisos que pudieran necesitar; iluminar con sus consejos a la Superiora; seguir las ceremonias de vestición de las Religiosas, recibir los votos y el juramento*¹³¹ *al partir a África, y proveer lo necesario al Instituto.*

Corresponde también a él, pero siempre de acuerdo con la Superiora, aceptar las aspirantes en el Instituto, admitirlas a la vestición y a los votos, y declararlas aptas para África” (De las varias responsabilidades de la Comunidad, 2).

Siempre según las mismas *Reglas*, la Superiora de quien se habla arriba podía solamente gobernar “*internamente*” el Instituto femenino, con la asistencia “*de una Secretaria, una Maestra de Novicias y de una Maestra de estudio*” (Introducción, III).

Elegida “*de entre las Profesas del Instituto*”, ella duraba en el cargo por “*tres años*”. Su nombramiento era “*reservado al Ordinario, así como su confirmación, o destitución durante el trienio*” (De las varias responsabilidades de la Comunidad, 5).

¹³¹ “Los votos que las Religiosas emiten en su Profesión son los tres usuales de pobreza, de castidad y de obediencia y añaden la promesa de servir únicamente a la Misión de la Nigrícia” (*Regla de 1874*, art. V). Cf. E. 5824: Juramento de los Hermanos Laicos.

Presente en la casa de Santa María in Órgano desde septiembre de 1874, y evidentemente confirmada como encargada en los años sucesivos, fue por tanto **María Bollezzoli** quien recibió al nuevo rector y le fue presentada como superiora.

Además de ella había siete profesas: Rosa Zabai, Teresa Marini, Santa Corsi, Rosa Matilde Corsi, Faustina Stampais, Bartolomea Benamati e Marietta Casella.

Las novicias eran cinco – Elvira Briccio, Augusta Faè, Ginevra Tormene, Rosalía Conte y Francesca Dalmasso – y las postulantes seis: Carolina Rinaldi, Giovanna Granelli, Giuditta Prada, Rosa Tommasi, Anna Capraro y Giuditta Burlon.

En realidad, éstas últimas podrían haber sido siete si la posición de Virginia Mansur como postulante hubiese sido definida desde su llegada.

En cambio – como él mismo explicó más tarde al Card. Siemeoni (cf. E. 7011-12) – el Fundador había preferido esperar, antes de decidir si mandarla a hacer el noviciado en Verona o en El-Obeid, donde en aquellos meses se había abierto un segundo noviciado femenino.

Finalmente, movido por la necesidad de hacer aprender la lengua árabe a las novicias de Verona, él consideró que era mejor retener a Virginia en Italia, sin prever la inesperada exigencia del P. Sembianti, que la quería lejos de la comunidad.

Ahora, tal vez para ganar tiempo y confiando en que, conociéndola personalmente, el nuevo rector entendería que había sido condicionado por *“las artimañas secretas”* (E. 5948) de alguien, Daniel Comboni pidió a Virginia que se moviera a una casita separada – con la hermana, que mientras tanto había llegado a Verona para hacerse católica, un hermano y el primo – presentándose en la comunidad solamente durante las cinco horas semanales dedicadas a las lecciones de árabe.

No sabemos si, además de las cinco horas semanales, María Bollezzoli haya tenido otras oportunidades de pasar el tiempo con la joven libanes. Lo que en cambio quedó documentada fue la respuesta que ella dio al Fundador cuando se le preguntó si estaba a favor o no de aceptar a Virginia Mansur entre las Pías Madres de la Nigrizia. Esta carta tiene fecha del 28 de junio de 1880, y en ella se lee:

“Excelencia Ilma. y Rma.

Con mucho gusto entendí que la buena Virginia sigue insistiendo para entrar definitivamente en nuestro Instituto [...].

A la pregunta que me hace V.E. Ilma. y Rma., cuál es en conciencia mi opinión y juicio para admitir o no a la buena Virginia a nuestro Instituto, respondo afirmativamente con decisión y con plena conciencia, porque en los ocho meses que yo la tuve aquí en el Instituto bajo mis ojos y mi dependencia no solamente la encontré de buena conducta, y de una buena fundada religión y fe, sino que me convencí de que está dotada de un gran espíritu de caridad, abnegación, sacrificio, obediencia, sujeta a todos y en todo como si fuera la última de la casa. Admiré además en ella una gran paciencia con su hermana enferma y cismática, a quien asistía día y noche en detrimento de su propia salud, y eso con el santo propósito de hacerla católica [...]. Además de eso, ella tenía una gran perseverancia y celo para enseñar Árabe a nuestras Novicias y Profesas, y me fue confirmado por el Moro Bakit – Miniscalchi – el gran progreso hecho por las mismas, por obra suya.

*Por estos motivos estaría yo muy contenta de que Virginia vistiese nuestro Hábito y perteneciese a nuestro Instituto. Más aún porque ella misma me dijo que, antes de dejar el Instituto de las Hermanas de San José había cumplido dos trienios de los votos emitidos, de manera que no se encuentra ligada a esa famosa Congregación; como ella me dijo, que del deber de la gratitud...”*¹³².

María Bollezzoli – de cuánto se puede entender por las otras pocas cartas que existen – mantuvo esta opinión sobre Virginia al menos hasta el mes de febrero de 1881, cuando algunas medidas tomadas por el P. Sembianti con respecto al hermano Giorgio – también él presente en Verona porque Virginia lo convenció a abrazar el catolicismo – hicieron que el enfrentamiento entre el rector y la Mansur fuera hostil, obligando a la superiora a un trabajo de “mediación” que no debió haber sido fácil...

¹³² AP SC, Afr. C., vol. 9, ff. 184-185v.: Bollezzoli a Comboni, 28 de junio de 1880.

Regresa el problema de las Reglas

“Para que las Reglas de un Instituto que debe formar apóstoles para naciones infieles sean duraderas, deben basarse en principios generales. Si fuesen muy detalladas, bien pronto la necesidad o una gran ansia de cambio minarían la base de su edificio, y podrían resultar áspero yugo y peso grave para quien las ha de observar” (Reglas de 1871).

Si, para las Pías Madres de la Nigricia el problema de las Reglas había sido resuelto al menos provisionalmente en 1874, con el texto aprobado por el obispo de Verona, no se podía decir lo mismo del Instituto masculino. Rehaciendo brevemente la historia, la “*Positio*” recuerda:

“En septiembre de 1872 el Siervo de Dios, después de haber sido elegido pro Vicario apostólico, partió para su misión [...], y por tanto confió a los responsables del Instituto de Verona el asunto de las reglas. El nuevo esquema de reglas – que se debía redactar en base a las observaciones del consultor [P. Isidoro da Boscomare]– no estaba listo todavía en abril de 1874, cuando a Roma llegaba el P. Carcereri, enviado por Mons. Comboni de la misión con el encargo, entre otros, de llevar a cabo la aprobación. Entonces Carcereri compuso rápidamente un nuevo texto de reglas que, por el dicasterio romano, fueron juzgadas substancialmente modificadas con respecto a aquellas de 1872. Por lo que hubo nuevas revisiones y preguntas dirigidas a Mons. de Canossa sobre cuyas observaciones fue ordenada una ulterior revisión del consultor, quien sugirió nuevas modificaciones (mayo de 1875). El Card. Franchi reenvió (19 de enero de 1876) el texto, así revisado, a Mons. de Canossa, para que preparara “un nuevo esquema”. Pero no parece que Mons. de Canossa hubiese redactado o hecho redactar el “nuevo esquema”. En efecto cuando el Siervo de Dios por última vez regresó de la misión a Italia (1879) quebrantado por la fiebre, todo estaba aún por hacer...” (págs. 325-26).

Evidentemente preocupado, el Fundador había inmediatamente contactado al nuevo rector electo, de manera que el 3 de febrero de 1880 podía asegurar a *Propaganda Fide* que, junto con el “P. Giuseppe Sembranti”, él mismo estaba “revisando las

Reglas con todas las modificaciones que la experiencia práctica de los años pasados – especificaba – me ha sugerido introducir en ellas, junto con las sabias observaciones efectuadas por el Ven. Consultor de Propaganda, el P. Isidoro de Boscomare...” (E. 5913).

Aquellas *Reglas* redactadas así, fruto de su larga y sufrida experiencia africana, eran muy queridas por Daniel Comboni quien, el 17 de diciembre de 1880, apenas llegado a El Cairo, recordaba entre otras cosas al P. Sembianti:

“Igualmente... es mi absoluto deseo que estén redactadas las Reglas tanto del Instituto masculino como del femenino [...].

Así que ánimo y a la obra [...]. Conviene que se ponga a trabajar en esto pronto, enseguida. Más tarde tendrá menos tiempo, porque Dios va a mandarnos muchos candidatos de ambos sexos: seguro...” (E. 6174-75).

El 12 de febrero de 1881, Daniel Comboni, desde Jartum volvió a insistir a Giuseppe Sembianti:

*“Ruego de su bondad que redacte poco a poco las Reglas de los dos Institutos Africanos de Verona, y que tras someterlas luego al juicio del P. Vignola [superior general de los Estigmatinos], me las mande [...]. Aquí no dispongo de tiempo para preparar Reglas; en cambio, teniendo delante las de Verona, con sólo una ojeada veo las modificaciones que hay que hacer, **attenta experientia africana**. Por otro lado, y salvo pequeñas cosas, se trata sustancialmente de algo similar a lo que rige en Verona y en África. Así que, sin más, cargue con la cruz, y redacte las Reglas y las Constituciones.*

En las Reglas femeninas, además, cambie por completo la organización (en Verona, al poner la obra en marcha, se hicieron reglas para una sola casa), y establezca la General con dos Asistentes, las Provinciales, las Superiores de las distintas casas de Europa, África y Asia [evidentemente el Padre pensaba ya en un noviciado femenino en Siria], la Superiora y la Economa General de la Casa Madre, etc.

Hecho lo sustancial, y sometido al juicio [...] también de los misioneros, espero que resultará una verdadera obra de Dios...” (E. 6472-73).

**Es necesario inflamar a los “individuos”
de una “caridad que tenga su fuente en Dios,
y en el amor de Cristo...”**

En otras palabras, debían ser Reglas aptas para formar misioneros y misioneras “**santos y capaces**”, porque “*lo uno sin lo otro vale poco para el que sigue la carrera apostólica. El misionero y la misionera no pueden **ir solos al paraíso**. Solos irán al infierno. El misionero y la misionera deben ir al cielo acompañados de las almas salvadas. Y aunque ante todo han de ser **santos**, o sea, completamente ajenos al pecado y a la ofensa a Dios, y humildes, eso no basta; necesitan tener **caridad**, que es las que los hace capaces.*

*Una misión tan ardua y laboriosa como la nuestra – explicaba otra vez el Fundador – no puede vivir de la **apariencia**, con santurrones llenos de egoísmo y de sí mismos, que no se ocupan como es debido de la salvación y conversión de las almas. Hay que inflamar a sus miembros de una caridad que tenga su fuente en Dios, y del amor a Cristo; y cuando se ama de verdad a Cristo, entonces son dulces las privaciones, los padecimientos, el martirio...”* (E. 6655-56).

Desgraciadamente, el Padre habría muerto sin ver aquellas Reglas tan deseadas.

Según Ermenegilda Morelli, el P. Sembianti, “*no secundó al Fundador para modificar y enviarle las Constituciones a África; quizás difería con él en puntos principales*”¹³³. El nuevo texto de las Reglas, efectivamente, habría estado listo y dado a examinar a los misioneros y a las hermanas solamente después de 1888, como se podrá ver en seguida. Un texto, sin embargo, tan escaso del espíritu del Padre, iba a ser rechazado por las hermanas que habían hecho “*los votos en las manos de S. E. Mons. Comboni*”¹³⁴, en cuya Regla, aseguraban, faltaban algunas prescripciones, o bien nunca les fueron presentadas.

¹³³ APMR, VI/A/7/33-1334: *Espíritu del Instituto de las Pías Madres de la Nigrizia*. Verona, 8-4-1944. Inédito.

¹³⁴ Cf. AMN, 10(2005)197: Caprini a Corbelli, enero de 1980.

Sestri Levante: un intento de extender el Instituto más allá de Verona

Daniel Comboni había regresado recientemente a Italia, en 1879, cuando de Sestri Levante recibía una carta en la cual D. Geremia Properzi – sacerdote joven licenciado en teología – le manifestaba su interés por la misión de África Central.

Se siguió, por algún tiempo, una correspondencia bastante regular durante la cual, a un cierto punto, don Geremia indicaba que otro sacerdote por él conocido – don Angelo Tagliaferro – poseía en Sestri un convento antiguo dominicano, deshabitado y disponible para una eventual obra piadosa. Inmediatamente interesado, el Fundador se puso en contacto con el mismo Tagliaferro, quien le respondió el 19 de agosto de 1879, con la evidente intención de continuar con la plática (cf. E. 6822).

Aunque si no pudo ir rápidamente a Sestri para constatar personalmente la conveniencia de llevar adelante, o no, las negociaciones así iniciadas, Daniel Comboni tenía el propósito de hacerlo tan pronto le fuera posible. En abril de 1880, en efecto, él llegó a la ciudad ligure para una primera inspección.

“Fui tres veces a Sestri para examinar cada cosa – habría recordado más tarde al P. Sembianti –, y en esas tres ocasiones tomé consejo (antes de proponer el asunto al Emmo.) del Marqués Negrotto de Génova y del hermano de Mons. Negrotto [...], el cual es ingeniero, y conoce los locales de Sestri. Aparte de estos dos Marqueses [...], consulté al alcalde de Sestri, al Arcipreste de allí y a un rico propietario local, pariente de la Superiora de la Presentación en Sestri; y todos me dijeron que era un magnífico negocio, pero que no creían a Tagliaferro tan generoso como para llevarlo a cabo...” (E. 6823).

La posibilidad de “matar dos pájaros de un tiro”

Aun teniendo presente la advertencia, el Fundador quiso primeramente comprobar si era *“factible el tener un Instituto de Hermanas en Sestri. Y me resolví* – decía todavía en la carta arriba citada del 11 de julio de 1881 – *movido también por el gravísimo motivo de la salud de Sor Matilde, que en Verona no*

habría podido sobrevivir, como me decía el Dr. Baschera, pero en El Cairo sí. Mas yo que conozco El Cairo mejor que el Dr. Baschera, creí conveniente prepararla de modo gradual a soportar El Cairo, y por eso la mandé a Sestri, con lo que mataba dos pájaros de un tiro...” (E. 6824).

Después, en efecto, de haber visitado personalmente el antiguo convento, Daniel Comboni vio la posibilidad de hacer una casa filial – masculina y femenina – de los Institutos de Verona, con el objeto de abrir también un centro de formación, además de las “vacaciones”, es decir, de recuperación espiritual y física para los misioneros y misioneras mayores que eventualmente hubiesen debido dejar temporalmente la misión por causa de salud. En este sentido, el 23 de septiembre de 1880, él escribía a Luigi de Canossa que:

“un establecimiento nuestro en Sestri como filial de los Institutos de Verona, [le parecía] asunto de gran importancia y un bien auténtico para la misión...” (E. 6117).

Todo arreglado para una “donación”

Pero en un caso como aquel de Sestri, Daniel Comboni no tenía la intención de decidir por sí mismo, sobre todo porque, a ese punto, el nuevo rector de los Institutos de Verona había ya asumido oficialmente su encargo. Por esto él regresaría a Sestri Levante – donde desde el mes de abril se encontraban Virginia Mansur con su hermana, Sor Matilde Corsi, Sor Marietta Casella y Sor Bartolomea Benamati¹³⁵ – *“con mi venerado Rector y con mi Superiora de Verona para decidir sobre la nueva casa filial”,* que, primero Dios, sería abierta *“para las misiones de África Central”* (E. 6113).

¹³⁵ *“Le ruego que envíe a Virginia con su hermana”,* había escrito a Sembianti el 23 de abril de 1880. Pero al día siguiente agregaba: *“Después de considerarlo todo, creo oportuno que a las dos árabes añada las tres Hermanas”* (E. 5959; 5960). Mientras las dos hermanas en efecto, habrían sido huéspedes, para unas vacaciones, de las Hermanas de la Presentación, con la presencia de las Hermanas se podía intentar abrir una comunidad en un ala del antiguo convento.

Dicho regreso así previsto se llevó a cabo en el mes de septiembre siguiente.

“Hemos arreglado todo lo relativo al convento de Sestri – escribía Comboni a Canossa el 23 de septiembre de 1880 – entre el propietario, Sembianti, la Superiora y yo. De examinar los papeles se encargarán Brasca y T. Ravignani. Esos documentos han sido hechos en regla, incluso con la firma del hermano sacerdote del propietario, D. Angelo Tagliaferro, que, espero, acabará por dejar, con el convento donado, todo lo demás...” (E. 6117).

Siempre en la misa carta, se lee que “*el obispo diocesano*” se mostraba “*muy satisfecho*”.

Contento, pero con algunas dudas, estaba también el obispo de Verona, que el 27 de septiembre de 1880 escribía personalmente al “donador”:

*“Apenas regresó de Sestri el Muy Rev. Rector de los Institutos Africanos vino [...] a darme cuentas de la labor entre V. S. M. R. y S. E. Monseñor Comboni. Usted entenderá M. R. Señor cuánto quedé admirado y contento por el acto generoso que Usted hizo para bien de la Obra que es eminentemente humanitaria y religiosa: la regeneración de la Nigrizia... Leyendo aquella acción me surgió el pensamiento de que las santas intenciones de V. S. serían mucho mejor aseguradas, si la acción misma vistiese cierta forma de legalidad tan necesaria hoy. Yo veo que así debería ser, pero comprenderé el acreditado parecer de V. S. M. R. Usted haga de mi observación lo que en su sensata prudencia crea oportuno...”*¹³⁶.

Desafortunadamente no se trataba de un “acto generoso”

A la luz de los hechos que siguieron, don Angelo Tagliaferro no mostró ser, desafortunadamente, aquel generoso donador que quería aparentar al principio. Tal vez si el mismo Fundador hubiese podido seguir el caso personalmente por algunos meses, la conclusión habría sido diferente, pero el obispo de Sudán tenía prisa de regresar a su sede.

¹³⁶ AP SC Colegios varios (Italia), f. 1317.

Cuando él pasó a Sestri por última vez, el 22 de noviembre de 1880 – cuando Virginia Mansur y su hermana ya no estaban más – en el antiguo convento parecía que se había establecido la pequeña comunidad femenina que, teniendo como responsable a Sor Matilde Corsi, había sido enviada desde el anterior mes de abril. Algo por tanto se estaba haciendo, pero tal vez no todo lo que se podía o debía hacer. Daniel Comboni partió entonces con una cierta preocupación que, pocos días después de haber llegado a Egipto, pensó estaría bien externar al P. Sembianti:

“Por tanto, así como yo me encomiendo a Dios, tenga usted plena confianza en el Corazón de Jesús, que le dirigirá bien lo mismo en el gobierno de Sestri que en el de Verona. Limitarse a enseñar catecismo no me parece suficiente para Sestri [...]; pero todo lo que pueda hacer será bien visto por Dios...” (E. 6165).

Porque desafortunadamente son muy pocas las cartas de Sembianti a Comboni que han llegado a nosotras¹³⁷, no es fácil reconstruir hoy fielmente todo lo sucedido y comprender por qué, al final, un proyecto tan importante no tuvo éxito. Por las respuestas del Fundador al Rector de Verona se puede, por lo mismo, deducir que:

a) una vez lejano Mons. Comboni, D. Tagliaferro habría comenzado a exigir – a su manera – la realización de *“los pactos y condiciones”*¹³⁸ presentes en el acto de *“donación”*. En Verona, sin embargo, no estaban dispuestos a invertir tanto dinero – con el riesgo de perder todo – sin que antes fuera definida la validez legal de la donación y modificadas, entre otras cosas, también las condiciones (cf. E. 6169-70);

¹³⁷ *“Yo tengo todos sus escritos [a Monseñor] – escribió Giovanni Dichtl a D. Sembianti el 29 de noviembre de 1881– dígame si debo quemarlos o enviárselos a Usted; los he salvado de los sellos consulares...”* (AP SC Afr. Cent., vol. 9, f. 315).

¹³⁸ *“Dicha donación – se lee en el documento – se hizo con los siguientes pactos y condiciones: que Monseñor Comboni [...] o quien por el propuesto o delegado debe abrir en dicho local un Instituto o Colegio de muchachos y muchachas, que bajo la dirección de los Misioneros para los muchachos, y de las Hermanas para las muchachas sean educados para ir después a África Central como sacerdotes, catequistas, artesanos o como hermanas”* [AP SC Colegios varios (Italia), f. 1318]. Cf. Gilli, pág. 296.

b) mientras que D. Tagliaferro no se hubiese encontrado personalmente con Luigi de Canossa para la revisión y la legalización del nuevo acto de donación, era necesario “*regatear*” para que una obra tan importante pudiera ser cumplida.

*“Yo lo entretendré con cartas. Pero usted no se desanime – escribía Comboni a Sembianti el 17 de diciembre de 1880 – y prepare una buena maestra diplomada. Sin graves dificultades no se hacen nunca las obras de Dios; porque, aunque todo vaya bien, siempre estará cerca el demonio [...]. Es de **gran interés para la obra poseer dos casas en Sestri** [...]. Si me hubiese asustado del diablo (que se sirve de los buenos y de los tristes), ¿cómo habría podido yo fundar y llevar adelante la misión africana? [...]. En Verona dirán lo que quieran...”* (E. 6171).

Esta última frase da a entender que, si la fundación de Sestri no pudo tener éxito, fue debido no sólo a los malentendidos producidos al final con el donador – quien probablemente usó el nombre del mismo Comboni para alcanzar sus objetivos¹³⁹ – pero también a la voluntad contraria de algunos no identificados, o identificadas, “veronesas”. Por su parte, el Fundador – aunque si dolido – no quiso insistir:

“Quitaremos la casa de Sestri según el deseo del Eminentísimo”, respondía a Sembianti el 13 de julio de 1881 (E. 6846). Y a Sor Matilde Corsi, que había escrito al Padre manifestándole todo su “*pesar por aquella retirada*”, decía:

“Pero es disposición de Dios, y el Rector no podía actuar de otro modo, dada la actitud de aquel vil usurero [...]. Me dijo por carta que el convento sigue estando a mi disposición; pero yo le contesté reprochándole el haberme engañado a mí y el haber tratado de engañar al mundo [...]. Lo cierto es que si no me dona con todos los requisitos legales convento y jardín, sin ninguna carga y sin la condición de ser él el administrador, que no cuente conmigo para nada. Ánimo: fundaremos otros Institutos...” (E. 7068).

¹³⁹ *“En cuanto a Sestri, yo no he dado ninguna orden concreta de construir: sólo manifesté que, si tuviera dinero, haría tal cosa, y de ahí no pasé. En cambio, D. Angelo ha dicho y escrito varias veces: “Lo que yo construya, si no es aprobado, lo pago yo”* (E. 6646: Comboni a Sembianti. El-Obeid, 17 de abril de 1881).

La hora de las tinieblas

“Estoy en la cruz, pero también estuvo nuestro Señor”

(Daniel Comboni, 11 de junio de 1880)

Para Daniel Comboni el “caso Sestri” se había cerrado – bien o mal – con la retirada de la comunidad, acaecida el 4 de julio de 1881. Por su parte, aunque si había quedado dolido, no pensaría ya más en ello y no lo pondría más en duda.

Pero como había escrito a Sor Matilde Corsi – ex superiora en Sestri, por tanto ella también comprensiblemente adolorida por el fracaso de la obra – el motivo que le había hecho tomar en cuenta “*el caso Sestri*” seguía adelante, y por tanto no dejaría de hacer ulteriores tentativas para poder abrir, en diferentes ciudades y Países, nuevos centros de formación en favor de la misión africana.

El Fundador quedó muy impresionado, consecuentemente, cuando a principios de julio de 1881 recibió una carta muy dura del Obispo de Verona. En ella, para su asombro, se le reprendía por haber siempre actuado por cuenta suya en el caso de Sestri, haciendo “*contratos importantes*” sin consultar a nadie y arriesgando así el “*despilfarro del dinero donado a la misión*”.

Además, y esto era lo más grave, Luigi de Canossa le preguntaba explícitamente “*quién*” lo había “*empujado [...] con segundos fines, a hacer este desdichado negocio de Sestri*” porque – según él – había sido sin duda Virginia.

“No sé ya en qué mundo vivimos hoy – preguntaba a aquel punto Daniel Comboni escribiendo a Giuseppe Sembiani –. Yo estoy aquí expuesto a la muerte sirviendo a mi Jesús entre penas y cruces, contento de morir por salvar a los pobres negros, y por ser fiel a mi ardua, difícil y santa vocación, ¿me habría dejado guiar por bajos fines indignos de un apóstol de la Nigricia, etc. al comprar el convento de Sestri? No tengo ya fuerzas ni aliento para escribir; estoy atónito de verme tratado así [...]. No, no es Jesucristo el que infunde en el Emmo. estos sentimientos hacía mí...” (E. 6814).

Sintiéndose a hacer algo, Giuseppe Sembiani entonces le respondió:

*“En su última carta, V. E. culpa a otros de la indisposición y enfado con que le escribe Su Eminencia: de quién sospecha, es algo que no sabría adivinar [...]. Sólo le diré **que yo no inculqué en el Emmo.** las ideas que expreso a V. E. Rma. **respecto a usted y Virginia.** Es más, para serle franco, al leer transcritas, como V. E. hace, tales ideas, **sentí enojo**; y podrá atestigüárselo D. Luciano, a quien no pude por menos de leer toda la carta” (E. 7073).*

¿Quién podría ser entonces?

Según Daniel Comboni, esta actitud negativa hacia él por parte del obispo de Verona, podía haber tenido su origen con la llegada en Italia de D. Bartolomeo Rolleri*, acontecida en mayo de 1879 (cf. E. 6097).

Fue él – escribió poco después de un año a *Propaganda Fide* – “la causa primera de todos mis problemas”, porque “suscitó y mantuvo viva la discordia en mis misioneros del Vicariato...” (E. 6092).

Y que D. Rolleri haya probablemente continuado a hacer lo mismo en el ambiente veronés – donde ya estaba don Grieff y donde también se sumaría poco después Stanislaw Carcereri – se puede adivinar por lo que sucedió después.

En Verona efectivamente – como ya se recordó – en el segundo semestre de 1879 se tenía que llegar a una conclusión referente al nombramiento definitivo del rector de los Institutos para África. Al mismo tiempo, el Fundador estaba preocupado por la enseñanza de la lengua árabe en ambas Casas, por lo que había aceptado la propuesta de Virginia Mansur de encargarse de ello junto con su primo Alessandro.

Sin que él pudiera preverlo, la llegada de los “árabes” a Verona fue entonces instrumentalizada por quien se consideraba personalmente interesado en la elección del futuro superior. Así, a la acción denigratoria de Rolleri se sumaba – contra Comboni – también aquella de Nicola Grieff, con sus “*pérfidas insinuaciones*” (E. 6119) contra Virginia primeramente, pero contra Comboni después.

Si efectivamente, en un primer momento se tomaron solamente algunas medidas con respecto a esta última para salvaguardar

una completa libertad de acción del nuevo rector al interno de los Institutos, en un segundo momento – mayo de 1880 – Luigi de Canossa se movió secretamente¹⁴⁰ con el fin de hacer intervenir a *Propaganda Fide* para “librar a la Misión”, de una vez por todas, “de una tal Virginia que había sido despedida – lo que no era exacto – por las Hermanas de S. José” (E. 6994).

Daniel Comboni se encontraba en Ischl esperando ser recibido por el emperador de Austria, cuando recibió esa carta, con fecha del 3 de agosto de 1880, que no concernía solamente a Virginia, sino también a él. El obispo de Verona, de hecho, no se limitó a la carta del 15 de mayo, sino que aproximadamente un mes después envió otra, cuyo contenido fue aceptado por *Propaganda Fide* debido a la autoridad del escritor. Esa contenía, anotó Aldo Gilli, “nuevos cargos pesados contra Mons. Comboni”, cuyo significado fue al final “resumido en la nota a pie de página por un encargado de Propaganda [...]: “Mons. Comboni es incapaz de estar en la dirección del Instituto”¹⁴¹.

Renuncia presentada, pero no aceptada

Como consecuencia de aquella segunda carta, el cardenal Simeoni sintió el deber, a su vez, de manifestar los propios sentimientos al interesado, y debió haberlo hecho con palabras muy fuertes que obtuvo la siguiente respuesta, con fecha del 27 de agosto de 1880:

“Eminentísimo e Rmo. Príncipe,

Recibí [...] su venerada carta

del 3 de los corrientes; y habiendo comprendido bien **todo el alcance y el significado** de la misma, me he puesto a meditar seriamente si, dada mi poca valía y debilidad, aún puedo ser verdaderamente útil al apostolado africano [...], o si por el contrario le resulto perjudicial. Tanto más cuanto que ahora, a causa de las innumerables fatigas, privaciones, enfermedades, fiebres,

¹⁴⁰ “Me gustaría que V. E. hiciera el favor de no hacer entender a Mons. Comboni – se lee en la carta – que yo tengo que ver en absoluto con esto [...]. Por otra parte él es tan dócil que una carta también privada de Su E. creo pueda bastar” (AP SC Afr. C., vol. 8, f. 1059: Canossa a Simeoni. Verona, 15 de mayo de 1880).

¹⁴¹ A. GILLI, 1979, pág. 323.

preocupaciones, luchas y contradicciones soportadas durante muchos años [...] me he vuelto realmente más sensible a los golpes de la adversidad y mucho más débil para llevar las cruces.

Pero como siempre se debe confiar únicamente en Dios y en su gracia [...], y considerando que las obras de Dios nacen siempre al pie del Calvario y que deben ser marcadas con el adorable sello de la Cruz, he pensado abandonarme en brazos de la divina providencia, que es fuente de caridad para los desdichados y protectora siempre de la inocencia y la justicia, y en consecuencia ponerme en manos de mis Superiores...” (E. 6084-85).

Estos Superiores, por lo que se pudo ver más adelante, lo pensaron nuevamente y no aceptaron aquella renuncia presentada tan clara y honestamente.

Efectivamente, no solamente Virginia Mansur fue, al menos por el momento, rehabilitada¹⁴², sino que al mes siguiente el obispo de Sudán fue convocado a Roma por *Propaganda Fide* que – explicaba él mismo a don Francesco Giulianelli – “*me ha tenido muy atareado con algunos Vicariatos africanos que se van a fundar más allá del Ecuador. Ya estoy casi al final de mi trabajo, y no puedo más. He trabajado día y noche, prácticamente sin hacer ninguna visita, salvo a la Iglesia o convento donde he dicho misa por la mañana...*” (E. 6132).

Daniel Comboni tenía prisa. Su corazón y mente estaban ya en África, donde él percibía cada vez más fuerte la urgencia de regresar para siempre.

De esta manera, apenas pudo regresar a Verona, se dedicó con todas las fuerzas que le quedaban a preparar su última expedición para África.

¹⁴² El 11 de septiembre de 1880, Luigi de Canossa, después de haber escuchado a María Bollezzoli, volvía a escribir a Propaganda Fide: “*La árabe Virginia ha sido justificada plenamente en todo, ahora enviaría lejos de ella a su hermana [...], y ella vendría a Verona al noviciado, resuelta a hacer su profesión, para darse toda a la obediencia y a trabajar en la misión*” (ACR, A/17/14/266).

La despedida del Padre

“Estoy impaciente por reintegrarme cuanto antes a mi puesto, pese a que me encuentro muy cansado y fatigado...” (E. 6114).

Llegado a Verona a principios de noviembre, después de haberse dado en Roma “un pequeño descanso” con una visita al Papa y otra a Mons. Massaia, Daniel Comboni se dedicó en alma y cuerpo a preparar la que habría sido su última salida.

Se trataba antes que nada de establecer los nombres de los que irían con él. En la casa de Sta. María in Órgano se encontraban en aquel momento, además de la superiora, siete profesas, seis novicias y ocho postulantes, entre las cuales estaba Virginia Mansur, llegada una semana antes de Sestri Levante. El Fundador decidió llevar consigo al menos cinco nuevas misioneras, dos de las cuales eran aún novicias. Un posible inconveniente que él juzgó poder remediar admitiendo a la primera profesión – el 14 de noviembre – después de sólo un año de noviciado, a las dos piemontesas Francesca Dalmasso e Rosalia Conte.

Por tanto, ya que el grupo completo – comprendida la parte masculina – resultaba muy numeroso, decidió dividirlo en dos. De esta manera:

- el 17 de noviembre habrían salido de Trieste, Bartolomeo Rolleri, Giuseppe Frontini, Faustina Stampais y Bartolomea Benamati;
- el día 27 en cambio, de Nápoles, habrían salido él mismo con dos catequistas – Domenico Donizzoni e Battista Felici – y tres hermanas: María Casella, Rosalía Conte y Francesca Dalmasso.

Era esto, al menos, lo que creían el P. Sembianti y la misma Ma. Bollezzoli.

En realidad – y eso deja percibir tantas cosas – solamente Faustina Stampais sabía, probablemente, que en Trieste también se uniría a los viajeros una joven vienesa: Anna Kubitschek¹⁴³.

¹⁴³ “En la tuya mencionas a una cierta Anna recogida en Trieste – leemos en una carta de María Bollezzoli dirigida a Faustina – ¿es una Negra o una Blanca? ¿Hermana o Secular?” [AMN, 8(2004)95].

Daniel Comboni – que la acompañó personalmente hasta el puerto (cf. E. 6147) –, la había conocido en Viena, donde las Ursulinas de aquella ciudad se la presentaron como una segura vocación misionera. Por motivos que no quedaron documentados, el Fundador prefirió evitar para ella el paso por Verona. Era mejor hacerla ir directamente a El Cairo, donde se podría abrir un tercer noviciado femenino de carácter internacional. En Verona, por lo que pudo ver, no estaban preparados para ello.

En lo referente a Virginia Mansur, el Padre estaba lejos de imaginar lo que estaba por suceder, así que consideró más provechoso para el Instituto dejarla en Verona como maestra de árabe y de francés. Todavía convencido de que las dificultades creadas por Sembianti – quien no estaba aún convencido de la necesidad de hacer estudiar el árabe¹⁴⁴ – serían disminuídas con un mayor conocimiento recíproco, había por tanto solicitado el parecer de la superiora de Sestri – donde Virginia había permanecido hasta mediados de noviembre de 1880 – antes de decidir qué hacer. Al final, plenamente tranquilizado no sólo por Matilde Corsi¹⁴⁵, pero sobre todo por la opinión de María Bollezzoli¹⁴⁶, dispuso que la joven siria, en lugar de regresar con él a África, se quedara en Verona para terminar el noviciado y convertirse finalmente en una Pía Madre de la Nigrícia¹⁴⁷.

¹⁴⁴ (144) Sembianti, por lo que parece, escribió a D. Luigi Bonomi para saber si el árabe era verdaderamente importante en la misión, al grado de hacerlo estudiar en Verona (cf. A. GILLI, pág. 328).

¹⁴⁵ (145) “*En los cuatro meses que tuve a Virginia conmigo en Sestri – dijo Sor Matilde – la encontré siempre obediente en todo; encontré en Virginia un celo ardiente y un verdadero afecto por la Misión de África; y cómo su único deseo es el sacrificar lo que tiene de vida para la salvación de los pobres Negros*” [AMN, 10(2005)142-43].

¹⁴⁶ (146) Cf. AP SC, Afr. C., vol. 9, ff. 184-185v: Bollezzoli a Comboni. Verona, 28 de enero de 1880.

¹⁴⁷ Cf. E. 7197: Comboni a Simeoni. Jartum, septiembre de 1881. Aunque fue admitida al postulante por el mismo Fundador, Virginia Mansur no pasará al noviciado. En el Registro de las Consultas tenidas en la Casa Madre del año 1881, se lee efectivamente: “*28 de agosto de 1881. Hoy, a las tres de la tarde nos reunimos [...] por vez primera con el Rmo. Superior [Sembianti], la Superiora, la Asistente, la Secretaria y las dos Consejeras [...]. Hecha la oración [...] el Rmo. Superior leyó aquel capítulo de las Constituciones que trata de las cualidades requeridas para la admisión de los miembros. Todo bien consultado desapasionadamente se concluyó que la Srta. Virginia Mansur no es apta para ser parte del* ▶

Delante de todo esto, resulta verdaderamente incomprensible cómo alguien haya podido dudar, en buena fe, de que en el corazón de Daniel Comboni arraigara una “*pasión*” que no fuera “*aquella de África*”. También porque si sólo una “*chispa*” de esa pasión él hubiese nutrido por Virginia – comentó él mismo con mucha objetividad el año siguiente – “*no la habría mandado a Verona, ni la habría confiado a aquellas Hermanas que fundé para hacerlas santas...*” (E. 6983).

“*Aunque estoy seguro de sucumbir en breve con tantas cruces, que creo en conciencia no merecer* – escribió veinte días antes, el 19 de julio de 1881 –, *sea siempre bendito mi Jesús, verdadero vindicador de la inocencia y protector de los afligidos: la Nigricia se convertirá; y si en el mundo no encuentro consolación, la tendré en el cielo...*” (E. 6815).

número de estas Hermanas, por su temperamento demasiado extraño, y por falta de espíritu de cumplimiento...” (APMR, VI/A/5/1-2979).

7.

El último día del Padre

“Yo no temo ni al universo entero. Se trata de los intereses de Jesús y de la Iglesia, y conseguiremos llegar a ser unas no despreciables piedras en los cimientos del gran edificio de la Iglesia Africana, que es la obra más ardua, pero también la más gloriosa y humanitaria hic et nunc de la Iglesia católica”

(Daniel Comboni, 17 de diciembre de 1880)

El 22 de noviembre de 1880 Daniel Comboni dejaba Verona por última vez.

Sería interesante recordar, para quien quisiera ver un “signo”, cómo los últimos días que él transcurrió en Italia fueron caracterizados por un notable mal tiempo.

Los días “20 y 21 – escribía “proféticamente” María Bollezzoli a Faustina Stampais el 26 de noviembre – *aquí hizo un tiempo horrible. Fiat y siempre fiat; el buen Dios, que de la mejor manera todo dirige, sabe incluso disponer y permitir el mal menor*”.

Por tanto informaba: “*El Excelentísimo llegó el veinte por la tarde [da Trieste] sano y salvo. Él dijo: nuestros viajeros tendrán algo de borrasca, pero no será muy fuerte; se haga la Santa voluntad de Dios*”.

“*El 22, a las seis de la tarde – continuaba la carta – él dejaba Verona en compañía de las dos Hermanas Piamontesas destinadas a El Cairo, de Sor Carlotta y de Sor Giuditta destinadas actualmente a Sestri [...]. Creo que haya tomado la vía de Torino...*”¹⁴⁸.

Aunque parezca increíble, esto es todo aquello que sabemos de la última partida del Padre, de Verona. Una salida “diferente”, se podría decir, realizada casi de puntillas, sin ningún “adiós” o

¹⁴⁸ AMN, 8(2004)95.

memoria que la *Crónica* o los *Anales* hayan registrado.

Menos de dos meses después, sin embargo, el núm. 24 de los *Anales* reportaba una Circular del obispo de Verona quien, comentando la reciente encíclica de León XIII sobre las Obras Misioneras, a un cierto punto remarcaba:

“Si hay alguna Diócesis que podría distinguirse en generosidad hacia estas Obras pías, esa sin duda alguna es la nuestra. Ciertamente [...] la Pía Obra de la Propagación de la Fe residente en Lyon, es una de las fuentes más abundantes por la que vive y se extiende la importantísima Misión, fundada en África Central por el infatigable Mons. Comboni. Y en ella ¿quién entre nosotros no sabe que es veronés el Ilmo. y Rev. Monseñor, y que también son veroneses, en su mayoría, aquellos y aquellas que, enfrentado detrás de él el calor ecuatorial, los difícilísimos caminos de áridos e inmensos desiertos, las privaciones, los peligros y sufrimientos diarios en cada lugar y de cada manera, sudan en aquella viña, plagada de cardos y espinas, y ofrecen su vida en holocausto al Sgdo. Corazón de Jesús, sólo para salvar de la muerte eterna y conducir a la verdadera vida a la infeliz Nigricia?” (pág. 30).

En Sestri, el último adiós y una bendición

En la comunidad de Sestri, donde se quedaron las dos novicias y de donde salió con él la joven Sor María Casella – tenía dieciocho años apenas cumplidos – el Padre era esperado con inquietud. En la memoria de Sor Marietta permaneció imborrable el recuerdo de la última noche, cuando él mismo animó la recreación hablando de la misión, y Sor Matilde hubiera querido que continuase más allá del horario establecido. *“No es necesario – había respondido él – arrodíllense y les daré la bendición...”*¹⁴⁹.

Al día siguiente la pequeña comitiva retomó el viaje hacia Roma donde, según Sor María Casella, se quedaron tres días.

“Su Santidad León XIII estaba enfermo – se puede leer aún en su reporte – y así [Monseñor] fue recibido en audiencia privada

¹⁴⁹ Cf APMR, F/1/3-232.

[...]. Saliendo luego para Nápoles se interesó como buen Padre en procurarnos comida antes de embarcarnos. El mar estaba tormentoso. Sabiendo que sufríamos se preocupaba siempre de nosotros enviándonos al camarero, sin economizar nada de lo que pudiera ser necesario. Al desembarcar en Alejandría de Egipto se ocupó de todo el equipaje dejando a nosotros una pequeña valija; nos acompañó a la casa de las Hermanas de San Vicente para descansar, y a las tres de la tarde él mismo vino a recogerlos para conducirnos a la estación directa para El Cairo. Durante el viaje se interesaba por nuestra salud como haría un buen papá. Llegamos cerca de las diez de la noche; después de habernos aseado vino a desearnos una buena noche y a darnos su bendición, animándonos por todo lo que se pudiera encontrar en aquel país...”

En El Cairo, el tercer noviciado femenino

Porque verdaderamente estaba muy mal ¹⁵⁰, Daniel Comboni sentía que ya no tenía tiempo que perder. La agenda de su última estancia en El Cairo era muy densa. Sin embargo, aunque si la más importante de sus citas era sin duda alguna la que había pedido al jedive Tawfiq*, su primera preocupación y prioridad – una vez llegado a El Cairo – era aquella de abrir en el Instituto femenino otro noviciado. La finalidad era clara: al no poder contar más con las Hermanas de San José, él tenía que asegurarse cuanto antes la colaboración de misioneras indígenas “suyas”, especialmente de lengua árabe.

Que pensara esto antes de dejar Verona, lo prueba el hecho que hizo partir para Egipto a una aspirante también, a Anna Kubitschek. Naturalmente, como formadora habría mandado, de Sudán, a una nueva superiora que tuviese ya experiencia misionera. Era suficiente, por el momento, que Amalia Andreis

¹⁵⁰ “Todavía me encuentro deshecho del viaje [...] – confesaba el 6 de diciembre de 1880 al P. Sembianti –. Horriblemente cansado, sobre todo después de tantos días de rápido trabajo en Roma y Nápoles, rendí al mar el ordinario tributo...” (E. 6161). El mismo día, explicaba a Mons. Des Garets: “En Verona sufrí más de esas fuertes fiebres que me dan, y todavía noto las consecuencias de los terribles sufrimientos de 1878-1879, de manera que no duermo más de tres horas al día. Pero a pesar de ello me siento lleno de energía y obligado a reemprender mis trabajos en África Central...” (E, 6164).

se dispusiera a permanecer en El Cairo todavía por algunos meses junto a las últimas llegadas.

De cuanto se puede entender, el Padre quiso primeramente abrir un diálogo – como era su costumbre – con la comunidad del instituto del *Sgdo. Corazón de María* para tomar juntos la última decisión: quién podría ir con él al Centro; y quién tenía que quedarse.

El resultado, entonces, no fue exactamente el esperado ya que él quiso respetar, sobre todo, el deseo de Amalia Andreis de irse a misión. Al final, en todo caso, se llegó a un acuerdo y la comunidad de la nueva casa de formación fue compuesta de esta manera: Sor Faustina Stampais, superiora y formadora; Sor Bartolomea Benamati y Sor María Casella, jóvenes profesas en fase de aclimatación y de perfeccionamiento del estudio de la lengua árabe; además Anna Kubitschek como postulante.

A este punto, también los superiores de Verona fueron informados sobre cómo habían sido las cosas. En una primera carta – del 10 de diciembre de 1880 – Daniel Comboni hacía conocer al P. Sembianti cómo, más o menos, se había desarrollado aquel diálogo y porqué, entre otras cosas, también “*las dos Piamontesas*” (E. 6167) habían continuado el viaje hacia África Central.

Solamente una semana después, no obstante, – el 17 de diciembre de 1880 – se encuentra una mención explícita sobre “*un ángel de postulante que vino recomendada por las Ursulinas de Viena*” (E. 6174). Al mismo tiempo, el mismo don Giulianelli* – entonces superior de los Institutos de El Cairo – se había dirigido al rector de Verona para que le hiciese tener todo lo necesario para proceder a la vestición de Anna Kubitschek, a quien el fundador había decidido admitir al noviciado antes de partir.

A lo que el P. Sembianti proveyó, y por tanto comunicó en tono cordial: “*Hoy le enviamos el Ritual para la vestición de las Hermanas, más tarde le enviaremos también el de la Profesión*”¹⁵¹.

¹⁵¹ ACR, A/28/24/3: Sembianti a Giulianelli. Verona, 12 de enero de 1881. Dos meses después, el mismo P. Sembianti habría escrito: “*Me alegro por la nueva postulante* [María Concetta Agata Massaud, egipcia], *sea agradecido por ello el Señor* (ACR, A/28/24/20: a Giulianelli. Verona, 22 de marzo de 1881.

Quien ciertamente se mostró después alentadora hacia Faustina y su nuevo encargo, fue María Bollezzoli:

*“Comprendo muy bien en qué incertidumbre te puedas encontrar – le escribía a principios de enero de 1881 – tú que de buena gana habrías siempre vivido a todos subordinada, y que ahora de repente te ves puesta al frente [...]. Ánimo, por tanto. No gasto palabras para recomendarte a tus miembros ya que conoces tu deber suficientemente. Sólo espero que ellas te corresponderán y sobre esto te pido que me tengas informada; también te pido que te sirvas de mi pobre ayuda cuando consideres que yo pueda serte útil...”*¹⁵².

El encuentro con Tawfiq Bajá

Antes de dejar El Cairo con toda la caravana era muy importante, para el obispo de Sudán, obtener una audiencia con el Jedive. La misión de África Central, en efecto, estaba situada en un territorio que políticamente dependía de él, ya que Sudán era entonces parte del imperio turco, y había sido puesto bajo la jurisdicción del virrey de Egipto.

Ciertamente gracias también a la habilidad diplomática de Daniel Comboni, el encuentro – realizado el 11 de diciembre de 1880 – fue todo un suceso y se concluyó con un intercambio de dones. No por casualidad el Jedive se vio ofrecer del autor el *“Cuadro Histórico de los Descubrimientos Africanos”*¹⁵³; regalo muy apreciado y que se tradujo, después de la visita hecha también a los varios ministros, en la concesión de dos importantes *“firmánes”*, o pases, en favor de la misión católica, válidos también para la aduana:

¹⁵² AMN, 8(2004)98: Bollezzoli a Stampais, 8 de enero de 1881.

¹⁵³ E, 6179: Comboni a Sembianti. El Cairo, 17 de diciembre de 1880. La importancia estratégica de este regalo resulta evidente desde el inicio del mismo escrito, donde el autor remarca la dimensión civilizadora – fe y civilización – de su obra evangelizadora en África. El virrey de Egipto, musulmán, no habría jamás concedido su aprobación y su protección a una misión católica si ésta no hubiese probado favorecer, con su presencia y actividad, a una más rápida occidentalización del País, evitando el proselitismo al menos en lo que se refería a los territorios ya islamizados previamente. (cf. G. ROMANATO, 2003, pág. 67).

- el primero para que fuera presentado a Rauf* Bajá, gobernador general de Sudán, con el fin de proteger a la misión y de ayudar al obispo en todo cuanto le fuera posible (cf. E. 6194);
- el segundo, de la misma importancia, “*para todos los Gobernadores del Jeditato egipcio, que se extiende hasta los Nyanza y los confines del imperio de Waday...*” (E. 6195).

Provisto de esta manera, el Obispo podía ahora dedicarse con mayor tranquilidad a los preparativos inmediatos para la partida.

Partiremos desde Suez, y somos dieciséis... (cf. E, 6179)

Aunque si se sentía “*tan fatigado*” de no poder “*respirar más*” (E. 6203), el Padre quiso ocuparse personalmente, como siempre había hecho, de los preparativos de la partida. Con él irían otros cuatro sacerdotes, cinco hermanos – si también se incluye entre ellos a su asistente portugués – y a seis hermanas: Amalia Andreis, María Rosa Colpo, Caterina Chincarini, Elisabetta Venturini, Rosalía Conte e y Francesca Dalmasso. La caravana dejó El Cairo el 29 de diciembre directa a Suez, donde se embarcaría para Suakin dos días después. María Bollezzoli, desde Verona, acompañaba a todos “*con el corazón*”:

“*El Ángel – auguró – que condujo al joven Tobías sano y salvo a su destino, y sano y salvo lo devolvió al seno de su amada familia, conduzca también a la elegida caravana allá donde una numerosa multitud de infelices esclavos extiende sus delgados brazos implorando socorro, y el Dios de los ejércitos infunda en todos energía y valor para poder dispersar de la miserable Nigricia a la infernal potencia...*”¹⁵⁴.

El viaje, gracias a Dios, fue bueno, aunque si no siempre fácil.

¹⁵⁴ AP SC, Afr. C., vol. 9, ff. 228-228v.: Bollezzoli a Comboni. Verona, 16 de diciembre de 1880.

“Como ya saben – escribió Sor Amalia a la familia – dejé El Cairo el 29 del presente diciembre. De El Cairo hasta Suez son ocho horas aproximadamente de ferrocarril [...]. Paramos en Suez hasta el día 31¹⁵⁵, y nos embarcamos ese mismo día después de la comida, en una embarcación egipcia [...]. El mar estuvo muy tranquilo [...].

Acercarse a Suakin es muy peligroso debido a las rocas, pero gracias a Dios llegamos felizmente el día 5 [de enero] hacia mediodía [...].

Creo que la salida de aquí será el 10 de este mes [...]. Montaremos en camello [y nos] introduciremos en el gran desierto...”¹⁵⁶.

En el desierto, dos “milagros” del Padre

El tramo de desierto que menciona Sor Amalia – con una pista para caravanas que llevaba de Suakin a Berber – era aquel llamado de los Bischarin, del nombre de la tribu responsable delante del Gobierno de la seguridad de los viajeros y de la carga transportada. En aquella ocasión, fueron veinte camelleros quienes escoltaron la caravana del obispo.

“Excepto que en los últimos días – leemos en otra carta de Sor Amalia – se viajó siempre en medio de montañas improductivas y de puras piedras, vadeando riscos y atravesando también algunas llanuras [...]. Una noche pasamos un desfiladero de montañas; si no hubiera sido por la Virgen, que por medio del astro nocturno nos iluminaba, nos hubiésemos roto el cuello al caer del camello [...]; gracias a Dios también eso ya pasó y bien...”¹⁵⁷.

¹⁵⁵ *“En Suez – se lee en la relación de D. Giovanni Dichtl – Monseñor se alojó en el pequeño hospicio de los Rvdos. Padres de Tierra Santa, y nuestras Hermanas fueron cálidamente recibidas por las Hermanas del Buen Pastor que tienen la atención del hospital y de la escuela femenina” [ANNALI, 25(1881)70].*

¹⁵⁶ *AMN*, 4(2002)53-54: Andreis a un tío. Suakin, 7 de enero de 1881.

¹⁵⁷ *AMN*, 4(2002)55-56: Ídem. Jartum, 30 de enero de 1881.

Según el testimonio de otras dos viajeras, sin embargo, si todo salió bien, había sido también gracias a la presencia siempre vigilante y constante del Padre.

*“En la travesía del desierto que hice con Mons. Comboni desde Suakin hasta Berber – testificó después Sor Caterina Chincarini – me tocó un camello asustadizo el cual, no obstante las observaciones de Monseñor, los camelleros no quisieron cambiar. Cuando nos encontrábamos en un terreno pedregoso, mi camello hizo un fuerte viraje y me tiró. Sin saber cómo, me encontré en los brazos de Monseñor quien, temiendo la cosa, caminaba a pie al lado de mi camello, y me agarró en pleno vuelo, impidiendo que fuera a golpearme la cabeza en las piedras”*¹⁵⁸.

A su vez, Sor Elisabetta Venturini contaba: *“Hice el viaje del desierto con Mons. Comboni. Él estuvo lleno de gentileza y de atenciones para todos [...]. Cuando caí del camello y corrí un grave peligro por la hemorragia pulmonar causada por la caída [...], probablemente una bendición [de él] fue el remedio principal...”*¹⁵⁹.

Iniciando a “sus” Hermanas en las relaciones públicas

El 22 de enero de 1881, después de “solamente” doce días de desierto, la caravana comboniana llegó a Berber, ciudad completamente musulmana pero todavía sede de una estación misionera perteneciente al vicariato de África Central.

Como siempre, el Padre aprovechó de una breve parada para iniciar a los recién llegados en las “relaciones públicas” entre autoridades musulmanas y cristianas, tan importantes para el futuro de la misión. Lo interesante es que, incluso mostrándose muy respetuoso de las tradiciones locales, no renunció a mostrar, con la práctica, la diferencia de trato que recibe la mujer en el seno de la civilización europea y en la misma Iglesia católica. Por

¹⁵⁸ APMR, VI/Pp/5/1-1395: testimonio para la causa de beatificación. Verona, 21 de noviembre de 1929.

¹⁵⁹ APMR, VI/Pp/2/5-1383, pág. 57. Cf. AMN, 10(2005)39.

esto, cuando llegó el momento de ir a visitar a Mohammed-Califa, Gran Jeque de todo el Atmur, dijo a las Hermanas que se prepararan para ir juntos.

Durante la parada en Berber – contó después Sor Amalia Andreis – *“fuimos a visitar a un distinguido de aquella ciudad descendiente de reyes y ahora jefe del desierto, es un rico; tendrá unas doscientas mujeres [...]. Fuimos con el Excelentísimo, dos Padres y algunos seglares. Entramos a un pequeño patio a la sombra de un bellissimo árbol. Vino en seguida el dueño de casa vestido de árabe [...]. Se intercambiaron los saludos [...]. Después nos condujo dentro y subimos una escalera muy mojada que nos llevó a una veranda con piso de tierra igualmente mojado, de aquí pasamos a una estancia o sala de recepción, con techo alto y seis ventanas [...]. Tenía también el piso de tierra mojado; pero esto es para hacerlo fresco [...]. Es conveniente saber que los árabes se sientan en el suelo; si son ricos tienen alfombras y divanes; son altos; al sentarse se-quitan los zapatos y se sientan sobre los talones.*

*El diván de este señor era alto que se requería dar un brinco; los Padres se sentaron a la árabe, y yo me encaramé con un discreto salto. En las visitas no es conveniente irse antes de aceptar lo que se nos ofrece. En esta visita vinieron seis sirvientes: cuatro estuvieron en la puerta y dos con una especie de toalla fina demasiado deteriorada ofrecían un vaso con agua dulce, y proveían para secarnos la boca; lo mismo hicieron con el café que después llevaron. Nos dieron también un manojo de hierba de menta con una rosa para todas nosotras...”*¹⁶⁰.

¹⁶⁰ AMN, 4(2002)57-58: Andreis al tío Carlo. Jartum, 20 de febrero de 1881. *“Mohammed – Califa – apuntó todavía D. Giovanni Dichtl en su relación ya citada – es un viejo bueno y estuvo muy contento cuando monseñor al siguiente día le presentó a su personal. Rápido hizo llegar a sus salones refrescos muy sabrosos, y ofreció a Monseñor y a las Hermanas bellísimas flores”* [ANALES, 26(1881)47].

Hacia Jartum

Es interesante la continuación de la misma carta de Sor Amalia – del 20 de febrero de 1881 – testimonio, entre otras cosas, de la real estima y consideración que el virrey de Egipto nutría por Daniel Comboni.

“El 24 [de enero] partimos para Jartum en una embarcación del gobierno, que nos envió el Gobernador de Jartum por orden del Virrey de Egipto. Ahora el Nilo está bajando de nivel y si no hubiese sido por nosotros el gobierno no hubiera arriesgado la embarcación; estos son los permisos que obtiene Mons. Comboni. No puedo describir cuán bello y delicioso es el viaje en el Nilo [...]. Desde Berber a Jartum es un solo viaje [...].

El Nilo es más o menos largo [...]. De vez en cuando es dividido por islas. Al inicio de Jartum se divide en río Blanco y río Azul, el primero a la derecha, el segundo a la izquierda. El Blanco es más grande que el otro; y lo cruzaremos en barcas cuando vayamos a El-Obeid (reino del Kordofán).

El 28 de enero pasado, después de la comida nos preparamos todos para llegar a Jartum [...]. No puedo explicarles el entusiasmo de nuestro reencuentro con los recién llegados...”

“Todos sanos, y todos encontrados sanos”, confirmó el Padre al siguiente día. Y después agregó: “Sor Vittoria no cabe en sí de gozo...” (E. 6425).

“Voy madurando mi antigua idea de fundar un Instituto de Hermanas en Siria...”

El encuentro con Sor Vittoria Paganini – che había tenido que dejar el noviciado de El-Obeid a finales de 1879 porque estaba gravemente enferma – hizo recordar al obispo cuán urgente era retomar el discurso de la preparación de las Hermanas.

Sor Vittoria – gracias a una intervención considerada prodigiosa de Nuestra Señora del Sgdo. Corazón ¹⁶¹ – se había recuperado tan bien que Teresa Grigolini pasó a El-Obeid la

¹⁶¹ Cf. AMN, 7(2004)55ss.

residencia provincial, dejándola como superiora en Jartum. Fue a ella, por tanto, a quien Daniel Comboni pidió el informe de las actividades femeninas.

Ahora, si la superiora podía decirle que, en ciertos aspectos, todo estaba muy bien, no podía ocultarle que la misma cosa no se podía decir de la escuela.

Aquel era un campo que Sor Vittoria conocía muy bien¹⁶², y por lo tanto su análisis no podía dejar de ser objetivo: sin maestras debidamente preparadas, como lo habían sido las Hermanas de San José, las actividades escolares no podían funcionar. Ahora, esto no significaba que se tenían que desanimar, sólo que era indispensable tomar cuanto antes las medidas necesarias.

Después de aquel diálogo, el Fundador comprendió que tenía a su lado a una aliada que podría convertirse en valiosa. “*Una mujer superior*” (E. 7069) – comentaría más tarde – consciente de los propios límites y de los demás, pero igualmente dispuesta a superarlos sin encerrarse en sí misma. Con Sor Victoria a su lado, el Padre volvió a esperar conseguir llegar lejos.

“Dejando a un lado el inconveniente de que no existen escuelas femeninas – escribió en efecto el 29 de enero de 1881 al P. Sembianti – y que ninguna hermana sabe ni jota de árabe, encontré la misión muy bien: mucha abnegación y espíritu de sacrificio y mucho ánimo [...]. África Central va mucho mejor de lo que yo creía, y de lo que contaban a Propaganda [...]. Yo sigo adelante, porque confío sólo en Dios, y en usted, y en que me prepare buen personal [...].

Voy madurando mi antigua idea de fundar un Instituto de Hermanas en Siria” ... (E. 6425-27).

¹⁶² Vittoria Paganini, antes de entrar entre las Pías Madres, había ocupado el cargo de inspectora de las escuelas femeninas de Asiago (VI) y de los alrededores.

En una visita pastoral al Vicariato

“Quiero examinarlo todo personalmente, con absoluta diligencia y calma, y sobre todo de manera concienzuda, porque no se pueden tratar a la ligera las cosas de Dios...” (E. 6436).

El 29 de marzo de 1881 Daniel Comboni dejaba la capital de Sudán por la que sería su última visita pastoral en el vicariato. Delante de él había ya mandado, tres semanas antes, a un grupo de misioneros y de misioneras con diecinueve jóvenes cristianos, todos destinados al Kordofán. El obispo, por su parte, necesitaba dedicar todavía algo de su tiempo a la ciudad de Jartum, antes de ausentarse por algunos meses. Le preocupaba, en efecto, la situación de abandono en que había encontrado a todas aquellas familias que en un tiempo habían sido objeto de visitas asiduas por parte de las hermanas. En una carta dirigida al rector de Verona, él expresaba su preocupación de esta manera:

“En cuanto a las Hermanas, dado que falta el elemento árabe, estamos peor que antes [...]. Por ejemplo, antes, en Jartum, en las familias orientales de Siria y Egipto, la Hermana lo era todo: conocía los desórdenes, los arreglaba especialmente en lo relativo a las mujeres, hacía que las niñas viniesen a las escuelas. Ahora, en cambio, ni Sor Vittoria ni las otras conocen a las familias, y mucho menos sus líos, etc...”

Eso sí, en cuanto a la paz, la obediencia, la subordinación, aquí estoy y estamos mucho mejor que antes [...]. Por tanto, ánimo, y sigamos adelante, que vendrá también para las nuestras el tiempo en que estén tan capacitadas como las francesas. Pero, por caridad, admita pocas sirvientas, y procure tomar mujeres instruidas [...], mujeres serias, buenas y juiciosas... en suma, ¡¡¡verdaderas mujeres!!!

[...] ruege al Señor para que yo pueda formar bien a nuestras Hermanas y enseñarlas a ser misioneras, como hice con las Hermanas de San José...” (E. 6454-56; 6481).

De cuanto después se puede leer en la carta arriba citada, la primera en ser “educada” por él habría sido la misma superiora, porque le parecía “algo dura”:

“Yo advertí a Sor Vittoria que debe dar primacía a la caridad, sin la cual ni siquiera una santa Hermana puede convertir infieles ni ninguna clase de almas, y ella me prometió corregirse. En cuanto a las otras, son dóciles, obedientes y laboriosas, pero carecen de instrucción. Sor Victoria [...] es la única de las viejas de aquí que sabe tratar un poco con el mundo, y con los de fuera, lo que es necesario para una misionera, porque de lo contrario no se convierte a nadie...” (E. 6479).

A la partida del Padre permanecían en Jartum, con Vittoria Paganini, también Giuseppa Scandola, Matilde Lombardi, Fortunata Zanolli, Elisa Suppi, Francesca Dalmasso y Rosalía Conte. Las dos últimas, a quienes en un primer momento el obispo pensaba confiar al cuidado de Sor Amalia Andreis, vieron al final cambiar su destinación, como el obispo explicó al P. Sembianti en la carta del 5 de marzo de 1881.

Primera parada en El-Obeid

*“Estoy sobremanera contento del espíritu que reina entre nuestras Hermanas, y de las eminentes virtudes de la Superiora Provincial de África Central, **Sor Teresa Grigolini**. Es lo que se dice una santa, como un ángel. Rece por ella y por las cuatro casas de Hermanas que tenemos en el Vicariato...”* (E. 6673).

En la residencia provincial de El-Obeid, la capital de Kordofán, Sor Teresa Grigolini esperaba la llegada del obispo con cierta aprensión. La joven, y emprendedora superiora, en efecto, había decidido sola – en el mes de diciembre anterior – abrir una nueva comunidad femenina en Delen, sobre los montes Nuba¹⁶³.

Desde Suakin, sin embargo, el obispo le hizo saber que habiendo actuado así había sobrepasado los límites de sus poderes. Ella se disculpó por escrito, pero sin mostrarse arrepentida. Más bien le

¹⁶³ Cf. AMN, 10(2005)161ss.

dijo: “*ya que V. E. habrá considerado todas las circunstancias no le desagradará y no me reprochará por haber dado este paso*”¹⁶⁴.

Tenía razón. El mismo obispo, pocos días después de haber llegado al Kordofán, confirmaba la apertura de la nueva comunidad femenina y le destinaba a otras dos hermanas: Amalia Andreis y Caterina Chincarini. De esta manera, llegaron a ser cinco, en total, las comunidades de las “Pías Madres” abiertas por él en África: una en El Cairo, una en Jartum y tres en el Kordofán, con un total de dieciocho Hermanas y dos novicias: una en el noviciado de El-Obeid y la otra en el de El Cairo. El futuro próximo, que se podría esperar, se presentaba prometedor.

Cómo el Fundador veía y quería a sus Hermanas...

“Estas [Hermanas] que están en el campo de trabajo, y que saben sufrir mucho por Cristo, son mi fuerza después del Corazón de Jesús...”

(E. 6696)

En El-Obeid – donde llegó el 5 de abril de 1881 – Daniel Comboni transcurrió la mayor parte del tiempo destinado a la visita pastoral, también porque la cercanía de Malbes le permitía mantener los contactos con una relativa facilidad.

Sor Teresa Grigolini, por tanto, en su calidad de superiora provincial, debió haberlo acompañado más de una vez durante sus salidas en aquella región del vicariato, especialmente cuando se trataba de programar la actividad futura o de establecer nuevas fundaciones.

Todo esto, obviamente, había permitido y facilitado entre ellos diálogos frecuentes – en los cuales las jóvenes misioneras eran a menudo el tema principal – cuyo eco se puede percibir cla-

¹⁶⁴ Cf AMN, 12(2006)91: Grigolini a Comboni. El-Obeid, 2 de febrero de 1881.

ramente en la carta que el 20 de abril de ese año el obispo de Sudán dirigía al rector de Verona.

Un aprecio era lo que el Fundador manifestaba por Sor Teresa y sus Hermanas, que tenía que hacer entender siempre más a D. Giuseppe Sembiani cuál era la línea de mantener, preferentemente, en la importante tarea de la formación femenina. En esa carta, entre otras cosas, se puede leer:

*“Modelo de verdadera misionera de África Central es Sor Teresa Grigolini (ésta sí que resulta comparable o superior a Sor Josefina Tabraui, la maestra de Virginia; a la Madre Emilienne [...], la cual (y aquí le manifiesto a usted mi concienzudo juicio, que es compartido, entre otros, por Sor Vittoria) es el **primer y más** logrado y perfecto miembro de la Congregación de las Pías Madres de la Nigricia (dejando aparte la eminente **santidad**, digo **santidad**, de Sor María Giuseppa Scandola, que brilla demasiado en una persona de heroica humildad, etc.): inteligencia, capacidad, caridad y piedad fuera de lo común. Así, a la vez, se dan en ella las cualidades de una Hija de San Vicente de Paúl y la sublime vida interior de una Sacramentina y de una Hija de la Visitación.*

*A esto añade una salud de hierro y una actividad sorprendente, e incluso cierto conocimiento del árabe, en el que se defiende bastante: tal es el tipo de Hermana que yo quiero. Aquí y en Jartum ha atraído hacia Cristo y hacia la práctica de los Sacramentos algunas almas que yo nunca hubiera creído. Cuando llegue el tiempo en que yo establezca una casa en Siria, estoy seguro de que en sólo seis meses Sor Grigolini la hará florecer; y entonces la conocerá usted en Verona, y verá el verdadero modelo de Hermana de África Central. Mas para llegar a esto, o sea, para que cada una o gran parte de las Hermanas resulten auténticas misioneras de África Central, convengo con Grigolini (que ni sueña que yo la tenga en tanta estima, porque incluso le regaño), en que es preciso educar a las novicias como se hace actualmente en nuestra Casa Madre de Verona, bajo la **inspiración estigmatina**. Y ¿por qué? Porque enviadas a África tan humildes, dóciles, sinceras y sencillas como fueron mandadas las que están en Sudán, se modelan para la vida práctica como se quiere.*

*Por tanto, en cuanto a la educación religiosa, usted siga haciendo como hasta ahora, y como es su deseo, porque yo conozco bien y profundamente su espíritu y su intención: formar elementos **santos y capaces**. Lo uno sin lo otro vale poco para el que sigue*

la carrera apostólica. *El misionero y la misionera no pueden **ir solos al paraíso**. Solos irán al infierno. El misionero y la misionera deben ir al cielo acompañados de las almas salvadas. Y aunque ante todo han de ser **santos**, o sea, completamente ajenos al pecado y a la ofensa a Dios, y humildes, eso no basta: necesitan tener **caridad**, que es la que los hace capaces.*

Una misión tan ardua y laboriosa como la nuestra no puede vivir de la apariencia, con santurrones llenos de egoísmo y apegados a sí mismos, que no se ocupan como es debido de la salvación y conversión de las almas. Hay que inflamar a sus miembros de una caridad que tenga su fuente en Dios, y en el amor a Cristo; y cuando se ama de verdad a Cristo, entonces son dulces las privaciones, los padecimientos, el martirio [...].

Por lo demás, mi querido Rector, que no le desanime ninguna dificultad: las obras de Dios siempre han costado sangre, dolores y muerte [...].

Pero estoy seguro que [...] se convencerán de que el Instituto de Verona ha conseguido algo más difícil de todas las obras del apostolado católico, de que nuestra Obra ha recibido ciertamente la bendición divina, y de que en verdad es obra de Dios. Por eso usted actúe bien y derecho en Verona, que yo haré frente y romperé los cuernos y patas a todos esos monstruos del abismo, que por muchos lados y con astucia increíble tratan de acabar con nuestra Obra o de inutilizarla. Cristo es más fino y diestro que el diablo [...].

Perdone que sin querer me haya extendido demasiado. No duermo. Vale.

† Daniel Obispo” (E. 6653-64).

En la comunidad de Malbes

“He encontrado las cosas en el Vicariato mucho mejor de lo que los calumniadores habían propalado en Egipto, en Roma, en Francia y en Verona...” (E. 6676).

El 24 de abril de 1881 Daniel Comboni se trasladaba por alrededor de veinte días a la colonia agrícola de Malbes. Desde allá – a la sombra del grande baobab que aún existe –, el mismo día de su llegada, dirigía a su padre la siguiente carta que iniciaba así:

“Mi queridísimo Padre:

Te escribo desde un lugar del reino del Kordofán llamado Malbes, en el que hay algunos pozos, y donde hemos creado una pequeña comunidad cristiana (que se volverá grande en poco tiempo), con matrimonios formados por jóvenes y muchachas a los que casamos después de haberles impartido educación cristiana en nuestros establecimientos de El-Obeid. A todas y cada una de esas parejas les asignamos aquí un trozo de terreno de cuyo producto pueden vivir, como viven, y les compramos un burro¹⁶⁵. Dirige esta comunidad el negro D. Antonio Dobale, al que conociste en Verona y en Limone, y también hay aquí a menudo un par de Hermanas, a las que mando a esta colonia para que cambien de aires, por ser un lugar más sano (aunque más caluroso). Ahora tengo que pensar: para educar cristianamente a las niñas que están creciendo, estableceré una comunidad de Hermanas...”* (E. 6674).

Las dos Hermanas que, desde el año anterior habían comenzado a ir a Malbes eran Sor Elisa Suppi y Sor Concetta Corsi. Después de que Sor Elisa se enfermó gravemente al grado de ser

¹⁶⁵ Como justamente ha remarcado también G. Romanato, la fundación de la colonia agrícola de Malbes representaba el “tercer momento” del método misionero comboniano, “constituido por el intento de introducir el modelo familiar católico, posiblemente favoreciendo matrimonios entre negros educados, ambos de la misión” (Cf. G. ROMANATO, 2003, pág. 316). Un modelo este, inspirado en Daniel Comboni por el “acertado sistema de las famosas **Reducciones del Paraguay**, ideado por la insigne piedad y profunda sabiduría de los RR. P. Jesuitas” (E. 3920).

transferida a Jartum – en el mes de noviembre de 1880 – fue María Rosa Colpo quien acompañó a Concetta y abrió con ella, por decisión del obispo, una comunidad estable.

Desafortunadamente esta iniciativa tan importante tuvo que ser interrumpida casi inmediatamente debido a la muerte, primeramente, de Sor María Rosa¹⁶⁶, y la del mismo D. Antonio un poco después. Evidentemente, el día en que escribía a su padre, Daniel Comboni no podía preverlo. Al contrario, en su plan de trabajo apostólico se encontraban otras nuevas fundaciones, entre ellas la de Golfan, en los Montes Nuba – cerca de Delen – considerada ya inminente.

Por otra parte, él estaba muy satisfecho y consolado, por lo que constataba durante su visita: las cuentas estaban bien; la iglesia de El-Obeid, fruto del notable esfuerzo de D. Vincenzo Marzano y de todos los miembros de la misión, religiosos y laicos, se presentaba como una de las maravillas de Sudán; la actuación de sus misioneros y de sus misioneras era verdaderamente extraordinaria y merecedora de toda alabanza¹⁶⁷; la lucha contra la esclavitud sostenida incluso por el mismo gobernador que había “*designado un oficial con cien soldados para la vigilancia de Gebel Nuba*” (E. 6733).

Gracias a todo esto, animado por las mejores perspectivas, y a pesar del cansancio mortal que lo amenazaba cada vez más, el obispo se preparaba para avanzar hacia Delen con un nuevo contingente de misioneros y de Hermanas.

¹⁶⁶ Cf. AMN, 10(2005)39-61.

¹⁶⁷ “*Tengo un gran consuelo – escribió a Propaganda Fide el 20 de mayo de 1881– al ver a todos los misioneros y todas las Hermanas siempre alegres y contentos y dispuestos a padecer y morir. Ellos y ellas hablan de hambre, sed, enfermedades y muerte como de cosas bellas. Y estoy convencido de que en cuanto a abnegación y espíritu de sacrificio, ninguna misión tiene misioneros tan sólidos como la mía, ya sean seculares o regulares...*” (E. 6751).

En los Montes Nuba con un jefe local

“S. Excelencia Monseñor Comboni [...] partirá de Gebel Nuba. ¡Pobre Monseñor! Nada que decir de la fatiga que le cuesta cuando viaja. Imagínese, durar por cinco, seis y hasta siete horas sobre la joroba del camello. Él es pesado y además ha envejecido.

Sin embargo no desea otra cosa que ponerse en viaje para visitar también aquellas lejanas estaciones. Les digo a ustedes la verdad que

conozco muy bien a Monseñor: la caridad que le arde en el corazón es mucho mayor de aquella que muestra externamente.

Su corazón es de verdadero Apóstol, y parece que el Señor lo haya hecho a propósito para África. Él se adapta a la pobreza y a las incomodidades más que cualquier otro misionero. Si ustedes estuviesen aquí lo verían frecuentemente acostado en el suelo sobre una estera, con tanta indiferencia que yo creo que ni siquiera se da por enterado. Más de una vez lo vi con lágrimas al hablar o pensar en la miseria de estas pobres almas. Debido al fuerte calor duerme poco en la noche, de modo que de día sufre un cansancio extremo, y a veces sólo puede celebrar la Misa. Cuando nosotras le decimos que amamos mucho a las negritas él llora de consolación. Cuando después ve a las mismas con la pesada olla de agua sobre la cabeza [...], le causan tanta compasión que creo sufre él más al verlas, que ellas al cargarla. Pidamos al Señor que nos los conserve por mucho tiempo, pues otro Comboni, creo que no será muy fácil encontrarlo, aunque si no es bien visto por algunos veroneses...”¹⁶⁸.

La esperanza de la joven superiora provincial Teresa Grigolini – en lo que se refería a las condiciones de salud del obispo – tenía motivo para mantenerse viva, desafortunadamente sólo durante el primer mes de permanencia en Delen.

¹⁶⁸ AMN, 12(2006)95-96: Grigolini a un hermano. El-Obeid, 12 de mayo de 1881.

Al llegar a los Montes Nuba el 28 de mayo “con D. Luigi [Bonomi], D. Vincenzo [Marzano], Sor Amalia e Sor Caterina” (E. 6776), el Padre se sentía “feliz” con sus misioneros y con las valerosas Hermanas de “su” Congregación (cf. E. 6774). A pesar de que no tuviera más fuerzas ni siquiera para escribir, su programa de acción era intenso y lleno de entusiasmo.

*“Dentro de unos días – escribió enseguida al P. Sembianti – acompañado de los Sacerdotes D. Luigi, D. Losi, D. Leone, D. Vincenzo, y de algún laico, saldré hacia Golfan y haré el recorrido de estos montes (en compañía también del pontífice – rey coyur Kakum) [este es un particular muy interesante!] y exploraremos todo, principalmente Carco [...] especie de cuartel general de la esclavitud junto con Golfan, y determinaremos el lugar donde fundar la Estación central entre los pueblos Nuba...”*¹⁶⁹.

La nueva estación que tenía que surgir en los Montes Golfan no fue, evidentemente, elegida por casualidad. Daniel Comboni tenía la intención de hacer “*causa común*”, hasta el final, con “*las poblaciones Nuba en las que el azote de la esclavitud a lo largo de muchos años ha causado tales estragos que han sido destruidas en sus nueve décimas partes [...]. Los árabes Bagara casi han acabado con ellos* – recordaba al canónigo Mitterrutzner el 4 de junio de 1881 – *ayudados por los anteriores gobernadores del Kordofán. Pero después de exponer yo las cosas claras y la verdad al Gobierno, el Gobernador General Rauf Pasha, secundando las nobles intenciones del actual Jedive de Egipto, me encargó examinar sobre el terreno los inconvenientes y los horrores que se dan aquí, y proponer un medio eficaz para la total abolición de la trata en estos montes...*” (E. 6784).

Como evangelizador y como pastor, el obispo de Sudán sólo podía ser feliz por los resultados hasta ahora obtenidos. “*Un trabajo magnífico*” (E. 6831). El futuro de su misión, siendo así las cosas, se presentaba lleno de promesas. En cambio...

¹⁶⁹ S, 6777: Comboni a Sembianti. Delen, 29 de mayo de 1881. Cf. sobre este viaje explorador, la relación de don Vincenzo Marzano en: ANNALI, 26(1881)26-35.

Un rayo en el cielo sereno...

“Las obras de Dios deben nacer y crecer al pie del Calvario, porque la cruz es la marca de santidad de una obra [...]; es preciso pasar por el martirio, por la sangre y por la cruz. Yo estoy quebrantado en el cuerpo; pero habiéndome encomendado al Corazón de Jesús, aunque se hunda el universo me mantengo más que firme e inamovible en mi grito de guerra, con el que fundé y puse en marcha, contra tantos obstáculos y al precio de tantas penas, la obra de la Redención de África [...]. Sí, podrá hundirse el mundo; pero yo, mientras el Corazón de Jesús me asista con su gracia, permaneceré firme e inamovible en mi puesto, y moriré en el campo de batalla...” (E. 5281-82).

El 22 de junio de 1881, como un primer atisbo de la gran tempestad que estaba por arrastrarlo, Daniel Comboni recibió una carta – de su padre – que le *“dio la mayor angustia y dolor”* (E. 6790).

Puesto en guardia desde Verona, por un hermano laico – Giacomo Cavallini – que le había *“confiado”* cosas poco edificantes sucedidas en África con Virginia Mansur, en un primer momento Luigi Comboni creyó vislumbrar una verdad traumatizante para él, después de un breve escrito recibido de María Bollezzoli en el mes de abril anterior¹⁷⁰.

Aún incrédulo ante semejante malentendido, el fundador confiaba al rector de Verona su preocupación por la situación en la que se encontraba Virginia y, sobre todo, por aquello que podría sentir Luigi Comboni.

“Mi mayor congoja de todas es mi padre – afirmó en la carta del 24 de junio de 1881– que siempre recibió de mí satisfacciones, y cuya santa vida podría acabar, por culpa de otros, con el dolor y temor de su hijo...” (E. 6796).

¹⁷⁰ Cf. AMN, 5(2003)55: Bollezzoli a Luigi Comboni, 25 de abril de 1881.

En peligro los Institutos Africanos de Verona

Como si el primer golpe no hubiera sido suficiente, el 8 de julio siguiente – apenas llegado a El-Obeid desde Delen – Daniel Comboni encontró entre su correspondencia también una carta de Luigi de Canossa. Una carta muy fuerte que, según el destinatario, salía de premisas equivocadas – inherentes a la casa de Sestri – para llegar a conclusiones muy graves:

“Usted piense en su Diócesis y yo en la mía”, le decía sin medias tintas el obispo de Verona. Después añadía: “¿Quién le ha empujado a usted, con segundos fines, a hacer este desdichado negocio del Sestri? Déjeme que se lo diga: Virginia” (E. 6813).

“No sé ya en qué mundo vivimos hoy – comentaba conmovido Daniel Comboni con el P. Sembianti –. Yo, que estoy aquí expuesto a la muerte sirviendo a mi Jesús entre penas y cruces, contento de morir por salvar a los pobres negros, y por ser fiel a mi ardua, difícil y santa vocación, ¿me habría dejado guiar por bajos fines indignos de un apóstol de la Nigricia [...] ?

Aunque estoy seguro de sucumbir en breve con tantas cruces – concluía – que creo en conciencia no merecer, sea siempre bendito mi Jesús, verdadero vindicador de la inocencia y protector de los afligidos...” (E. 6814-15).

Dos días después, el 11 de julio de 1881, – siempre muy preocupado por el giro de los acontecimientos, y después de haber hablado largo y tendido con Teresa Grigolini – él retomaba el tema con el rector de los Institutos misioneros.

Sin “*nuestro Card. Obispo de Verona*” – reconocía – “*la Obra santa [...] ni siquiera habría llegado a existir*”.

Por esto, sobretodo porque en Verona continuaban a subsistir “*dos Institutos Africanos*” indispensables para la obra de regeneración de la Nigricia, no se podía ni siquiera pensar en romper las relaciones. Si Luigi de Canossa había sido inducido a hacer una lectura equivocada en lo referente a Sestri y a la misma Virginia Mansur, era necesario que escuchase ahora también lo que tenía que decir Daniel Comboni.

Por ahora se estaba ya convenciendo de que “*las virtudes y el talento de Virginia*” no podían ser reconocidos en Verona, donde la joven siriana parecía estar sin duda fuera de lugar (cf. E. 6816-29).

Respecto a Virginia, tal vez todos hemos exagerado

*“En el curso de mi ardua y laboriosa empresa me pareció **más de cien veces** encontrarme abandonado de Dios, del Papa, de los Superiores y de todos los hombres [...] (sólo una persona no me abandonó cuando podía hablarme, y me exhortó a poner toda mi confianza en Dios, protector único de la inocencia, de la justicia y de sus Obras, y esa persona es V. M.)”*

(E. 6885).

Haciendo al P. Sembianti semejante confidencia, tal vez Daniel Comboni trataba de dar una llave de lectura que permitiese entender al rector por qué él no podía abandonar a Virginia justo en el momento en que ella había claramente caído en desgracia en el ambiente veronés. Un poco antes, sin embargo, le había también dicho:

“Permita ahora que le hable con franqueza. Yo, en cuanto a Virginia, peco por exceso de estima y de apoyo; y usted, con Su Eminencia (y esto se debe a las siniestras impresiones que antes les metieron en el corazón el pérfido Grieff [y] el estúpido campesino Giacomo ...) tienen hacia Virginia demasiada antipatía y hostilidad [...]. Para mí Virginia es demasiado estimable; para usted demasiado despreciable: exageraciones de una parte y de la otra...”¹⁷¹.

¹⁷¹ E, 6867: Comboni a Sembianti. El-Obeid, 16 de julio de 1881.

Es interesante, aquí, releer lo que escribió Costanza Caldara en una carta de 1923, que quería dirigir a *Propaganda Fide*, intentando evitar una publicación camiliana con tendencias a desacreditar la memoria del Fundador. “Ciertamente no me corresponde conocer hasta qué punto se puedan afirmar o negar ciertos hechos relacionados con el actuar del fallecido Mons. Comboni, y mucho menos, aunque conociéndolos, interpretarlos de modo que menoscaben la estima y la veneración que Le debo”, aunque si no puedo negar que “la necesidad de reunir y tener personal para iniciar a establecer su Obra en África Central, [y] las incontables y extraordinarias dificultades contra las cuales Él tuvo que luchar; pudieron alguna vez hacer que actuara con indiscreto ardor; con poca iluminada prudencia...” (APMR, F/1/14-3396). Según nuestra segunda superiora general, que conoció al Padre personalmente, él habría podido ser, a veces, imprudente en su “indiscreto ardor”, pero nada más.

Después de semejante premisa y sin dejar de repetir que el alejamiento de Virginia de la Obra habría sido “*una verdadera desgracia para la Misión*” (E. 6871), Comboni animó a Giuseppe Sembianti a “*ir hacia adelante*” y a hacer todo aquello que habría ordenado Su Eminencia. No sin antes haberle también dicho “*francamente*” que lo veía “*todavía un niño*” en la virtud.

“*Pero soy Jefe y Fundador de la Obra más difícil de apostolado – le recordaba –, que debe formar santos y santas para convertir África; y Dios ha querido que el primer instrumento para formarlos fuese usted, que debe aprender poco a poco lo que hace falta para ello, y conocer a fondo la anatomía del espíritu humanos, para poder formar santos apóstoles...*” (E. 6877).

Última vuelta a Jartum

*“El Señor esté siempre contigo; y espero que también conmigo, porque **le he servido siempre** y **le sirvo ahora**, y así haré continuamente hasta el final, incluso en medio de las más grandes cruces, y con el sacrificio de mi vida...”*

(A su padre: 18 de julio de 1881).

Al final de julio de 1881, acompañado por D. G. Battista Fracaro para “*salvarlo*”, esperaba, pero también porque pensaba elegirlo su vicario general (cf. E. 7224), Daniel Comboni dejaba el Kordofán para regresar a su sede episcopal.

Antes de partir había tenido prolongados coloquios con la superiora provincial – que lo había acompañado también durante “*la exploración de todos los lugares de la tribu de Bajit*”* (E. 6922) – a quien había manifestado toda su complacencia por la fidelidad, la generosidad y el valor de las Hermanas (cf. E. 6809; 6820; 6888; 6918), y a quien había también trazado un interesante programa de acción futura que debería comenzar en el mes de noviembre siguiente (cf. S. 6922; 6970; 7040-41; 7069; 7117).

Desafortunadamente Daniel Comboni no duraría hasta el mes de noviembre de 1881. Habiendo llegado muy cansado a Jartum después de un viaje desastroso, tuvo que ir a la cama, levantándose solamente unas pocas horas al día para atender

la correspondencia más urgente. Esto era algo que ciertamente no le hacía estar mejor.

Su padre, efectivamente, le había escrito una vez más dejando escapar una insinuación bastante pesada referente a Virginia Mansur (cf. E. 6935), y el P. Sembianti le había comunicado además que ésta última, en caso de que insistiera para ser admitida entre las Pías Madres de la Nigrizia, sería retenida en Verona (cf. E. 6931) y no podría más regresar a África. Una condición que, evidentemente, Virginia no habría jamás aceptado, aún si eso significaría tener que dejar el Instituto.

Que se promueva el bien de los Institutos de Verona: Dios se ocupará de lo demás

El Fundador se sentía muy amargado. Perder así, sin ni siquiera haber sido antes consultado, una persona que él consideraba particularmente válida para la misión, no era poca cosa. Sin embargo, escribiendo al rector de Verona el 13 de agosto de 1881, le dijo: *“me consuela la idea de que usted, liberado de las molestias de Sestri y de Virginia, podrá dedicarse tranquilamente a dirigir los dos Institutos fundamentales de la Santa Obra y a promover el bien de los mismos, mientras que Dios se ocupará de lo demás...”* (S. 6931).

Hizo que se sintiera aliviado el saber que el “caso Virginia”, al final, había sido remitido a la Santa Sede. *“Estoy verdaderamente contento”* (E. 6968) – confiaba al P. Sembianti el 27 de agosto siguiente –. Y le decía que no tenía duda de que el Card. Simeoni le iba a escribir a él, Comboni, para poder oír su *“campana”*. Ahora, finalmente, el asunto sería *“ponderado y examinado con mayor atención e interés que en Verona”*.

Por lo tanto, concluyó: *“Le aseguro a usted que empiezo a respirar, porque estoy seguro de que las cosas de Virginia y su ahora sombrío futuro experimentarán un cambio conforme a la voluntad de Dios y beneficioso para ella y para su vocación”*. Y añadía: *Le ruego que haga llegar a Virginia las cartas que yo le escriba a ella”* (E. 6966-68).

Así, a partir del 3 de septiembre de 1881, Daniel Comboni comenzó a explicar a *Propaganda Fide* su propia versión de los hechos relacionados con Virginia Mansur.

Por su parte, estaba sinceramente convencido de que ésta, su última gran fatiga, contribuiría a serenar finalmente el ánimo de todos, de modo que, de común acuerdo, tanto en Verona como en Jartum se podría reanudar a dar lo mejor de sí mismos para el bien de la amada Nigricia.

No se podía ni siquiera imaginar que, en cambio, esto era exactamente lo contrario de lo que se quería en Verona.

La llegada de la Hermana Muerte

“Ruegue siempre a Jesús y a Su Smo. Corazón por mí, que estoy crucificado, a fin de que yo ame verdaderamente cada vez más la Cruz y las espinas, que convertirán a la Nigricia...”

(27 de septiembre de 1881)

El 22 de septiembre de 1881, la sombra inquietante de la Hermana Muerte regresaba desafortunadamente a cubrir el cielo del vicariato. *“Anteayer – escribió el obispo a Propaganda Fide – me llegó la noticia de la muerte de mi buen D. Mattia Moron* [...]. Hemos celebrado el oficio y la Misa de réquiem por el descanso de su alma”.*

Luego añadió: *“No se había retirado aún el catafalco, cuando recibí el aviso de la muerte de D. Antonio Dobale [...] afectado en El-Obeid por una intensísima fiebre tifoidea [...].*

Luego, a media mañana, estando todavía el catafalco, me llegaba un telegrama del Kordofán para anunciarme la desaparición, con una muerte edificante y envidiable, de Sor María Colpo, de las Pías Madres de la Nigricia...” (E. 7146-47).

¡Era demasiado! Dominado por un triste presentimiento, él confiaba luego a un amigo por correspondencia: *“Esta mañana he ordenado dejar el catafalco en la iglesia, porque me espero nuevas pruebas de amor de Jesús...”* (E. 7171).

Efectivamente, a las siete de la mañana del 2 de octubre, *“moría de manera muy edificante”* también *“Paolo Scandi, de Roma”* (E. 7222).

Pero aún no había terminado. El día después, 3 de octubre, Don G. Battista Fraccaro, apenas designado como *“futuro Vicario General [...] tuvo que acostarse atacado por la fiebre”* (E. 7224). Moriría el 9 de octubre siguiente.

El último *Te Deum*...

Con el deceso de D. Fraccaro – se lee en la biografía de di F. S. Geyer¹⁷² – *“Monseñor y el misionero don Giovanni Dichtl* eran los únicos de pie en la casa masculina”* (pág. 88). No obstante esto, el 4 de octubre, el obispo quiso presidir la celebración de una Misa solemne en ocasión del onomástico de Francisco José, emperador de Austria.

“Al cantar el “Te Deum – remarcaba el joven autor, su voz – era extraordinariamente dulce y cambiada, lo que asustó a todos”.

Esa misma noche, efectivamente, *“monseñor fue asaltado por una fiebre violenta, pero que disminuyó hacia la mañana [...] Escriben que él estaba resignado y era dócil como un buen niño, y parecía tan robusto que nadie podía temer por él; se paseaba en el jardín [...]”.*

La noche del 9 al 10 D. Dichtl veló a monseñor; como siempre, la noche fue de insomnio. La mañana del 10 fue sepultado don Fraccaro. Hacía mediodía, por última vez salió de casa, visitó a las Hermanas y las confortó...” (pág. 88-89).

¹⁷² Cf. F. S. GEYER, *Mons. Daniel Comboni – Obispo de Claudiopólis y Vicario Apostólico de África Central*. Roma, 2000. El valor particular de esta biografía está en el hecho de que fue redactada inmediatamente después de la desaparición de Daniel Comboni, por el deseo expresado del *“rector del Instituto comboniano de Verona, el P. Giuseppe Sembianti, veinte días después de la muerte del Siervo de Dios [...] Para la redacción de la biografía eligió al clérigo comboniano Francesco Saverio Geyer, que entonces hacía en Verona el último año del curso teológico. Pensó, sin embargo, oportuno poner el trabajo del joven biógrafo bajo el asesoramiento del experto Prof. Mitterutzner de Bressanone”* (POSITIO, págs. 1027-28). Es necesario agregar que el mismo Giuseppe Sembianti publicaba ya las primeras notas biográficas del Fundador – bastante precisas en las fechas, entre otras cosas – en los ANALES, 27(1882)16-60.

Sor Elisa Suppi no lo había jamás olvidado. *“Era cocinera – contaba a Sor Ermenegilda Morelli –; Monseñor con trabajo se dirigió hacia la cocina, se sentó sobre un banco de piedra. Jadeaba por la fiebre y hablaba haciendo pausas. Le ofrecí un poco de café. Todas las Hermanas lo rodearon, y él nos consolaba por la pérdida de D. Fraccaro, pero lleno de angustia”*.

*“Al regresar a casa tuvo que acostarse... Sentía inminente la llegada de la muerte [...]. Continúa la misma Morelli: A las cinco de la tarde parecía que había una leve mejoría [...], pero sólo era un descanso, y el delirio le volvió de forma desgarradora; en eso [...] mostraba sobre el abanico que tenía en su mano, como si fuera un mapa, la posición de las estaciones, diciendo: “Vean hijas, aquí está Kordofán, aquí Delen, aquí está Ladó, es allá donde tenemos que ir...”*¹⁷³.

“Murió en mis brazos”

*“Se notaba cuánto sufría y, aun así, él mismo les recomendó **valor para el presente**, añadiendo muy conmovido: “**y sobre todo para el futuro...**”*¹⁷⁴.

“Resignado y abandonando todo su ser en Dios – leemos en la página siguiente del fascículo de los Anales arriba citado – trataba, incluso en el delirio, con aquella dulzura y amabilidad que lo hacía valioso aún a sus enemigos. Sólo en algún momento, al volver en sí, dio una amorosa y significativa mirada a sus hijos e hijas, que afligidos lo asistían; alguna lágrima furtiva humedecía sus ojos, lágrima que mostraba cuánto sacrificio le costaba el abandonarnos, cuánto nos amaba, y cuánto se interesaba por la obra de su Apostolado...”.

“En la noche – reporta también la biografía de F. S. Geyer– tuvo algunos momentos lúcidos y humildemente pidió los santos

¹⁷³ APMR, VI/A/5-2722, págs. 46-47.

¹⁷⁴ ANNALI, 27(1882)55.

sacramentos [...]. Se le administró el óleo santo y la bendición papal [...]. Poco después un vómito de sangre¹⁷⁵ le permitió respirar mejor. Seis minutos después, cerca de las diez, el gran obispo Comboni exhaló dulcemente...” (pág. 89).

Una pérdida irreparable

“Murió en mis brazos – escribió al siguiente día D. Giovanni Dichtl al canónico Mitterrutzner – le susurré al oído los últimos suspiros de amor. ¡Le sequé las últimas lágrimas!...”¹⁷⁶.

Así que Daniel Comboni murió llorando, oprimido por un dolor y una angustia insoportable. Todo había comenzado el 4 de octubre, cuando el obispo tuvo entre sus manos un telegrama incomprensible (cf. E. 7241), salido de Verona con destino a El Cairo. Sin embargo porque entendía que se trataba de un argumento concerniente a *Propaganda Fide*, permaneció en espera de ulteriores aclaraciones. Éstas, desgraciadamente, llegaron en un segundo telegrama expedido por Sembianti, que decía textualmente: “*Sus cartas incomprensibles; Roma nada hará; resuelva inmediatamente, de lo contrario, daños graves*”¹⁷⁷.

En otras palabras, de Verona se le decía que el asunto de Virginia no debería ser llevado a Roma, de lo contrario...

Pero él ya había escrito a Roma. Urgía, por tanto, retirar todo para no dañar a los Institutos de Verona. Se había llegado al 9 de octubre y el Fundador, aun sintiéndose muy mal, quería remediar las cosas a toda costa. A este punto intervino su fiel D.

¹⁷⁵ Según E. Morelli, “*La sotana blanca manchada por el último vómito de sangre salido de aquel corazón encendido de amor a Dios y a las almas, y aplastado por la presión del dolor, fue religiosamente guardada y conservada a lo largo de la vida de nuestra gran Madre Francesca Dalmaso, que estuvo presente durante su muerte*” (APMR, VI/A/5-2722, pág. 54). Por su parte, Francesca Dalmaso no contó jamás este episodio, aunque sí, en una carta dirigida a Costanza Caldara, menciona “*la sotana que tengo la fortuna de poseer, justo aquella con la cual monseñor murió*” (POSITIO, pág. 1092-93).

¹⁷⁶ Cf. L. BANO, pág. 19.

¹⁷⁷ ACN, A/28/24/48: Sembianti a Giulianielli. Verona, 8 de octubre de 1881.

Giovanni, que había logrado calmarlo a través de una promesa solemne, mantenida por él el 13 de noviembre siguiente. Aquel día efectivamente él escribió al cardenal Simeoni para decirle:

“Eminentísimo Príncipe:

Su Eminencia reverendísima habrá escuchado [...] sobre la pérdida irreparable de nuestro amadísimo Padre, Vicario Apostólico, monseñor Daniel Comboni [...].

[Después de haber dado todas las noticias que le competían sobre la misión, D. Giovanni agregaba por último]:

*En esta ocasión me gustaría decir algo más para la tranquilidad de Su Eminencia Reverendísima. Conozco todo el litigio que tuvo el difunto Obispo Vicario, y que nació debido a un malentendido causado por una carta del Rector padre Sembianti de Verona; deduje **también yo**, que el Eminentísimo Cardenal de Canossa emprendió una queja contra Monseñor en Roma, de algo que **no era cierto**. Sabiendo de este error, se encontraba tan afligido, además que llegó a saberlo en esos días de **su** enfermedad y de la muerte de otros tan queridos por él. El conocimiento de este error fue la gran causa de su muerte; su largo delirio versó casi siempre sobre este tema – ninguno de los misioneros conoce **todo** esto a excepción de mí –; y el 9 de octubre después de comer me aseguró Monseñor que retiraría toda la causa y quería hacerlo rápido, cosa que yo impedía por su debilidad prometiéndole de hacerlo yo mismo en su lugar en la próxima correspondencia, el día 11 de octubre.*

El día 10 – cerca de seis o siete horas antes de su muerte tuvo un momento lúcido y me hizo prometer fidelidad a la Misión; quiso confesarse pero en el momento en que yo comenzaba perdió nuevamente el conocimiento y no volvió en sí sino hasta que ya no podía más hablar [...].

*Ahora creo que he cumplido con mi deber...”*¹⁷⁸.

¹⁷⁸ AP SC Afr. Centr., vol. 9, ff. 257-258: Dichtl a Simeoni. Jartum, 13 de noviembre de 1881.

Los ecos del triste suceso

“Apenas fue anunciada la muerte de Monseñor – regresamos a leer en los Anales – los gritos y las voces de los negritos y de las negritas de la casa enunciaron, incluso fuera, la dolorosa noticia. En un momento el patio se llenó de gente de toda raza, que venían a llorar y extrañamente a gritar en torno al muerto. Todos los europeos, principalmente el Sr. Cónsul de Austria, Protector de la Misión, vinieron a derramar sinceras lágrimas de dolor. Desde las diez de la noche hasta las once de la mañana del día siguiente era un gritar y llorar sin interrupción [...]. Durante la noche personas amigas y beneficiadas por el Difunto, prepararon y adornaron el ataúd, donde fue puesto el cadáver. A las ocho de la mañana se llevó a cabo el funeral, al que intervinieron todos los grandes del país, comenzando por el Gobernador y por el Cónsul Austriaco, en uniforme; y una escuadra de soldados seguía al llorado Monseñor; más allá, había una gran multitud de toda raza y religión.

Celebrada la Misa y hechas las exequias, el cadáver venerado fue transportado a su última morada, y [...] fue enterrado al sureste del jardín, en el mismo lugar donde se puso al R. P. Massimiliano Ryllo...” (págs. 57-59).

Habiendo apenas recordado cuán difíciles y sufridas fueron – aún ante la inminencia de su muerte – las relaciones entre el Fundador y sus colaboradores de Verona, es interesante reportar el comentario que el mismo número de los *Anales* arriba citado publicó, inmediatamente, para dar a Europa y al mundo el anuncio de su muerte:

“¡Monseñor Daniel Comboni ha muerto! Aquella alma grande, ardiente de caridad purísima, que abrazaba a África con gran afecto para llevarla a Dios; jaquella alma tan apreciada, benéfica, generosa, que atrapaba todos los corazones que encontraba, ha volado al Cielo! África llora a su Apóstol; los Negros: a su Salvador; los Misioneros y las Pías Madres de la Nigrizia: a su Padre y Guía; nosotros: a nuestro Fundador; la Iglesia: a su Obispo y Misionero. Lamentan su partida los estudiosos de las lenguas, los estudiosos de la naturaleza y geografía,

los amantes de la verdadera civilización, todos están de luto por esta gran pérdida...” (pág. 4).

“Queridísimas hijas – hacía eco María Bollezzoli una semana después, dirigiéndose a sus misioneras – como un rayo fue para mí la lamentable noticia de la pérdida entre los vivos de nuestro gran Jefe y Guía [...]. ¡Qué terrible suceso! ¡Fue muy cruel aquella despiadada hoz que trancó el hilo de una vida tan valiosa!...”¹⁷⁹.

A Faustina Stampais, que pertenecía a la misma familia del difunto, escribió en particular:

“Justo, justísimo es tu dolor, queridísima hija en Jesucristo, porque grande, más allá de lo que se pueda creer, es esta pérdida [...]. Sí, queridísima, en el cielo está ya aquel Padre que aquí despertaba la admiración de cuantos tenían la ocasión de acercársele. La tierra no era ya más digna de poseerlo. Sin embargo, él dejó sus heroicas virtudes como patrimonio a sus hijos en los cuales él tiene que vivir hasta el final, porque siempre surgirán nuevos Apóstoles, los cuales movidos por su ejemplo caminarán sobre las huellas por él trazadas, e irán a catequizar a los pobres hijos de Cam [...]. Tus Hermanas te recuerdan siempre y te piden fortaleza y valor...”¹⁸⁰.

¹⁷⁹ APMR, VI/B/1/2-888: Bollezzoli a la Congregación. Verona, 18 de octubre de 1881.

¹⁸⁰ AMN, 8(2004)108: Bollezzoli a Stampais. Verona, 4 de noviembre de 1881.

EPÍLOGO

Está más vivo que nunca, en la memoria de aquellos que acogieron la herencia

*Queridísimas [...], tienen razón en llorar*¹⁸¹, *porque valiosa era la vida que se apagó; pero no se desanimen y no teman, nuestro amadísimo Padre no ha muerto, él vive aquella vida gloriosa y eterna que jamás verá el final, y será siempre libre de cualquier preocupación [...]. Él está ahora en el abrazo del Sumo Bien por cuya gloria se sacrificó; y desde aquel bendito descanso él mira a sus hijos y los protege, los guarda, y a ellos les sonríe; los mira y se complace de las obras que están haciendo...*

(María Bollezzoli, 18 de octubre de 1881)

Casi parecía que la Madre sabía que las hijas, en la lejana África, no se habían dejado abatir por la violencia del golpe recibido¹⁸².

¹⁸¹ “*Estamos todos inmersos en una profunda desolación* – escribió Teresa Grigolini, desde El-Obeid, el 15 de octubre de 1881–. *Un segundo telegrama nos anunció la muerte de nuestro Ilustrísimo Padre, Monseñor Comboni, del Rev. Gio. Batta Fraccaro y del herrero Paolo Descandi [...]. Actualmente nuestra Misión está en manos de nadie [...]. ¡Ah!, pobre Monseñor nuestro a quien yo y todas lloramos inconsolablemente...*” [AMN, 12 (2006)106]. “*Ayer también recibimos la triste y desoladora noticia,* – escribió a su vez Amalia Andreis – *de la pérdida de nuestro amadísimo Padre y Guía. ¡Qué herida en el corazón!... ¡Qué vacío...qué desolación!*” [AMN, 4(2002)83].

¹⁸² “*Después de haber concedido un desahogo a la pobre naturaleza por la gran pérdida* – confió Vittoria Paganini, que estuvo presente en la muerte del Padre –, *entro en mí misma y digo: Fiat, con un corazón que aún derrama sangre [...]. La miseria y el vacío que nos dejaron estos últimos decesos, particularmente el de nuestro Monseñor, Padre muy amoroso y Guía generoso, es indescriptible!...*” [AMN, 7(2004)83; Paganini a Giulianelli. Jartum, 25 de octubre de 1881].

“La Misión es obra de Dios – recordó Sor Amalia Andreis – El Señor confió su viña a Mons. Daniel Comboni; esperamos y oramos que la deje a sus amados hijos; y mediante la ayuda divina y el rocío celeste, que no faltará de enviar el buen Dios, puedan ellos continuar la obra gloriosa del Apóstol de África Central.

*Somos pocos, es verdad, con respecto a la extensión del Vicariato, pero sin embargo no debemos desanimarnos o perdernos en pensamientos inútiles, sino que hay que trabajar cuanto podamos para mayor gloria de Dios. El Señor es el patrón de la viña y Él recompensará a sus obreros según sus esfuerzos y fatigas, y no según el resultado; porque ya sea poco o mucho, todo es pura gracia Suya...”*¹⁸³.

*“Fue muy grande nuestro dolor por tanta pérdida – confirmaba, escribiendo a un tío suyo, Teresa Grigolini – pero por otro lado, fue el Señor que lo ha querido así y nosotros debemos estar contentos. Por lo pronto la Misión sigue adelante con el mismo orden...”*¹⁸⁴.

Fieles al juramento hecho

Por otra parte, los sobrevivientes de aquella terrible época habían jurado al Padre moribundo, como después dieron fe de ello más de uno de los hijos y de las hijas que la noche del 10 de octubre permanecieron junto a él hasta el final¹⁸⁵. El mismo redactor de los *Anales* fue explícito cuando se trató de tocar este argumento:

“Grande y general fue entre nosotros el abatimiento y el dolor por el anuncio de la muerte de Mons. Daniel Comboni – se lee en la pág. 10 del fascículo núm. 27–. En quien estaba bien involucrado en su ardua Obra, pudo haber surgido una doble duda. La primera si, muerto Mons. Comboni, su Misión continuaría a mantenerse en pie, o si caería; la segunda, si sus misioneros y sus Hermanas perseverarían al ocupar la viña en la que estaban acampados, o si la habrían abandonado.

¹⁸³ AMN, 4(2002)85: Andreis a su padre. Delen, 3 de diciembre de 1881.

¹⁸⁴ AMN, 12(2006)112.

¹⁸⁵ Cf L. BANO, pág. 19; AMN, 7(2004)88-89.

Confesamos la verdad, que para nosotros no surgió ni una ni otra de estas dudas y la realidad ha sido que no hemos apostado mal.

No, no hemos tenido estos pensamientos, por ningún motivo, de hecho ni siquiera apareció ante nosotros tal temor. Hubiera sido muy perjudicial para nuestros seres queridos que están allá, de quienes bien conocemos el temple de su valor y los sentimientos que albergan en su corazón [...]. Que se lean estos extractos de cartas escritas después de la muerte de nuestro amado Monseñor...”

Por tanto, después de haber reportado algunos extractos de cartas recibidas de los misioneros y de las misioneras – pero de los cuales omite el nombre – el redactor concluía:

“Levantemos nuestras oraciones al Eterno, para que el reinante Sumo Pontífice, por medio de la Santa Congregación de Propaganda Fide [...], quiera consolar a los Misioneros y a las Hermanas dándoles, lo más pronto posible, un nuevo Padre, un nuevo Guía, que los dirija hacia nuevas conquistas gloriosas...” (págs. 10-15).

Giuseppe Sembianti, que se encontraba en Roma el día en que llegó la noticia de la muerte del obispo de Jartum, había efectivamente escrito a D. Francesco Giulianielli:

*“Yo opinaría, para dar lo más pronto posible algún alivio al dolor que experimentan en Jartum, El-Obeid, y en Nuba, que se les envíe un telegrama diciendo que Su Eminencia **Simeoni estima mucho la Misión y que está dispuesto a ayudarla en cualquier manera**. Esto es lo que entendí de Su Eminencia misma en estos días...”*¹⁸⁶.

Y una semana después volvía a decir al administrador que se encontraba en El Cairo: *“Le repito que Propaganda Fide está muy interesada en la Misión, dígaselo también a los laicos y a las Hermanas; que estén de buen ánimo, y que confíen en el Señor...”*¹⁸⁷.

¹⁸⁶ ACR, A/28/24/49: Sembianti a Giulianielli. Roma, 15 de octubre de 1881.

¹⁸⁷ ACR, A/28/24/50: Sembianti a Giulianielli. Verona, 22 de octubre de 1881.

Un futuro que, en todo caso, aparecía incierto

“... más bien, en medio de las más duras pruebas tú trata de permanecer inmóvil como una roca en medio de las olas...”

(María Bollezzoli)

¿Había suspendido Don Giuseppe Sembiante también la aceptación y la profesión de las candidatas mientras esperaba el nombramiento del nuevo Jefe?

María Bollezzoli, escribió a Faustina Stampais, y parecía preocupada:

“Acerca de la aceptación y promoción – confió – he hablado con el Rev.mo. P. Rector quien es de la opinión de esperar hasta que él conozca las últimas disposiciones del no suficientemente llorado Monseñor que, para decirte la verdad, nada sabe aún, no comprendo este misterio. FIAT. También aquí tenemos Aspirantes [en Verona habían entrado cinco después del último viaje del Fundador] y alguna Promovedora, pero se está aplazando hasta tener nuevas indicaciones. Tengamos paciencia y hagamos la Santísima Voluntad de Dios.

Ten buen ánimo, segura de que todo cuanto sucede está dispuesto por la muy sabia voluntad del nuestro amoroso Padre Celestial, quien nos ama con amor puro y verdadero [...]. Consérvate siempre en tus buenas disposiciones y no te desanimes jamás...”

Cuáles eran las disposiciones que había apreciado en Faustina, la Madre lo escribió al inicio de la carta, que comenzaba así:

“Queridísima hija en Jesucristo:

Tus bellos sentimientos de fortaleza y de afecto cada vez mayor por la Santa Misión, a pesar de tantas calamidades y desastres, son apreciados por mí, más allá de lo que se pueda creer. Bravo, queridísima hija, no te dejes intimidar jamás, más bien, en medio de las más duras pruebas tú trata de permanecer inmóvil como una roca en medio de las olas. Es en la borrasca que se conoce la valentía del navegante; en lo duro del combate que se conoce la generosidad del soldado, y entre los obstáculos y la contrariedad se ve y se prueba la verdadera vocación y el verdadero amor de Dios [...]. Qué vengan,

*por tanto, muchas calamidades, desastres, enfermedades, muertes, privaciones de todo tipo; el amor puro de Dios lo supera todo, todo lo vence, a todo se hace superior; se parece a la llama que, a pesar del soplo del impetuoso viento, arrolla cada vez más fuerte. Continúa siempre firme y tendrás bendiciones especiales de Dios...”*¹⁸⁸.

De esta manera, María Bollezzoli animaba a las hijas de Comboni, mientras que a su vez se disponía a acoger – en los límites de lo permitido, pero en toda fidelidad – la pesada y nada fácil herencia del Fundador.

¹⁸⁸ AMN, 8(2004)109-110.

CRONOLOGÍA*

1864, 15-18 de septiembre: Daniel Comboni redacta el **Plan** para la “*Regeneración de África*”.

1867, 1° de junio: Luigi de Canossa, obispo de Verona, publica el decreto diocesano “*Magne sane perfundimur gaudio*” de la creación de la **Obra del Buen Pastor**.

1868, noviembre: Luigi de Canossa, al recibir una carta de *Propaganda Fide*, considera que debe suspenderse la obra del Buen Pastor.

1870

Abril: Se presenta a *Propaganda Fide* el “Informe sobre la naciente *Obra de la Regeneración de África por medio de África misma*”. El cardenal Barnabó entiende...

Agosto, 12: Comboni deja Roma para ir a Verona a reorganizar la sistematización de sus nacientes institutos misioneros.

1871

Noviembre, 21: Reunión del Consejo Superior de la obra del Buen Pastor. Daniel Comboni propone la fundación de las Pías Madres de la Nigrizia. Él también prepara la redacción de las “*Reglas del Instituto de las Misiones para la Nigrizia*”.

Diciembre, 8: Luigi de Canossa publica el decreto de erección canónica del Instituto de las Misiones para la Nigrizia.

31: María Caspi, la primera postulante, hace su ingreso en Montorio Veronese.

* En este volumen se trata sólo la cronología esencial, ya que la serie de acontecimientos más detallados se encuentran en *AMN*, 17(2010).

1872

Enero

1º: fundación oficial, en Montorio Veronese, de la congregación de las Pías Madres de la Nigricia.

17: entra María Teresa Scandola, precedida por Pía Galli, una “*excelente monja de Padua*” (E. 2796) que será la primera formadora.

Abril

24: el fundador está satisfecho con la superiora de Montorio. Al mismo tiempo está también decidido a “*hacer venir postulantes forasteras*” (E. 2954-56).

Mayo

26: Daniel Comboni es nombrado pro-vicario apostólico de África Central.

Septiembre

14: traslado de las aspirantes de Montorio a Verona. A ellas se une también María Rosa Colpo, que ya se encontraba con las Astori en la casa de Sta. María in Órgano.

17: salida del pro-vicario y de los otros misioneros para África Central.

20: D. Antonio Squaranti, ya rector del Instituto masculino, asume también la dirección de la congregación femenina.

1873

Enero

26: Daniel Comboni deja El Cairo llevando por vez primera a las *Mujeres del Evangelio* hasta África Central. Entre estas están también Fortunata Quascè y Faustina Stampais, futuras Pías Madres de la Nigricia.

Junio

24: escribiendo al redactor de la *Voz Católica de Trento*, el Fundador asegura que el Instituto de las Pías Madres de la Nigricia “*marcha muy bien...*” (E. 3220).

Agosto

2: Comboni pide a D. Francesco Bricolo que le proporcione “*buenas maestras con vocación religiosa, para enviar a Verona*” (E. 3333).

1874

Mayo

10: Sesión general del Consejo de la Obra del Buen Pastor, con la participación de Stanislao Carcereri. Don Antonio Squaranti presenta también la situación de la congregación femenina, donde se encuentran **ocho aspirantes**.

Reacción negativa por parte del P. Carcereri.

Durante la misma reunión se propone la necesidad de substituir a Sor Pía Galli.

Agosto

18: D. Antonio Squaranti y el P. Stanislao Carcereri contactan a María Bollezzoli para proponerle que colabore en la formación femenina.

Septiembre

3: Carcereri informa a Comboni que el Obispo logró convencer a la futura superiora del Instituto femenino.

6: María Bollezzoli se presenta a Sta. María in Organo, y se queda.

Octubre

D. Antonio Squaranti comienza la redacción de las nuevas *Reglas* para la Casa femenina.

Diciembre

8: Vestición religiosa de las primeras ocho novicias misioneras, presidida por el obispo de Verona.

1875

Marzo

19: La novicia Teresa Grigolini es elegida secretaria general.

Agosto

21: Daniel Comboni propone al Card. Franchi la posibilidad de una fusión entre las Pías Madres y las Hermanas de San José.

1876

Marzo

26: Daniel Comboni llega a Verona para decidir cómo proceder con la congregación femenina.

Abril

8: el fundador propone a la M. Julien asumir el Instituto de las Pías Madres de la Nigricia.

Junio

10: Faustina Stampais entra con las Pías Madres. Signo de que la situación se desbloqueó.

Octubre

15: profesión religiosa de María Bollezzoli y de Teresa Grigolini. Está presente el fundador, que después irá a Venecia. Teresa Grigolini es nombrada vicaria general.

1877

Marzo

12: Luigi de Canossa es elegido cardenal por Pío IX.

19: profesión religiosa de María Caspi, Giuseppa Scandola y Rosa Zabai.

Luglio, 2: *Propaganda Fide* determina el nombramiento episcopal de Daniel Comboni.

Agosto

12: consagración episcopal de Daniel Comboni en Roma, en la capilla de *Propaganda Fide*. Están presentes también María Bollezzoli y Teresa Grigolini, que más tarde serán recibidas en audiencia por Pío IX.

Diciembre

8: profesión religiosa de Concetta Corsi y di Vittoria Paganini.

10: envío de los que partirían de la iglesia de Sto. Tomás.

12: salida de Verona del primer grupo de las Pías Madres de la Nigrizia. Se queda en Verona, como regente del Instituto misionero, D. Paolo Rossi.

13: en Roma, los viajeros son recibidos en audiencia por el prefecto de *Propaganda Fide*.

15: salida desde Nápoles para Alejandría.

1878

Enero

30: comienza el viaje desde El Cairo hacia Jartum.

31: se disuelve en Verona el internado de Laura Astori.

Marzo

30: apertura en Berber (Sudán) de la primera comunidad femenina en África.

Julio

4: profesión religiosa de Teresa Marini y de Amalia Andreis.

20: Sor Amalia es nombrada vicaria general.

Noviembre

16: † muere en Jartum D. Antonio Squaranti.

Diciembre

8: las cinco Pías Madres dejan Berber, acompañadas por Daniel Comboni. Llegarán a Jartum el 14 de diciembre.

1879

Enero

14: las Pías Madres dejan Jartum y se ponen en viaje hacia el Kordofán, mientras las Hermanas de San José se retiran de El-Obeid.

Febrero, 10: Las cinco Pías Madres llegan a El-Obeid. Apertura de la comunidad.

Abril

14: las Hermanas San José de la Aparición se retiran del vicariato, y después también de El Cairo.

27: Teresa Grigolini y Giuseppa Scandola regresan a Jartum. Apertura de la segunda comunidad en África.

Mayo

15: Daniel Comboni llega a Verona por última vez.

27: profesión religiosa de María Bertuzzi, María Caprini, Eulalia Pesavento y Matilde Lombardi.

Julio

1: partida del segundo grupo de Pías Madres para Egipto. A su llegada se establece en El Cairo otra comunidad, en el instituto del *Sagrado Corazón de María*. Es la tercera en África.

Agosto

7: se admiten en la congregación a Domitilla Bakhita y a Fortunata Quascè.

Se abre en El-Obeid, con Vittoria Paganini, el **segundo noviciado** femenino comboniano.

Septiembre

10: Virginia Mansur llega a Verona para enseñar el árabe.

Octubre

5: profesión religiosa de Ma. Rosa Colpo, Santa Corsi, Rosa Matilde Corsi y Caterina Chincarini.

Noviembre

3: profesan Fortunata Zanolli, Elisa Suppi y Elisabetta Venturini.

4: salida de Verona del tercer grupo de las Pías Madres de la Nigricia.

22: Vittoria Paganini, gravemente enferma, deja El-Obeid para Jartum.

De Suez, el mismo día, sale una expedición dirigida por D. Genaro Martini.

1880

Enero

2: llegan a Jartum Eulalia Pesavento, María Bertuzzi, Matilde Lombardi, María Caprini, Fortunata Zanolli y Elisa Suppi.

25: profesión religiosa de Faustina Stampais, Bartolomea Benamati, Marietta Casella.

Febrero, 8: llegan a El-Obeid María Bertuzzi, Matilde Lombardi y Elisa Suppi.

16: en Verona se firma la convención entre Daniel Comboni y los Padres Estigmatinos.

18: † María Bertuzzi muere en El-Obeid, a los pocos días de haber llegado.

Marzo

19: D. Giuseppe Sembianti asume el encargo de rector en Verona.

Abril

26: Matilde Corsi, Bartolomea Benamati, Marietta Casella, Virginia e Katura Mansur parten para Sestri Levante.

27: Teresa Grigolini traslada la sede provincial a El-Obeid.

Mayo, 16: † muere en El-Obeid Sor Marietta Caspi.

Septiembre: las Pías Madres comienzan a hacerse presentes también en Malbes.

Noviembre

14: profesión religiosa de Francesca Dalmasso y de Rosalía Conte. De Sestri, Virginia Mansur retorna a Verona como postulante.

17: Faustina Stampais, Bartolomea Benamati y Anna Kubitschek se embarcan en Trieste.

18: Eulalia Pesavento y María Caprini llegan a El-Obeid con D. Antonio Dobale. Algunos días después regresan a Jartum Matilde Lombardi y Elisa Suppi.

22: Daniel Comboni deja Verona y parte para Nápoles, vía Sestri y Roma.

25: Anna Kubitschek entra en El Cairo como postulante. Faustina Stampais será la responsable del **tercer noviciado** comboniano femenino.

27: Marietta Casella, Francesca Dalmasso e Rosalía Conte, acompañadas por Mons. Comboni, parten de Nápoles para África

Diciembre

8: apertura de la cuarta comunidad de las Pías Madres en África, en Delen.

29: el Fundador deja El Cairo, para Jartum, por última vez. Hacen parte de la expedición también María Rosa Colpo, Amalia Andreis, Caterina Chincarini y Elisabetta Venturini, además de Francesca Dalmasso y Rosalía Conte.

31: partida desde Suez, con la nave egipcia *Nagila*.

1881

Enero

28: el obispo Comboni llega a Jartum con su última expedición.

Marzo

7: Luigi Bonomi, Amalia Andreis, María Rosa Colpo, Caterina Chincarini y Elisabetta Venturini, dejan Jartum por el Kordofán.

Abril, 5: Daniel Comboni llega a El-Obeid para su última visita pastoral.

Julio, 4: don Sembianti retira el personal de Sestri Levante.

30: acompañado de D. G. Battista Fraccaro, el obispo deja El-Obeid para ir a Jartum, donde llegará el 9 de agosto.

Septiembre

17: † muere a Malbes María Rosa Colpo; la comunidad es suspendida.

Octubre

10: † Daniel Comboni muere en Jartum.

12: Luigi de Canossa va personalmente, a Casa Madre, para llevar la noticia.

18: Circular de M. Bollezzoli sobre la muerte del Fundador.

30: D. Giovanni Losi es nombrado superior interino de África Central.

Índice de Nombres

Aparición, Hermanas de San José. Congregación francesa fundada en 1832 por Emilia de Vialar para la educación de la juventud, la instrucción gratuita de los pobres, la asistencia a los enfermos, ancianos y presos. Las Hermanas tenían además, como finalidad, la conversión y la promoción humana de los no cristianos en las misiones, con atención especial a los cismáticos. Daniel Comboni las conoció por vez primera en 1857 en Jerusalén, durante su viaje a Palestina. Sincero admirador de M. Emilie Julien – segunda superiora general – se dirigió a ella, en noviembre de 1867, para lograr que al menos tres de sus hermanas acompañaran a las “Negritas” hasta El Cairo, para fundar el Instituto femenino. Después, de 1873 a 1879, ellas estuvieron presentes también en el vicariato de África Central, de donde desafortunadamente se retiraron un año después de la muerte de M. Julien.

Astori, Laura M. Maddalena († 1876). Veneciana de origen, y superiora del Instituto de las Hermanas Benedictinas Hijas del S. Corazón de María, llegó a Verona en 1846 para abrir una escuela para muchachas pobres en vía Cantarane. En 1865 trasladó el internado a Sta. María in Organo, adquiriendo el edificio a nombre propio debido a las leyes ya inminentes de 1866, referentes a la supresión de las Órdenes Religiosas. Daniel Comboni, cuando en 1872 decidió adquirir el convento, aceptó la cláusula de mantener a las Astori y a sus compañeras hasta su muerte.

Baker, Samuel (1821-1893): célebre explorador inglés cuyo nombre está conectado a la historia del descubrimiento de las fuentes del Nilo y a la conquista egipcia de las provincias ecuatoriales de Sudán. En 1869 el jedive Ismail le confió el comando de una expedición militar para someter la región del Alto Nilo y suprimir la trata de los Negros, dándole después el título de Bajá y el grado de general en el ejército turco. Baker fue también, durante cuatro años, gobernador de Ecuatoria.

Daniel Comboni, que probablemente lo conoció personalmente durante su estancia en Santa Cruz, lo recordó después en su *Cuadro histórico de los descubrimientos africanos* (E. 6284).

Bonomi, D. Luigi (1841-1927). Ordenado en Verona en 1864, era cura en Montorio cuando entró en el Instituto misionero de Comboni. Llegó a El Cairo en septiembre de 1874, y partió inmediatamente después para el Centro. Después de la retirada de los Camilos del vicariato de África Central, él permaneció fiel a Comboni, que lo designó como su representante en Jartum durante su último viaje en Europa. “*D. Luigi Bonomi es un buen hombre de verdad* – escribió sobre él el obispo –. *Es tosco y rústico en el trato con los de fuera, y si se quiere con los de dentro; pero tiene una abnegación de trapense, es un auténtico misionero...*” (E. 6459). Hecho prisionero durante la mahdía, mientras era superior en Delen, fue ayudado a escapar de El-Obeid en 1885, por Licurgo Santoni. Tres años después Mons. Sogaro, a petición de la Sta. Sede, lo envió a Eritrea, como capellán de las tropas italianas. Murió en Asmara, donde es aún recordado con gran reverencia, después de haber llamado también a las Pías Madres de la Nigricia.

Bouchard, D. Arturo (1845-1896). Originario de Quebec (Canadá), fue primero novicio de los Oblatos de María Inmaculada, y después estudiante de teología con los misioneros de Mill Hill. A finales de septiembre de 1877 fue recibido en Verona, donde fue ordenado por el Card. de Canossa el 11 de agosto de 1878. Partió para El Cairo en febrero de 1879 y llegó al Centro en noviembre del mismo año. En 1881 fue nombrado superior y párroco en Jartum, donde administró los últimos sacramentos al moribundo Comboni.

Después de la muerte del obispo, D. Bouchard pidió y consiguió regresar a Verona, de donde partió para Norteamérica, con la finalidad de obtener donativos para la misión africana. Regresó a Sudán en 1884, pero ya no más para servir a la misión. Al año siguiente, efectivamente, dejó el Instituto y regresó definitivamente a Canadá, donde murió el 12 de septiembre de 1896. Dejó muchas cartas, las cuales un amigo agrupó en un volumen: “*Le R. P. Bouchard*”, Quebec, 1897, 232 pags.

Caenda, Bajit († 1897). Perteneciente a la gran tribu de Gebel Nuba, fue raptado por los Bagara en 1838 y después fue llevado a Verona – cuando tenía aproximadamente 12 años de edad – por el conde Francesco Miniscalchi, quien lo hizo primeramente bautizar y después completar la educación en el Colegio de *Propaganda Fide*, en Roma.

Daniel Comboni lo conoció, todavía como estudiante, en el Instituto Mazza, en 1848. *“Perteneciente a la familia del célebre y doctísimo orientalista Conde Miniscalchi – se lee en sus Escritos – ese negro era el modelo perfecto del verdadero católico. Me hablaba a menudo de su patria, Gebel Nuba, y me contaba que allí había montes y pastos, buen clima y muchos habitantes. Por más de veinte años pensé en la tierra Nuba, diciendo cien veces al buen negro Bajit Caenda: “Espero que Dios me conceda la gracia de llevar la fe católica a tu tierra y de ganar para Jesucristo nuestro Salvador las tribus de los Nuba”.* (E. 3958-59; cf. E. 4098). Fue el mismo Bajit, entre otros, quien enseñó a Comboni los primeros abecés de la lengua nubana (cf. Verona Fedele, 22 de septiembre de 1897).

Canossa, Luigi (1809-1900). Veronés de nacimiento, Luigi di Canossa entró con la Compañía de Jesús, en Modena, donde recibió el presbiterado en 1841.

Abandonó la Compañía y regresó a Verona por consejo de los médicos; fue elegido canónigo de la catedral en 1857. Nombrado como sucesor del obispo Riccabona – transferido a Trento en 1861 – Luigi di Canossa fue consagrado obispo de Verona el 23 de enero de 1862, y hecho cardenal el 12 de marzo de 1877.

Muy sensible al problema misionero, desde 1860 él habría sugerido a don Nicola Mazza un “*plan*” para preparar “*en las costas africanas*” negritos y negritas dispuestos a regresar a su País como misioneros. A él se debe la institución de la *Pía Asociación del Buen Pastor* (1867), con la consiguiente fundación del Instituto misionero; Obra que tuvo que suspender, pero que reactivó en noviembre de 1870, cuando “*asumió el cargo de Jefe y Presidente de toda la Obra*” (E. 4087). Cuando los *Hijos del Sgdo. Corazón* y las *Pías Madres de la Nigrizia* pasaron bajo la jurisdicción de *Propaganda Fide*, él fue nombrado como su Cardenal Protector, permaneciendo en el cargo hasta su muerte.

Canossiane, *Hijas de la Caridad*. Congregación religiosa femenina fundada en 1808 en Verona por Maddalena di Canossa, tía del obispo Luigi. La finalidad de la fundación era la educación de las hijas del pueblo, la formación de maestras para la primaria, el ejercicio de todas las obras de caridad y de asistencia parroquial. Cuando se les propuso acompañar a Daniel Comboni a África, no se consideraron aún preparadas, pero no mucho después abrieron un noviciado misionero.

Carcereri, Stanislao (1840-1899). Originario de Cerro Veronese, entró a los once años en la Orden de San Camilo de Lelis. En 1862, ya licenciado en filosofía, se le confió el oficio de secretario provincial en Lombardo-Véneto; algunos años después fue trasferido a Marzana, cerca de Verona, como superior. “*La idea de asociarse a las Misiones católicas* – informa Daniel Comboni – *le vino ya en 1857. Tras los primeros inicios de supresión de las Órdenes religiosas en Italia, al comienzo de 1867 [...], se dirigió a los Seminarios de Milán y de Lyon, y recibió una respuesta favorable, en caso de que verdaderamente se produjera la supresión de su Orden*”. (E, 1790-92). En la misma situación se encontraban también sus hermanos, entre ellos Zanoni, Tezza y Franceschini. Al encontrarse con ellos durante la cuaresma de 1867, Comboni se apresuró a “ganarlos” para su causa, por lo que todos formaron parte de la expedición de 1867. En los Institutos de El Cairo, Stanislao Carcereri fue superior de 1867 a 1871. Desde 1872 a 1877, en cambio, trabajó en Sudán, donde hasta 1874 realizó la tarea de vicario general. Para todo lo que siguió después, desde la salida hasta la separación, además de los *Escritos* del mismo Comboni, consultar también AC, 2(1976)8-27: *Daniel Comboni y los Camilos*.

Casoria de, Ludovico = Arcangelo Palmentieri (1814-1885). Fraile menor franciscano, abrió un instituto en la Palma en 1852, cerca de Nápoles, para acoger a chicos rescatados de la esclavitud. Daniel Comboni lo conoció personalmente cuando regresó a Italia después de la primera experiencia misionera. En 1865 iniciaron los trámites para la división del vicariato de África Central. Autorizado por el Card. Barnabó, Daniel Comboni se encontró con el superior general de los Franciscanos, que lo había mandado a Nápoles a ver a Casoria. Juntos partieron para Egipto en octubre de 1865, vía Viena y Trieste, aunque si Casoria estaba en contra de la división del vicariato. Para los detalles del viaje y de su éxito, ver: AC, 1(1973)7ss: *Daniel Comboni y P. Ludovico da Casoria*, además de las cartas del mismo Comboni que se encuentran en los *Escritos*.

Castellacci, Mons. Pietro de Villanova (1815-1881). Nació en Bracciano; fue consagrado obispo en 1854. Después, en 1855, fue nombrado arzobispo titular de Petra y posteriormente vice gerente del vicariato de Roma (1862). Renunció a su oficio en septiembre de 1868, conservando el beneficio de Canónigo Late-

ranense. Murió en Roma el 17 de septiembre de 1881, después de una larga y penosa enfermedad (cf. *Positio*, pág. 249).

Ciurcia, Luigi (1818-1886). Nació en Ragusa y perteneció a la Orden de los Observantes Menores; fue consagrado obispo de Alessio y de Scurati en 1853. En 1866 fue nombrado por la Sta. Sede como Delegado apostólico en Egipto, por lo que los Institutos Combonianos de El Cairo – que él acogió con mucha simpatía – se encontraron bajo su jurisdicción. Fue también Administrador apostólico del vicariato de África Central durante el período en que la misión había sido suspendida.

La carta en la que Comboni se explaya más largamente sobre las relaciones entre él y Mons. Ciurcia es aquella del 15 de abril de 1881, dirigida al Card. Simeoni. Es también importante la del 22 de mayo siguiente, en la cual Comboni ruega al Card. Simeoni que nombre cuanto antes un sucesor de Mons. Ciurcia, preferentemente que no perteneciera a una familia religiosa.

Dal Bosco, Alessandro (1830 – 1868). Alumno del Instituto Mazza, fue ordenado sacerdote en 1855 y luego fue incluido en la expedición de 1857 con el encargo de permanecer en Jartum como procurador de los Mazzianos de Sta. Cruz. Al regresar a Italia con don Beltrame en 1860, fue por algún tiempo vicerrector en el colegio Mazza. En 1867 Luigi di Canossa lo invitó a asumir el encargo de primer rector en el naciente instituto misionero querido por Comboni. Desafortunadamente él falleció un año después, a causa de una enfermedad tropical.

El mejor retrato de D. Dal Bosco lo trazó el mismo Comboni en su relación a la sociedad de Colonia el 6 de junio de 1871 (cf. E. 2140; 2567-68).

Dichtl, D. Giovanni (1857-1889). Originario de Estiria, entró en Graz el 30 de septiembre de 1876. Partió, siendo aún diácono, en 1879, como secretario de Daniel Comboni, que lo ordenó presbítero en El Cairo, el 5 de diciembre de 1880. Destinado a Jartum se mantuvo siempre muy fiel a su obispo, a pesar de las insinuaciones de D. Roller. Después de la muerte de Comboni, asistido por él hasta el último momento, D. Giovanni Dichtl continuó ocupándose de toda la correspondencia, especialmente de aquella en lengua árabe. En 1882, cuando D. Hanriot dejó por vez primera Jartum con todo el personal, D. Giovanni se quedó solo, hasta que el trabajo excesivo minó su salud seriamente,

de tal manera que Mons. Sogaro consideró oportuno hacerlo regresar a Europa en mayo de 1883.

Permaneció en Verona por dos años como maestro de árabe, después se trasladó a Estiria, donde se restableció bien. Escribió, entre otros, un volumen de 452 páginas sobre Sudán, en lengua alemana. Llamado nuevamente a África en 1885 para colaborar en la liberación de los prisioneros, tuvo que regresar muy pronto por motivos de salud. Transcurrió su último año de vida como capellán de las Siervas del Sgdo. Corazón de Himmelhof, cerca de Viena, donde murió santamente. Su obituario fue preparado por el canónigo Mitterutzner, y se publicó en “*Nigrizia*” en el mes de marzo de 1889.

Dobale, D. Antonio († 1881). Nativo de la tribu Galla del Este de África, había sido rescatado por Daniel Comboni en 1861 en India, y fue conducido a Europa. Educado primeramente en el Instituto Mazza de Verona, y después en Roma en el Colegio de *Propaganda Fide*, fue ordenado sacerdote en 1878, a petición de Daniel Comboni (cf. E. 5086), que consideraba “*muy útil*” su presencia en el vicariato de África Central. El 6 de abril de 1881, efectivamente, D. Antonio se encontraba en Malbes como párroco, donde desafortunadamente falleció el 16 de septiembre del mismo año (cf. E. 7146).

Fracarro, D. G. Battista (1845-1881). Nació en la provincia de Vicenza, proveniente de la diócesis de Padua, entró en el Instituto Comboniano en 1877; partió para África, con las primeras Pías Madres, en diciembre del mismo año. Según Daniel Comboni, que lo quería como su vicario general, era un hombre “*devoto, prudente, justo, recto, como ha mostrado ser en los cuatro años que ha estado de Superior en el Kordofán, y como siempre fue tanto en Verona, donde dos veces hizo las funciones de Rector, y en su diócesis de Padua, en la que estuvo siete años de coadjutor, y como consta por los informes que hemos recibido del Obispo de Padua*” (E. 7142). Murió en Jartum, atacado por la fiebre, el 9 de octubre de 1881.

Geremia, de Livorno. Geremia Partucci era un franciscano livornés que en la primera mitad de 1800 trabajaba en Alejandría de Egipto, en la obra de rescate de jóvenes esclavos. En este sentido él colaboró mucho con don Nicola Mazza, introduciendo “*en los dos Institutos de Verona muchos africanos de ambos sexos*”

para educarlos en la Fe y en la civilización cristiana” (E. 2045). “Menciono solamente – escribió Daniel Comboni a la Sociedad de Colonia, en 1866– que el P. Geremia de Livorno (el mismo que de su expedición en África Central, en el año 1853, nos trajo veintidós negritas, siete negritos y once niños egipcios para educar en Verona) rentó en El Cairo Viejo [...], una casa discretamente grande, que el P. Ludovico [de Casoria] quiere asignar para una escuela bajo la dirección de los artesanos negros, educados por él en Nápoles”.

Giulianelli, D. Francesco (1831-1898). Proveniente de Roma, y “prestado” a Comboni por el PIME, fue nombrado el 6 de septiembre de 1881 administrador de la misión de África Central y de las Casas dependientes de Egipto. Muy ordenado y diligente, dejó registros que son modelo de precisión y de claridad. Son cerca de 147 las cartas que envió a Propaganda Fide, a Comboni, a Sembianti y a otros misioneros. Hizo lo suficiente para enfrentar la situación precaria que se estaba creando con la presión mahdista en Sudán. Francesco Sogaro, que no simpatizó jamás con Giulianelli, lo dejó partir en 1884, cuando fue llamado por su Instituto de Roma. Murió en Shaanxi, China, el 18 de diciembre de 1898, mientras se encontraba allá como procurador de las misiones del PIME.

Gordon, Charles G. (1833-1885). Oficial inglés del cuerpo de ingenieros, realizó su primera misión especial en Besarabia, en el Cáucaso, en fin, también en China. Después de haber sido cónsul inglés en Galatz, pasó al servicio de Egipto. En 1873 el jedive lo nombró gobernador de Ecuatoria hasta 1876, cuando el mismo Gordon dimitió.

“El nuevo gobernador – escribió Daniel Comboni el 5 de mayo de 1875 – me parece a la altura de su difícil y gran tarea [...]. Le hablé de la esclavitud, y sobre este punto profesa los más humanos sentimientos” (E. 3568).

En 1877 Gordon fue nombrado gobernador general de todo Sudán, con el encargo especial de suprimir la esclavitud. *“Gordon Bajá se muestra implacable con la esclavitud [...] – escribía todavía Comboni –. A mí se me muestra muy favorable, y siempre viene a verme. Ha decidido confiar a nuestras Hermanas de Verona [...], el hospital gubernativo de Fashoda” (E. 5389).* Todavía fue Gordon que puso a disposición de nuestras hermanas – que tenían que ir de Jartum a El-Obeid – tanto la embarcación como los camellos necesarios para el viaje (cf. E. 5538).

Gordon renunció al cargo en 1880, pero tuvo que regresar a Sudán en 1884, para proceder a la evacuación de las tropas egipcias, después de la derrota sufrida por el general Hicks por obra del Mahdi. Nombrado nuevamente gobernador general – pero con un rol no completamente aclarado – se encontró en la imposibilidad de defender Jartum del asalto de los mahdistas, en enero de 1885. Fue asesinado el 26 de enero de 1885, dejando un diario sobre el asedio de Jartum.

Grieff, D. Nicola. Proveniente de Luxemburgo, entró en Verona en 1877. *“Fue en la época de D. Pablo Rossi cuando Grieff, sin estar maduro para ello, fue admitido al Sacerdocio y enviado a Egipto. Habiendo vuelto yo de África Central a El Cairo, conocí allí a Grieff, al que luego hice regresar a Verona, no creyéndolo apto para la Misión del África Central...”* (E. 5985).

En el Instituto, de donde salió el 25 de agosto de 1880, Grieff llegó a cubrir el encargo de vicerrector. Comboni lo definió *“un verdadero canalla”*, a causa de *“sus insinuaciones perversas”* sobre Virginia Mansur (E. 6119). Grieff *“anhelaba ser Rector de mis Institutos”* – y por esto había incluso ofrecido dinero a D. Paolo Rossi (cf. E. 6540) – *como pudo darse cuenta el P. Sembianti cuando me suplicó que lo dejara irse del Instituto”* (E. 7181). El 28 de agosto de 1880, Comboni escribía a don Giulianelli: *“Por fin nos hemos deshecho de D. Grieff[...]. Por eso tras consultar al Emmo. Card. de Canossa y al prudentísimo General de los Estigmatinos, di a Grieff las dimisorias, y el miércoles por la mañana partió para su diócesis de Luxemburgo”* (E. 6103).

Mahdi = “el bien guiado por Dios”. Título que se atribuyó Muhammad Ahmad (1843-1885). Sudanés, originario de Dongola, él provenía de una familia que se decía descendiente de la de Mahoma. Después de haber profundizado el estudio del Corán y conseguido el título de “sayh” él abrió una escuela para difundir su pensamiento y su “mahdía”, es decir un programa de regreso al Islam primitivo. En 1881, después de un sueño revelador, asumió el título de Mahdi y convocó a los fieles sudaneses para comenzar la “guerra santa”. Desde el Kordofán, cuya capital fue conquistada en enero de 1883, el movimiento se extendió hasta Jartum, que cayó en enero de 1885. Todas las misiones abiertas por Daniel Comboni fueron arrolladas, mientras que los misioneros y las Hermanas – excluyendo aquellos de Jartum que se retiraron a tiempo – permanecieron prisioneros.

Mainardi, D. Lorenzo. Originario de la diócesis de Parma y ex jesuita, se convirtió en el primer director espiritual del Instituto en Verona, incluida la casa femenina. Después substituyó a don Paolo Rossi como “regente”, desde agosto de 1879 (cf. E. 5790; 6807) hasta marzo de 1880. Él se dio cuenta de las intrigas de Grieff, Giacomo y Stefano contra Virginia Mansur y los maestros de árabe, pero no logró desenmascararlo a tiempo (cf. E. 7179). El P. Sembianti lo tuvo siempre en gran consideración.

Mansur, Virginia. Nació en Kasbaia (Líbano) en 1854. Siendo aún niña fue confiada a las Hermanas de San José de la Aparición, y quiso que ellas la llevaran a Marsella a los quince años para evitar un matrimonio impuesto por la familia. En 1873, después de haber hecho la profesión religiosa entre las Hermanas de San José, partió primero a Egipto y después a Sudán, donde permaneció hasta 1879, cuando dejó la congregación francesa y pidió entrar con las Pías Madres de la Nigricia.

En los *Escritos* de Daniel Comboni el caso de Sor Anna – este era el nombre de profesión religiosa de Virginia – se encuentra ampliamente documentado, especialmente a partir del mes de marzo de 1881. El P. Leonzio Bano, en el 1er. volumen de “*Misioneros de Comboni*”, hace un perfil de ella en las páginas 15-21. A ella se dedica un anexo en el fascículo A/2 del *Archivo Madres Nigricia* (colección biográfica).

Marinoni, Giuseppe (1810-1891). Fue el primer superior del Seminario de las Misiones Extranjeras de Milán (PIME), y permaneció encargado hasta su muerte. Daniel Comboni recurrió a él cuando *Propaganda Fide* le pidió una revisión de las primeras *Reglas* (cf. E. 2829). Deseando además que el nuevo rector – D. Giuseppe Sembianti – lo conociera y posiblemente lo consultase, quiso acompañarlo a Milán antes de dejar Verona por última vez (cf. E. 5902).

Matteucci, Pellegrino (1850-1881). Graduado en medicina, pero apasionado por los viajes, había acogido la invitación de Romolo Gessi para acompañarlo en el viaje a Caffa por la vía del Nilo Azul. Al año siguiente – 1878 – fue llamado por la sociedad milanés de exploraciones comerciales en África para dirigir la expedición que la misma sociedad enviaba a Shoa con el intento de integrar, desde el punto de vista comercial, la obra que con fines científicos realizaba la Sociedad Geográfica. Cuando ese

viaje tuvo que ser interrumpido, Matteuci y Gessi fueron huéspedes de la misión católica en Jartum. “*Matteucci es un joven estupendo*” – escribió entonces Daniel Comboni – *del cual hay mucho que esperar*” (E. 5140). “*Como este distinguido viajero – explicaba – ha visitado una parte muy interesante del este de mi Vicariato, y ha podido hacerse una idea de la inmensa labor que nosotros hemos desarrollado [...]. El Dr. Matteucci ha publicado estupendos artículos sobre nuestras misiones que él ha visitado, y alguno de ellos ha aparecido incluso en L’Osservatore Romano*” (E. 5190). En diciembre de 1879 Matteucci pidió a Comboni que lo aceptara como médico, pero el proyecto no pudo realizarse porque el obispo de Sudán fue entonces retenido en Italia. El joven explorador murió en Londres, en 1881, debido a las fiebres africanas, dos meses antes que Daniel Comboni.

Mazza, D. Nicola (1790-1865). Nacido en Verona de una familia rica, Nicola Mazza perteneció a una generación muy destacada en el catolicismo veronés de principios del siglo XIX. Después de la primera educación recibida en familia por un tutor privado, entró en el seminario episcopal para el bienio de humanidades y retórica, pero su formación no se limitó solamente a aquella impartida en el seminario. En 1814, al concluir los estudios teológicos, recibió el presbiterato y se encaminó a ser profesor del seminario. Fue particularmente significativo para el joven Nicola el encuentro con Gaspare Bertoni – fundador de los Estigmatinos – que abogaba la reforma de un clero que superara los límites de la figura eclesiástica del Régimen Antiguo. Muy sensible al problema de la pobreza y, sobretodo, de la juventud abandonada, Nicola Mazza inició, a partir de 1829, los “*Institutos de Caridad conducidos por la sola Caridad*”, destinados a la educación de las muchachas, antes que nada, pero también de muchachos, tanto prometedores como carentes de medios económicos. Daniel Comboni, como se sabe, fue uno de estos. Particularmente sensible también al problema misionero, Nicola Mazza presentó a *Propaganda Fide*, en 1845, a su primer discípulo misionero: Angelo Vinco. Después, teniendo presentes especialmente a las *negritas* aceptadas y preparadas en el Instituto femenino, él habría también presentado un **plan** para “*salvar África con África*”. Muy interesante y exhaustiva, además de todo cuanto se encuentra en los “*Escritos*” de Daniel Comboni, es la reciente biografía de Rino Cona: “*Nicola Mazza: un Sacerdote para la Iglesia y la Sociedad*”. Editorial Mazziana, Verona, 2006.

Miterrutzner, Giovanni Crisostomo (1818-1903), canónigo regular lateranense y profesor del bachillerato di Bressanone. Insigne orientalista, publicó en 1866 la gramática Denka y al año siguiente la Bari, por lo que fue nominado Presidente honorario del Instituto de África de París. Gran bienhechor de la misión africana, estuvo entre los miembros más activos de la *Marien Verein*. Según Grancelli, sería todo mérito suyo el haber disuadido al Card. Barnabó de suprimir la misión de África Central, en 1858. Daniel Comboni lo conoció en Verona, cuando Mitterrutzner acompañó a algunos “negritos” al Instituto Mazza. Desde entonces se hicieron grandes amigos, tanto que Comboni llegó a llamarlo “padre, consejero, amigo, maestro, y todo” (E. 1250). Aún después de la muerte de Comboni, él no retiró jamás su apoyo a la misión.

Morelli, Sor Ermenegilda (1880-1978). Entró a la congregación en 1899, después de haber terminado los estudios con las Hermanas Doroteas de Vicenza. Enviada a Sudán como maestra desde 1903, pudo hablar personalmente con algunas sobrevivientes de la Mahdía. Animada por Costanza Caldara, comenzó a escribir algo sobre nuestra historia a partir de 1941, mientras se encontraba en Cesiolo (cf. APMR, VI/A/5-2722).

Dos años después, el 13 de febrero de 1943, reanudaba las mismas notas para volver a escribirlas en vista a una biografía de Sor Giuseppa Scandola (APMR, VI/SC/9/8-342).

Al año siguiente se dedicó al “*Estudio en busca del Espíritu del Instituto*” (APMR, VI/A/7/33-1334). Retomó dicho estudio en 1945 (APMR, VI/A/7/32-2706).

A ella debemos un interesante “*recordatorio*”, dirigido a Sor Teresa Costalunga, con fecha 20 de julio de 1968 (APMR, reg. n. 2723). Para su obituario, ver *Raggio*, 6(1978)27-28.

Oberbizer, Serafina (1822-1879). Nacida en Rovereto, fue educada por las Damas Inglesas de Bressanone. En 1843 entró al monasterio de Sta. Clara en Verona. En 1846 tuvo bajo su cuidado a las jóvenes externas que asistían a la escuela. En octubre de 1854 fue elegida abadesa a pesar de su joven edad, con la intervención del obispo Benedetto Riccabona. Gradualmente regresó el monasterio al estilo de vida primitivo, dictando reglas para cada oficio de las monjas. Reelegida abadesa en 1857, se adhirió a la iniciativa de la Obra de la Adoración Perpetua de Jesús Sacramentado.

Cuando estaba gravemente enferma recibió la visita de don Daniel Comboni el 25 de noviembre de 1871.

Olivieri, D. Nicolò (1792-1864). Sacerdote genovés, se había dedicado enteramente al rescate de esclavos en los mercados egipcios. Él rescataba muchachos y muchachas en Egipto, luego los transportaba a Europa y los colocaba en institutos religiosos para que fueran educados. Su actividad entusiasmó y conmovió a muchos católicos, por lo que recibió grandes sumas de dinero que le permitieron organizar, en 1838, la *Pía Obra del Rescate* de niñas y jóvenes africanas, la cual, después de su muerte, fue continuada por don Biagio Verri. Juntos trasladaron desde África alrededor de 1200 jóvenes. Daniel Comboni, después de la muerte de Olivieri, sugirió que la Obra continuase, pero que los jóvenes y las muchachas africanas, una vez rescatados, no fueran más conducidos a Europa sino que fueran confiados a los Institutos para la regeneración de la Nigricia (cf. E. 1104).

Persi, Chiara. Nacida en Roma en 1840, conoció en la capital a las *Hijas de la Cruz*, y a los veinte años de edad entró con ellas, cuyo noviciado se encontraba en la diócesis de Poitiers, Francia. Desde los primeros tiempos de la formación, la joven manifestó fenómenos espirituales fuera de lo común, los cuales fueron aceptados como “revelaciones” por la maestra de novicias, pero no por el obispo local, Mons. Pie.

Después de la profesión religiosa, Sor Apollonia fue destinada a la comunidad de Roma, donde encontró nuevamente a la que había sido su maestra, y con quien fue asignada – a petición de Mons. Castellacci – a la dirección de un internado para jóvenes romanas provenientes de familias nobles pero decaídas. Era este el *Internado de la Santísima Concepción*, mejor conocido en Roma como el *Internado de las Viperesche*. Fue allí que ella se encontró por vez primera, el 6 de septiembre de 1866, con Daniel Comboni, reconociendo en él al misionero que le fue mostrado como el instrumento del cual Dios quería valerse para la salvación de muchas almas. Después de ese encuentro, la joven convenció a la superiora de que el “Pequeño Hermano” – como se hacía llamar Jesús durante las apariciones – la quería fundadora de un nuevo instituto misionero femenino. Secundadas por Mons. Castellacci, ambas dejaron entonces la congregación francesa para iniciar otra, llamada *Angelinas de la Cruz*, en la cual Chiara Persi tomó el nombre de Sor **Teresa de Angelis**.

Tras los conocidos acontecimientos que tuvieron lugar en Verona, y con el regreso de las dos Hermanas a Roma, la comunidad de las *Angelinas de la Cruz* fue disuelta.

Después de la visita apostólica de 1869 provocada por las “Viperesche” que se habían visto expulsadas del Internado cuando éste fue confiado a las hermanas francesas, Chiara Persi tuvo que responder por su obrar directamente al Santo Oficio, que la había condenado, reducida al estado laical y en seguida enviada de regreso a su casa paterna.

Rolleri, Bartolomeo (1839-1902). Proveniente de la diócesis de Piacenza, entró en Verona en octubre de 1868 y partió para El Cairo el siguiente mes de febrero. En marzo de 1873, Daniel Comboni le confiaba la dirección de los Institutos de El Cairo. Hasta el mes de febrero de 1875, Rolleri hablaba aún de Comboni como su “*amadísimo pro Vicario*”. “De 1868 al 1875 – confirmaba el mismo Comboni el 27 de agosto de 1880 – *era una de mis consolaciones...*” (S. 6094).

Pero a partir de octubre de 1875, por una circunstancia desconocida por el Fundador, su comportamiento cambió mucho al grado que éste llegó a escribir a Faustina Stampais: “*De todos los que me han combatido en estos años terribles, el mayor enemigo ha sido mi querido D. Bartolo Rolleri, a quien perdono de corazón*” (31 diciembre 1875).

Claramente alineado en favor de los Camilos, Rolleri continuó oponiéndose a Comboni hasta el final, acusándolo de “*pasión*” hacia una “*tal hermana de nombre Anna*”. En 1880 se quedó algunos meses en Verona, donde se conquistó la estima y la amistad de D. Giuseppe Sembiani. Destinado a Jartum en diciembre de 1880, no logró permanecer ahí por lo que tuvo que regresar a El Cairo, donde tuvo el cargo de superior y administrador hasta 1885. Dejó el Instituto en marzo de 1888 para entrar a formar parte de la Congregación Escalabriniana. De las más de cuarenta cartas que Comboni le escribió no quiso conservar ni siquiera una. El P. L. Bano, en el 4º volumen de los “*Misioneros de Comboni*”, logra dedicarle 16 páginas, con la transcripción de muchos textos interesantes y significativos.

Rossi, D. Paolo. Nacido en 1850 y proveniente del seminario de Verona, Paolo Rossi entró en el Instituto misionero en 1873, y partió para África al año siguiente. En Jartum, donde permaneció hasta 1876, desarrolló, entre otros, el encargo de secretario de

Daniel Comboni. Al regresar a Verona con el Fundador en 1876, fue encargado por éste, al siguiente año, de regir “*provisionalmente*” el Instituto, ya que D. Antonio Squaranti partiría con el obispo para la misión en diciembre de 1877.

Debido ciertamente a las circunstancias, la tarea recibida se mostró más difícil de lo previsto, por lo que a su tiempo fue evidente que el demasiado joven rector no lograba enfrentar la situación. Llegado a Verona en mayo de 1879, el Fundador tuvo que reconocer que era necesario proveer de otra manera a la substitución definitiva de D. Antonio Squaranti, muerto en Jartum en el mes de noviembre de 1878. Decisión, ésta, que evidentemente no fue bien recibida por su ex secretario, quien decidió dejar el Instituto al final de agosto de 1879. Una “*deserción*”, aquella de D. Paolo Rossi, que causó “*mucho dolor*” (E. 5883) a Daniel Comboni.

Para los particulares de todo el asunto que vio involucrado al demasiado joven rector, cf. A. GILLI, *L'Istituto Missionario Comboniano: dalla fondazione alla morte di Daniele Comboni*, pags. 188-201.

Sembaliati, D. Giuseppe (1836-1914): originario di Vervó (TN), entró en la congregación de los Padres Estigmatinos en 1862, donde fue ordenado presbítero el 15 de agosto de 1865. Diez años después, fue electo asistente general y director de la *Stimate*, hasta que en 1877 pasó como superior a la nueva casa de Basano del Grappa (VI).

En 1879, el 4 de diciembre, Luigi de Canossa lo invitó a asumir el rectorado del Instituto misionero, el cual él aceptó poniendo condiciones, y que inició a ejercitar en marzo de 1880. Durante cinco años, el P. Sembianti fue contemporáneamente el superior del seminario de las Misiones Africanas y de la congregación de las Pías Madres de la Nigrizia. De éstas últimas lo continuaría siendo hasta 1897, mientras desde 1885 desarrollaría la tarea de procurador en la naciente congregación de los Hijos del Sgdo. Corazón, en la que entraría a formar parte más tarde. Trasferido a la casa de Brescia en 1895, permaneció allí hasta su muerte, sucedida el 24 de junio de 1914 [cf. *La Nigrizia*, 7(1914)116].

Sogaro, D. Francesco (1836-1914). Religioso estigmatino originario de la diócesis de Vicenza; era párroco en S. Giorgio en Verona cuando, el 22 de septiembre de 1882 fue nombrado por Roma sucesor de Daniel Comboni para el vicariato de África Central.

Dejó Italia tan pronto le fue posible y llegó a Egipto el 19 de enero de 1883, exactamente el día de la caída de El-Obeid. Dos meses después el nuevo vicario apostólico logró llegar a Jartum, pero no logró fijar ahí su residencia debido a la Mahdía. Fue desde El Cairo entonces que él siguió todas las fases de la guerra, esforzándose mucho por la liberación de los prisioneros y abriendo en Gesira una colonia agrícola para los refugiados de Sudán. En 1894 presentó su dimisión, teniendo como sucesor a Mons. Roveggio.

Squaranti, D. Antonio (1837-1878). Nacido en Corbiolo (VR) entró al seminario diocesano de Verona y fue ordenado presbítero en 1863. Ejercía el ministerio pastoral en la parroquia de San Paolo en Campo Marzio, cuando en 1871, por recomendación del rector del seminario Mons. Dorigotti, fue invitado por Daniel Comboni para regir su instituto misionero, con responsabilidad también para dirigir la congregación de las Pías Madres de la Nigricia. Después de seis años de rectorado, el vicario apostólico de África Central lo quiso consigo en el vicariato, así que también Antonio Squaranti fue incluido en la lista de viajeros de diciembre de 1877. Interesante el *Diario* que él escribió sobre este último capítulo de su vida – moriría de fiebre amarilla en noviembre de 1878 – y que fue custodiado, después de su muerte, por las Hermanas Combonianas. Fue Costanza Caldara, entonces superiora general, quien lo entregó al P. Capovilla, el 10 de diciembre de 1925 (cf. AC, 2(1978)149-168).

Tawfiq Bajá (1852-1892), hijo primogénito de Ismail, jedive de Egipto. Después de la forzada abdicación del padre, el joven príncipe subió al trono en junio de 1879. Las difíciles condiciones en las cuales, la política grandiosa pero poco precavida de Ismail, habían puesto a Egipto, hicieron difícil desde sus inicios el gobierno de Tawfiq, quien se encontró administrando un País que se encontraba ya al borde del fracaso. Porque los acreedores del Estado eran mayoritariamente ingleses y franceses, el restablecimiento del control financiero por parte de Inglaterra y Francia dio motivos al movimiento nacionalista de Arabí Bajá, al que el nuevo jedive no tuvo la sagacidad y la energía de reprimir desde el inicio. El resultado fue el bombardeo de Alejandría por parte de la flota inglesa, tras la intervención de tropas para sofocar la revuelta; mientras tanto Tawfiq huía abandonando El Cairo. Regresó a la patria después de la derrota y del arresto de

Arabí (septiembre de 1882); el jedive permaneció hasta el final en la más absoluta dependencia de Inglaterra, representada en el país por Lord Cromer.

Daniel Comboni, regresando a El Cairo a finales de 1880, se dijo estar muy satisfecho por la bienvenida dada por Tawfiq (cf. E, 6501), que él ya conocía y el cual, entre otras cosas, le hizo dar dos importantes “*firmanes*” (decretos de protección) válidos también para Sudán.

Tomba, D. Gioacchino (1819-1899). Originario de Vestenavecchia (VR), se mudó a Verona a los doce años de edad para continuar la escuela, en un primer momento, en la Stimante. Dos años después, en 1834, entraba al colegio mazziano y a las escuelas del seminario episcopal, para ser ordenado en 1844. Completados los estudios en la universidad de Padua, Gioacchino Tomba permaneció por algunos años como rector del colegio Ognissanti, a partir de 1848. En 1852 D. Nicola Mazza confiaba a Tomba los estudiantes de San Carlos de Verona, incluyendo a los universitarios. En 1863 encontramos a D. Gioacchino rector del colegio femenino de vía Cantarane, donde el año siguiente el mismo D. Mazza, teniendo más de setenta años, se habría mudado junto al rector Tomba. A la muerte del fundador, sucedida el 2 de agosto de 1865, D. Gioacchino fue nombrado como su sucesor.

Valerio, Sor Rosa Caterina. Nacida en Verona, donde había sido Terciaria profesa claustral de San Francesco, fue después directora de la institución de Gemona (Udine), fundada por la princesa de Beaufremont. “*A ruegos de una devotísima persona bienhechora yo [la] llevé de Marsella a El Cairo para que entrase al convento de las buenas terciarias franciscanas, en el cual debía admitida, y que no habiendo entrado allí por razones que ignoro, recibió hospitalidad entre mis Hermanas de San José, de donde salió al cabo de tres meses para dirigir la escuela femenina del Viejo Cairo, en una casa anexa a la parroquia latina franciscana, con la ayuda de algunas de mis maestras negras y de mi prima Faustina*” (E. 4216). [Otras noticias relacionadas a la ex hermana Caterina y a su participación con los Camilos, se pueden encontrar en la misma carta, escrita por Comboni al Card. Franchi el 29 de junio de 1875]. Cf. también AMN, 8(2004)22ss.

Verri, D. Biagio (1819-1884). Franciscano, pertenecía a la misma familia religiosa de Ludovico de Casoria, a quien proporcionaba

estudiantes para el Instituto de Nápoles. Fue también compañero y heredero del P. Olivieri en la obra de rescate de los esclavos. Es interesante la carta que Daniel Comboni escribió a Olivieri, desde el Instituto Mazza, el 20 de mayo de 1864. Después del tratado de París, con la consiguiente abolición de la esclavitud, D. Verri tuvo algunos problemas por parte de algunos miembros del consulado inglés de Alejandría (cf. E. 858). A pesar de esto, Comboni propuso a Verri de acompañarlo a la costa de Mozambique, donde los muchachos vendidos en el mercado eran numerosos. En 1866 Daniel Comboni pensaba involucrar a D. Biagio Verri en la realización de su Plan (cf. E. 1356-62), pero en diciembre de 1872 cambió de idea porque las muchachas africanas educadas en Europa tenían “*mil pretensiones*” (E. 3108) y no servían para la misión (cf. E. 3175-76).

ABBEVIACIONES Y SIGLAS

AC	=	<i>Archivio Comboniano</i>
ACR	=	Archivio Missionari Comboniani – Roma
AFMR	=	Archivio Frati Minori Roma
AMN	=	<i>Archivio Madri Nigrizia</i>
ANNALI	=	<i>Annali della Associazione del Buon Pastore</i>
AP LD	=	Archivio Propaganda Fide – <i>Lettere e Decreti</i>
APMR	=	Archivio Pie Madri - Roma
AP SC	=	Archivio Propaganda Fide, <i>Scritture Congressi</i>
AP SOCG	=	Archivio Propaganda Fide, <i>Scritture Originali riferite nelle Congregazioni Generali</i>
ASFMR	=	Archivio storico Frati Minori - Roma
CRONACA	=	<i>Cronaca</i> dell'Istituto delle Pie Madri della Nigrizia: 1871-1930.
MEMORIE	=	<i>Memorie dell'Istituto Pie Madri della Nigrizia</i>
PIME	=	Pontificio Istituto Missioni Estere
POSITIO	=	S. C. pro Causis Sanctorum [...] <i>Danielis Comboni. Positio super virtutibus ex officio cincinnata.</i> Roma, MCMLXXXVIII.
S	=	Daniele Comboni. <i>Gli Scritti.</i> Roma, 1991.
STATO PERSONALE	=	Registro dello “ <i>Stato Personale dell'Istituto delle Pie Madri della Nigrizia in Verona</i> ”.

BIBLIOGRAFÍA y FUENTES DE INVESTIGACIÓN

A Daniele Comboni nel Centenario della Nascita e Cinquantesimo della Morte: 1831-1851. Verona, Istituto Missioni Africane, 1931.

A. M. G. D., *Nella luce di un Cinquantesimo: 1876 – 1926.* Verona, 1926.

ANDREIS, Amalia. *Lettere.* In: *AMN*, 4(2002).

Annali della Associazione del Buon Pastore. Verona, 1872 – 1882.

Archivio Comboniano. Pubblicazione dello Studium Combonianum della Congregazione dei Figli del S. Cuore di Gesù. Missioni Africane – Verona. 1961...

Archivio Madri Nigrizia. Pubblicazione dello “Studium” Madri Nigrizia delle Suore Missionarie Comboniane “Pie Madri della Nigrizia”. Roma, 2000...

BANO, Leonzio. *Missionari del Comboni.* Manoscritti, Roma, 1982, 5 volumi.

BARITUSSIO, Arnaldo. *Frammenti Comboniani delle Regole del 1871.* Verona, 1994. Collana Bibliotheca Comboniana MS/7.

BARRA, Giovanni. *Umiltà feconda. Madre Maria Bollezzoli Fondatrice delle Pie Madri della Nigrizia.* Novara, 1958.

BAZA VEGA, Rosa Maria. *Madre Maria Bollezzoli. Profilo biografico.* In: *AMN*, 2(2001).

----- (a cura). *Scritti di Maria Bollezzoli.* In: *AMN*, 5(2003).

BORGHI, Rita (a cura), *Casa Madre: la sua storia attraverso il tempo. Cenni storici sulla Casa Madre delle Suore Missionarie Comboniane.* Verona, 1996.

- CAPOVILLA, Agostino. *Il Servo di Dio Mons. Daniele Comboni – Vicario Apostolico dell’Africa Centrale – Fondatore delle Missioni Africane e delle Pie Madri della Nigrizia*. Brescia, 1930.
- *Don Daniele Comboni e Mons. Pietro Castellacci*. In: AC, 2(1976)115-173.
- CHIOCCHETTA, Pietro. *Daniele Comboni: carte per l’evangelizzazione dell’Africa*. Bologna, 1978. Studi Comboniani / 2.
- COMBONI, Daniele. *Gli Scritti*. Bologna, 1991.
- CONTRAN, Nazzareno. *Gli Istituti del Cairo*. In: AC, 5(1963)93-119.
- GAGLIARDI, Raffaele. *Antonio Squaranti*. Bologna, 1958. Collana “Pionieri”, n. 10.
- GEYER, Francesco Saverio. *Mons. Daniele Comboni – Vescovo di Claudiopoli e Vicario Apostolico dell’Africa Centrale*. Roma 2000. Biblioteca Comboniana 7FS.
- GILLI, Aldo. *L’Istituto Missionario Comboniano dalla fondazione alla morte di Daniele Comboni*. Bologna, 1979. Studi Comboniani / 4.
- GRANCELLI, Michelangelo. *Mons. Daniele Comboni e la Missione dell’Africa Centrale*. Verona, 1923.
- GRIGOLINI, Teresa. *Scritti (1877-1931)*. In: AMN, 12(2006).
- Il Riposo Settimanale*. Pubblicazione bisettimanale delle diocesi di Verona. 1871-1874.
Dal 1874 in poi, l’informativo diocesano uscirà col nome di *Verona Fedele*.
- LOZANO, Juan Manuel. *Vostro per sempre. Daniele Comboni*. Bologna, 1996.
- MACCAGNAN, Guerrino. *Clarisse a Verona*. Novaglie di Quinto, 2000.
- MAZZA, Nicola. *Scritti*. Verona, 2000.

Memorie dell'Istituto Pie Madri della Nigrizia e della Rev. M. Maria Bollezzoli prima Superiora Generale. Verona, 1902.

PEZZI, Elisa. *L'Istituto Pie Madri della Nigrizia. Storia dalle origini alla morte del Fondatore. Bologna, 1981. Studi Comboniani / 6.*

ROMANATO, Gianpaolo. *L'Africa Nera fra Cristianesimo e Islam. L'esperienza di Daniele Comboni (1831-1881). Milano, 2003.*

S. CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM. *Danielis Comboni: Positio super virtutibus. Roma, 1988.*

SQUARANTI, Antonio. *Diario. In: AC, 2(1978)149-168. Verona fedele, settimanale della diocesi di Verona. 1874...*

VIDALE, Maria. *Vittoria Paganini. In: AMN, 7(2004).*

----- *Faustina Stampais.... In: AMN, 8(2004).*

----- *Fortunata Quascè: la prima Pia Madre della Nigrizia. In: AMN, 9(2005).*

Ilustraciones



Mons. Luigi de Canossa (1809 – 1900)
Obispo de Verona



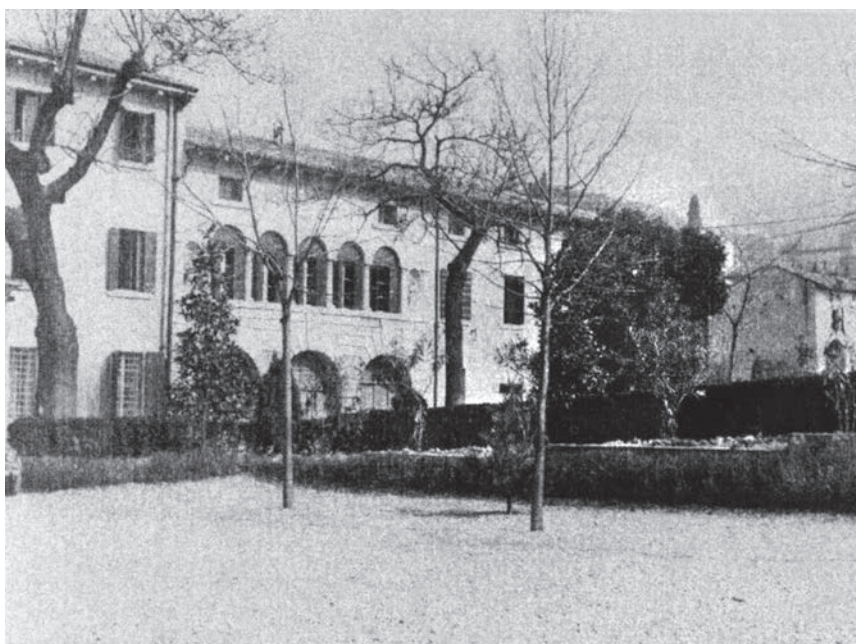
Don Antonio Squaranti
(1837 – 1878)



Don Giuseppe Sembianti
(1836 – 1914)



La Casa Madre de las Pías Madres de la Nigrizia, en Verona



Villa Zago, en Montorio Veronese



Patio interior de la Casa Madre



M. María Bollezzoli
(1828 – 1901)
Primera superiora general de las Pías Madres de la Nigricia

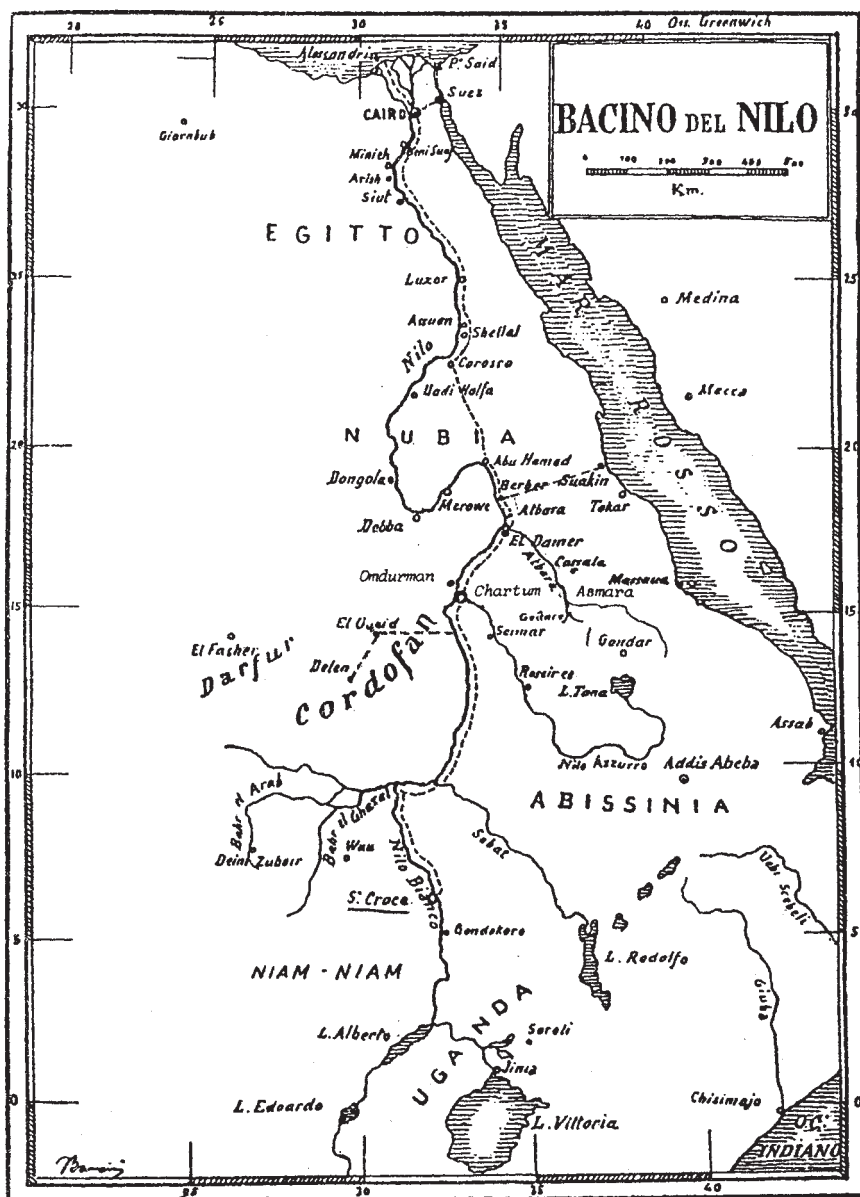


Escudo episcopal de
San Daniel Comboni



+ Daniel Comboni Epus
et Vic. Apost. Africae etis

† Daniele Comboni obispo
12 de agosto de 1877



El recorrido realizado por el primer grupo de Pías Madres
con Daniel Comboni



Berber (Sudán) en 1878
El primer grupo de Pías Madres llegado a África el 30 de marzo



De izquierda, de pie:
Concetta Corsi, Vittoria Paganini, M. Giuseppa Scandola.
Sentadas: Teresa Grigolini y María Caspi

Las primeras que cayeron en el surco...



Sor María Bertuzzi
El-Obeid, 18 de febrero de 1880



Sor Marietta Caspi
El-Obeid, 16 de mayo de 1880



Sor María Rosa Colpo
Malbes, 21 de septiembre de 1881



Vista de Jartum en el tiempo de Comboni



El jardín de la misión, donde fue sepultado Daniel Comboni

ARCHIVIO MADRI NIGRIZIA

Número de los fascículos y su contenido:

- 1 (2000) Teresa Grigolini: *Memorie della prigionia mahdista.*
- 2 (2001) Maria Bollezzoli: *Profilo biografico.*
- 3 (2002) M. Giuseppa Scandola: *Lettere ai Familiari.*
- 4 (2002) Amalia Andreis: *Lettere.*
- 5 (2003) Maria Bollezzoli: *Scritti.*
- 6 (2003) *Atti del Simposio* (numero speciale)
- 7 (2004) Vittoria Paganini: *Rilettura di una pagina della nostra storia.*
- 8 (2004) Faustina Stampais: *Donna del Vangelo e missionaria comboniana.*
- 9 (2005) Fortunata Quascè: *La prima Pia Madre della Nigrizia africana.*
- 10-A/1 (2005) *Le Pie Madri della Nigrizia.* Antologia biografica. Vol. I.
- 11 (2006) Caterina ed Elisabetta: *Nove anni di prigionia...*
- 12 (2006) Teresa Grigolini: *Scritti.*
- 13 (2007) *Briciole della Tavola Comboniana,* di Pietro Chiocchetta.
- 14 (2008) *La "Notte Pasquale" di Teresa Grigolini,* di Pietro Chiocchetta.
- 15 (2009) Francesca Dalmasso: *Prima Provinciale in Sudan...*
- 16 (2010) *L'icona S. Daniele Comboni...* (numero speciale)
- 17 (2010) *Appunti per una cronistoria...* (1871 – 1931).
- 18 (2011) *La Mahdia nella sofferta esperienza delle nostre Sorelle.*
- 19 (2011) Elisabetta Venturini e Caterina Chincarini: *Memorie della prigionia mahdista.*
- 20-S/1 (2012) *Storia della congregazione...* Vol. I: le origini (1867-1881)

